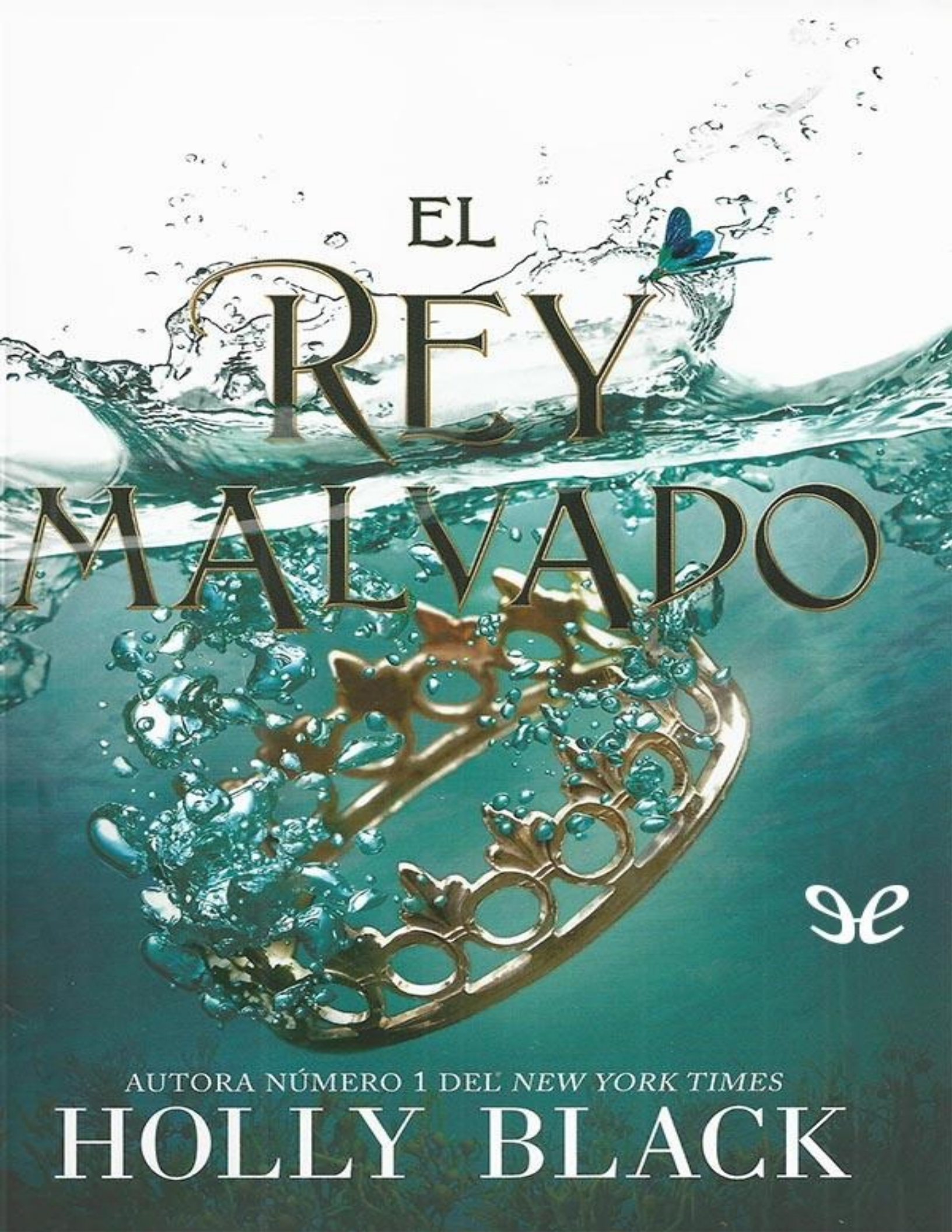


AUTORA NÚMERO 1 DEL *NEW YORK TIMES*

HOLLY BLACK

Jude ha llegado a un acuerdo con el rey malvado, Cardan, y se ha convertido en el poder en la sombra. Navegar en un mar de alianzas plagado de traiciones constantes ya es lo bastante complicado, pero Cardan, encima, es terriblemente difícil de controlar y hace todo lo que puede para humillar y minar a Jude, aunque su fascinación por ella permanece intacta.

Cuando resulta evidente que alguien cercano a Jude planea traicionarla, lo que no solo pondrá en peligro su vida sino también la de aquellos a los que más quiere, Jude deberá desenmascarar al traidor, luchar contra sus complejos sentimientos hacia Cardan y, pese a ser mortal, mantener el control del turbulento mundo feérico.

Holly Black

El rey malvado

Los habitantes del aire - 2

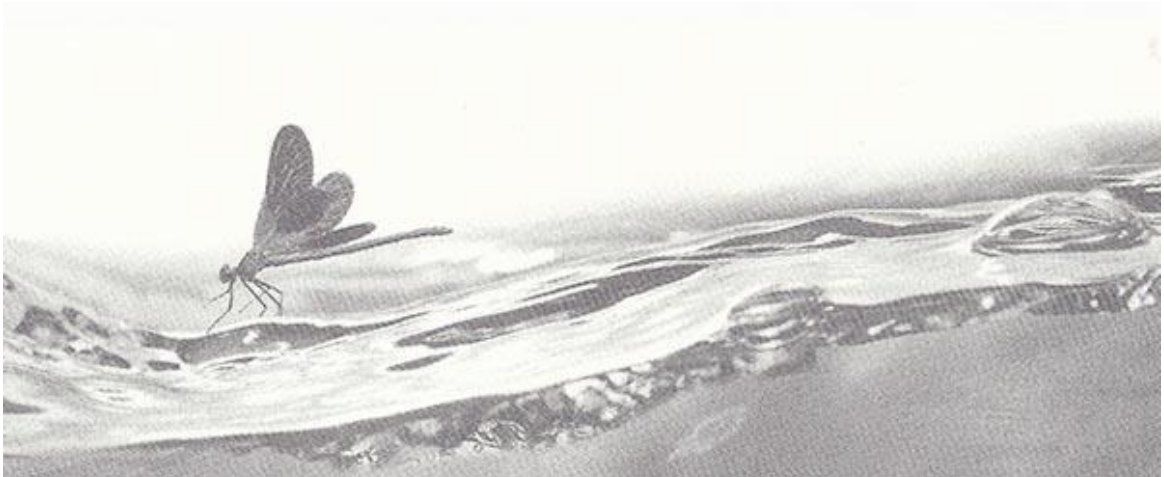
ePub r1.0
Titivillus 18.02.2021

Título original: *The Whicked King*
Holly Black, 2019
Traducción: Jaime Valero Martínez
Ilustraciones: Kathleen Jennings

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



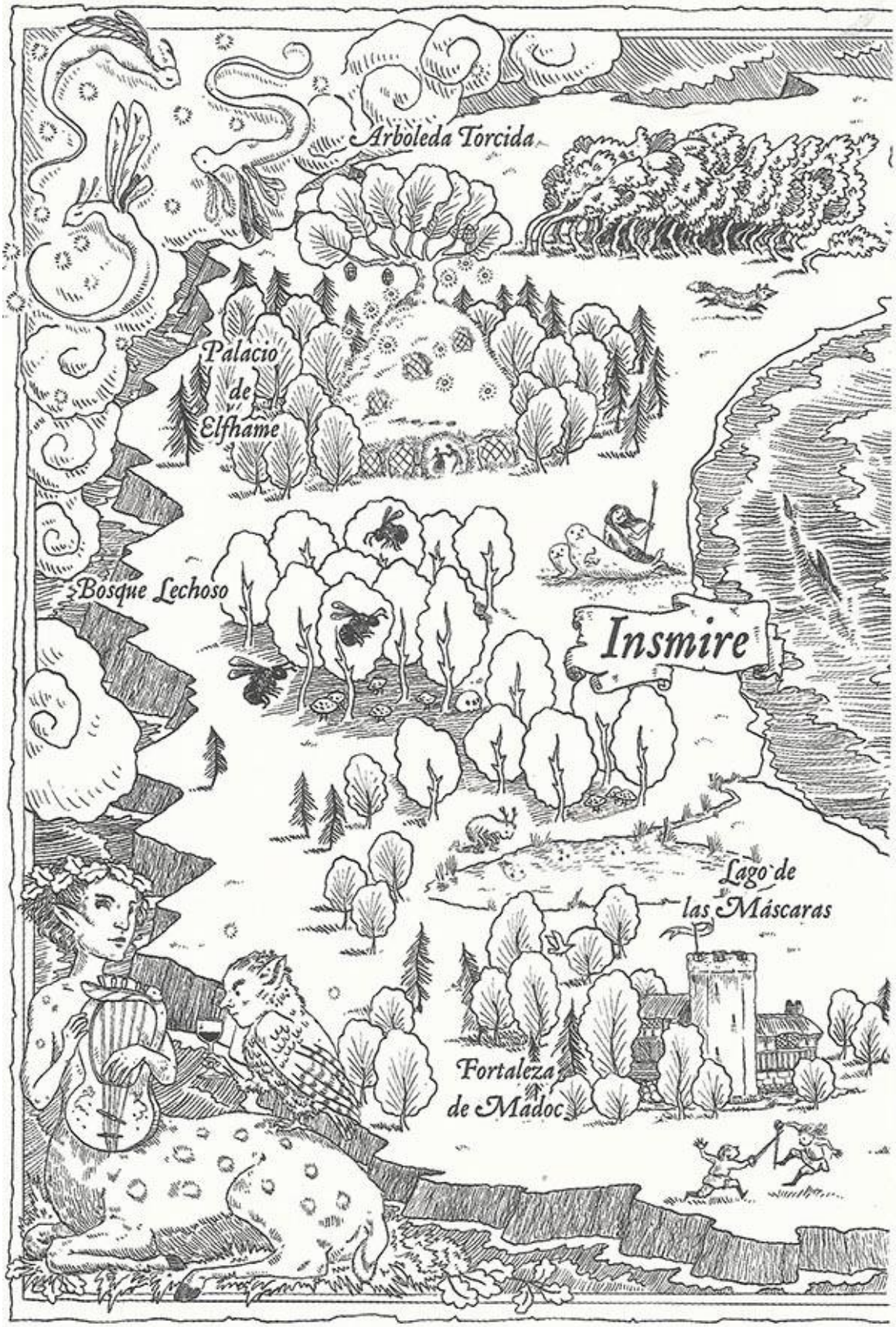
Para Kelly Link,
sirena por méritos propios.

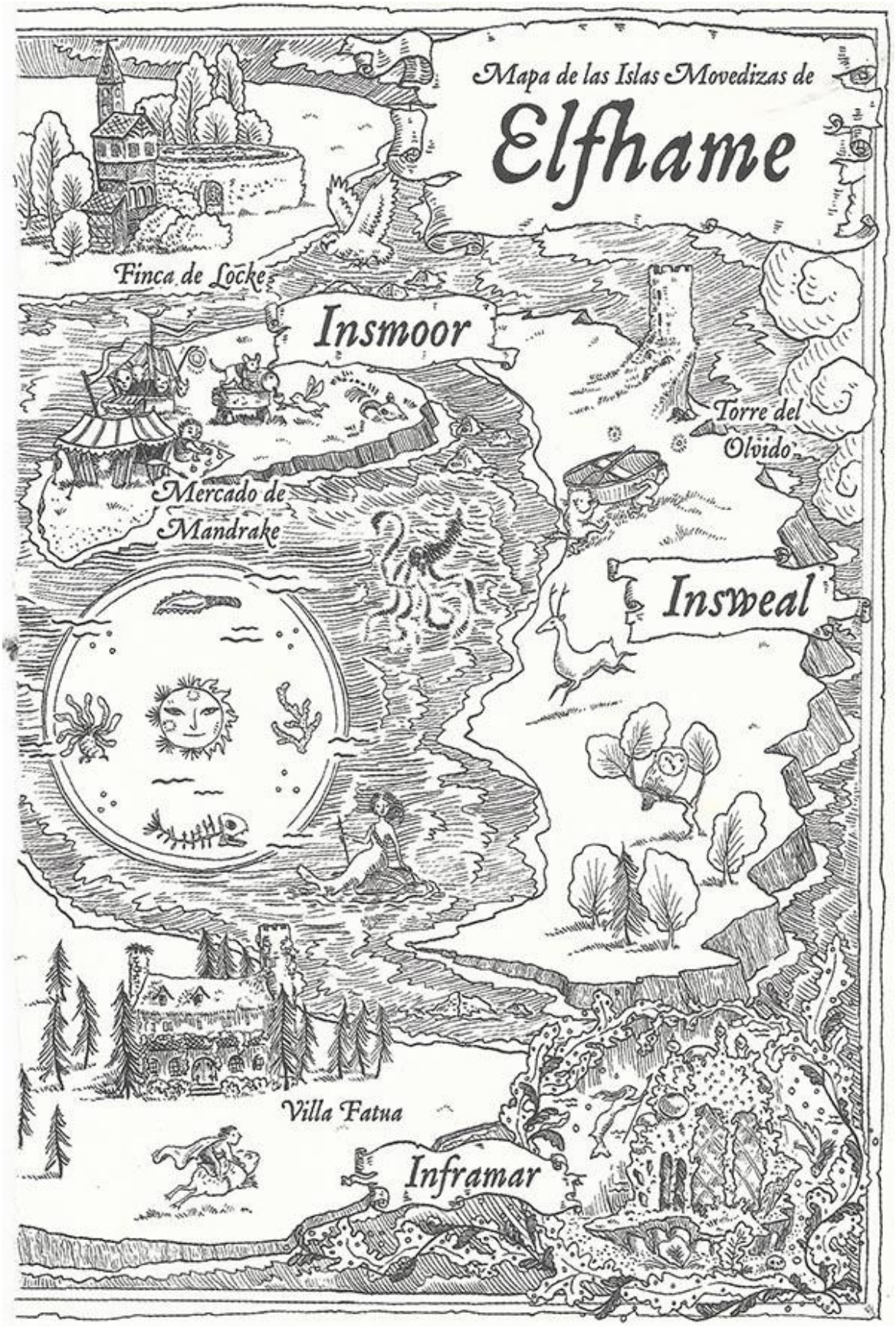


EL REY MALVADO

HOLLY BLACK

Traducción de Jaime Valero Martínez


Arboleda Torcida
Palacio de Elfhame
Bosque Lechoso
Insmire
Lago de las Máscaras
Fortaleza de Madoc

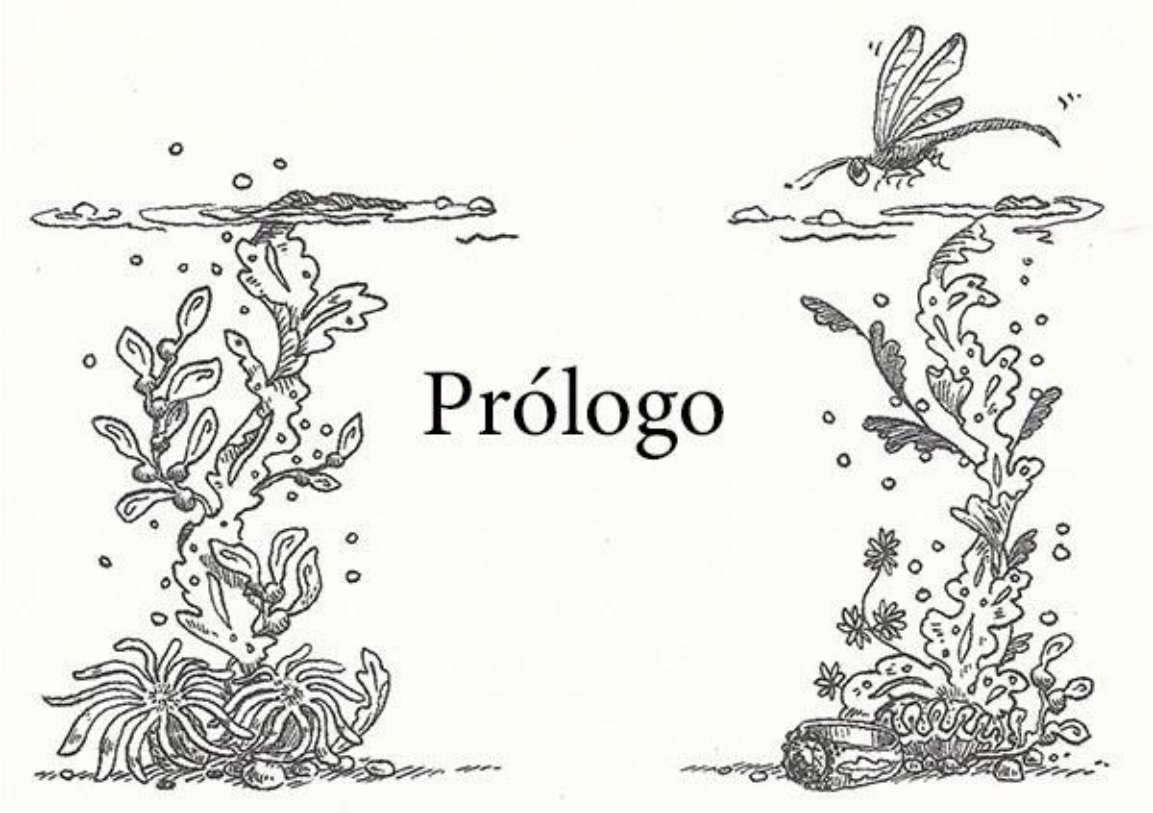

Mapa de las Islas Movedizas de
Elfhame
Finca de Locke
Insmoor
Torre del Olvido
Mercado de Mandrake
Insweal
Villa Fatua
Inframar

Libro primero

Dile esto: «Qué desafío
sus bulos y su infamia,
y que a ojos de todos
lo proclamo mi enemigo;
y si en mi mano estuviera,
no habría de portar
la corona feérica,
sino caer con todo su peso,
sin ser proclamado
monarca».

—Michael Drayton,
«Nymphidia»





Prólogo

Jude levantó la aparatosa espada de entrenamiento y adoptó la primera postura: presteza.

—Acostúmbrate a su peso —le había dicho Madoc—. Debes ser lo bastante fuerte para poder golpear, golpear y volver a golpear sin desfallecer. La primera lección es alcanzar esa fortaleza. Te dolerá. El dolor te hace fuerte.

Plantó los pies en la hierba. El viento le alborotó el pelo mientras pasaba de una postura a otra. Uno: la espada frente a ella, ladeada, protegiendo su cuerpo. Dos: el pomo elevado, como si el filo fuera un cuerno que emergiera de su cabeza. Tres: bajar el arma hasta la cadera, después una inclinación engañosa, hacia el frente. Y cuatro: la espada de nuevo arriba, hasta el hombro. Cada posición podía desembocar con facilidad en un ataque o una defensa. Luchar es como jugar al ajedrez: anticipar los movimientos del oponente y contraatacar antes de que alguno dé en el blanco.

Pero aquella era una partida de ajedrez que se jugaba con todo el cuerpo. Una partida que la dejaba magullada, exhausta y cabreada con el mundo en general y consigo misma en particular.

O quizá se pareciera más a montar en bici. Mientras aprendía, cuando vivía en el mundo real, se cayó montones de veces. Tenía tantas costras en las rodillas que su madre pensó que le quedarían cicatrices. Pero Jude quitó los ruedines y se negaba a circular con cuidado por la acera, como hacía Taryn. Ella quería montar por la calle, a toda velocidad, como hacía Vivi, y si eso implicaba acabar con gravilla clavada en la piel, bueno, no tenía más que dejar que su padre se la extrajera por la noche con unas pinzas.

Jude añoraba a veces su bici, pero no había ninguna en Faerie. En vez de eso, había sapos gigantes, ponis verdosos y caballos de mirada frenética, esbeltos como sombras.

Y había armas.

Y también estaba el asesino de sus padres, convertido ahora en su padrastro. Madoc, el general del rey supremo, el mismo que quería enseñarle a cabalgar a toda velocidad y a luchar hasta la muerte. Por más empeño que pusiera Jude al atacarle, solo conseguía hacerle reír. A Madoc le gustaba ver su rabia. «Tu fuego interior», lo llamaba.

A ella también le gustaba sentirse enfadada. Era mejor que sentir miedo. Mejor que recordar que era una mortal que habitaba entre monstruos. Nadie iba a ofrecerle ya la opción de los ruedines.

En el otro extremo del campo, Madoc le enseñaba a Taryn a realizar una serie de posiciones. Taryn también estaba aprendiendo esgrima, aunque sus problemas eran distintos a los de Jude. Ejecutaba mejor las posiciones, pero detestaba pelear. Emparejaba las defensas obvias con los ataques más evidentes, así que era fácil tentarla para que realizara una serie de movimientos y luego apuntarse un tanto rompiendo el patrón.

Cada vez que eso ocurría, Taryn se enfadaba mucho, como si Jude se hubiera equivocado con los pasos de un baile en vez de haber ganado.

—Ven aquí —la llamó Madoc desde el otro lado de aquella pradera de briznas plateadas.

Jude se acercó a él, con la espada colgada sobre los hombros. El sol se estaba poniendo, pero las hadas son criaturas crepusculares, así que aún les quedaba mucho día por delante. El cielo estaba salpicado de oro y cobre. Jude inspiró hondo el aroma de las pinochas. Por un momento, se sintió como si fuera una simple niña que está aprendiendo un deporte nuevo.

—Ven a luchar —le dijo Madoc cuando llegó junto a él—. Vosotras dos contra este viejo gorro rojo.

Taryn se apoyó sobre su espada, hincando la punta en el suelo. Se supone que no debía agarrarla así, pues no era bueno para el filo, pero Madoc no la regañó.

—Poder —dijo—. El poder es la capacidad para conseguir lo que quieres. Es la capacidad para convertirse en el que toma las decisiones. ¿Y cómo se consigue ese poder?

Jude se situó al lado de su gemela. Era obvio que Madoc esperaba una respuesta, pero también que esperaba que fuera incorrecta.

—¿Aprendiendo a luchar? —respondió, por decir algo.

Cuando sonrió, Jude pudo ver las puntas de sus caninos inferiores, más largos que el resto de sus dientes. Madoc le alborotó el pelo y ella sintió en la nuca el roce afilado de sus uñas, que parecían garras. Un roce demasiado ligero como para hacerle daño, pero, aun así, un recordatorio de la verdadera naturaleza de Madoc.

—El poder se consigue por la fuerza.

Señaló hacia una colina baja sobre la que crecía un árbol espino.

—Vamos a convertir la siguiente lección en un juego. Esa es mi colina. Apropiaos de ella.

Obediente, Taryn avanzó hacia la colina, seguida de Jude. Madoc las siguió, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y ahora qué? —preguntó Taryn, sin el menor entusiasmo.

Madoc se quedó mirando al horizonte, como si estuviera considerando y descartando diversas reglas.

—Ahora tendréis que protegerla frente a un ataque.

—¿Cómo dices? —exclamó Jude—. ¿Un ataque tuyo?

—¿Esto es un juego de estrategia o una refriega? —inquirió Taryn, frunciendo el ceño.

Madoc le apoyó un dedo bajo la barbilla y le alzó la cabeza, para contemplarla con sus ojos dorados y felinos.

—¿Qué es una refriega, sino un juego de estrategia en versión acelerada? —le dijo con mucha seriedad—. Habla con tu hermana. Cuando el sol alcance el tronco de ese árbol, saldré a recuperar mi colina. Con que me derribéis una sola vez, habréis ganado.

Entonces se marchó hacia una arboleda situada a cierta distancia. Taryn se sentó en la hierba.

—No quiero hacer esto —dijo.

—Solo es un juego —le recordó Jude con nerviosismo.

Taryn la observó durante un rato, con esa mirada que se lanzaban cuando una de ellas fingía que las cosas eran normales.

—Vale, entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer?

Jude alzó la mirada hacia las ramas del espino.

—¿Y si una de nosotras se pusiera a tirar piedras mientras la otra pelea con la espada?

—Está bien —dijo Taryn, que se levantó y empezó a almacenar piedras entre los pliegues de su falda.

—No se cabreará, ¿verdad?

Jude negó con la cabeza, pero entendía la pregunta de Taryn. ¿Y si le mataban sin querer?

«Debes elegir en qué colina quieres morir», solía decirle su madre a su padre. Era uno de esos refranes extraños que los adultos esperaban que entendiera, aunque carecieran de sentido. Como lo de «más vale pájaro en mano que ciento volando», «cada moneda tiene dos caras» o el enigmático «cuando el juego acaba, el rey y el peón vuelven a la misma caja». Ahora, plantada encima de una colina con una espada en la mano, lo entendía mucho mejor.

—Ponte en posición —le dijo a su hermana, y Taryn se subió al espino sin perder un instante.

Jude revisó la posición del sol, preguntándose qué clase de argucias emplearía Madoc. Cuanto más esperase, la noche se volvería más cerrada, y al contrario que Jude y Taryn, Madoc podía ver en la oscuridad.

Pero, al final, Madoc no utilizó ninguna argucia. Salió del bosque y empezó a avanzar hacia ellas, aullando como si estuviera liderando un ejército formado por un centenar de hombres. A Jude le flaquearon las piernas por el terror.

«Solo es un juego», se recordó a la desesperada. Sin embargo, cuanto más se acercaba Madoc, menos creía esas palabras. Su instinto animal la instaba a correr.

Su estrategia parecía ridícula frente a un enemigo tan colosal, frente al miedo que la embargaba. Jude se acordó de su madre sangrando en el suelo, evocó el olor de sus entrañas a medida que salían de su cuerpo. El recuerdo restalló en su cabeza como un trueno. Iba a morir.

«Corre —le instaba su cuerpo—. ¡CORRE!».

No, eso fue lo que hizo su madre. Jude se quedó quieta.

Se obligó a adoptar la primera posición, pese a que le temblaban las piernas.

Madoc tenía ventaja, incluso ascendiendo por esa colina, porque tenía a la inercia de su parte. Las piedras que le llovieron encima, de manos de Taryn, apenas frenaron su avance.

Jude se quitó de en medio, sin molestarse siquiera en intentar detener el primer golpe. Protegiéndose detrás de un árbol, esquivó el segundo y el tercero. Cuando llegó el cuarto, cayó derribada sobre la hierba.

Cerró los ojos cuando Madoc estaba a punto de rematarla.

—Puedes apropiarte de algo cuando nadie te mira. Pero defenderlo, incluso aunque cuentes con ventaja, no es tarea fácil —le dijo Madoc, riendo. Jude abrió los ojos y vio que le estaba tendiendo la mano—. Es mucho más fácil conseguir poder que aferrarse a él.

Jude se sintió aliviada. Solo era un juego, después de todo. Una lección más.

—Eso no ha sido justo —protestó Taryn.

Jude se quedó callada. Nada era justo en Faerie. Ya había dejado de esperar que lo fuera.

Madoc la ayudó a levantarse y le pasó un brazo por los hombros. Atrajo a las dos gemelas hacia su cuerpo para abrazarlas. Madoc olía a humo y a sangre seca, y Jude se pegó a él. Era agradable sentirse abrazada. Aunque te abrazara un monstruo.



El nuevo rey supremo de Faerie está recostado en su trono, con la corona ladeada con descuido y una larga y chillona capa carmesí prendida de los hombros y desparramada por el suelo a su alrededor. Un pendiente reluce desde lo alto de una oreja puntiaguda. Unos aparatosos anillos centellean junto a sus nudillos. Aunque su ornamento más ostentoso, sin embargo, son sus labios suaves y huraños.

Le dan un aspecto de cretino absolutamente acorde con su personalidad.

Me encuentro situada a su lado, en el respetable puesto de senescal. Se supone que soy la consejera más fidedigna del rey supremo Cardan, así que interpreto ese papel en lugar de mi verdadero rol: el de la mano detrás del trono, con poder para obligarle a obedecer en caso de que intente jugármela.

Oteo la multitud en busca de un espía de la Corte de las Sombras. Han interceptado una comunicación procedente de la Torre del Olvido —donde está encarcelado el hermano de Cardan—, y me la van a traer a mí en vez de a su destinatario inicial. Y esa es solo la crisis más reciente.

Han pasado cinco meses desde que obligué a Cardan a asumir el trono de Elfhame, convertido en mi marioneta; cinco meses desde que traicioné a mi

familia, desde que mi hermana se llevó a mi hermano pequeño al reino mortal, lejos de la corona que podría haber portado; cinco meses desde que crucé mi espada con la de Madoc.

Y en todo ese tiempo he sido incapaz de dormir más que unas pocas horas de un tirón.

Parecía un buen trato. Uno muy feérico, incluso: poner a alguien que me desprecia en el trono para que Oak quedara fuera de peligro. Resultó emocionante engañar a Cardan para que prometiera servirme durante un año y un día, y excitante cuando mi plan se hizo realidad. Por aquel entonces, un año y un día me parecían una eternidad. Pero ahora debo encontrar la manera de mantener a Cardan bajo mi poder —y alejado de los problemas— durante más tiempo. Lo suficiente como para darle a Oak la oportunidad de disfrutar de algo que yo no tuve: una infancia.

Ahora, un año y un día me parecen apenas un suspiro.

Y a pesar de haber subido a Cardan al trono por medio de mis propias maquinaciones, a pesar de que conspiro para mantenerlo allí, no puedo evitar sentirme nerviosa por lo cómodo que se le ve.

Los regentes de Faerie están vinculados a la tierra. Son la savia y el latido de su reino, en un sentido místico que no termino de entender. Pero sin duda ese no es el caso de Cardan, empecinado en ser un haragán que no cumple ninguna labor real de gobierno.

En general, sus obligaciones parecen limitarse a extender sus manos cargadas de anillos para que se las besen y a aceptar los cumplidos de los feéricos. Seguro que disfruta con esa parte: los besos, las reverencias y el peloteo. Y está claro que disfruta del vino. No para de pedir que le rellenen el cáliz incrustado de cabujones con un líquido de color verde claro. Solo con olerlo me da vueltas la cabeza.

Durante una pausa, Cardan alza la cabeza para mirarme, enarcando una ceja negra.

—¿Te diviertes?

—No tanto como tú —respondo.

No importa cuánto me despreciara cuando íbamos a la escuela, solo era un pálido reflejo del odio que siente hacia mí ahora. Sus labios forman una sonrisa. Sus ojos despiden un brillo malicioso.

—Contempla a tus súbditos. Es una lástima que ninguno sepa quién los gobierna en realidad.

Me ruborizo un poco al oír eso. Cardan tiene el don de tomar un cumplido y convertirlo en un insulto; así duele todavía más, por la tentación de tomárselo al pie de la letra.

Me he pasado muchas fiestas intentando pasar desapercibida. Ahora todo el mundo me ve, bañada por la luz de las velas, con uno de los tres jubones negros y casi idénticos que llevo cada velada, y con mi espada, Noctámbula, prendida de la cintura. Los feéricos giran en sus danzas circulares e interpretan sus canciones, beben su vino dorado, componen sus acertijos y tejen sus maldiciones mientras yo los contemplo desde el estrado real. Son hermosos y horribles, y puede que desdeñen mi mortalidad, puede que incluso se burlen de ella, pero la que está aquí arriba soy yo.

Por supuesto, puede que esto no difiera tanto de cuando me ocultaba. Puede que ahora simplemente me esté escondiendo a la vista de todos. Pero no puedo negar que el poder que ostento me produce euforia, una descarga de placer cada vez que pienso en él. Espero que Cardan no se dé cuenta.

Si me fijo con atención, puedo ver a mi hermana gemela, Taryn, bailando con Locke, su prometido. Locke, el mismo que pensé que me amaba. Locke, el mismo al que pensé que podría llegar a amar. Aunque es a Taryn a la que echo de menos. En noches como esta, me imagino saltando del estrado y corriendo hacia ella para intentar explicarle mis decisiones.

Solo quedan tres semanas para su boda y seguimos sin dirigirnos la palabra.

No paro de decirme que necesito que sea ella la que acuda a mí. Me la jugó con lo de Locke. Aún me siento idiota cuando los miro. Si no piensa disculparse, al menos debería ser ella la que finja que no hay nada que perdonar. Puede que incluso me valiera con eso. Pero no pienso ser yo la que acuda a Taryn arrastrándose.

La sigo con la mirada mientras baila.

No me molesto en buscar a Madoc. Su afecto es parte del precio que pagué para ocupar este puesto.

Un feérico arrugado y de corta estatura, con una maraña de cabello plateado y una chaqueta escarlata, se arrodilla a los pies del estrado, esperando a recibir audiencia. Lleva unos brazaletes enjoyados, y el alfiler con forma de polilla que sujeta su capa tiene unas alas que se mueven por sí solas. A pesar de su postura servil, su mirada desprende codicia.

A su lado hay dos pálidos habitantes de las colinas, con largas extremidades y una melena que ondea a sus espaldas, aunque no hay brisa.

Sobrio o ebrio, ahora que Cardan es el rey supremo, tiene que escuchar a aquellos súbditos que quieren que interceda en algún problema —por nimio que sea— o que les conceda alguna ayuda. No me puedo imaginar por qué alguien querría dejar su destino en manos de Cardan, pero Faerie está repleta de peculiaridades.

Por suerte, yo estoy aquí para susurrarle mi consejo al oído, como haría cualquier senescal. La diferencia es que Cardan tiene que hacerme caso. Y aunque me responda susurrando unos insultos horribles, en fin, al menos está obligado a obedecer.

Por supuesto, la pregunta inevitable es si merezco tener todo este poder. «No trato mal a los demás solo por divertirme —me digo—. Eso tiene que contar».

—Ah —dice Cardan, inclinándose hacia delante en el trono, provocando que la corona descienda un poco más sobre su frente. Pega un largo trago de vino y sonríe al trío que tiene delante—. Debe de tratarse de un asunto serio si venís a exponerlo ante el rey supremo.

—Puede que hayáis oído historias acerca de mí —dice el feérico de corta estatura—. Yo fabriqué la corona que reposa sobre vuestra cabeza. Soy Grimsen el Herrero, y llevo largo tiempo en el exilio junto con el rey abedul. Ahora sus huesos descansan y hay un nuevo rey abedul en Fairfold, de igual modo que hay un nuevo rey supremo aquí.

—Severin —digo.

El herrero me mira, visiblemente sorprendido por mi intervención. Después vuelve a mirar al rey supremo.

—Os pido que me permitáis volver a la corte suprema.

Cardan parpadea unas cuantas veces, como si estuviera intentando enfocar la imagen del peticionario que tiene delante.

—¿Y dices que te exiliaron? ¿O te fuiste por voluntad propia?

Recuerdo que Cardan me contó algo acerca de Severin, pero no mencionó a Grimsen. Aunque he oído hablar de él, por supuesto. Es el herrero que fabricó la corona sanguínea para Mab y la envolvió en un hechizo. Se cuenta que puede crear cualquier cosa a partir del metal, incluso seres vivos: pájaros metálicos capaces de volar o serpientes que atacan y culebrean. Fue él quien forjó las espadas gemelas, Certera y Veraz: una que jamás yerra un golpe y otra que es capaz de atravesar cualquier cosa. Por desgracia, las creó para el rey abedul.

—Le debía lealtad, como sirviente que era —dijo Grimsen—. Cuando se fue al exilio, me vi obligado a acompañarle… Y al hacerlo, caí en desgracia. Aunque

solo le fabriqué baratijas en Fairfold, vuestro padre aún me consideraba su marioneta. Ahora que están muertos, pido permiso para hacerme un hueco en vuestra corte. No me castiguéis más y mi lealtad hacia vos será tan grande como vuestra sabiduría.

Observo al pequeño herrero más detenidamente, convencida de repente de que está jugando con las palabras. Pero ¿con qué fin? La petición parece sincera, y aunque la humildad de Grimsen no lo sea, en fin, su fama le precede.

—Está bien —dice Cardan, que parece contento de que le pidan algo fácil de conceder—. Tu exilio ha terminado. Júrame lealtad y la Corte Suprema te recibirá con los brazos abiertos.

Grimsen hace una marcada reverencia, con un gesto dramático de aflicción.

—Noble rey, esto que pedís a vuestro humilde siervo es algo nimio y razonable. Pero yo, que he sufrido tanto por culpa de esos juramentos, prefiero no volver a hacerlos. Permitidme que os muestre mi lealtad a través de mis actos, en lugar de atarme con mis palabras.

Le apoyo una mano a Cardan en el brazo, pero él se zafa y elude mi advertencia. Podría decirle algo y él se vería obligado, como mínimo, a no contradecirme —a causa de una orden anterior—, pero no sé qué decir. Contar con los servicios del herrero, forjando para Elfhame, es algo para tener en cuenta. Supliría, tal vez, la ausencia del juramento.

Aun así, Grimsen parece demasiado satisfecho, demasiado seguro de sí mismo. Me huelo una argucia. Pero Cardan interviene antes de que pueda deducir algo más:

—Acepto tu condición. Es más, te haré un obsequio. Hay una vieja fragua situada en los límites de los terrenos del palacio. Podrás disponer de ella, junto con todo el metal que necesites. Estoy deseando ver qué eres capaz de forjar para nosotros.

Grimsen realizó una nueva reverencia.

—Vuestra generosidad no caerá en saco roto.

Esto no me gusta, aunque puede que esté exagerando. Tal vez se deba a que no me cae bien el herrero. Pero no me da tiempo a pensar en ello, porque entonces se presenta un nuevo peticionario.

Es una bruja, lo bastante vieja y poderosa como para que el aire parezca crepitar a su alrededor con la fuerza de su magia. Tiene los dedos espigados, el cabello del color del humo y una nariz que parece el filo de una guadaña. Alrededor del pescuezo lleva un collar de rocas, cada una con unas espirales

talladas tan llamativas como desconcertantes. Cuando se mueve, hace ondear la pesada toga en la que va envuelta. Por debajo asoman unos pies terminados en garras, como los de un ave de presa.

—Reyezuelo —dice la bruja—. Madre Tuétano os trae unos presentes.

—Tu lealtad es lo único que requiero —replica Cardan con suavidad—. De momento.

—Oh, ya he jurado lealtad a la corona, desde luego —dice la bruja, al tiempo que rebusca en uno de sus bolsillos y saca un trozo de tejido más negro que el cielo nocturno, tanto que parece absorber la luz a su alrededor. El tejido se escurre por su mano—. Pero he emprendido este largo viaje para obsequiaros con algo excepcional.

A los feéricos no les gustan las deudas, por eso no corresponden un favor con un simple agradecimiento. Si les das una torta de avena, llenarán una de las habitaciones de tu casa con grano, excediéndose en el pago para cargar la deuda sobre tus hombros. Aun así, no paran de ofrecer tributos al rey supremo: oro, servicios, espadas con nombre propio. Pero no solemos considerarlos «obsequios». Ni tampoco «excepcionales».

No sé cómo interpretar sus palabras.

—Mi hija y yo tejimos esto a partir de seda de araña y pesadillas. —Su voz es como un ronroneo—. Cualquier prenda confeccionada con este tejido puede frenar el ataque de una espada afilada, y a la vez resultar tan ligera como una sombra.

Cardan frunce el ceño, pero no deja de dirigir la mirada hacia ese maravilloso tejido.

—Admito que no creo haber visto nada igual.

—Entonces, ¿aceptáis lo que os ofrezco? —pregunta la bruja, con un brillo taimado en la mirada—. Soy mayor que vuestros padres. Mayor que las piedras de este palacio. Tan vieja como los huesos de la Tierra. Aunque vos sois el rey supremo, así que Madre Tuétano aceptará vuestra palabra.

Cardan achica los ojos. Se nota que el comentario de la bruja le ha fastidiado.

Está tramando algo, y esta vez sé de qué se trata. Antes de que Cardan pueda abrir la boca, decido intervenir:

—Has hablado de «obsequios», en plural, pero solo nos has mostrado ese tejido tan maravilloso. Seguro que a la corona le complacería tenerlo, pero siempre que se conceda sin pedir nada a cambio.

La bruja me escruta con la mirada, con unos ojos tan fríos y severos como la

noche.

—¿Y quién eres tú para hablar en nombre del rey supremo?

—Soy su senescal, Madre Tuétano.

—¿Y permitís que esta muchacha mortal responda por vos? —le pregunta a Cardan.

Cardan me lanza una mirada tan condescendiente que me ruborizo. No la aparta. Sus labios se estremecen hasta formar una sonrisa.

—Supongo que no me queda más remedio —dice al fin—. Le divierte mantenerme alejado de los problemas.

Me muerdo la lengua mientras Cardan gira la cabeza con gesto sereno hacia Madre Tuétano.

—Es una chica muy astuta —dice la bruja, escupiendo las palabras como si se tratara de una maldición—. Está bien, el tejido es vuestro, majestad. Os lo doy sin pedir nada a cambio. Os daré solo eso y nada más.

Cardan se inclina hacia delante como si estuvieran compartiendo una chanza.

—Venga cuéntame el resto. Me gustan las argucias y las trampas. Incluso aquellas en las que he estado a punto de caer.

Madre Tuétano alterna el peso del cuerpo de un pie al otro, es la primera muestra de nerviosismo que ha dado. Incluso para una bruja tan vetusta como ella asegura ser, es peligroso provocar la ira de un rey supremo.

—Está bien. Si hubierais aceptado todo cuanto os ofrezco, habríais caído bajo el influjo de un *geis*, que solo os permitiría casaros con alguien que haya tejido la tela que llevo en las manos. Es decir, yo misma… o mi hija.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al pensar en lo que podría haber pasado. ¿Es posible que el rey supremo de Faerie se viera obligado a formar parte de un matrimonio así? Sin duda tendría que haber un modo de eludirlo. Pensé en el último rey supremo, que nunca llegó a casarse.

El matrimonio es algo inusual entre los residentes de Faerie porque, una vez convertido en rey, uno sigue siéndolo hasta que muere o abdica. Entre los plebeyos y la nobleza, los matrimonios feéricos se disponen de tal modo que puedan deshacerse. Al contrario que la fórmula mortal «hasta que la muerte os separe», incluyen condiciones como «hasta que ambos renunciéis al otro» o «salvo que uno agreda al otro con saña» o una frase planteada de un modo muy artero: «por la duración de una vida», sin especificar cuál. Pero una unión entre reyes y reinas jamás puede deshacerse.

Si Cardan se casara, no solo tendría que sacarlo del trono para coronar a Oak.

También tendría que expulsar a su novia.

Cardan enarca las cejas, pero es un gesto que no denota la más mínima preocupación.

—Me halagas, querida. No tenía ni idea de que estuvieras interesada.

La bruja mantiene una mirada impávida mientras le entrega el obsequio a uno de los miembros de la guardia personal de Cardan.

—Ojalá se os pegue la sabiduría de vuestros consejeros.

—Ese es el ferviente deseo de muchos —responde Cardan—. Dime, ¿tu hija te ha acompañado en el viaje?

—Aquí está, sí —responde la bruja.

Una muchacha emerge de entre la multitud para postrarse ante Cardan. Es joven, con la melena suelta y enmarañada. Al igual que su madre, sus extremidades tienen una longitud inusitada, como si fueran ramitas; pero al contrario que la complexión huesuda de su progenitora, ella posee cierta gracia. Tal vez ayude que sus pies parezcan humanos.

Aunque, para ser justos, los tiene torcidos hacia atrás.

—Yo sería un marido horrible —dice Cardan, dirigiendo su atención hacia la muchacha, que parece encogerse ante la intensidad de su mirada—. Pero concédeme un baile y te mostraré mis otros talentos.

Le miro con suspicacia.

—Vámonos —le dice Madre Tuétano a la muchacha; la agarra del brazo, sin mucha suavidad que digamos, y la arrastra hacia la multitud. Después se gira para mirar a Cardan—. Volveremos a vernos, los tres.

—Hazte a la idea de que todas querrán casarse contigo —dice Locke.

Reconozco su voz antes incluso de ver que ha ocupado el lugar que Madre Tuétano ha dejado libre.

Le dirige una sonrisa a Cardan, con cara de sentirse satisfecho consigo mismo y con el mundo en general.

—Es mejor tener consortes —añade Locke—. Montones y montones de consortes.

—Y lo dice un hombre que está punto de casarse —le recuerda Cardan.

—Bah, no sigas por ahí. Al igual que Madre Tuétano, te he traído un obsequio. —Locke avanza un paso hacia el estrado—. Uno con menos pullas.

No me mira ni una sola vez. Es como si no me viera o como si me considerase tan irrelevante como un mueble.

Ojalá eso no me molestara. Ojalá no recordara encontrarme en lo alto de la

torre más grande de su finca, sintiendo el roce de su cálido cuerpo. Ojalá no me hubiera utilizado para poner a prueba el amor que siente mi hermana hacia él. Ojalá ella no se lo hubiera permitido.

«Si los deseos fueran caballos —solía decir mi padre mortal—, los mendigos cabalgarían». Otra de esas frases que no tienen sentido hasta que lo cobran de repente.

—¿De veras? —Cardan parece más perplejo que intrigado.

—He venido a ofrecerte mis servicios como maestro de festejos —anuncia Locke—. Concédeme ese puesto y será un placer dedicar todo mi empeño a impedir que el rey supremo de Elfhame se aburra.

Existen muchos empleos en un palacio: sirvientes y ministros, embajadores y generales, sastres y consejeros, bufones y creadores de acertijos, mozos de cuadra para los caballos y guardianes para las arañas, junto con otra docena de puestos que he olvidado. Ni siquiera sabía que existiera un maestro de festejos. Y puede que así fuera, hasta ahora.

—Te concederé placeres que ni te imaginas. —La sonrisa de Locke es contagiosa. Lo que traerá son problemas, eso seguro. Problemas con los que no puedo perder el tiempo.

—Ten cuidado —digo, atrayendo la atención de Locke por primera vez—. No querrás menospreciar la imaginación del rey supremo.

—Eso no sería buena idea —dice Cardan con un tono que resulta difícil de interpretar.

A Locke no le flaquea la sonrisa. En vez de eso, se encarama al estrado, provocando que los caballeros que hay a ambos lados se acerquen de inmediato para detenerle. Cardan les hace un gesto para que se alejen.

—Si lo nombras maestro de festejos… —me apresuro a decir, a la desesperada.

—¿Me estás dando una orden? —me interrumpe Cardan, enarcando una ceja.

Sabe que no puedo decir que sí cuando corro el riesgo de que Locke lo escuche.

—Por supuesto que no —digo a mi pesar.

—Bien —dice Cardan, dirigiendo la mirada hacia otro lado—. Tengo intención de aceptar tu propuesta, Locke. Esto ha estado muy aburrido últimamente.

Locke sonríe y yo me muerdo el interior del carrillo para reprimir la orden que estoy a punto de dar. Me habría gustado ver qué cara ponía, alardear de mi

poder ante él.

Habría sido gratificante, pero imprudente.

—Antes, Estorninos, Alondras y Halcones competían por el corazón de la corte —dice Locke, refiriéndose a las facciones que preferían los festejos, el arte o la guerra. Facciones que ganaban y perdían el favor de Eldred—. Pero ahora el corazón de la corte es tuyo y solo tuyo. Vamos a partirlo.

Cardan mira a Locke de un modo extraño, como si se estuviera planteando —por primera vez, al parecer— que ser el rey supremo puede resultar divertido. Como si se estuviera imaginando lo que sería gobernar sin tener que lidiar con mis restricciones.

Entonces, en el otro extremo del estrado, diviso por fin a Bomba, una espía de la Corte de las Sombras cuyo cabello blanco forma un halo alrededor de su rostro moreno. Me hace señas.

Detesto que Locke y Cardan se junten —no me gusta el concepto que tienen de la diversión—, pero intento apartar ese pensamiento mientras me bajo del estrado y me dirijo hacia ella. Al fin y al cabo, es imposible conspirar contra Locke cuando está embebido en alguna de sus ocurrencias…

De camino hacia el lugar donde se encuentra Bomba, oigo como la voz de Locke resuena entre la multitud.

—Celebraremos el plenilunio en el Bosque Lechoso, y allí el rey supremo hará gala de un libertinaje del que los bardos cantarán en el futuro, os lo prometo.

Siento un nudo en el estómago.

Locke está subiendo al estrado a unas cuantas ninfas que ha sacado de entre la multitud, cuyas alas iridiscentes brillan bajo la luz de las velas. Una chica se ríe a carcajadas mientras alarga la mano hacia el cáliz de Cardan, luego se lo bebe hasta los posos. Pienso que Cardan se le lanzará a la yugular, que la humillará o le hará jirones las alas, pero se limita a sonreír y a pedir más vino.

No sé qué estará tramando Locke, pero Cardan parece muy dispuesto a seguirle la corriente. En Faerie, todas las coronaciones van seguidas de un mes de festejos: banquetes, bebida, acertijos, duelos y más. Se espera que los feéricos bailen hasta desgastar las suelas de sus zapatos, desde el ocaso hasta el amanecer. Pero pasados cinco meses desde que Cardan se convirtiera en rey supremo, el gran salón siempre está concurrido, los cuernos llenos a rebosar de hidromiel y vino de trébol. La intensidad de los festejos apenas se ha reducido.

Hacía mucho tiempo que Elfhame no contaba con un rey supremo tan joven,

así que los cortesanos se han contagiado de un ambiente salvaje y frenético. El plenilunio se celebrará pronto, antes incluso que la boda de Taryn. Si Locke pretende aumentar la intensidad de los festejos cada vez más, ¿cuánto tiempo tardará en convertirse en un peligro?

Con cierta dificultad, le doy la espalda a Cardan. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tendría interceptar su mirada? Su odio es tal que hará todo lo posible —sin salirse de mis órdenes— para desafiarme. Y es alguien a quien se le dan muy bien los desafíos.

Me gustaría decir que siempre me ha odiado, pero durante un período de tiempo breve y extraño, fue como si nos entendiéramos, puede que incluso como si nos gustáramos. Una alianza del todo inesperada, que comenzó con mi cuchillo pegado a su pescuezo, dio como resultado que Cardan confiara lo suficiente en mí como para ponerse a mi servicio.

Una confianza que yo traicioné.

Antaño, Cardan me martirizaba porque era joven y cruel, porque estaba enfadado y aburrido. Ahora tiene motivos de más peso para los martirios que me infligirá cuando haya transcurrido un año y un día. Va a resultar muy difícil mantenerlo siempre bajo mi control.

Llego hasta Bomba, que me entrega un trozo de papel.

—Otra nota para Cardan remitida por Balekin —dice—. Esta logró llegar hasta el palacio antes de que pudiéramos interceptarla.

—¿Dice lo mismo que las otras dos?

Bomba asiente.

—Más o menos. Balekin intenta regalarle los oídos al rey supremo para que vaya a visitarlo a su celda. Quiere proponerle una especie de trato.

—Típico de él —digo, contenta una vez más de haber entrado en la Corte de las Sombras y de poder contar con ellos para cuidarme las espaldas.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta.

—Iré a ver al príncipe Balekin. Si quiere hacerle una oferta al rey supremo, primero tendrá que convencer a su senescal.

Bomba tuerce el gesto.

—Iré contigo.

Vuelvo a mirar hacia el trono y ondeo una mano con languidez.

—No. Quédate aquí. Intenta que Cardan no se meta en problemas.

—El problema es él —me recuerda, aunque esa afirmación no parece inquietarla especialmente.

Mientras me dirijo hacia los pasadizos que conducen al palacio, diviso a Madoc en el otro extremo de la estancia, medio oculto entre las sombras, observándome con sus ojos felinos. Está demasiado lejos como para hablar conmigo, pero si no fuera así, no me cabe duda de lo que me diría:

«Es mucho más fácil conseguir poder que aferrarse a él».



Capítulo 2

Balekin está encarcelado en la Torre del Olvido, en la Isla del Desaliento, el punto más septentrional de Insweal. Insweal es una de las tres islas de Elfhame, conectada con Insmire y con Insmoor por una serie de rocas enormes y porciones de tierra, pobladas solamente por abetos, ciervos plateados y algún que otro arbóreo. Se puede cruzar entre Insmire e Insweal a pie, siempre que no te importe saltar de piedra en piedra, atravesar el Bosque Lechoso a solas y mojarte como mínimo un poco.

A mí sí me molestan esas cosas, así que prefiero ir a caballo.

Como senescal del rey supremo, tengo acceso a sus establos. Como no soy una experta, he elegido una yegua que parece bastante dócil, con un pelaje de color negro y una crin con unos intrincados nudos que probablemente tengan propiedades mágicas.

La saco del establo mientras un duende me trae una brida y una embocadura.

Entonces me encaramo a su lomo y pongo rumbo hacia la Torre del Olvido. Las olas rompen contras las rocas un poco más abajo. Una neblina salada inunda el ambiente. Insweal es una isla inhóspita, muchos de sus parajes carecen de

vegetación, no son más que rocas negras, pozas y una torre con revestimientos de hierro.

Dejo la yegua atada a una de las anillas negras de metal incrustadas en la pared de piedra de la torre. El animal resopla con nerviosismo, con la cola entre las patas. Le acaricio el hocico con la esperanza de reconfortarla.

—No tardaré, después podremos irnos de aquí —le digo, mientras pienso que debería haberle preguntado al duende cómo se llama la yegua.

Me siento casi igual que ella cuando llamo a la robusta puerta de madera.

Una criatura grande y peluda acude a abrir. Lleva puesta una coraza forjada con maestría, de la que asoma un pelaje rubio. Está claro que es un soldado, lo que antes significaba que me trataría bien, por respeto a Madoc, pero ahora podría significar todo lo contrario.

—Soy Jude Duarte, senescal del rey supremo —me presento—. Vengo por un asunto de la corona. Déjame entrar.

La criatura se echa a un lado, manteniendo abierta la puerta, y accedo al vestíbulo en penumbra de la Torre del Olvido. Mis ojos mortales se adaptan lentamente y con dificultad a la falta de luz. No poseo la capacidad feérica de poder ver en mitad de una oscuridad casi total. Hay al menos tres guardias, pero apenas logro distinguir sus siluetas.

—Supongo que has venido a ver al príncipe Balekin —dice alguien desde el fondo de la estancia.

Me inquieta no poder ver con claridad a mi interlocutor, pero disimulo mi incomodidad y asiento con la cabeza.

—Llévame ante él.

—Vulciber —dice la voz—. Acompáñala tú.

La Torre del Olvido se llama así porque se concibió como un sitio donde encerrar a los feéricos cuando un monarca quiere borrarlos de la memoria de la corte. A la mayoría de los criminales se los castiga con maldiciones ocurrentes, cruzadas o alguna otra muestra del dictamen caprichoso de las hadas. Para terminar aquí, tienes que haber cabreado mucho a algún pez gordo.

Los guardias son en su mayoría soldados, para los que un lugar tan lúgubre y desolado encaja con su temperamento, o para aquellos cuyos comandantes quieren darles una lección de humildad. Mientras contemplo las sombrías figuras que me rodean, me cuesta adivinar a qué categoría pertenecen.

Vulciber se acerca hasta mí y reconozco al soldado peludo que me abrió la puerta. Debe de tener algo de trol, con esa frente protuberante y esas

extremidades tan largas.

—Guíame —le ordeno.

Vulciber me responde con una mirada severa. No sé qué será lo que le disgusta de mí —mi mortalidad, mi posición, mi intromisión de hoy—, pero no se lo pregunto. Me limito a seguirle escaleras abajo, adentrándome en un entorno húmedo y oscuro cargado de esencias minerales. El olor del suelo copa el ambiente, y hay un tufo a podrido, como a hongos, que no consigo identificar.

Me detengo cuando la oscuridad se vuelve demasiado impenetrable y temo que pueda tropezar.

—Enciende los faroles —digo.

Vulciber se acerca, noto su aliento en el rostro, trae consigo un olor a hojas húmedas.

—¿Y si no lo hago?

Empuño velozmente una daga, recién extraída de la vaina que llevo en una manga. La presiono contra su costado, justo por debajo de las costillas.

—No quieras saberlo.

—Pero si no puedes ver —insiste, como si le hubiera hecho un feo por no sentirme intimidada como él esperaba.

—Puede que simplemente prefiera un poco más de luz —replico, intentando que no me tiemble la voz, aunque el corazón me late desbocado y empiezan a sudarme las manos. Si tenemos que luchar en las escaleras, más me vale golpear rápido y con acierto, porque seguramente solo tendré una oportunidad.

Vulciber se aleja de mi cuchillo y de mí. Oigo sus fuertes pisadas por las escaleras y las cuento por si acaso me toca seguirle a ciegas. Pero entonces se enciende una antorcha que despide una llamarada verdosa.

—¿Y bien? —inquiere—. ¿Vienes o no?

Las escaleras pasan junto a varias celdas, algunas vacías y otras cuyos ocupantes se encuentran tan lejos de los barrotes que la luz de la antorcha no los ilumina. No reconozco a ninguno hasta llegar al último.

El príncipe Balekin lleva el pelo recogido con una tiara, un recordatorio de sus orígenes regios. Pese a estar prisionero, no parece que pase demasiadas penurias. Tres alfombras cubren el húmedo suelo de piedra. Él está sentado en una butaca tallada, observándome con los ojos entornados, brillantes como los de un búho. Hay un samovar dorado apoyado encima de una mesita elegante. Balekin acciona una palanca y un chorro aromático y humeante de té cae en un frágil recipiente de porcelana. El olor me recuerda al de las algas.

Pero da igual lo elegante que parezca; sigue estando encerrado en la Torre del Olvido, donde unas cuantas polillas rojizas se posan en la pared, por encima de él. Cuando derramó la sangre del viejo rey supremo, las gotitas se convirtieron en polillas que revolotearon durante unos pasmosos segundos antes de morir, al menos en apariencia. Yo pensaba que habían desaparecido todas, pero al parecer aún le persiguen unas cuantas, como recordatorio de sus pecados.

—Lady Jude de la Corte de las Sombras —dice Balekin, como si creyera que voy a sentirme halagada al oír eso—. ¿Puedo ofrecerte una taza de té?

Percibo movimiento en una de las demás celdas. Me pregunto cómo serán sus reuniones para tomar el té cuando yo no estoy delante.

No me gusta que conozca la Corte de las Sombras ni mi relación con ellos, pero tampoco me sorprende del todo. El príncipe Dain, nuestro jefe y maestro de espías, era hermano suyo. Y si Balekin conocía la existencia de la Corte de las Sombras, seguramente reconoció a uno de ellos cuando robó la corona sanguínea y la dejó en manos de mi hermano para que pudiera coronar a Cardan.

Balekin tiene motivos de peso para no alegrarse demasiado de verme.

—Me temo que debo rechazar el té —respondo—. No me entretendré mucho. Le has enviado al rey supremo ciertas misivas. Mencionabas algo acerca de un trato. Un acuerdo. He venido en su nombre para oír lo que tengas que decirle.

Su sonrisa parece plegarse sobre si misma, se vuelve desagradable.

—Me subestimas —dice Balekin—. Pero sigo siendo un príncipe de Faerie, incluso aquí. Vulciber, ¿harías el favor de acercarte a la senescal de mi hermano y arrearle un guantazo en su preciosa carita?

El golpe se produce con la mano abierta, más deprisa de lo que habría imaginado. El sonido que hace su palma al impactar contra mi piel resulta ensordecedor. Me deja dolorida y furiosa.

Mi daga regresa a mi mano derecha, con otra igual en la izquierda.

Vulciber me mira con avidez.

El orgullo me insta a luchar, pero él es más grande que yo y está familiarizado con el entorno. Esto no sería una simple competición de esgrima. Aun así, el impulso de derrotarle, de borrarle ese gesto engreído, resulta incontenible.

O casi. «El orgullo es para los caballeros —me recuerdo—, no para los espías».

—Mi cara, no mi carita —murmuro, dirigiéndome a Balekin.

Guardo mis dagas lentamente. Estiro los dedos para tocarme la mejilla. Vulciber me ha pegado tan fuerte como para que los dientes me hayan dejado una llaga en el interior de la boca. Escupo sangre sobre el suelo de piedra.

—Bonito recibimiento. Te arrebaté la corona con mis engaños, así que supongo que puedo tolerar cierto rencor. Sobre todo si viene acompañado de un cumplido. Pero no vuelvas a ponerme a prueba.

De pronto, Vulciber ya no parece tan confiado.

Balekin prueba un sorbo de té y dice:

—Hablas con mucha insolencia, joven mortal.

—¿Y por qué no? —replico—. Hablo con la voz del rey supremo. ¿Crees que tiene algún interés en venir hasta aquí, lejos del palacio y de sus placeres, para conversar con el hermano que tanto le ha hecho sufrir?

El príncipe Balekin se inclina hacia delante desde su asiento.

—Me pregunto qué crees que quieres decir con eso.

—Y yo me pregunto qué mensaje quieres que le transmita al rey supremo.

Balekin se queda observándome. No hay duda de que debo de tener la mejilla enrojecida. Con tiento, prueba otro sorbo de té.

—He oído que, para los mortales, la sensación de enamorarse se parece mucho a la de tener miedo. Se os acelera el corazón. Se os agudizan los sentidos. Os da vueltas la cabeza, puede que incluso os mareéis. —Me mira—. ¿Es cierto? Si es posible confundir ambas sensaciones, eso explicaría mucho sobre tu especie.

—Nunca he estado enamorada —replico, resistiendo ante sus provocaciones.

—Y ha quedado patente que puedes mentir —añade—. No me extraña que Cardan lo encuentre útil. Y Dain también. Fue muy astuto por su parte incluirte en su pequeña banda de inadaptados. Fue inteligente al saber que Madoc te perdonaría la vida. Se pueden decir muchas cosas sobre mi hermano, pero desde luego era muy pragmático.

»Por mi parte, apenas me paraba a pensar en ti, y cuando lo hacía, solo era para provocar a Cardan con tus logros. Pero tú tienes lo que le falta a mi hermano: ambición. Si me hubiese dado cuenta de eso, ahora mismo tendría una corona. Pero creo que tú también me has juzgado equivocadamente.

—¿De veras?

Estoy deseando escuchar su respuesta.

—No pienso darte el mensaje que está dirigido a Cardan. Le llegará de otra manera. Y le llegará pronto.

—En ese caso, estamos perdiendo el tiempo —replico, enojada. He venido hasta aquí, me han abofeteado y me han intimidado para nada.

—Ah, el tiempo —dice Balekin—. Tú eres la única que anda escasa de él, mortal. —Le hace un gesto a Vulciber con la cabeza—. Acompáñala hasta la salida.

—Vamos —dice el guardia, y me empuja sin demasiados miramientos hacia las escaleras.

Mientras subo, giro la cabeza para contemplar el rostro de Balekin, severo bajo la verdosa luz de la antorcha. Su parecido con Cardan resulta inquietante.

Voy por la mitad del camino cuando una mano de largos dedos emerge de entre unos barrotes y me agarra del tobillo. Tropiezo, sobresaltada, arañándome las palmas de las manos y golpeándome las rodillas al desplomarme sobre las escaleras. Siento una punzada repentina en la vieja herida de cuchillo que tengo en el centro de la mano izquierda. Por los pelos no he acabado rodando escaleras abajo.

A mi lado aparece el esbelto rostro de una mujer feérica. Tiene la cola enroscada a uno de los barrotes. De su frente emergen unos cuernecitos curvados hacia atrás.

—Yo conocí a Eva —me dice, con unos ojos que relucen en la oscuridad—. Conocí a tu madre. Conocí muchos de sus secretos.

Me impulso para ponerme en pie y subo las escaleras a toda prisa, con el corazón más acelerado que cuando pensé que tendría que luchar con Vulciber en la oscuridad. Tengo el aliento entrecortado, me duelen los pulmones de tanto jadear.

En lo alto de las escaleras, me detengo para limpiarme las palmas doloridas sobre el jubón e intento recuperar el control.

—Casi lo olvido —le digo a Vulciber cuando mi respiración se ha serenado un poco—. El rey supremo me ha dado una serie de instrucciones. Desea incluir unos cuantos cambios en el trato que se dispensa a su hermano. Tengo el pergamino fuera, en la alforja. Si me acompañas un momento…

Vulciber lanza una mirada inquisitiva al guardia que le ordenó que me guiara hasta Balekin.

—Date prisa —dice la sombría figura.

Y así, Vulciber me acompaña a través de la inmensa puerta de la Torre del Olvido. Iluminadas por la luna, las rocas negras brillan a causa de la espuma del mar, que forma un revestimiento centelleante, como el de una fruta escarchada.

Intento concentrarme en el guardia y no en el sonido del nombre de mi madre. Llevaba tantos años sin escucharlo que, por un instante, no supe por qué era importante para mí.

«Eva».

—Esa yegua solo tiene brida y embocadura —dice Vulciber, frunciendo el ceño al ver el corcel negro que está atado a la pared—. Pero has dicho que…

Le clavo en el brazo una pequeña daga que tenía escondida en el forro de mi jubón.

—Mentí.

Hace falta cierto esfuerzo para arrastrarlo y subirlo a la grupa del caballo. La yegua está adiestrada para reconocer ciertas órdenes, incluida la de arrodillarse, lo cual ayuda. Me muevo tan deprisa como puedo, por temor a que uno de los guardias venga a comprobar que pasa. Pero tengo suerte: no viene nadie antes de que estemos listos para partir.

Una razón más para venir a caballo hasta Insweal en vez de hacerlo a pie: nunca se sabe lo que puedes traerte de vuelta contigo.



Te consideras la cabecilla de una red de espionaje —dice Cucaracha, mientras me observa a mí y después a mi prisionero—. Y eso requiere astucia. Actuar por tu cuenta es una buena forma de conseguir que te pesquen. La próxima vez, llévate a un miembro de la guardia real. Llévate a uno de nosotros. Llévate un enjambre de sílfides o a un *spriggan* borracho. Pero llévate a alguien.

—Vigilar mis espaldas es la oportunidad perfecta para clavarme un puñal —le recuerdo.

—Hablas como el mismísimo Madoc —dice Cucaracha, sorbiéndose la nariz, larga y ganchuda, con gesto irritado.

Se sienta ante la mesa de madera en la Corte de las Sombras, la guarida de espías ubicada en los túneles que se extienden bajo el palacio de Elfhame. Está quemando las puntas de los proyectiles de una ballesta con una llama, después las embadurna con una sustancia pegajosa.

—Si no te fías de nosotros, dilo abiertamente. Ya llegamos a un acuerdo, podemos llegar a otro.

—Eso no es lo que quiero decir —replico, y apoyo la cabeza sobre las manos durante un buen rato.

Claro que me fío de ellos, de lo contrario no habría hablado tan abiertamente. Solo estoy canalizando mi enfado.

Estoy sentada enfrente de Cucaracha, comiendo queso, pan con mantequilla y manzanas. Es el primer bocado que pruebo en todo el día y mi barriga está lanzando unos rugidos furiosos, un recordatorio más de que mi cuerpo no es como el suyo. A las hadas no les suenan las tripas.

Puede que el hambre sea la causa de mi susceptibilidad. Me escuece la mejilla, y aunque logré revertir la situación, me faltó poco para acabar mal. Además, sigo sin saber qué quería decirle Balekin a Cardan.

Cuanto más consuma mis fuerzas, más meteré la pata. A los humanos nos traiciona nuestro cuerpo. Le entra hambre, enferma, se deteriora. Lo sé, pero aun así siempre hay algo que hacer.

Vulciber está sentado a nuestro lado, atado a una silla y con los ojos vendados.

—¿Quieres un poco de queso? —le pregunto.

El guardia refunfuña sin dar una respuesta clara, pero forcejea contra sus ataduras ante esa muestra de atención. Lleva despierto un rato y cada vez se ponía más nervioso, al ver que no hablábamos con él.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —grita al fin, sacudiendo la silla hacia delante y hacia atrás—. ¡Soltadme!

La silla se vuelca y Vulciber se estrella contra el suelo, donde queda tendido de costado. Comienza a forcejear con las cuerdas con todas sus fuerzas.

Cucaracha se encoge de hombros, se levanta y le quita la venda de los ojos.

—Saludos —le dice.

En el otro extremo de la habitación, Bomba se está limpiando las uñas con una cimitarra. Fantasma está sentado en un rincón, tan callado que a veces parece que no está presente. Algunos de los nuevos reclutas se quedan mirando, interesados en los procedimientos. Son un muchacho con alas de gorrión, tres *spriggans* y una *sluagh*. No estoy acostumbrada a tener público.

Vulciber se queda mirando a Cucaracha: su piel verdosa de duende y sus ojos con reflejos naranjas, su nariz alargada y el único mechón de pelo que brota de su cabeza. Después contempla la habitación.

—El rey supremo no permitirá esto —protesta.

Le dirijo una sonrisa triste.

—El rey supremo no sabe nada, y es poco probable que tú se lo cuentes después de que te haya cortado la lengua.

Ver cómo se despliega su miedo me produce una satisfacción casi sensual. Alguien como yo, que ha tenido tan poco poder en su vida, debe tener cuidado con ese sentimiento. El poder se me sube rápido a la cabeza, como el vino feérico.

—Déjame adivinar —digo, y giro sobre mi asiento hasta quedar cara a cara con él, con una frialdad calculada en la mirada—. Pensaste que podrías agredirme y que no habría consecuencias.

Vulciber se encoge un poco al escuchar eso.

—¿Qué quieres?

—¿Quién dice que quiera algo en particular? —replico—. Quizá solo busque revancha…

Como si lo hubiéramos ensayado, Cucaracha saca una espada bastante intimidante de su cinturón y la empuña frente a Vulciber. También le dedica una sonrisa.

Bomba, que sigue afanada con sus uñas, levanta la cabeza y sonríe ligeramente mientras observa a Cucaracha.

—Parece que el espectáculo está a punto de comenzar.

Vulciber forcejea con sus ataduras, sacudiendo la cabeza hacia delante y hacia atrás. La madera de la silla cruje, pero no logra liberarse. Tras resoplar con fuerza varias veces, se desploma.

—Por favor —susurra.

Me toco la barbilla como si acabara de tener una idea.

—O bien podrías ayudarnos. Balekin quería hacer un trato con Cardan. Podrías hablarme de eso.

—No sé nada —responde con desesperación.

—Qué lástima.

Me encojo de hombros y cojo otro trozo de queso, después me lo meto en la boca. Vulciber se queda mirando a Cucaracha y su arma.

—Pero sí conozco un secreto. Vale más que mi vida, más que los tejemanejes de Balekin con Cardan. Si te lo cuento, ¿me das tu palabra de que saldré de aquí ileso esta noche?

Cucaracha me mira, yo me encojo de hombros.

—Está bien —dice Cucaracha—. Si el secreto es tan importante como dices, y si juras que no revelarás nunca tu visita a la Corte de las Sombras, cuéntanoslo y te dejaremos marchar.

—La reina del Inframar —dice Vulciber, que ahora parece ansioso por hablar

—. Su gente trepa por las rocas de noche y le susurra cosas a Balekin. Se cuelan en la torre, no sabemos cómo, y le dejan conchas y dientes de tiburón. Están intercambiando mensajes, aunque no podemos descifrarlos. Hay rumores de que Orlagh planea romper su acuerdo con el reino de la superficie y usar la información que le está proporcionando Balekin para acabar con Cardan.

De todas las amenazas posibles contra el reino de Cardan, la del Inframar era la que menos me esperaba. Su reina tiene una única hija, Nicasia, que se ha criado en tierra firme y forma parte del desagradable grupo de amigos de Cardan. Al igual que Locke, Nicasia y yo tenemos una historia en común. Y al igual que ocurre con Locke, no es agradable.

Pero pensé que la amistad de Cardan con ella significaría que Orlagh se alegraría de que el trono lo ocupara él.

—La próxima vez que se produzca una de esas comunicaciones —digo—, ven a verme. Y si te enteras de algo más que creas que pueda interesarme, ven también a contármelo.

—Eso no es lo que acordamos —protesta Vulciber.

—Cierto —le digo—. Nos has contado una historia. Bastante buena, por cierto. Te dejaremos ir esta noche. Pero puedo recompensarte mejor que cierto príncipe homicida que ni tiene ni tendrá nunca el favor del rey supremo. Hay mejores puestos que custodiar la Torre del Olvido. Y están a tu disposición. Hay oro. Y toda clase de recompensas que Balekin puede prometer, aunque es poco probable que pueda cumplir.

Vulciber me lanza una mirada extraña; seguramente intentando determinar si, puesto que él me ha golpeado y yo le he envenenado, sigue siendo factible una alianza entre nosotros.

—Pero tú puedes mentir —dice al fin.

—Yo te garantizo esas recompensas —interviene Cucaracha. Alarga el brazo y corta las ataduras de Vulciber con su imponente cuchillo.

—Prométeme un puesto fuera de la torre —dice Vulciber, mientras se frota las muñecas y se pone en pie—, y te obedeceré como si fueras el mismísimo rey supremo.

Bomba se ríe al oír eso y me lanza un guiño. Ellos no saben exactamente que tengo el poder de dar órdenes a Cardan, pero sí que tenemos un trato que implica que yo me ocupo de casi todo el trabajo. A raíz de eso, la Corte de las Sombras actúa directamente para la corona y recibe también sus pagos directamente de ella.

«Yo interpreto al rey supremo en la pequeña farsa de Jude», dijo Cardan en una ocasión. Bomba y Cucaracha se rieron, Fantasma no.

Una vez que Vulciber ha intercambiado sus promesas con nosotros —y después de que Cucaracha lo acompañe, con los ojos vendados, hacia los pasadizos que salen del Nido—, Fantasma viene a sentarse a mi lado.

—Vamos a practicar con la espada —dice mientras coge un trozo de manzana de mi plato—. Quema un poco de esa rabia que te consume.

Suelto una risita.

—No lo subestimes. No es fácil mantener una temperatura tan constante —le digo.

—Ni tan alta —replica, observándome detenidamente con sus ojos castaños.

Sé que hay sangre humana en su linaje. Lo noto en la forma de sus orejas y en su cabello pajizo, inusual en Faerie. Pero no me ha contado su historia, y aquí, en este lugar plagado de secretos, me da apuro preguntárselo.

Aunque la Corte de las Sombras no está bajo mi mandato, los cuatro hemos hecho un juramento. Hemos prometido proteger la integridad y la posición del rey supremo para asegurar la seguridad y prosperidad de Elfhame con la esperanza de que se derrame menos sangre y más oro. Me permitieron realizar el juramento mágico, aunque mis palabras no me vinculan tanto como a ellos. Lo que me ata es mi honor y su fe en que efectivamente lo tenga.

—El propio rey ha mantenido audiencia con Cucaracha tres veces en las últimas dos semanas. Está aprendiendo trucos de carterista. Como te descuides, se volverá aún más taimado que tú. —Fantasma ha sido incluido en la guardia personal del rey supremo, lo que le permite mantener a Cardan a salvo, pero también conocer sus hábitos.

Suspiro. Es plena noche y tengo muchas cosas que hacer antes de que amanezca. Aun así, es difícil ignorar esta invitación, que además me pica el orgullo.

Y más ahora, con los nuevos espías atentos a mi respuesta. Reclutamos nuevos miembros, que se quedaron sin trabajo tras los magnicidios. Todos los príncipes y princesas tenían contratados a unos cuantos, y ahora nosotros los hemos empleado a todos. Los *spriggans* son tan pícaros como un gato, pero excelentes a la hora de destapar escándalos. El chico de las alas de gorrión está tan verde como lo estaba yo. Me gustaría que los recién llegados a la Corte de las Sombras piensen que no me achanto ante los desafíos.

—Lo difícil vendrá cuando alguien intente enseñar a nuestro rey a empuñar

una espada —replico, pensando en las frustraciones de Balekin en ese sentido, y también en Cardan, cuando dijo que su mayor virtud era no ser un asesino.

Una virtud que yo no comparto.

—¿De veras? —dice Fantasma—. Quizá tengas que enseñarle.

—Vamos —digo, y me levanto—. A ver si puedo enseñarte algo a ti.

Fantasma se ríe abiertamente al oír eso. Madoc me educó en el manejo de la espada, pero hasta que me uní a la Corte de las Sombras solo conocía una forma de luchar. Fantasma lleva mucho tiempo estudiando y conoce muchas más.

Le sigo hasta el Bosque Lechoso, donde unas abejas con aguijones negros zumban en sus colmenas, situadas en lo alto de esos árboles de corteza blanca. Los hombres árbol están dormidos. El mar acaricia las orillas pedregosas de la isla. El mundo se acalla mientras nos situamos frente a frente. Por más cansada que esté, mis músculos recuerdan mejor que yo lo que tienen que hacer.

Desenfundo a Noctámbula. Fantasma se acerca a toda velocidad, apuntando hacia mi corazón con la punta de su espada. Desvío el golpe, deslizando mi filo sobre su costado.

—No estás tan desentrenada como pensaba —dice mientras intercambiamos varias estocadas, tanteándonos.

No le hablo de los ejercicios que realizo ante el espejo, tampoco menciono mis demás intentos por corregir mis defectos.

Como senescal del rey supremo y regente de facto, tengo muchas cosas que supervisar. Compromisos militares, mensajes de vasallos, peticiones de todos los rincones de Elfhame escritas en multitud de idiomas. Hace apenas unos meses, seguía asistiendo a clase, seguía haciendo deberes para que los corrigieran los profesores. La idea de que pueda desentrañar todo esto parece tan imposible como convertir la paja en oro, pero cada noche me quedo despierta hasta que el sol está alto en el cielo, esforzándome al máximo por conseguirlo.

Ese es el problema de un gobierno títere: que no se dirige solo.

Es posible que la adrenalina no sea un sustituto para la experiencia.

Cuando termina de ponerme a prueba con lo básico, Fantasma comienza la verdadera pelea. Se desliza sobre la hierba con mucha gracilidad; sus pisadas apenas emiten sonido alguno. Golpea una y otra vez, como parte de una ofensiva vertiginosa.

Me defiendo a la desesperada, con toda mi atención concentrada en esto, en el combate. Mis preocupaciones se quedan en segundo plano mientras agudizo

mis sentidos. Incluso el agotamiento sale disparado de mi cuerpo como la pelusa de un diente de león.

Es maravilloso.

Intercambiamos estocadas, adelante y atrás, avanzando y retrocediendo.

—¿Echas de menos el mundo mortal? —me pregunta. Me alivia descubrir que tiene la respiración un poco entrecortada.

—No —respondo—. Apenas lo conocí.

Fantasma ataca de nuevo, su espada convertida en un pez plateado que surca a toda velocidad las aguas de la noche.

«Fíjate en la espada, no en el soldado —me dijo Madoc muchas veces—. El acero no engaña».

Nuestras armas se entrechocan una y otra vez mientras nos movemos en círculos.

—Algo recordarás.

Pienso en el nombre de mi madre, susurrado a través de unos barrotes en la torre.

Fantasma amaga hacia un lado y yo, que estoy distraída, tardo más de la cuenta en advertirlo. Me golpea con la parte plana de su espada en el hombro. Podría haberme desgarrado la piel si no hubiera girado el arma en el último momento, aunque me quedará un moratón.

—Nada importante —respondo, intentando ignorar el dolor. Yo también sé jugar a las distracciones—. Puede que tu memoria funcione mejor que la mía. ¿Qué recuerdas tú?

Fantasma se encoge de hombros.

—Al igual que tú, yo nací allí. —Lanza una estocada, yo bloqueo el golpe—. Pero supongo que las cosas eran distintas hace cien años.

Enarco las cejas y esquivo otro ataque, deslizándome fuera de su alcance.

—¿Fuiste un niño feliz?

—Contaba con la magia. ¿Cómo podría no serlo?

—La magia —repito, y con un giro de mi espada, un movimiento que aprendí de Madoc, logro desarmarle.

Fantasma se queda mirándome. Con sus ojos castaños. Con la boca abierta de asombro.

—Cómo has…

—¿Mejorado? —aventuro, tan satisfecha que ya no me molesta el dolor del hombro.

Esto parece una victoria, pero si hubiera sido un combate de verdad, lo más probable es que la herida del hombro me hubiera impedido realizar ese último movimiento. Aun así, su gesto de sorpresa me entusiasma casi tanto como haber ganado.

—Me alegra que Oak vaya a crecer en otras circunstancias —digo al cabo de un rato—. Lejos de la corte. Lejos de todo esto.

La última vez que vi a mi hermano pequeño, estaba sentado a la mesa en el apartamento de Vivi, aprendiendo a multiplicar como si se tratara de un acertijo. Estaba comiendo queso en barritas. Se reía.

—«Cuando regrese el rey —dice Fantasma, citando una balada—, su camino quedará cubierto por pétalos de rosa y sus pisadas pondrán fin a la cólera». Pero ¿cómo podrá gobernar Oak si tendrá tan pocos recuerdos de Faerie como nosotros del mundo mortal?

La emoción por la victoria remite. Fantasma me sonríe ligeramente, como para mitigar el efecto punzante de sus palabras.

Me acerco a un arroyo cercano y sumerjo las manos, aliviada al sentir el tacto frío del agua. Me la acerco a los labios y bebo con ganas, notando un regusto a cieno y pinochas.

Pienso en Oak. Un niño feérico absolutamente normal, ni especialmente tentado por la crueldad ni libre de ella. Acostumbrado a los mimos, a que la sobreprotectora Oriana lo mantuviera alejado de las preocupaciones. Ahora se está acostumbrando a los cereales azucarados, a los dibujos animados y a una vida libre de traiciones. Reflexiono sobre la oleada de placer que he sentido con mi triunfo pasajero sobre Fantasma, el entusiasmo de ejercer el poder real en la sombra, la preocupante satisfacción que experimenté al humillar a Vulciber. ¿Es preferible que Oak no tenga esos impulsos, o le resultará imposible gobernar sin ellos?

Y ahora que he descubierto mi gusto por el poder, ¿seré capaz de renunciar a él?

Me restriego las manos húmedas por la cara, apartando esos pensamientos.

Solo existe el presente. Solo puedo pensar en estos términos: mañana, esta noche, ahora, pronto y nunca.

Emprendemos el camino de vuelta, caminando mientras el amanecer tiñe de dorado el cielo. A lo lejos oigo el bramido de un ciervo y lo que parecen unos tambores. A mitad de camino, Fantasma inclina la cabeza en un atisbo de reverencia.

—Esta noche me has derrotado. No permitiré que vuelva a pasar.

—Si tú lo dices —replico con una sonrisa.

Cuando llegamos al palacio, el sol está en lo alto y lo único que me apetece es dormir. Pero cuando llego a mis aposentos, me encuentro a alguien plantado ante la puerta.

Es mi hermana gemela, Taryn.

—Te está saliendo un moratón en la mejilla —dice.

Son las primeras palabras que me dirige en cinco meses.



Taryn lleva el cabello engalanado con un halo de laurel y un vestido de un suave color marrón, entretejido con hilos verdes y dorados. Se ha vestido así para acentuar la curvatura de sus caderas y sus pechos, algo inusual en Faerie, donde la gente suele ser muy esbelta. La ropa le sienta muy bien, y hay algo nuevo en el porte de sus hombros que también la favorece bastante.

Taryn es como un espejo, el reflejo de alguien en quien podría haberme convertido.

—Es tarde. —Es lo único que se me ocurre decir, mientras abro la puerta de mis aposentos—. No esperaba que hubiera alguien levantado.

Ya es más de mediodía. El palacio está tranquilo y seguirá así hasta la tarde, cuando los pajes corran por los pasillos y los cocineros enciendan los fuegos. Los cortesanos se levantaran de la cama mucho después, cuando ya haya oscurecido.

Por más ganas que tenía de verla, ahora que la tengo delante, me pongo nerviosa. Debe de querer algo si ha decidido presentarse aquí tan de repente.

—He venido dos veces antes —dice Taryn, siguiéndome al interior del cuarto—. No estabas. Esta vez decidí esperar, aunque me llevara todo el día.

Enciendo los faroles. Aunque afuera es de día, mis aposentos se encuentran en las entrañas del palacio, así que no tienen ventanas.

—Te veo bien.

Taryn desdeña el cumplido con un gesto.

—¿Vamos a seguir peleadas para siempre? Quiero que te pongas una corona de flores y que bailes en mi boda. Vivienne va a venir desde el mundo mortal. Se va a traer a Oak. Madoc me ha prometido que no discutirá contigo. Por favor, dime que vendrás.

¿Vivi va a traer a Oak? Gruño para mis adentros y me pregunto si habrá una posibilidad de quitarle esa idea de la cabeza. Tal vez se deba a que es mi hermana mayor, pero a veces le cuesta tomarme en serio.

Me desplomo sobre el sofá y Taryn hace lo mismo.

Me vuelvo a preguntar qué estará haciendo aquí. ¿Debería exigirle una disculpa o dejarlo correr, que es claramente lo que ella quiere?

—Está bien —le digo, cediendo.

La he echado mucho de menos como para arriesgarme a perderla otra vez. Por el hecho de ser hermanas, intentaré olvidar lo que se siente al besar a Locke. Por mi propio bien, intentaré olvidar que Taryn sabía que Locke estaba jugando conmigo durante su noviazgo.

Bailaré en su boda, aunque me temo que será como hacerlo sobre cuchillos.

Taryn mete la mano en el morral que tiene a sus pies y saca mi serpiente y mi gato de peluche.

—Toma —dice—. Supongo que no querías separarte de ellos.

Son reliquias de nuestra vida mortal, talismanes. Los presiono contra mi pecho, como haría con una almohada. Ahora mismo, parecen un recordatorio de todas mis vulnerabilidades. Hacen que me sienta como una chiquilla que quiere participar en un juego de adultos.

Odio un poco a Taryn por haberlos traído.

Son un recordatorio de nuestro pasado en común. Un recordatorio deliberado, como si no se fiara de que fuera a acordarme sin ayuda. Sacan a relucir mi nerviosismo, cuando me estoy esforzando tanto por no sentir nada.

Al ver que no digo nada en un buen rato, prosigue:

—Madoc también te extraña. Siempre fuiste su favorita.

Suelto un bufido.

—Vivi es su heredera. La primogénita. La que fue a buscar al mundo mortal. *Ella* es su favorita. Y luego vas tú, que vives en su casa y no le traicionaste.

—No estoy diciendo que *sigas* siéndolo —replica Taryn con una risita—. Pero en el fondo se sintió un poco orgulloso de ti cuando se la jugaste para coronar a Cardan. Aunque fuera una estupidez. Creía que odiabas a Cardan. Creía que las dos le odiábamos.

—Le odiaba —digo, sin pensar—. Y le sigo odiando.

Taryn me mira con extrañeza.

—Pensaba que querías castigar a Cardan por todo lo que ha hecho.

Me pongo a pensar en el espanto que le produjo su propio deseo cuando acerqué mis labios a los suyos, con el puñal en la mano, con el filo pegado a su piel. El placer culpable y corrosivo que me produjo ese beso. Sentí como si le estuviera castigando. Como si nos estuviera castigando a los dos al mismo tiempo.

Le odiaba muchísimo.

Taryn está sacando a relucir todos los sentimientos que quiero ignorar, todo eso que quiero fingir que no existe.

—Llegamos a un acuerdo —le digo, lo cual no está muy lejos de la verdad —. Cardan me deja ser su consejera. Ostento una posición de poder y Oak está fuera de peligro.

Me gustaría contarle el resto, pero no me atrevo. Podría contárselo a Madoc, puede que incluso a Locke. No puedo compartir mis secretos con ella, ni siquiera para alardear.

Y, la verdad, debo admitir que tengo unas ganas tremendas de hacerlo.

—Y tú le entregaste a cambio la corona de Faerie…

Taryn se queda mirándome como si le asombrara mi osadía. Al fin y al cabo, ¿quién era yo, una chica mortal, para decidir quién debería ocupar el trono de Elfhame?

«El poder se consigue por la fuerza».

No se imagina lo osada que he sido en otros sentidos. «Robé la corona de Faerie —me gustaría decirle—. El rey supremo Cardan, nuestro viejo enemigo, está bajo mi control». Pero no puedo decir eso, por supuesto. A veces me parece peligroso incluso pensarlo.

—Algo así —respondo en su lugar.

—Ser su consejera tiene que ser un trabajo exigente.

Taryn echa un vistazo por la estancia, obligándome a observarla al mismo tiempo que ella. He ocupado estos aposentos, pero no tengo sirvientes aparte del personal del palacio, a los que casi nunca permito entrar. Hay tazas de té en las

estanterías, platillos en el suelo junto con platos con mondas de fruta y restos de pan. Hay prendas de ropa desperdigadas por doquier, allí donde las dejé caer al desvestirme. Hay libros y papeles por todas partes.

—Te estás desplegando como un carrete. ¿Qué pasará cuando no quede más hilo?

—Pues que hilaré uno nuevo —replico, siguiendo la metáfora.

—Deja que te ayude —dice Taryn, más animada.

—¿Quieres crear un hilo? —pregunto, enarcando las cejas todo lo que puedo.

Ella pone los ojos en blanco.

—Venga, hombre. Puedo hacer cosas para las que no tienes tiempo. Te veo en la corte. A lo sumo tendrás dos chaquetas buenas. Yo podría traerte unos cuantos vestidos viejos y joyas. Madoc no se daría cuenta, y aunque así fuera, no diría nada.

Faerie funciona a base de deudas, de promesas y obligaciones. Al haberme criado aquí, entiendo lo que me está ofreciendo: un obsequio, un presente, en lugar de una disculpa.

—Tengo tres chaquetas —replico.

Taryn enarca las cejas.

—Bueno, entonces supongo que estás servida.

No puedo evitar preguntarme por qué habrá venido ahora, justo después de que Locke haya sido nombrado maestro de festejos. Y puesto que sigue viviendo en casa de Madoc, me pregunto a quién tendrá reservada su lealtad política.

Me avergüenza pensar así. No quiero pensar en ella como me toca hacer con todos los demás. Es mi hermana gemela, la echo de menos, estaba deseando que viniera a verme. Y por fin ha venido.

—Está bien —digo—. Si te apetece, estaría genial que trajeras mis viejas cosas.

—¡Bien! —Taryn se levanta—. Y que sepas que he tenido que contenerme mucho para no preguntarte dónde has estado esta noche ni cómo te has hecho esa herida.

Al oír eso, esbozo una sonrisa instantánea y sincera.

Taryn alarga un dedo para acariciar el cuerpo afelpado de mi serpiente de peluche.

—Ya sabes que te quiero. Igual que Don Siseos. Y ninguno de los dos queremos perderte.

—Buenas noches —le digo, y cuando me da un beso en la mejilla magullada, le doy un abrazo breve y enérgico.

Una vez que se ha ido, agarro mis animales de peluche y los siento a mi lado, sobre la alfombra. Antaño eran un recordatorio de que hubo una época anterior a Faerieland, cuando las cosas eran normales. Antaño me servían de consuelo. Les echo un último vistazo y después, uno por uno, los voy arrojando al fuego.

Ya no soy una niña, y no necesito consuelo.



Una vez terminado, coloco en fila y frente a mí unos relucientes viales de cristal.

El mitridatismo, que así se llama, es un proceso que consiste en ingerir un poco de veneno para protegerse frente a una dosis completa. Empecé hace un año; es otra forma que tengo de corregir mis defectos.

Sigo padeciendo efectos secundarios. Mis ojos despiden un brillo excesivo. Las medialunas de mis uñas se han vuelto azuladas, como si mi sangre no consiguiera suficiente oxígeno. Y cuando duermo… tengo sueños demasiado vívidos y extraños.

Una gota del líquido carmesí de la seta lepiota, que provoca una parálisis potencialmente letal. Un pétalo de *dulcemuerte*, que puede provocar un sueño que dura cien años. Una tajada de baya espectral, que acelera la sangre e induce una especie de furor antes de parar el corazón. Y una semilla de manzana del éxtasis —el fruto feérico—, que empantana las mentes de los mortales.

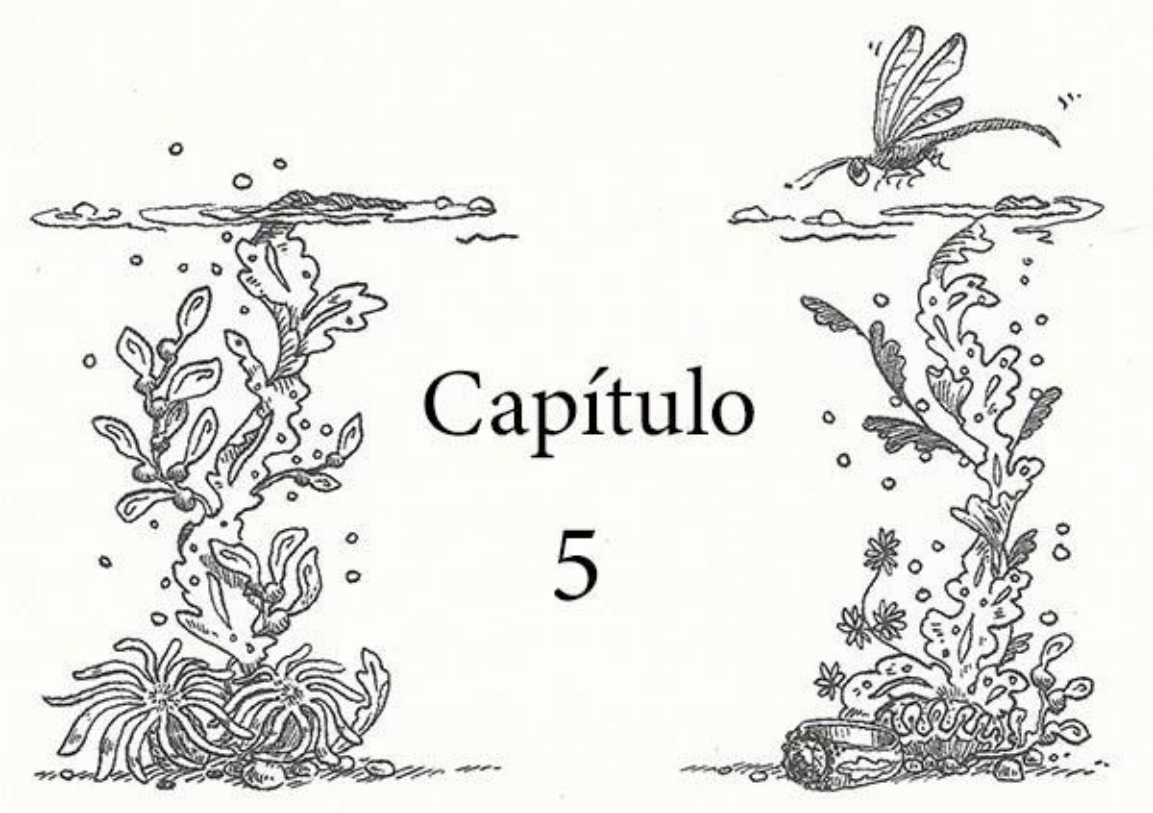
Siento un mareo y unas ligeras náuseas cuando el veneno entra en contacto con mi sangre, pero me sentiría aún peor si me saltara una dosis. Mi cuerpo se ha acostumbrado y ahora ansía aquello que debería denostar.

Una metáfora que también se aplica a otras cuestiones.

Me arrastro hasta el sofá y me tiendo en él. Mientras tanto, las palabras de Balekin resuenan en mi cabeza: «He oído que, para los mortales, la sensación de enamorarse se parece mucho a la de tener miedo. Se os acelera el corazón. Se os

agudizan los sentidos. Os da vueltas la cabeza, puede que incluso os mareéis. ¿Es cierto?».

No sé si me quedo dormida, pero aun así sueño.



Capítulo 5

Me estoy revolviendo entre una maraña de sábanas, papeles y pergaminos sobre la alfombra, delante de la chimenea, cuando Fantasma me despierta. Tengo los dedos manchados de tinta y cera. Miro a mi alrededor, intentando recordar cuándo me levanté, qué estaba escribiendo y a quién.

Cucaracha se encuentra ante el panel abierto del pasadizo secreto que conduce a mis aposentos, observándome con sus ojos inhumanos y reflectantes.

Tengo la piel fría y sudada. El corazón acelerado.

Aún noto el regusto del veneno, amargo y empalagoso, en la lengua.

—Ha vuelto a las andadas —dice Fantasma.

No hace falta preguntarle a quién se refiere. Puede que haya engañado a Cardan para que lleve la corona, pero aún no he aprendido el truco para hacer que se comporte con la dignidad propia de un rey.

Mientras yo estaba fuera recabando información, él estaba con Locke. Ya sabía yo que habría problemas.

Me restriego la cara con la base encallecida de la mano.

—Ya voy —digo.

Vestida aún con la ropa de la noche anterior, me quito la chaqueta y confío en que todo salga bien. Ya en mi dormitorio, me recojo el pelo, lo anudo con una tira de cuero y cubro la maraña con un gorro de terciopelo. Cucaracha frunce el ceño al verme.

—Vas hecha un adefesio. Su majestad no puede dejarse ver con una senescal que parece que acaba de levantarse de la cama.

—Val Moren se tiró una década entera con ramitas en el pelo —le recuerdo, mientras saco unas hojas de menta parcialmente secas de mi armario y las mordisqueo para refrescarme el aliento. El senescal del anterior rey supremo era mortal, igual que yo, estaba obsesionado con una profecía descabellada y en general se consideraba que estaba loco—. Probablemente las mismas ramitas.

—Val Moren es un poeta —replica Cucaracha—. A ellos no se les aplican las mismas reglas.

Le ignoro y sigo a Fantasma hasta el pasadizo secreto que conduce al corazón del palacio, deteniéndome tan solo para comprobar que mis cuchillos siguen alojados entre los pliegues de mi ropa. Las pisadas de Fantasma son tan silenciosas que, cuando no hay suficiente luz para mis ojos humanos, es como si estuviera completamente sola.

Cucaracha no nos sigue. Se marcha en dirección contraria con un gruñido.

—¿Adónde vamos? —pregunto hacia la oscuridad.

—A sus aposentos —me dice Fantasma cuando emergemos a un salón, un piso por debajo del dormitorio de Cardan—. Se ha producido cierto altercado.

Me cuesta imaginar en qué apuro se habrá metido el rey supremo en sus propios aposentos, pero no tardo demasiado en descubrirlo. Cuando llegamos, veo a Cardan descansando entre los restos de su mobiliario. Cortinas arrancadas de sus barras, marcos de cuadros resquebrajados, lienzos agujereados a patadas, muebles rotos. Hay un pequeño fuego encendido en un rincón, la estancia apesta a humo y a vino derramado.

Cardan no está solo. En un sofá cercano están Locke y dos hermosos feéricos —un chico y una chica—, uno con cuernos de carnero, el otro con unas orejas largas con unas puntas peludas, como las de un búho. Todos se encuentran en un estado avanzado de ebriedad y desnudez. Contemplan cómo arde la habitación con una especie de fascinación siniestra.

Los sirvientes están acobardados en el pasillo, sin saber si deberían ponerse a limpiar, exponiéndose a la ira del rey. Incluso los guardias parecen intimidados. Se encuentran rezagados en el pasillo, al otro lado de las inmensas puertas —una

de las cuales está colgando de sus goznes—, listos para proteger al rey supremo de cualquier amenaza que no sea él mismo.

—Carda… —Entonces recuerdo con quién estoy hablando y hago una reverencia—. Su majestad infernal.

Cardan se da la vuelta y, por un instante, parece atravesarme con la mirada, como si no supiera quién soy. Tiene la boca teñida de rojo y las pupilas dilatadas por la embriaguez. Entonces esboza una sonrisa desdeñosa que conozco de sobra.

—Tú.

—Sí —respondo—. Yo.

Me hace señas con una bota de vino.

—Echa un trago.

Lleva puesta una camisa de lino con mangas acampanadas, abierta de par en par. Va descalzo. Supongo que debería alegrarme de que lleve pantalones.

—No tolero bien el alcohol, mi señor —replico, sin faltar a la verdad, achicando los ojos a modo de advertencia.

—¿Acaso no soy tu rey? —inquiere, instándome a contradecirle, a rechazarle.

Obediente, porque estamos delante de más gente, agarro la bota, la acerco a mis labios cerrados y finjo dar un largo trago.

Es obvio que no se lo ha creído, pero no insiste.

—Los demás podéis marcharos. —Señalo a los feéricos que están en el sofá, incluido Locke—. Tú. Muévete. Ya.

Los dos feéricos a los que no conozco se giran hacia Cardan con gesto suplicante, pero él los ignora y no me contradice. Al cabo de un buen rato, se separan a regañadientes y se marchan por la puerta rota.

Locke tarda más tiempo en levantarse. Me sonríe mientras se aleja. Es una sonrisa insinuante que no puedo creer que antaño me resultara encantadora. Me mira como si compartiéramos secretos, aunque no es cierto. No compartimos nada.

Pienso en Taryn, que estaba esperando en mis aposentos mientras comenzaba este jolgorio. Me pregunto si escucharía algo. Me pregunto si estará acostumbrada a quedarse despierta hasta tarde con Locke, viendo arder cosas.

Fantasma menea su cabeza pajiza hacia mí, con un brillo irónico en la mirada. Trabaja en las caballerizas del palacio. Para los caballeros del pasillo y

cualquier otra persona que pudiera estar presente, es solo un miembro más de la guardia personal del rey supremo.

—Me aseguraré de que nadie se mueva de su sitio —dice, para después salir por la puerta y lanzar lo que parecen órdenes a los demás caballeros.

—¿Y bien? —inquiero, mirando a mi alrededor.

Cardan se encoge de hombros, sentado en el recién despejado sofá. Extrae una porción del relleno fabricado con crin de caballo que asoma a través del tejido desgarrado. Sus movimientos son lánguidos. Parece peligroso posar la mirada sobre él durante mucho rato, como si su carácter libertino fuera contagioso.

—Había más invitados —dice, como si eso fuera una explicación—. Se marcharon.

—No me imagino por qué —replico, con toda la sequedad posible.

—Me contaron una historia —dice Cardan—. ¿Te apetece oírla? Érase una vez una chica humana que fue secuestrada por las hadas y, debido a eso, juró destruirlas.

—Vaya —digo—. Es un ejemplo claro de lo pésimo que eres como gobernante si crees que tu reinado es capaz de destruir Faerie.

Aun así, sus palabras me inquietan. No quiero que nadie analice mis motivos. Prefiero que no me consideren influyente. Prefiero pasar desapercibida.

Fantasma regresa del pasillo y apoya la puerta sobre el marco, cerrándola todo lo posible. Una sombra surca sus ojos color avellana. Vuelvo a darme la vuelta hacia Cardan.

—Esa historia no es el motivo por el que me han pedido que viniera. ¿Qué ha pasado?

—Esto —responde, y se dirige a trompicones hacia la habitación que tiene una cama. Allí, incrustadas en la superficie astillada del cabecero, hay dos flechas negras.

—¿Estás enfadado porque uno de tus invitados disparó a tu cama? —aventuro.

Cardan se echa a reír.

—No estaban apuntando a la cama. —Se aparta la camisa y veo un agujero en el tejido y una franja de piel en carne viva en su costado.

Se me entrecorta el aliento.

—¿Quién ha sido? —inquiere Fantasma. Y luego, mientras examina más detenidamente a Cardan, añade—: ¿Y por qué los guardias de ahí fuera no están

más nerviosos? No se comportan como si hubieran fracasado al prevenir un intento de asesinato.

Cardan se encoge de hombros.

—Creo que los guardias piensan que fui yo el que estaba apuntando a mis invitados.

Avanzo un paso y detecto unas gotas de sangre en una de las almohadas. También hay desperdigadas unas cuantas flores blancas, que parecen brotar de la tela.

—¿Alguien más salió herido?

Cardan asiente.

—La chica se llevó un flechazo en la puerta, después se puso a chillar y a decir cosas sin sentido. Así que no es de extrañar que piensen que yo le disparé, puesto que no había nadie más por aquí. El verdadero agresor atravesó las paredes. —Nos mira con los ojos entornados y la cabeza ladeada, con un fulminante gesto acusador—. Al parecer hay una especie de pasadizo secreto.

El palacio de Elfhame está construido en una colina, donde los viejos aposentos del rey supremo Eldred se encuentran situados en el centro, con muros cubiertos de raíces y enredaderas. La corte dio por hecho que Cardan ocuparía esos aposentos, pero él se mudó lo más lejos posible de ellos, a la cumbre de la colina, donde hay unos paneles de cristal incrustados en la tierra a modo de ventanas. Antes de su coronación, habían pertenecido al miembro menos favorecido de la estirpe real. Ahora los residentes del palacio se apresuran a reubicarse para poder estar más cerca del nuevo rey supremo. Mientras tanto, los aposentos de Eldred —abandonados y demasiado majestuosos como para que alguien más pueda reclamarlos— permanecen vacíos.

Solo conozco unas pocas maneras de acceder a los aposentos de Cardan: una enorme y gruesa ventana hechizada para que sea irrompible, unas dobles puertas y, por lo visto, un pasadizo secreto.

—No aparece en el mapa de túneles que tenemos nosotros —le digo.

—Ya —replica. No sé si termina de creerme.

—¿Viste al que te disparó? ¿Y por qué no les contaste a los guardias lo que pasó en realidad? —inquiero.

Cardan me mira con cara de fastidio.

—Vi un borrón negro. Y en cuanto a lo de corregir a los guardias, os estaba protegiendo a la Corte de las Sombras y a ti. ¡Pensé que no os gustaría que la guardia real al completo conociera vuestros pasadizos!

No tengo respuesta para eso. Lo más inquietante de Cardan es lo bien que se le da hacerse el tonto para disimular su astucia.

Enfrente de la cama hay un armario empotrado que abarca toda la pared. Tiene un reloj pintado en el frente, con constelaciones en vez de números. Las manecillas del reloj apuntan hacia una configuración de estrellas que profetiza la llegada de un amante especialmente fogoso.

Por dentro, parece un simple vestidor abarrotado con la ropa de Cardan. Saco las prendas y las dejo caer al suelo, formando una pila de terciopelo, puños, satén y cuero. Desde la cama, Cardan lanza un bufido burlón, como si se sintiera consternado.

Pego la oreja al respaldo de madera, atenta a un posible silbido del viento, mientras palpo la superficie en busca de una corriente de aire. Fantasma hace lo propio por el otro lado. Sus dedos encuentran un resorte que abre una puertecita.

Aunque sabía que el palacio estaba repleto de pasadizos, jamás me habría imaginado que hubiera uno en el dormitorio de Cardan. Aun así… debería haber examinado hasta el último centímetro de pared. Como mínimo, podría haberle pedido a uno de los espías que lo hiciera. Pero lo dejé correr, porque no quería quedarme a solas con Cardan.

—Quédate con el rey —le digo a Fantasma, y, tras coger una vela, me adentro en la oscuridad que se extiende al otro lado de la pared para volver a evitar quedarme a solas con él.

El túnel está en penumbra, iluminado por una serie de manos doradas que sostienen unas antorchas que relucen con una llamarada verde que no despide humo. El suelo de piedra está cubierto por una alfombra andrajosa, un detalle decorativo un tanto extraño para un pasadizo secreto.

Al cabo de unos pocos metros, encuentro la ballesta. No es el artilugio compacto que utilizo yo. Es inmensa, más de la mitad de mi tamaño, y es obvio que la han traído a rastras. La alfombra está arrugada en la dirección desde la que la desplazaron.

Quien disparo a Cardan, lo hizo desde aquí.

Salto por encima de la ballesta y sigo avanzando. Cabría esperar que un pasadizo como este tuviera muchas ramificaciones, pero solo tiene una. Desciende de vez en cuando, como si fuera una rampa, y gira sobre sí mismo, pero avanza en una única dirección: hacia el frente. Sigo caminando, cada vez más rápido, mientras protejo la llama de la vela con la mano para que no se apague.

Entonces llego hasta un aparatoso bloque de madera tallado con el emblema real, el mismo que aparece en el anillo de Cardan.

Lo empujo y el bloque cede, claramente sobre un raíl. Hay una estantería al otro lado.

Hasta ahora, solo había escuchado rumores sobre la majestuosidad de los aposentos del rey supremo Eldred en el corazón de este palacio, justo por encima del burgo, donde las enormes ramas del trono culebrean por las paredes. Aunque no los había visto nunca, las descripciones que he oído sobre ellos me confirman que no puedo estar en otra parte.

Camino a través de las inmensas y cavernosas estancias que conforman los aposentos de Eldred, con la vela en una mano y un puñal en la otra.

Y allí, sentada sobre la cama del rey supremo, con el rostro surcado de lágrimas, aparece Nicasia.

Nicasia, hija de Orlagh, princesa del Inframar, criada en la corte del rey supremo como parte del tratado de paz que su madre y Eldred firmaron hace décadas. Hace tiempo formó parte del cuarteto compuesto por Cardan y sus amigos más íntimos y nefastos. También fue su amante, hasta que le traicionó para irse con Locke. No he vuelto a verlos juntos tan a menudo desde que Cardan accedió al trono, pero no me parece que ignorarla sea una ofensa tan grave como para matarlo.

¿Será esto lo que insinuó Balekin sobre el Inframar? ¿Esta es la forma con la que pensaban acabar con Cardan?

—¿Tú? —exclamo—. ¿Tú has disparado a Cardan?

—¡No se lo digas! —Me lanza una mirada furiosa mientras se seca las lágrimas—. Y aparta ese cuchillo.

Nicasia va envuelta en un bata bordada con un intrincado diseño de figuras de fénix. Tres pendientes relucen a lo largo de sus lóbulos, extendiéndose por sus orejas hasta alcanzar sus puntas azuladas y palmeadas. Se le ha oscurecido el pelo desde la última vez que la vi. Antes reflejaba todos los colores del agua, pero ahora tiene un tono negro verdoso, como el del mar durante una tormenta.

—¿Estás mal de la cabeza? —grito—. Has intentado asesinar al rey supremo de Faerie.

—No —replica—. Lo juro. Solo pretendía matar a la chica con la que estaba.

Por un instante, su crueldad e indiferencia me dejan tan perpleja que me quedo sin palabras.

Le echo otro vistazo, me fijo en la bata a la que se aferra con tanto ahínco.

Mientras sus palabras resuenan en mi cabeza, de repente comprendo lo que ha ocurrido.

—Se te ocurrió darle una sorpresa en sus aposentos.

—Sí —responde.

—Pero no estaba solo… —añado, confiando en que ella complete la historia.

—Cuando vi la ballesta en la pared, me pareció que no resultaría tan difícil apuntar con ella —dice, olvidándose de la parte en la que la arrastró por el pasillo, pese a que es un artilugio tan aparatoso que no debió de resultarle nada fácil. Me pregunto hasta qué punto estaría enfadada, hasta qué punto la rabia le nubló la mente.

Aunque es posible que lo hubiera planeado con una frialdad absoluta.

—Supongo que sabes que es un acto de traición —digo, alzando la voz. Estoy temblando. Lo noto. Es la consecuencia de asimilar que alguien ha intentado asesinar a Cardan, de comprender que podría haber muerto—. Te ejecutarán. Te obligarán a bailar hasta la muerte con unos zapatos de hierro al rojo vivo. Tendrás suerte si te encierran en la Torre del Olvido.

—Soy una princesa del Inframar —dice con altivez, pero percibo una conmoción en su rostro cuando asimila mis palabras—. Las leyes de la superficie no me afectan. Además, ya te he dicho que no le estaba apuntando a él.

Ahora comprendo la peor parte de su actitud en la escuela: Nicasia pensaba que nunca podría ser castigada.

—¿Habías utilizado alguna vez una ballesta? —le pregunto—. Has puesto su vida en peligro. Podría haber muerto. ¿Me oyes, so idiota? Cardan podría haber muerto.

—Ya te he dicho que… —comienza a replicar.

—Sí, sí, el acuerdo entre la tierra y el mar —le interrumpo, todavía furiosa —. Pero resulta que he oído que tu madre planea romper ese tratado. Alegará que lo firmó con el rey supremo Eldred y no con Cardan. Ya no tiene vigencia. Eso significa que no podrá protegerte.

Al oír eso, Nicasia se queda boquiabierta, asustada por primera vez.

—¿Cómo sabes eso?

«No estaba segura —pienso—. Ahora sí».

—Vamos a suponer que lo sé todo —replico—. Absolutamente todo. Siempre. Pero, aun así, estoy dispuesta a hacer un trato contigo. Les diré a

Cardan, a los guardias y a todos los demás que el agresor se escapó, siempre que hagas algo por mí.

—Vale —responde antes incluso de que haya expuesto las condiciones, evidenciando su desesperación.

Por un instante, experimento un deseo de venganza. En una ocasión, se rio al verme humillada. Ahora podría regodearme al verla a ella.

Esto es lo que se siente al tener poder, un poder puro y sin restricciones. Es genial.

—Dime qué está planeando Orlagh —digo, apartando esos pensamientos.

—Creía que ya lo sabías todo —responde, enfurruñada, mientras se levanta de la cama, sujetando la bata con una mano. Me imagino que lleva poca cosa debajo, por no decir nada.

«Tendrías que haber entrado —me gustaría decirle, de repente—. Tendrías que haberle dicho que se olvidara de la otra chica. A lo mejor lo habría hecho».

—¿Quieres comprar mi silencio o no? —inquiero, y me siento en el borde de los cojines—. No tenemos mucho tiempo antes de que alguien venga a buscarme. Si te ven, será demasiado tarde para negarlo todo.

Nicasia lanza un largo suspiro de resignación.

—Mi madre dice que es un rey joven y pusilánime, que se deja influenciar demasiado por los demás. —Al decir eso, me fulmina con la mirada—. Ella cree que Cardan cederá a sus exigencias. Si lo hace, no cambiará nada.

—¿Y si no lo hace…?

Nicasia alza la cabeza con arrogancia.

—Entonces la tregua entre el mar y la tierra habrá terminado, y la superficie se llevará la peor parte. Las islas de Elfhame se hundirán bajo las olas.

—¿Y luego qué? —pregunto—. No creo que Cardan se acabe enrollando contigo si tu madre inunda su reino.

—Tú no lo entiendes. Mi madre quiere que nos casemos. Quiere que yo sea reina.

Me quedo tan sorprendida que, por un instante, no hago más que mirarla fijamente, conteniendo una carcajada nerviosa y frenética.

—Pero si le acabas de disparar.

Nicasia me lanza una mirada de puro odio.

—Y tú asesinaste a Valerian, ¿no es así? Le vi la noche que desapareció. Estaba hablando contigo, acerca de devolvértela por haberle apuñalado. La gente dice que murió durante la coronación, pero yo no lo creo.

El cuerpo de Valerian está enterrado en la finca de Madoc, junto a los establos, y si lo hubieran exhumado ya me habría enterado. Nicasia está haciendo conjeturas.

Pero, aunque así fuera, ¿qué más da? Soy la mano derecha del rey supremo de Faerie. Él puede perdonar todos mis crímenes.

Aun así, el recuerdo de lo ocurrido trae de vuelta el horror de pelear por salvar el pellejo. Y me recuerda que Nicasia se habría alegrado con mi muerte, igual que disfrutaba con todo lo que Valerian me hacía o intentaba hacerme. Igual que disfrutaba con el odio que me mostraba Cardan.

—La próxima vez que me sorprendas cometiendo un acto de traición, podrás obligarme a contarte mis secretos —replico—. Pero ahora mismo prefiero escuchar lo que tu madre pretende hacer con Balekin.

—Nada —dice Nicasia.

—Y yo que pensaba que los feéricos no pueden mentir —replico.

Nicasia se pasea por la habitación. Lleva puestas unas pantuflas, cuyas puntas se curvan hacia arriba como si fueran helechos.

—¡No miento! Mi madre cree que Cardan aceptará sus condiciones. Solo está adulando a Balekin. Le hace creer que es importante, aunque no lo es. Ni lo será.

Intento encajar las piezas del puzle.

—Porque Balekin es su plan b si Cardan se niega a casarse contigo.

Ante todo, en mi mente cobra forma la certeza de que no puedo permitir que Cardan despose a Nicasia. Si lo hiciera, sería imposible expulsarlos a los dos del trono. Oak no gobernaría nunca.

Yo lo perdería todo.

Nicasia achica los ojos.

—Ya te he contado bastante.

—Te crees que seguimos jugando a una especie de juego —le digo.

—Todo es un juego, Jude —replica—. Ya lo sabes. Y ahora te toca mover ficha a ti. —Dicho esto, se dirige hacia las inmensas puertas y abre una de ellas —. Adelante, cuéntaselo si quieres, pero deberías saber una cosa: alguien de tu confianza te ha traicionado.

Oigo el aleteo de sus pantuflas sobre el suelo de piedra y después el golpetazo de la puerta al cerrarse con brusquedad tras ella.

Deshago el camino por el pasadizo, sumida en un batiburrillo mental. Cardan me está esperando en la estancia principal de sus aposentos, recostado en un sofá

con un gesto malicioso. Aún lleva la camisa abierta, pero tiene la herida cubierta por un vendaje reciente. Está haciendo bailar una moneda entre sus dedos, un truco propio de Cucaracha.

«Alguien de tu confianza te ha traicionado».

Fantasma se asoma desde los restos de la puerta, donde se encuentra junto a la guardia personal del rey supremo. Cruzamos una mirada.

—¿Y bien? —pregunta Cardan—. ¿Has descubierto quién ha intentado asesinarme?

Niego con la cabeza, incapaz de mentir en voz alta. Contemplo el estado ruinoso de los aposentos. Va a ser imposible fortificarlos, y además apestan a humo.

—Vamos —digo, mientras cojo a Cardan del brazo y tiro de él para que se ponga en pie a duras penas—. No puedes dormir aquí.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla? —me pregunta, examinándome con ojos vidriosos.

Lo tengo tan cerca que puedo ver sus largas pestañas, el anillo dorado que rodea sus iris de color negro.

—Nada —respondo.

Deja que lo conduzca hasta el pasillo. Cuando salimos, Fantasma y los demás guardias se ponen firmes de inmediato.

—Descansen —dice Cardan, ondeando una mano—. Mi senescal me va a llevar a otra parte. No os preocupéis. Seguro que tiene un plan.

Sus guardias se ponen en fila por detrás de nosotros, algunos con el ceño fruncido, mientras lo llevo medio a rastras hasta mis aposentos. No me hace gracia traerlo aquí, pero no creo que vaya a estar seguro en ninguna otra parte.

Cardan mira en derredor con asombro, mientras contempla el desorden.

—¿Dónde…? ¿De verdad duermes aquí? Quizá tú también deberías prenderles fuego a tus aposentos.

—Tal vez —replico mientras lo conduzco hasta mi cama.

Resulta raro apoyarle una mano en la espalda. Percibo la calidez de su piel a través de la fina superficie de lino de su camisa, noto como sus músculos se flexionan.

No me parece apropiado tocarle como si fuera una persona corriente, como si no fuera el rey supremo y mi enemigo al mismo tiempo.

No necesita que lo anime para tirarse sobre mi colchón, con la cabeza sobre la almohada, mientras su cabello negro se despliega como el plumaje de un

cuervo. Me mira con unos ojos del mismo color que la noche, terribles y hermosos al mismo tiempo.

—Por un momento —dice—, me pregunté si no habrías sido tú la que me disparó.

Pongo una mueca.

—¿Y qué te hizo pensar lo contrario?

Cardan sonríe.

—Que erraron el tiro.

Ya he dicho que Cardan tiene la capacidad de hacer cumplidos que escuecen. De igual modo que puede decir algo que debería resultar ofensivo, expresado de tal forma que parece justificado.

Nuestras miradas se cruzan y se produce una chispa peligrosa.

«Cardan te odia», me recuerdo.

—Bésame otra vez —dice, ebrio y turbado—. Bésame hasta que me harte.

Sus palabras son como una patada en el estómago. Cardan se echa a reír al ver mi cara, un sonido cargado de mofa. No sé de quién de los dos se estará riendo.

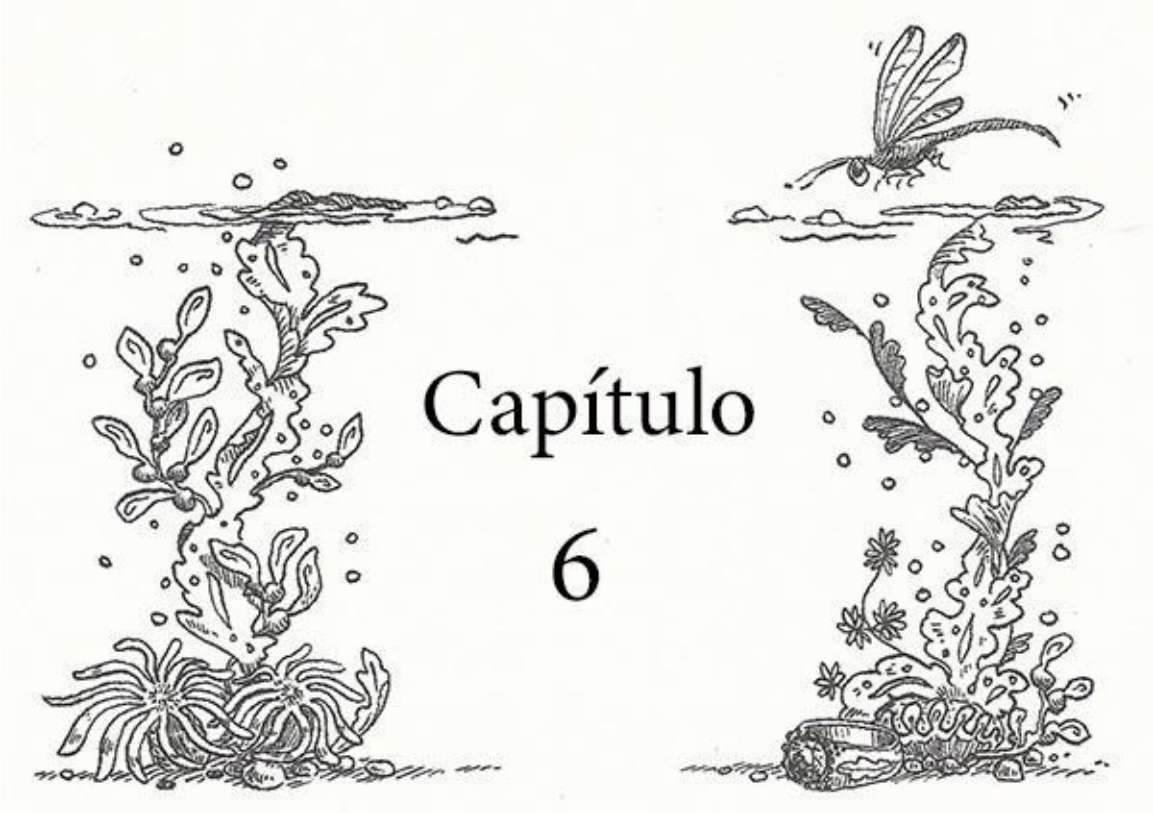
«Cardan te odia. Aunque te desee, te odia».

«Puede que eso incremente su odio».

Al cabo de un instante, se le cierran los ojos. Su voz se convierte en un susurro, como si estuviera hablando solo:

—Si tú eres la enfermedad, supongo que no puedes ser la cura al mismo tiempo.

Entonces se queda dormido, pero yo voy a ser incapaz de pegar ojo.



Me paso la mañana entera sentada en una silla apoyada sobre la pared de mi dormitorio. Tengo la espada de mi padre sobre el regazo. No paro de pensar en lo que dijo Nicasia.

«Tú no lo entiendes. Mi madre quiere que nos casemos. Quiere que yo sea reina».

Aunque estoy en el otro extremo del cuarto, mi mirada se posa a menudo sobre la cama y sobre el chico que está durmiendo en ella.

Tiene los ojos cerrados, la melena oscura desparramada sobre mi almohada. Al principio, parecía incapaz de encontrar una postura cómoda; no paró de enredarse los pies entre las sábanas, pero al final su respiración se serenó, al igual que sus movimientos. Sigue siendo disparatadamente hermoso, con unos labios suaves, entreabiertos, y unas pestañas tan largas que cuando cierra los ojos le rozan las mejillas.

Estoy acostumbrada a la belleza de Cardan, pero no a sus vulnerabilidades. Resulta incómodo verlo sin sus llamativas prendas, sin su lengua viperina y su mirada maliciosa a modo de coraza.

Durante los cinco meses que dura nuestro acuerdo, he intentado ponerme en lo peor. He establecido órdenes para impedir que me eluda, me ignore o se deshaga de mí. He concebido leyes para impedir que engañen a los mortales para someterlos a años de servidumbre y he conseguido que Cardan las promulgue.

Pero nunca parece suficiente.

Recuerdo un paseo que di con él por los jardines del palacio al anochecer. Cardan tenía las manos entrelazadas sobre la espalda y se detuvo a oler una rosa blanca e inmensa, salpicada de puntitos carmesíes, justo antes de que la flor lanzara una dentellada al aire. Cardan sonrió y me miró con una ceja enarcada, pero yo estaba demasiado nerviosa como para devolverle el gesto.

Por detrás de él, en los límites del jardín, había media docena de caballeros, su guardia personal, a la que había sido asignado Fantasma.

Aunque había repasado mil veces lo que le iba a decir, me sentí como una tonta que cree que podrá conjurar una docena de deseos a partir de uno solo si logra formularlo como es debido.

—Voy a darte órdenes.

—Oh, ¿de veras? —dijo él. Sobre su frente, la corona dorada de Elfhame reflejó la luz del atardecer.

Tomé aliento y dije:

—Jamás me negarás audiencia ni darás orden de que me separen de tu lado.

—¿Y por qué querría separarte de mi lado? —preguntó con sequedad.

—Y tampoco ordenarás nunca que me arresten, me ejecuten o me encarcelen —prosigo, ignorándole—. Ni que me hagan daño. Ni siquiera que me detengan.

—¿Y si le pido a un sirviente que te meta un guijarro bien afilado en la bota? —inquirió, con un gesto de seriedad que me molestó.

Le respondí con una mirada que confié en que resultara feroz.

—Tampoco me levantarás nunca la mano.

Cardan hizo un gesto desdeñoso, como si todo eso fuera evidente, como si el hecho de darle esas órdenes en voz alta fuera una muestra de mala fe.

Pero yo proseguí, empecinada:

—Todos los días, al caer la tarde, me recibirás en tus aposentos antes de cenar y hablaremos de las decisiones de gobierno. Y si descubres que alguien quiere hacerme daño, tendrás que avisarme. Intentarás impedir que alguien deduzca que te controlo. Y por mucho que detestes ser el rey supremo, tendrás que fingir lo contrario.

—No —dice, mirando al cielo.

Me doy la vuelta hacia él, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—No detesto ser el rey supremo —dice—. No siempre. Pensaba que lo detestaría, pero no es así. Interprétalo como quieras.

Me inquieté, porque todo resultaba mucho más fácil cuando sabía que Cardan no solo no estaba cualificado para gobernar, sino que además pasaba de hacerlo. Cada vez que veía la corona sanguínea que portaba, tenía que hacer como si no existiera.

Tampoco ayudaba la rapidez con la que había convencido a la nobleza de su derecho a gobernarlos. Su fama de cruel provocó que temieran enojarlo. Y su carácter libertino les hizo creer que podrían disfrutar de placeres ilimitados.

—Entonces —dije—, ¿te gusta ser mi peón?

Cardan sonrió con indolencia, como si no le molestara mi provocación.

—Por ahora.

—Pues aún te queda mucho —repliqué, aguzando la mirada.

—Conseguiste un año y un día —me dijo—. Pero en ese tiempo pueden pasar muchas cosas. Dame todas las órdenes que quieras, pero nunca podrás pensar en todo.

Antaño, era yo la que le turbaba, la que prendía su rabia y minaba su autocontrol, pero por alguna razón las tornas habían cambiado. Desde entonces, he percibido a diario el declive.

Mientras lo contemplo ahora, tendido sobre mi cama, me siento más turbada que nunca.



Cucaracha entra en la habitación a última hora de la tarde. Sobre el hombro lleva a un búho con cara de gnomo, que antaño fuera mensajero de Dain, transferido ahora a la Corte de las Sombras. Le llaman Bocadragón, aunque no sé si será un nombre en clave.

—El Consejo Orgánico quiere verte —dice Cucaracha. Bocadragón parpadea con gesto soñoliento.

Suelto un quejido.

—En realidad quieren verlo a él —añade, señalando hacia la cama—, pero es a ti a quien pueden dar órdenes.

Me levanto y me estiro. Después, tras abrocharme la vaina de la espada, me dirijo al salón de mis aposentos para no despertar a Cardan.

—¿Cómo está Fantasma?

—Descansando —responde Cucaracha—. Corren muchos rumores sobre lo de anoche, incluso entre los guardias del palacio. Los chismorreos empiezan a tejer sus telarañas.

Me voy al cuarto de baño para asearme. Hago gárgaras con agua salada y me froto la cara y las axilas con un paño untado en jabón de hierba luisa. Me desenredo un poco la melena con el cepillo, pero estoy demasiado agotada como para peinarme con más esmero.

—Imagino que ya habrás revisado el pasadizo —le digo.

—Así es —responde Cucaracha—. Y ya entiendo por qué no aparecía en ninguno de nuestros mapas: no tiene conexión con los demás pasadizos en ningún punto de su trayecto. Ni siquiera sé si se construyeron al mismo tiempo.

Me pongo a pensar en el dibujo del reloj y las constelaciones. En las estrellas que profetizaban la llegada de un amante fogoso.

—¿Quién dormía allí antes de Cardan? —pregunto.

Cucaracha se encoge de hombros.

—Varios feéricos. Ninguno relevante. Invitados de la corona.

—Amantes —exclamo, cuando al fin encajo las piezas—. Las amantes del rey supremo que no eran consortes.

—Ajá. —Cucaracha alza la barbilla para señalar hacia mi dormitorio—. ¿Y ese es el lugar que nuestro rey supremo ha elegido para dormir?

Cucaracha me mira fijamente, como si yo debiera conocer la respuesta a un enigma que ni siquiera sabía que existiera.

—No lo sé —respondo.

Cucaracha niega con la cabeza.

—Será mejor que acudas a esa reunión del consejo.

No puedo negar que es un alivio saber que, cuando Cardan se espabile, yo no estaré presente.



El Consejo Orgánico se formó durante el reinado de Eldred —presumiblemente para ayudar al rey supremo a tomar decisiones—, y ha ido endureciendo su postura hasta convertirse en un importante grupo de presión. No es tanto que los ministros tengan mucho poder por separado —aunque muchos de ellos ostentan una posición notable—, sino que como colectivo poseen la autoridad de tomar muchas decisiones pequeñas relacionadas con el funcionamiento del reino. La clase de decisiones que, en conjunto, podrían llegar a poner en aprietos a un rey.

Tras la coronación interrumpida y el asesinato de la familia real, y tras las irregularidades con la corona, los miembros del consejo se muestran escépticos con la juventud de Cardan y desconcertados con mi subida al poder.

Bocadragón me conduce hasta la reunión, debajo de una cúpula trenzada de sauces, ante una mesa de madera fosilizada. Los consejeros me observan mientras camino sobre la hierba, yo les devuelvo la mirada. Veo al representante de las Cortes Oscuras, un trol con una gruesa mata de cabello desgreñado con trozos de metal entrelazados; a la representante de las Cortes Luminosas, una mujer verde que parece una mantis; al gran general, Madoc; al astrólogo real, un

hombre muy alto y de piel oscura con una barba cuidadosamente peinada y ornamentos celestiales en su larga melena de color azul oscuro; al ministro de llaves, un gnomo viejo y arrugado con cuernos de carnero y ojos de cabra; y al bufón real, que lleva unas pálidas rosas de lavanda en la cabeza a juego con su atuendo morado.

A lo largo de la mesa hay garrafas de agua y vino, platos de fruta deshidratada.

Me acerco a uno de los sirvientes y lo envío a buscar un cazo con el té más cargado que pueda encontrar. Lo voy a necesitar.

Randalin, el ministro de llaves, está sentado en la silla del rey supremo; el respaldo de madera de ese asiento que parece un trono tiene grabado a fuego el emblema real. Me percato de ese detalle… y de las suposiciones que implica. En los cinco meses que han pasado desde que asumió el manto de rey supremo, Cardan no ha asistido nunca al consejo. Solo hay una silla vacía, entre Madoc y Fala, el bufón real. Permanezco de pie.

—Jude Duarte —dice Randalin, mirándome con sus ojos de cabra—. ¿Dónde está el rey supremo?

Presentarse ante ellos siempre resulta intimidante, y la presencia de Madoc lo empeora. Hace que me sienta como una niña, deseosa de hacer o decir algo inteligente. Hay una parte de mí empeñada en demostrar que soy más de lo que ellos creen: la necia y pusilánime representante de un rey acorde.

En demostrar que si Cardan se ha decantado por una senescal mortal no se debe solo a mi capacidad para mentir.

—He venido en su lugar —digo—. Para hablar en su nombre.

Randalin me fulmina con la mirada.

—Corre el rumor de que anoche disparó a una de sus amantes. ¿Es cierto?

Un sirviente deja junto a mi brazo la tetera que pedí, y me siento agradecida tanto por el refrigerio como por la excusa para no responder de inmediato.

—Los cortesanos me han contado que esa chica llevaba puesta una pulsera de rubíes en el tobillo; se la enviaron a modo de disculpa. Sin embargo, era incapaz de mantenerse en pie por sí sola —dice Nihuar, la representante luminosa. Frunce sus pequeños labios verdes—. Lo encuentro de muy mal gusto.

Fala el bufón se ríe, pues por lo visto a él sí le ha hecho gracia.

—Rubíes como ofrenda por derramar su sangre rubicunda.

Eso no puede ser cierto. Cardan tendría que haberlo dispuesto en el tiempo que tardé en llegar desde mis aposentos hasta el consejo. Pero eso no significa

que no pudiera haberlo hecho otra persona en su nombre. Todo el mundo se desvive por ayudar a su rey.

—¿Preferiríais que la hubiera matado? —inquiero. Mis habilidades diplomáticas no están tan pulidas como mi capacidad para sacar a la gente de sus casillas. Además, empiezo a estar un poco harta.

—No me importaría —dice el representante oscuro, Mikkel, con una risita —. Nuestro nuevo rey parece surgido de las Cortes Oscuras, y creo que eso nos favorecerá. Ahora que conocemos sus gustos, podríamos proporcionarle más diversión que aquella de la que tanto presume su maestro de festejos.

—Corren más rumores —prosigue Randalin—. Que uno de los guardias disparó al rey supremo Cardan para salvarle la vida a la cortesana. Que lleva en su vientre al heredero real. Dile al rey supremo que este consejo está dispuesto a aconsejarle para que su reinado no se vea afectado por tales rumores.

—Así lo haré —respondo.

El astrólogo real, Baphen, me lanza una mirada inquisitiva, como si hubiera advertido con acierto mi intención de no mencionarle nada de esto a Cardan.

—El rey supremo se debe a la tierra y a sus súbditos. Un rey es un símbolo viviente, un corazón palpitante, un astro sobre el que está escrito el futuro de Elfhame. —Habla muy bajo, pero con una voz cargada de intensidad—. Sin duda habrás advertido que, desde que comenzó su reinado, las islas han cambiado. Las tormentas se desatan más rápido. Los colores se han vuelto más vívidos, los olores más penetrantes.

»Ha habido avistamientos en los bosques —prosigue—. Seres ancestrales, que creíamos erradicados del mundo, se acercan a observarle.

»Cuando se emborracha, sus súbditos se sienten achispados sin saber por qué. Cuando se derrama su sangre, algo germina. La reina suprema Mab elevó a Insmire, Insmoor e Insweal desde las profundidades del mar. Todas las islas de Elfhame se formaron en una sola hora.

Mi corazón se acelera mientras escucho lo que dice Baphen. Siento como si no me entrara aire suficiente en los pulmones. Porque nada de eso puede describir a Cardan. No puede tener una conexión tan profunda con la tierra, es imposible que sea capaz de hacer todo eso y que aun así permanezca bajo mi control.

Pienso en la sangre derramada sobre su colcha. A su lado había unas florecillas blancas.

«Cuando se derrama su sangre, algo germina».

—Como puedes ver —dice Randalin, que no se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy—, cada decisión que toma el rey supremo modifica Elfhame e influye en sus habitantes. Durante el reinado de Eldred, cuando nacía un niño, lo traían obligatoriamente ante él para que jurase lealtad al reino. Pero en las cortes inferiores, algunos herederos eran criados en el mundo mortal, donde crecían fuera de su alcance. Esos niños, intercambiados al nacer, regresaron para gobernar sin jurar lealtad a la corona sanguínea. Al menos una corte ha nombrado reina a una de esas niñas. Y quién sabe cuántas hadas montaraces habrán conseguido eludir el juramento. Y la general de la Corte de los Dientes, Grima Mog, parece haber abandonado su puesto. Nadie conoce sus intenciones. No podemos permitimos este desinterés por parte del rey supremo.

He oído hablar de Grima Mog. Da miedo, pero no tanto como Orlagh.

—También tenemos que vigilar a la reina del Inframar —replico—. Tiene un plan y va a mover ficha contra nosotros.

—¿Cómo dices? —pregunta Madoc, que por primera vez muestra interés en la conversación.

—Imposible —dice Randalin—. ¿Cómo te has enterado de algo así?

—Balekin se ha estado reuniendo con sus representantes —añado.

Randalin suelta un bufido.

—Y supongo que lo habrás oído de labios del propio príncipe.

Si me mordiera la lengua más fuerte, me la atravesaría.

—Me ha llegado por más de una fuente. Si su alianza era con Eldred, entonces ha terminado.

—Los habitantes del mar tienen el corazón frío —dice Mikkel, que al principio suena como si estuviera de acuerdo conmigo, aunque su tono de aprobación lo desmiente.

—¿Por qué no lo consulta Baphen con sus cartas astrales? —dice Randalin, conciliador—. Si encuentra en ellas la profecía de una amenaza, lo seguiremos debatiendo.

—Os estoy diciendo que… —insisto, frustrada.

Ese es el momento en que Fala salta sobre la mesa y empieza a danzar. Como parte de su trabajo, supongo. Madoc suelta una risotada. Un pájaro se posa sobre el hombro de Nihuar y empiezan a cuchichear con susurros y trinos.

Está claro que ninguno de ellos quiere creerme. Al fin y al cabo, ¿cómo es posible que yo sepa algo que ellos no? Soy demasiado joven e inexperta, demasiado mortal.

—Nicasia… —empiezo a decir.

Madoc sonríe.

—Tu amiguita de la escuela.

Ojalá pudiera decirle a Madoc que la única razón por la que sigue teniendo un asiento en el consejo es gracias a mí. Pese a que abatió a Dain con su propia mano, sigue siendo el gran general. Podría decir que quiero mantenerlo ocupado, que es mejor tenerlo de nuestra parte y no en contra, que a mis espías les resulta más fácil observarlo cuando conozco su paradero, pero en el fondo sé que mi padre sigue siendo el gran general porque no he sido capaz de arrebatarle su autoridad.

—Sigue pendiente la cuestión de Grimsen —prosigue Mikkel, como si yo no hubiera dicho nada—. El rey supremo le ha dado la bienvenida al herrero del rey abedul, el hacedor de la corona sanguínea. Ahora habita entre nosotros, pero aún no trabaja en nuestro provecho.

—Debemos hacer que se sienta bienvenido —dice Nihuar, en uno de esos inusuales momentos de armonía entre las facciones luminosa y oscura—. El maestro de festejos ha hecho planes para el plenilunio. Tal vez pueda añadir un divertimento pensado para Grimsen.

—Depende de lo que le guste, supongo —digo, desistiendo de intentar convencerles de que Orlagh va a actuar contra nosotros. Estoy sola en esto.

—Hurgar en la tierra, quizá —dice Fala—. En busca de baratijas.

—De trufas —le corrige Randalin por acto reflejo.

—Uf, no —dice Fala, arrugando la nariz—. De esas no.

—Trataré de descubrir sus divertimentos preferidos. —Randalin anota algo en un trozo de papel—. También me han dicho que un representante de la Corte de las Termitas asistirá a la fiesta del plenilunio.

Intento disimular mi sorpresa. La Corte de las Termitas, liderada por lord Roiben, colaboró para subir a Cardan al trono. A cambio de sus esfuerzos prometí que, cuando lord Roiben me pidiera un favor, se lo concedería. Pero no sé qué puede querer, y ahora no es un buen momento para sumar otra complicación.

Randalin carraspea y se da la vuelta, lanzándome una mirada incisiva.

—Transmítele nuestro pesar al rey supremo por no haber podido aconsejarle directamente. Hazle saber que estamos listos para acudir en su ayuda. En caso de que no puedas recalcarle este punto, encontraremos otro modo de hacerlo.

Hago una ligera reverencia y no respondo a esa amenaza nada velada.

Cuando me marcho, Madoc se adelanta para alcanzarme.

—Tengo entendido que has hablado con tu hermana… —dice, frunciendo sus gruesas cejas de tal modo que al menos parece que le preocupa.

Me encojo de hombros, recordando que hoy no ha dicho ni una sola palabra en mi defensa. Madoc me mira con impaciencia.

—No me vengas con que estás muy ocupada con ese crío convertido en rey, aunque supongo que en muchos sentidos necesitará una niñera.

De algún modo, con esas pocas palabras, ha hecho que yo parezca la hija desconsiderada y él el padre que tiene que soportarla.

Suspiro, derrotada.

—Sí, he hablado con Taryn.

—Bien —dice—. Pasas mucho tiempo sola.

—No finjas que te importa —replico—. Es una ofensa para los dos.

—¿No crees que pueda preocuparme por ti, aunque me traicionaras? —Me observa con sus ojos felinos—. Sigo siendo tu padre.

—Eres el asesino de mi padre —le espeto.

—Puedo ser las dos cosas —replica, sonriendo, mostrando los dientes.

He intentado ponerle nervioso, pero solo he conseguido alterarme a mí. A pesar de los meses que han pasado, el recuerdo de su última embestida fallida —cuando se dio cuenta de que le había envenenado— sigue fresco en mi mente. Recuerdo su mirada, como si le hubiera gustado partirme por la mitad.

—Y ese es el motivo por el que ninguno de los dos debería fingir que no estás furioso conmigo.

—Claro que estoy enfadado, hija mía, pero también siento curiosidad. —Señala con desdén hacia el palacio de Elfhame—. ¿De verdad es esto lo que querías? ¿A él?

Al igual que con Taryn, me trago la explicación que no puedo darle. Al ver que no digo nada, Madoc llega a sus propias conclusiones:

—Justo lo que pensaba. No te valoré debidamente. Subestimé tu deseo de obtener el título de caballero. Subestimé tu capacidad estratégica, tu fortaleza… y tu crueldad. Ese fue mi error, uno que no volveré a cometer.

No sé si eso es una amenaza o una disculpa.

—Ahora Cardan es el rey supremo y, mientras lleve puesta la corona sanguínea, tengo el deber de servirle —dice—. Pero a ti no te limita ningún juramento. Si te arrepientes de tu jugada, haz otra. Aún quedan muchas partidas que jugar.

—Ya he ganado —le recuerdo.

Madoc sonríe.

—Volveremos a hablar.

Mientras se aleja, no puedo evitar pensar que quizá me iba mejor cuando Madoc me ignoraba.



Me reúno con Bomba en los antiguos aposentos del rey supremo Eldred. Esta vez estoy decidida a registrar hasta el último centímetro de las estancias antes de que Cardan se mude a ellas. Estoy convencida de que debe alojarse aquí, en la zona más segura del palacio, sin importar cuáles sean sus preferencias.

Cuando llego, Bomba está encendiendo el último de los gruesos cirios que se encuentran distribuidos sobre la chimenea; los goterones de cera están tan solidificados que forman una especie de escultura. Resulta extraño estar aquí ahora, sin tener que acorralar a Nicasia y sin nada que me distraiga mientras echo un vistazo. Las paredes relucen por la presencia de mica y el techo está cubierto de ramas y enredaderas. En el vestíbulo, reluce la concha de un caracol inmenso, una lámpara del tamaño de una mesa pequeña.

Bomba me dirige una sonrisa fugaz. Lleva el cabello blanco recogido en una serie de trenzas anudadas con varias cuentas plateadas y centelleantes.

«Alguien de tu confianza te ha traicionado».

Intento apartar de mi mente el eco de las palabras de Nicasia. Al fin y al cabo, podrían significar cualquier cosa. Es la típica palabrería feérica:

amenazante, pero tan imprecisa que podría ser un indicio de una trampa que están a punto de tenderme o una referencia a algo que se produjo cuando todos íbamos a clase juntos. Puede que me esté alertando acerca de un espía que se está ganando mi confianza o que haga alusión al hecho de que Taryn esté con Locke.

Y aun así no puedo dejar de pensar en ello.

—¿Así que el asesino se escapó por aquí? —dice Bomba—. Fantasma dice que saliste tras él.

Niego con la cabeza.

—No hubo ningún asesino. Fue un malentendido romántico.

Bomba enarca las cejas.

—El rey supremo siempre anda metido en líos de faldas —digo.

—Entiendo —responde ella—. Entonces, ¿revisas tú la sala de estar y yo me ocupo del dormitorio?

—Vale —digo, y me dirijo hacia la sala.

El pasadizo secreto está junto a una chimenea tallada con la forma de la boca de un duende sonriente. La estantería sigue girada hacia un lado, revelando una escalera de caracol que se adentra entre las paredes. La cierro.

—¿De verdad crees que puedes conseguir que Cardan se mude aquí? —pregunta Bomba desde la otra habitación—. Es un desperdicio no utilizar este espacio tan lujoso.

Me inclino para empezar a sacar libros de los estantes, los abro y los zarandeo un poco para comprobar si tienen algo dentro.

Caen unos cuantos trozos de papel amarilleados y en proceso de descomposición, junto con una pluma y un abrecartas de hueso tallado. Alguien ahuecó el interior de uno de los libros, pero no hay nada en el compartimento. No es más que otro volumen devorado por los insectos. Me deshago de él.

—La última estancia que ocupó Cardan se incendió —respondo—. Mejor dicho, se incendió porque él le prendió fuego.

Bomba se echa a reír.

—Tardaría varios días en quemar todo esto.

Vuelvo a fijarme en los libros y pienso que no estoy tan segura de eso. Están tan resecos que podrían echar a arder con solo mirarlos fijamente durante un rato. Con un suspiro, los apilo y me pongo a mover los cojines, a levantar las alfombras. Debajo solo encuentro polvo.

Extraigo todos los cajones y los coloco sobre el inmenso escritorio: las

puntas metálicas de unas plumas, piedras con rostros tallados, tres sellos, un diente alargado de una criatura que no logro identificar y tres viales que contienen un líquido negruzco que se ha solidificado.

En otro cajón encuentro joyas. Un collar de azabache, un brazalete de cuentas con una hebilla, aparatosos anillos dorados.

En el último encuentro unos cristales de cuarzo tallados, pulidos hasta quedar con forma de pica o de esfera. Cuando acerco uno de ellos hacia la luz, algo se mueve en su interior.

—¿Bomba? —la llamo con una voz demasiado estridente.

Bomba entra en la habitación, cargada con un abrigo tan incrustado de joyas que me sorprende que alguien quisiera ponérselo.

—¿Qué ocurre?

—¿Alguna vez habías visto algo como esto?

Le enseño una esfera de cristal. Ella la examina.

—Mira, ahí está Dain.

Vuelvo a contemplar su interior. Aparece un joven príncipe Dain a lomos de un caballo, sosteniendo un arco en una mano y manzanas en la otra. Elowyn está montada en un poni a su lado, y Rhyia al otro. Dain lanza tres manzanas al aire y todos empuñan sus arcos y disparan.

—¿Eso ocurrió de verdad? —pregunto.

—Seguramente —responde Bomba—. Alguien debió de hechizar esas esferas a petición de Eldred.

Me pongo a pensar en las legendarias espadas de Grimsen, en la bellota dorada que escupió las últimas palabras de Liríope, en el tejido de Madre Tuétano capaz de frenar incluso la espada más afilada, en toda esa magia demente que se concede a los reyes supremos. En comparación, estas esferas son tan vulgares como para acabar olvidadas en un cajón.

Las saco todas para comprobar qué hay dentro. Veo a Balekin de recién nacido, de cuya piel ya empezaban a brotar púas. Está llorando en los brazos de una nodriza mortal que tiene la mirada nublada por un hechizo.

—Mira este —dice Bomba con un gesto extraño.

Es Cardan de muy pequeño. Va vestido con una camisa que le queda grande. Le cuelga como si fuera un vestido. Va descalzo, tiene los pies y la camisa manchados de barro, pero lleva unos aros colgando de las orejas, como si un adulto le hubiera dado sus pendientes. A su lado hay una mujer feérica con

cuernos, y cuando Cardan corre hacia ella, le agarra por las muñecas antes de que pueda apoyar las manos sucias sobre sus faldas.

La mujer dice algo brusco y lo aparta. Cuando Cardan cae al suelo, ella apenas se da cuenta, pues está demasiado ocupada conversando con otros cortesanos. Supongo que Cardan se echará a llorar, pero no lo hace. En vez de eso, se dirige airado hacia el árbol al que está trepando un niño mayor que él. El muchacho dice algo y Cardan le agarra del tobillo. Segundos después, el niño está en el suelo, mientras Cardan aprieta un puño cubierto de mugre. Al oír la riña, la mujer feérica se da la vuelta y se ríe, claramente satisfecha con el comportamiento de Cardan.

Cuando Cardan se da la vuelta, también está sonriendo.

Vuelvo a dejar el cristal en el cajón. ¿Quién querría conservar algo así? Es horrible.

Pese a todo, no es peligroso. No hay motivo para no dejarlo donde estaba. Bomba y yo seguimos registrando la habitación. Una vez confirmado que resulta segura, atravesamos una puerta tallada con un búho, de regreso al dormitorio del rey.

Hay una inmensa cama con dosel en el centro, con cortinajes verdes y el símbolo de los Greenbriar bordado con hilo dorado. Hay unas gruesas mantas de seda de araña extendidas sobre un colchón que huele como si estuviera relleno de flores.

—Vamos —dice Bomba, que se arroja sobre la cama y rueda hasta quedar boca arriba—. Vamos a asegurarnos de que sea segura para nuestro nuevo rey, por si acaso.

Contengo un suspiro de sorpresa, pero la sigo. El colchón se hunde bajo mi peso y el embriagador aroma a rosas anega mis sentidos.

Tumbarse sobre las colchas del rey de Elfhame e inspirar el aire que perfumaba sus noches resulta casi hipnótico. Bomba apoya la cabeza sobre sus brazos como si no fuera para tanto, pero yo recuerdo la mano del rey supremo Eldred sobre mi cabeza y la punzada de orgullo y nervios que sentía cada vez que me saludaba. Tumbarme en su cama es como limpiar mis sucios pies de plebeya en su trono.

Y, aun así, ¿cómo podría resistirme a hacerlo?

—Nuestro rey es un tipo con suerte —dice Bomba—. Me gustaría tener una cama así, lo bastante grande como para tener algún que otro invitado.

—Ah, ¿sí? —inquiero para tirarle de la lengua, tal y como habría hecho con

mis hermanas hace tiempo—. ¿Alguien en particular?

Bomba aparta la mirada, cohibida, lo cual me llama la atención. Me apoyo sobre un codo.

—¡Un momento! ¿Lo conozco?

Bomba se tira un rato sin decir nada, lo cual es respuesta suficiente para mí.

—¡Pues claro! ¿Es Fantasma?

—¡Jude! —exclama—. No es él.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Cucaracha?

Bomba se incorpora, aferrándose a la colcha con sus largos dedos. Como no puede mentir, se limita a suspirar.

—Tú no lo entiendes.

Bomba es preciosa, con unos rasgos delicados y una piel cálida y morena, con el cabello blanco y unos ojos luminosos. Bajo mi punto de vista, posee una mezcla de encanto y destreza que podría permitirle conseguir a quien quisiera.

La lengua negra de Cucaracha, su nariz retorcida y ese matojo de pelo que le crece en la coronilla hacen que resulte imponente y aterrador, pero aun siguiendo los gustos estéticos de Faerieland —un lugar donde la belleza inhumana es celebrada, junto con la fealdad más extrema—, no creo que Cucaracha sospeche que Bomba bebe los vientos por él.

Jamás lo habría adivinado.

No sé qué decir sin que parezca que le estoy ofendiendo.

—Supongo que no —admito.

Bomba se apoya un almohadón sobre el regazo.

—Hace un siglo, mi gente murió durante una guerra brutal en el seno de una corte, dejándome a mi suerte. Viajé al mundo de los humanos y me convertí en una ratera de poca monta. No se me daba demasiado bien. Más que nada, utilizaba hechizos para disimular mis errores. Fue entonces cuando me encontró Cucaracha. Me hizo ver que, aunque no fuera una gran ladrona, tenía buena mano para fabricar bombas y pociones. Formamos equipo durante décadas. Era tan afable, tan sofisticado y encantador que lograba timar a la gente en sus narices, sin necesidad de usar magia.

Sonrío al imaginármelo con bombín, chaleco y un reloj de bolsillo, contemplando con gesto irónico el mundo y todo cuanto contiene.

—Entonces se le ocurrió la idea de robar a la Corte de los Dientes en el norte. La argucia salió mal. La corte nos hizo pedazos y nos inundó de *geis* y de

maldiciones. Nos transformaron. Nos obligaron a servirles. —Bomba chasquea los dedos y saltan unas chispas—. Divertido, ¿verdad?

—No creo que lo fuera —respondo.

Bomba se recuesta y sigue hablando.

—Cucaracha… Mejor dicho, Van; no puedo seguir llamándole Cucaracha mientras hablo de esto. Van fue quien me ayudó a soportar mi estancia allí. Me contaba historias, relatos de como la reina Mab encarceló a un gigante de hielo, de cómo doblegó a los grandes monstruos del pasado y se hizo con la corona. Historias donde lo imposible se hacía realidad. Sin Van, no sé si habría sobrevivido.

»»Entonces la fastidiamos durante una misión y Dain se hizo con nuestro control. Tenía un plan para que traicionásemos a la Corte de los Dientes y nos uniéramos a él. Así lo hicimos. Fantasma ya estaba en su bando, y los tres formamos un equipo formidable. Yo me encargaba de los explosivos. Cucaracha de robar lo que fuera y a quien fuera. Fantasma era el tirador, certero y furtivo. Y aquí estamos, a salvo en la Corte de Elfhame, trabajando para el mismísimo rey supremo. Mírame, despatarrada sobre su lecho real. Pero aquí no hay motivo para que Van me coja de la mano o me canturree cuando me siento mal. No hay ningún motivo para que se preocupe por mí.

Bomba se queda callada. Las dos nos quedamos mirando al techo.

—Deberías decírselo —digo.

No es un mal consejo, creo yo. No es el consejo que yo seguiría, pero eso no quiere decir que sea malo.

—Tal vez. —Bomba se levanta de la cama—. En fin, no hemos encontrado ninguna trampa. ¿Crees que es seguro dejar que nuestro rey se aloje aquí?

Estoy pensando en el niño del cristal, en su sonrisa orgullosa mientras ondeaba el puño. Estoy pensando en la mujer feérica de los cuernos, que debía de ser su madre, apartándolo de su lado. Estoy pensando en su padre, el rey supremo, que no se molestó en intervenir, ni siquiera para asegurarse de que estuviera vestido o tuviera la cara limpia. Estoy pensando en cómo Cardan evitaba estos aposentos.

—Ojalá se me ocurriera un lugar donde estuviera más seguro —digo, suspirando.



Me han invitado a un banquete, a medianoche. Me siento a varias sillas de distancia del trono y picoteo de un plato de anguilas crujientes. Un trío de ninfas canta a capela para nosotros mientras los cortesanos intentan impresionarse unos a otros con su ingenio. En lo alto, los candelabros derraman largos goterones de cera.

El rey supremo Cardan sonríe con indulgencia a los comensales y bosteza como un gato. Lleva el pelo hecho un desastre, como si ni siquiera se hubiera molestado en peinarse con los dedos desde que se levantó de mi cama. Nuestras miradas se cruzan durante un instante y soy yo la que la aparta, ruborizada.

«Bésame hasta que me harte».

Sirven vino en garrafas de colores. Despiden un fulgor a zafiro y aguamarina, a cuarzo y rubí, a amatista y topacio. Llega otro plato, con violetas azucaradas y rocío congelado.

Después traen unas cúpulas de cristal, bajo las cuales hay un pequeño pez plateado sumido en una nube de humo de color azul pálido.

—Proviene del Inframar —dice una de las cocineras, vestida para la ocasión. Después hace una reverencia.

Me quedo mirando a Randalin, el ministro de llaves, pero me está ignorando deliberadamente.

Las cúpulas se levantan a mi alrededor, y el humo, que despide un olorcillo a hierbas y a granos de pimienta, inunda la estancia.

Locke se ha sentado junto a Cardan, tras colocar sobre su regazo a la chica que ocupaba ese asiento. Ella levanta sus pies con forma de pezuña y echa hacia atrás su cabeza cornuda para soltar una carcajada.

—Vaya —dice Cardan, que recoge un anillo dorado de su plato—. Parece que mi pescado tiene algo en la barriga.

—Y el mío —dice la cortesana que está sentada al otro lado, recogiendo una perla reluciente del tamaño de una uña. Se ríe con deleite—. Un regalo del mar.

Cada pez plateado contiene un tesoro. Mandan llamar a los cocineros, pero todos tartamudean una negativa, jurando que los peces son frescos y que el

personal de cocinas solo los alimentó con hierbas. Frunzo el ceño al contemplar mi plato y las cuentas de cristal marino que encuentro bajo las agallas de mi pescado.

Cuando levanto la cabeza, Locke tiene en la mano una moneda de oro, que quizá forme parte del cargamento de un barco mortal hundido.

—Ya veo que no le quitas ojo —dice Nicasia, sentándose a mi lado.

Esta noche lleva puesto un vestido de encaje dorado. Su cabello negro está recogido con dos peines de oro con forma de mandíbula de tiburón, adornados con dientes dorados.

—Puede que solo esté observando las baratijas con las que tu madre cree que puede comprar el favor de esta corte —replico.

Nicasia coge una de las violetas de mi plato y se la coloca delicadamente sobre la lengua.

—Perdí el amor de Cardan a cambio de las lisonjas y los besos de Locke, tan azucarados como estas flores —dice—. Tu hermana perdió tu amor para conseguir el de Locke, ¿no es así? Pero todos sabemos lo que perdiste tú.

—¿A Locke? —Me río—. Menuda lástima.

Nicasia frunce el ceño.

—No sería al rey supremo al que estabas mirando, ¿verdad?

—Para nada —replico, pero sin mirarla a los ojos.

—¿Sabes por qué no le has contado a nadie mi secreto? —inquiere—. Entiendo que te guste pensar que tienes algo que puedes usar en mi contra. Pero, en el fondo, creo que te lo callaste porque sabías que nadie te creería. Yo pertenezco a este mundo. Tú no. Y lo sabes.

—Tú ni siquiera perteneces a la superficie, princesa marina —le recuerdo.

Aun así, no puedo evitar recordar como el Consejo Orgánico dudó de mí. No puedo evitar que sus palabras me afecten.

«Alguien de tu confianza te ha traicionado».

—Nunca encontrarás tu sitio en este mundo, mortal —añade.

—Este es mi mundo —replico, dejándome llevar por la rabia—. Mi patria y mi rey. Y los protegeré a ambos. ¿Puedes tú decir lo mismo?

—Cardan no puede amarte —me dice, con una voz que se quiebra de repente.

Es obvio que no le gusta la idea de que ande detrás de Cardan, es obvio que sigue colada por él, y también resulta evidente que no sabe qué hacer al respecto.

—¿Que quieres? —le pregunto—. Yo estaba aquí sentada sin meterme con

nadie, degustando la cena. Eres tú la que ha venido a buscarme. Eres tú la que me acusa de… Ni siquiera sé de qué me acusas.

—Dime qué estás utilizando en su contra —dice Nicasia—. ¿Cómo le engañaste para que te nombrara su mano derecha, a ti, a quien tanto aborrecía y humillaba? ¿Por qué te obedece?

—Te lo diré si tú me cuentas algo a cambio.

Me doy la vuelta hacia ella, dedicándole toda mi atención. He estado dándole vueltas a lo del pasadizo secreto del palacio, a la mujer del cristal.

—Ya te he dicho todo lo que estoy dispuesta a… —comienza a decir Nicasia.

—No es eso. Me refiero a la madre de Cardan —digo, interrumpiéndola—. ¿Quién es? ¿Dónde está ahora?

Nicasia intenta convertir su sorpresa en burla.

—Ya que sois tan amiguitos, ¿por qué no se lo preguntas a él?

—Nunca he dicho que fuéramos amigos.

Un sirviente con la boca repleta de dientes afilados y unas alas de mariposa en la espalda trae el siguiente plato. Es corazón de venado, poco hecho y relleno de avellanas tostadas. Nicasia lo coge y le da un bocado, sus dedos se llenan de sangre. Luego se pasa la lengua sobre los dientes manchados de rojo.

—No era nadie, una simple muchacha de las cortes inferiores. Eldred nunca la nombró consorte, ni siquiera después de que le diera un hijo.

Me quedo visiblemente sorprendida.

Nicasia adopta un gesto de arrogancia insoportable, como si mi desconocimiento hubiera demostrado una vez más que no soy apta para este puesto.

—Ahora te toca a ti.

—¿Quieres saber qué hice para que Cardan me ascendiera? —pregunto, inclinándome hacia ella, lo bastante cerca como para que pueda sentir la calidez de mi aliento—. Le besé en la boca y después le amenacé con besarle más veces si no hacía exactamente lo que yo quería.

—Mentirosa —me espeta.

—Ya que sois tan amiguitos —digo, respondiéndole con sus propias palabras y con una satisfacción maliciosa—, ¿por qué no se lo preguntas a él?

Nicasia mira hacia Cardan, que lleva la corona puesta y tiene la boca manchada con la sangre del corazón. Parecen cortados por el mismo patrón, una pareja de monstruos a juego. Cardan no nos mira, está ocupado escuchando al laudista que acaba de componer una alegre oda a su reinado.

«Mi rey —pienso—. Pero solo durante un año y un día, y ya han pasado cinco meses».



Tatterfell me está esperando cuando regreso a mis aposentos. Me lanza una mirada de desaprobación con sus ojos de escarabajo mientras recoge los pantalones del rey supremo de mi sofá.

—De modo que así es como has estado viviendo —refunfuña el pequeño trasgo—. Un gusano dentro de la crisálida de una mariposa.

Sus reprimendas me resultan familiares, pero eso no significa que me agraden. Me doy la vuelta para que no vea en mi expresión el bochorno que me produce todo este desorden. Sin olvidar lo que parece que he estado haciendo… y con quién.

Al haber jurado servir a Madoc hasta saldar cierta deuda de honor, es imposible que Tatterfell haya podido venir sin que él lo supiera. Puede que me haya cuidado desde que era pequeña —me ha peinado, me ha remendado los vestidos y me ha dado amuletos hechos con bayas para evitar que me hechicen —, pero es a Madoc a quien debe su lealtad. No estoy diciendo que no me tenga cariño, a su manera, pero nunca he confundido eso con amor.

Suspiro. Los sirvientes del castillo habrían limpiado mis aposentos si les dejara, pero entonces habrían reparado en mis extraños horarios y habrían

podido hurgar entre mis papeles, por no mencionar mis venenos. No, prefiero atrancar la puerta y dormir en la inmundicia.

La voz de mi hermana resuena desde el dormitorio:

—Has vuelto temprano.

Asoma la cabeza, sujetando unos cuantos vestidos.

«Alguien de tu confianza te ha traicionado».

—¿Cómo has entrado? —pregunto.

Cuando giré la llave para entrar, encontró resistencia. Los pestillos se desplazaron. Me han enseñado el noble arte de forzar cerraduras, y aunque no soy ningún prodigio, al menos sé distinguir cuándo una puerta está bien cerrada.

—Ah —dice Taryn, riendo—. Me hice pasar por ti y conseguí una copia de tu llave.

Me entran ganas de patear una pared. Todo el mundo sabe de sobra que tengo una hermana gemela. Todo el mundo sabe de sobra que los mortales podemos mentir. ¿Es que a nadie se le ha ocurrido preguntarle algo que pudiera costarle responder antes de concederle acceso a los aposentos del palacio? Aunque, para ser justos, yo misma he mentido una y otra vez y me he salido con la mía. No puedo enfadarme con Taryn por haber hecho lo mismo.

Ha sido mala suerte que eligiera esta noche para entrar, con la ropa de Cardan desperdigada sobre mi alfombra y un puñado de vendajes sanguinolentos en la mesita.

—He convencido a Madoc para que te transfiera a ti el resto de la deuda de Tatterfell —anuncia Taryn—. Y te he traído todos tus abrigos, tus vestidos y tus joyas.

Miro al trasgo a los ojos, que parecen dos manchas de tinta.

—Querrás decir que Madoc la ha enviado a espiarme.

Tatterfell tuerce el gesto y me acuerdo de los pellizcos tan fuertes que pega.

—Qué chica tan malpensada y suspicaz. Debería darte vergüenza decir eso.

—Me siento agradecida por lo bien que me has tratado —digo—. Si Madoc me ha transferido tu deuda, considérala saldada desde hace mucho.

Tatterfell frunce el ceño, disgustada.

—Madoc le perdonó la vida a mi amante cuando tenía todo el derecho del mundo para arrebatársela. Le prometí cien años de servicio, y ese tiempo ya casi se ha cumplido. No deshonres mi juramento creyendo que lo puedes anular con solo ondear una mano.

Sus palabras me hacen sentir mal.

—¿Lamentas que te haya enviado aquí?

—Todavía no —responde, antes de reanudar su tarea.

Me dirijo a mi dormitorio para recoger los retales ensangrentados de Cardan antes de que lo haga Tatterfell. Cuando paso junto a la chimenea, los arrojo a las llamas. El fuego se aviva.

—Bueno —le digo a mi hermana—, ¿qué me has traído?

Señala hacia mi cama, donde ha desplegado mis cosas viejas sobre las sábanas recién arrugadas. Resulta extraño tener delante todas esas prendas y joyas que llevaba meses sin ver; las cosas que me compró Madoc, aprobadas por Oriana. Túnicas, vestidos, accesorios de combate, jubones. Taryn ha traído incluso el atuendo que utilicé para merodear por Villa Fatua y la ropa que llevaba puesta cuando nos escabullimos al mundo mortal.

Al contemplar todo eso, veo una persona que no es del todo yo. Una niña que iba a clase y pensaba que lo que le enseñaban no le serviría para nada. Una chica que quería impresionar al único padre al que conocía, que quería un lugar en la corte, que seguía creyendo en el honor.

No sé si me seguirá valiendo esta ropa.

Aun así, cuelgo las prendas en mi armario, junto a mis dos jubones negros y mi único par de botas altas.

Abro la caja con mis joyas. Pendientes que me regalaron por mi cumpleaños, un brazalete dorado, tres anillos: uno con un rubí que Madoc me regaló durante la celebración de un plenilunio, otro con un blasón que ni siquiera recuerdo quién me lo dio, y uno fino de oro que me regaló Oriana. Collares de piedra lunar, trozos de cuarzo, hueso tallado. Me pongo el anillo de rubí en la mano izquierda.

—También he traído unos cuantos bocetos —dice Taryn, y saca un cuaderno de dibujo mientras se sienta en mi cama con las piernas cruzadas. Ninguna de las dos somos grandes artistas, pero sus dibujos de ropa son bastante claros—. Quiero llevárselos a mi sastre.

Taryn me ha imaginado ataviada con un montón de chaquetas negras de cuello alto, con faldas abiertas por los lados para facilitar el movimiento. Parece que los hombros están acorazados, y, en unos cuantos casos, ha dibujado lo que parece ser una reluciente manga metálica.

—Pueden medirme a mí —dice—. Ni siquiera tendrías que ir tú a las pruebas.

La miro fijamente. A Taryn no le gustan los conflictos. Su forma de lidiar

con todo el horror y la confusión de nuestras vidas ha sido volverse tremendamente adaptable, como esos lagartos que cambian de color para fundirse con el entorno. Es una persona que sabe cómo vestir y actuar, porque analiza detenidamente a la gente y la imita.

Se le da bien elegir prendas para transmitir un mensaje concreto, aunque el mensaje de estos dibujos parezca ser: «aléjate de mí o te corto la cabeza». No es que no crea que quiere ayudarme, pero el esfuerzo que ha dedicado a todo esto, sobre todo cuando está a punto de casarse, me parece excesivo.

—Está bien —digo—. ¿Qué quieres?

—¿A qué te refieres? —me pregunta con inocencia.

—Quieres que volvamos a ser amigas —añado, cambiando el tono—. Te lo agradezco. Quieres que asista a tu boda, lo cual es genial, porque quiero estar presente. Pero esto… esto es demasiado.

—Puedo ser agradable —dice, aunque sin mirarme a los ojos.

Espero. Durante un buen rato, ninguna decimos nada. Sé que ha visto las prendas de Cardan tiradas en el suelo. Que no haya preguntado de inmediato por eso debería haber sido el primer indicio de que quiere algo.

—Está bien. —Suspira—. No es nada grave, pero hay una cosa que quiero comentar contigo.

—Qué sorpresa —replico, aunque no puedo evitar sonreír.

Taryn me mira con cara de fastidio.

—No quiero que Locke sea maestro de festejos.

—Ya somos dos.

—¡Pero tú puedes hacer algo al respecto! —Taryn enrolla las manos entre sus faldas—. A Locke le encantan las experiencias dramáticas. Y como maestro de festejos, puede crear esas… Ni siquiera sé cómo llamarlas… Esas historias. Él no concibe una fiesta como una mezcla de comida, bebida y música, sino más bien como una dinámica capaz de generar conflicto.

—Ya… —digo, intentando imaginar qué puede significar eso en términos políticos. Nada bueno.

—Locke quiere ver cómo reacciono ante las cosas que hace —añade Taryn.

Eso es cierto. Locke quería saber, por ejemplo, si Taryn lo amaba lo suficiente como para permitirle cortejarme mientras ella se quedaba de brazos cruzados, sufriendo en silencio. Creo que le habría gustado descubrir lo mismo sobre mí, pero yo resulté ser demasiado problemática.

—Y luego está Cardan —prosigue Taryn—. Y los círculos de la corte. Ya ha

estado hablando con las Alondras y los Estorninos, para detectar sus debilidades, para determinar qué conflictos puede alentar y cómo.

—Puede que Locke les haga cierto bien a las Alondras —digo—. Podría darles una balada que escribir.

En cuanto a los Estorninos, si se cree capaz de competir con su libertinaje, supongo que debería intentarlo, aunque soy lo bastante inteligente como para no decir eso en voz alta.

—Locke habla de ello de tal modo que, por un momento, parece que fuera a resultar divertido, aunque en el fondo es una idea horrible —dice Taryn—. Que Locke sea el maestro de festejos no puede acabar bien. Me da igual que coleccione amantes, pero detesto que estemos separados. Por favor, Jude. Haz algo. Ya sé que vas a decirme que me lo advertiste, pero me da igual.

«Tengo problemas más serios», querría decirle.

—Estoy casi segura de que Madoc te diría que no tienes por qué casarte con él. Vivi te diría lo mismo. De hecho, seguro que ya lo han hecho.

—Pero tú me conoces de sobra como para perder el tiempo con eso. —Taryn niega con la cabeza—. Cuando estoy con él, me siento como la protagonista de un cuento. El mío propio. Cuando no está Locke es cuando las cosas se tuercen.

No sé qué decir a eso. Podría recalcar que Taryn parece ser la que se está inventando esa historia, con Locke en el papel protagonista y ella como el interés romántico que desaparece cuando no está presente en la página.

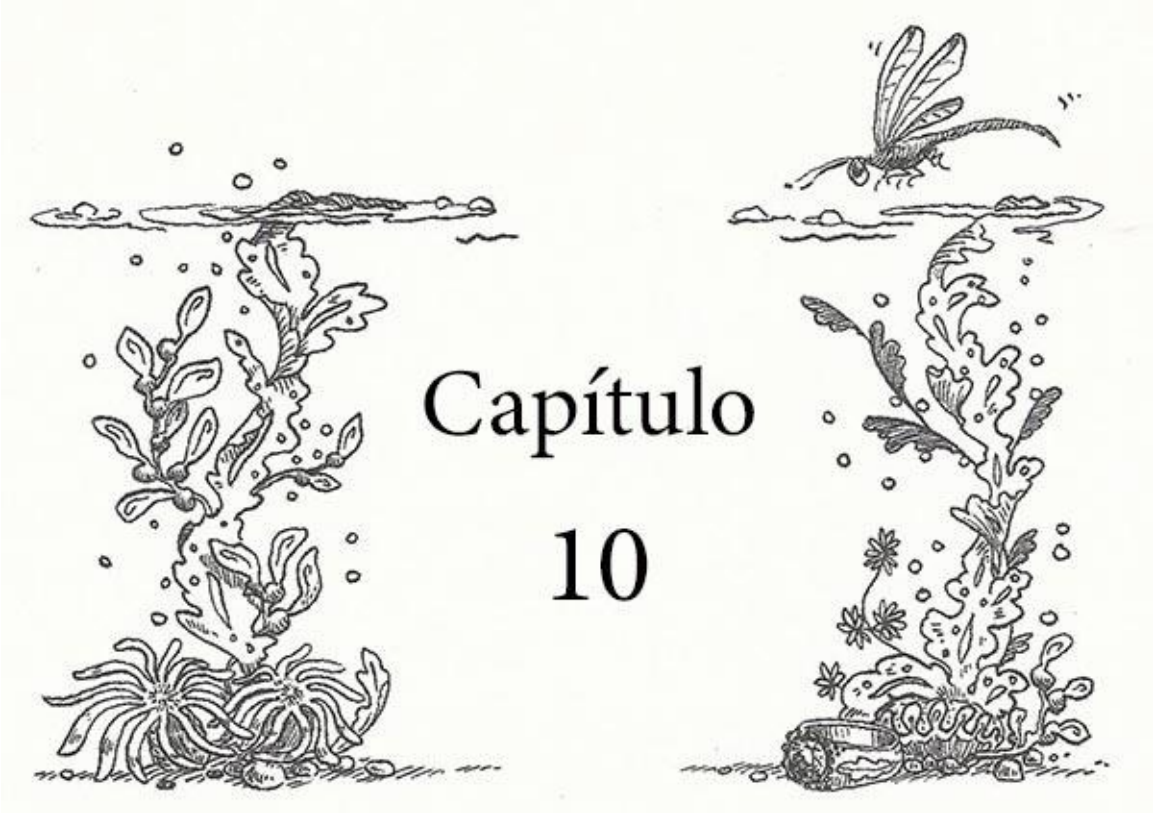
Pero recuerdo lo que supone estar con Locke, sentirse especial, halagada y hermosa. Ahora, al pensar en ello, solo me siento idiota.

Supongo que *podría* ordenarle a Cardan que despoje a Locke de ese título, pero seguro que le enfadaría que usara mi poder para algo tan insignificante y personal. Denotaría debilidad por mi parte. Y Locke deduciría que la pérdida de su título sería culpa mía, ya que no he ocultado mi desagrado. Sabría que poseo más poder sobre Cardan del que resultaría lógico.

Y todo aquello de lo que se queja Taryn seguiría ocurriendo. Locke no necesita ser el maestro de festejos del rey supremo para meterse en esa clase de líos. Ese título simplemente le permite hacerlo a mayor escala.

—Se lo comentaré a Cardan —miento.

Taryn pasea la mirada sobre las prendas que están desperdigadas por el suelo y sonríe.



Capítulo 10

Conforme se aproxima el plenilunio, el nivel de libertinaje en el palacio aumenta. Cambia el tono de las fiestas: se vuelven más salvajes, más frenéticas. Ya no es necesaria la presencia de Cardan para tomarse esas libertades. Ahora que los rumores lo describen como alguien capaz de disparar a una amante para divertirse, su leyenda no ha hecho sino aumentar.

Se rescatan recuerdos de su juventud: cómo entró cabalgando durante una de nuestras clases, las peleas en las que participó, las crueldades que perpetró… Cuanto más horrible sea la historia, más éxito tiene. Puede que las hadas no sepan mentir, pero aquí las historias se exageran como en cualquier otra parte, alimentadas por la ambición, la envidia y el deseo.

Por las tardes, paso por encima de cuerpos dormidos en los pasillos. No todos son cortesanos. Los sirvientes y los guardias parecen haber caído presas de la misma energía desenfrenada y se les puede ver abandonando sus obligaciones para entregarse al placer. Feéricos desnudos corren por los jardines de Elfhame, y abrevaderos que antes se utilizaban para dar de beber a los caballos ahora están llenos de vino.

Me reúno con Vulciber para comprobar si tiene más información sobre el Inframar, pero no me cuenta nada nuevo. Aunque sé que Nicasia estaba intentando provocarme, repaso la lista de personas que podrían haberme traicionado. Le doy vueltas a quién y con qué fin, a la llegada del embajador de lord Roiben, a cómo ampliar mi usufructo de un año y un día sobre el trono. Ojalá le hubiera preguntado a Cardan su verdadero nombre aquella vez que le estuve apuntando con una ballesta. Examino mis papeles mohosos, ingiero mis venenos y planeo un millar de réplicas a ataques que quizá no lleguen a producirse.

Cardan se ha mudado a los antiguos aposentos de Eldred y las estancias incendiadas han quedado atrancadas por dentro. Si le hace sentir incómodo dormir en el mismo lugar donde lo hacía su padre, no da muestra de ello. Cuando llego, está tumbado a la bartola mientras unos sirvientes retiran tapices y canapés para dejar sitio a un nuevo lecho tallado según sus indicaciones.

No está solo. Le acompaña un pequeño círculo de cortesanos —a algunos no los conozco—, además de Locke, Nicasia y mi hermana, que ya se ha puesto colorada a causa del vino y está riendo sentada en la alfombra, frente al fuego.

—Marchaos —dice Cardan cuando me ve en el umbral.

—Pero, majestad… —protesta una chica. Combina tonos crema y dorados con un vestido de color azul claro. Unas largas y pálidas antenas emergen de los laterales de sus cejas—. Seguro que unas noticias tan aburridas como las que traerá vuestra senescal requerirán el antídoto de nuestra alegría.

He pensado detenidamente en la forma de darle órdenes a Cardan. Si me excedo con ellas, le impedirán hacer nada; si me quedo corta, podrá eludirlas con facilidad. Pero me alegra haberme asegurado de que nunca me impedirá la entrada. Y sobre todo me alegro de que no pueda replicarme.

—Seguro que volveré a llamaros enseguida —dice Cardan, y los cortesanos se van con su jolgorio a otra parte.

Uno de ellos lleva una taza que sin duda ha robado del mundo mortal, llena de vino hasta el borde. SOY EL REY DE MI CASA, dice. Locke me mira de reojo con curiosidad. Mi hermana me coge la mano al pasar, me la aprieta con gesto esperanzado.

Me siento en una silla sin esperar a que Cardan me dé permiso. Quiero recordarle que no posee autoridad sobre mí.

—La celebración del plenilunio es mañana por la noche —digo.

Cardan se repantinga en una silla frente a mí, observándome con sus ojos

negros como si yo fuera la persona de la que es preciso recelar.

—Si quieres conocer los detalles, deberías haber dejado que se quedara Locke. Yo no sé mucho. Será otro de mis numeritos. Yo me entregaré a mis correrías mientras tú maquinas tus planes.

—Orlagh de Inframar te está vigilando…

—Todo el mundo me vigila —dice Cardan, jugueteando nerviosamente con su sello, girándolo una y otra vez.

—No parece que te importe —replico—. Tú mismo dijiste que no aborreces ser rey. Puede que incluso te esté gustando.

Cardan me mira con suspicacia.

Intento responderle con una sonrisa genuina. Espero que resulte convincente. Necesito que así sea.

—Los dos podemos tener lo que queremos. Tú puedes gobernar durante mucho más que un año. Lo único que tienes que hacer es prolongar tu juramento. Deja que te dé órdenes durante una década, durante una veintena de años, y juntos…

—Me parece que no —me interrumpe—. Al fin y al cabo, ya sabes lo peligroso que sería que Oak ocupara mi puesto. Solo ha cumplido un año más. No está preparado. Y, aun así, en apenas unos meses, tendrás que ordenarme que abdique en su favor o llegar a un acuerdo que requiera que los dos confiemos el uno en el otro. Y no que yo me limite a confiar en ti sin esperanza de ser correspondido.

Me siento furiosa conmigo misma por pensar que Cardan accedería a mantener las cosas tal y como están.

Cardan me dirige una sonrisa edulcorada y añade:

—Quizá entonces podrías ser mi senescal de verdad.

Aprieto los dientes. Antaño, un puesto tan elevado como el de senescal me habría parecido imposible incluso en mis mejores sueños. Ahora me parece una humillación. El poder es infeccioso. El poder siempre quiere más.

—Ten cuidado —le advierto—. Puedo hacer que los meses que quedan se hagan muy largos.

Su sonrisa no flaquea.

—¿Tienes alguna orden más? —inquiere.

Debería contarle más cosas sobre Orlagh, pero no quiero ni pensar que pueda jactarse con su propuesta. No puedo permitir que ese matrimonio se produzca, y ahora mismo no quiero ninguna mofa al respecto.

—Mañana no bebas hasta que te dé un síncope —le advierto—. Y cuida de mi hermana.

—Taryn tenía muy buen aspecto esta noche —replica—. Con las mejillas sonrosadas y una sonrisa en los labios.

—Pues que siga siendo así —añado.

Cardan enarca las cejas.

—¿Te gustaría que la sedujera para alejarla de Locke? Desde luego, podría intentarlo. No prometo nada en lo que se refiere al resultado, pero el intento podría resultarte divertido.

—No, no, ni hablar, no hagas eso —replico, tratando de ignorar la punzada de pánico que me provocan sus palabras—. Solo me refiero a intentar que Locke no saque lo peor de sí mismo cuando ella esté cerca, nada más.

Cardan achica los ojos.

—¿No deberías alentar justo lo contrario?

Tal vez fuera mejor que Taryn descubriera la infelicidad con Locke lo antes posible. Pero es mi hermana y no quiero convertirme en la causa de su dolor.

Niego con la cabeza. Cardan ondea ligeramente una mano.

—Como quieras. Tu hermana estará envuelta en satén y arpillera, la protegeré de sí misma tanto como me sea posible.

Me levanto.

—El consejo quiere que Locke organice algún divertimento para agradar a Grimsen. Si sale bien, puede que el herrero te fabrique una copa que nunca se quede sin vino.

Cardan me lanza una mirada a través de sus pestañas que no logro interpretar, después se levanta también. Me coge de la mano.

—No hay nada más dulce que un bien escaso —dice, y la besa.

Mi piel se ruboriza, siento un hormigueo incómodo.

Cuando me marcho, su pequeño círculo de amigos está en el pasillo, esperando a que les dejen volver a entrar. Mi hermana parece un poco indispuesta, pero cuando me ve fuerza una sonrisa. Uno de los chicos ha puesto música a un poema satírico y lo interpreta una y otra vez, cada vez más rápido. Sus carcajadas resuenan por el pasillo, recuerdan al graznido de unos cuervos.



Mientras atravieso el palacio, paso junto a una sala donde se han reunido unos cuantos cortesanos. Allí, asando una anguila en las llamas de una inmensa chimenea, sentado en una alfombra, está el viejo poeta de la corte y senescal del rey Eldred, Val Moren.

Hay músicos y artistas feéricos sentados a su alrededor. Desde la muerte de la mayor parte de la familia real, Val Moren ha encontrado su sitio en el centro de una de las facciones de la corte, el Círculo de las Alondras. Lleva unas zarzas enroscadas en el pelo, y canta en voz baja. Es mortal, igual que yo. También es probable que esté loco.

—Ven a beber con nosotros —dice un miembro de las Alondras, pero declino su invitación.

—La hermosa y retorcida Jude. —Las llamas danzan en los ojos de Val Moren cuando me mira. Comienza a arrancar pedazos de piel quemada y a comer la carne blanca y sedosa de la anguila. Entre bocado y bocado, añade—: ¿Por qué no has venido aún a pedirme consejo?

Se dice que Val Moren fue amante del rey supremo Eldred. Lleva en la corte desde mucho antes de que llegáramos mis hermanas y yo. Pese a ello, jamás se puso de nuestra parte, como mortales que somos. Jamás intentó ayudarnos, ni se puso en contacto con nosotras para tratar de reducir nuestra soledad.

—¿Tienes alguno?

Val Moren se queda mirándome y se mete uno de los ojos de la anguila en la boca. El órgano se queda apoyado, centelleando, sobre su lengua. Después se lo traga.

—Es posible. Pero poco importa.

Estoy harta de acertijos.

—Déjame adivinar. ¿Será porque, cuando te pida consejo, no querrás dármelo?

Val Moren se ríe, emite un sonido hueco y seco. Me pregunto cuántos años tendrá. Por debajo de las zarzas parece un hombre joven, pero los mortales no

envejecen mientras permanezcan en Elfhame. Aunque en su rostro no distingo arrugas que indiquen su edad, sí lo percibo en sus ojos.

—Te voy a dar el mejor consejo que nadie te haya ofrecido nunca. Pero no lo seguirás.

—Entonces, ¿de qué me sirves? —inquiero, a punto de darme la vuelta. No tengo tiempo para frases absurdas que después me toque interpretar.

—Soy un malabarista excelente —dice, limpiándose las manos en los pantalones, que quedan manchados. Se mete una mano en el bolsillo y saca una piedra, tres bellotas, un trozo de cristal y lo que parece un hueso de los deseos—. Hacer malabarismos no consiste más que en lanzar dos cosas al aire al mismo tiempo.

Comienza a lanzar las bellotas hacia delante y hacia atrás, después añade el hueso. Varios Alondras se dan codazos entre sí, susurrando con entusiasmo.

—No importa cuántas cosas añadas, solo tienes dos manos, así que solo puedes lanzar dos cosas. Lo que tienes que hacer es arrojarlas cada vez más rápido, cada vez más alto.

Val Moren añade la piedra y el cristal. Los objetos vuelan entre sus manos a tanta velocidad que cuesta ver lo que está lanzando. Inspiro una bocanada.

Entonces todo se cae al suelo, estrellándose contra el suelo de piedra. El cristal se hace trizas. Una de las bellotas se acerca rodando hasta el fuego.

—Mi consejo —añade— es que aprendas a hacer malabares mejor de lo que lo hice yo, senescal.

Durante un buen rato, me siento tan furiosa que no me puedo ni mover. Ardo por dentro, traicionada por la única persona que debería entender lo duro que resulta ser mortal en un sitio como este.

Pero antes de que pueda hacer algo de lo que me arrepienta, me doy la vuelta y me marcho.

—Ya te dije que no seguirías mi consejo —dice Val Moren desde lejos.



Capítulo 11

El día del plenilunio por la tarde, la corte al completo se traslada al Bosque Lechoso, donde los árboles están cubiertos por unas telas de seda que parecen, ante mis ojos de mortal, el ovisaco de una polilla o, quizá, el almuerzo de una araña envuelto en una de sus telas.

Locke ha mandado construir una estructura de piedras planas, tal y como se haría con un muro, pero con la forma aproximada de un trono. El respaldo lo conforma una losa, con una roca ancha a modo de asiento. El trono se alza imponente sobre la arboleda. Cardan está sentado en él, la corona centellea sobre su frente. La hoguera cercana está alimentada con salvia y aquilea. Debido a un efecto óptico, Cardan parece más grande de lo normal, elevado a la categoría de mito, de auténtico rey supremo de Faerie que no responde ante nadie.

El asombro entorpece mi paso, mientras el pánico me pisa los talones.

«El rey supremo es un símbolo viviente, un corazón palpitante, un astro sobre el que está escrito el futuro de Elfhame. Sin duda habrás advertido que, desde que comenzó su reinado, las islas han cambiado. Las tormentas se desatan más rápido. Los colores se han vuelto más vividos, los olores más penetrantes…

Cuando se emborracha, sus súbditos se sienten achispados sin saber por qué. Cuando se derrama su sangre, algo germina».

Espero que no perciba nada de esto en mi rostro. Cuando paso frente a él, agacho la cabeza, agradecida por tener una excusa para no cruzar nuestras miradas.

—Mi rey —digo.

Cardan se levanta del trono, desabrochándose una capa compuesta enteramente por plumas negras y relucientes. Un anillo nuevo centellea en su dedo meñique, la gema roja refleja las llamas de la hoguera. Me resulta muy familiar. Es mi anillo.

Recuerdo cuando me cogió de la mano en sus aposentos.

Aprieto los dientes mientras miro de reojo hacia mi mano desnuda. Me ha robado el anillo. Y no me di ni cuenta. Cucaracha le enseñó a hacerlo.

Me pregunto si Nicasia contaría eso como traición. Desde luego, lo parece.

—Acompáñame —dice, cogiéndome de la mano para guiarme entre la multitud.

Gnomos y *grigs*, pieles de color verde y marrón, alas raídas y atuendos de corteza tallada. Todos los feéricos de Elfhame han salido esta noche con sus mejores galas. Pasamos junto a una criatura ataviada con un chaquetón tejido con hojas doradas y junto a otra con un chaleco verde de cuero con un gorro que se curva hacia arriba, como si fuera un helecho. El suelo está cubierto de mantas, repletas de bandejas con uvas grandes como puños y cerezas radiantes como rubíes.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto mientras Cardan me conduce hacia el límite del bosque.

—Me resulta tedioso que la gente apostille todas mis conversaciones —dice —. Quiero que sepas que tu hermana no está aquí esta noche. Me he asegurado de ello.

—¿Y qué ha planeado Locke? —inquiero, reacia a darle las gracias o a elogiarle por su destreza con las manos—. Desde luego, esta noche se juega su reputación.

Cardan hace una mueca.

—Soy demasiado guapo para preocuparme por esas cosas. Se supone que sois vosotros los que tenéis que hacer el trabajo. Como la hormiga de la fábula que trabaja la tierra mientras el saltamontes se pasa el verano cantando.

—Y luego no le queda nada para el invierno —digo.

—No necesito nada —replica, meneando la cabeza con un gesto fingido de aflicción—. Al fin y al cabo, soy el rey pelele que será sacrificado para que el pequeño Oak pueda ocupar mi lugar cuando llegue la primavera.

En lo alto, flotando por los aires, hay unas esferas que despiden un cálido fulgor de luz mágica, pero las palabras de Cardan me provocan un escalofrío.

Le miro a los ojos. Cardan desliza la mano hacia mi cadera, como si quisiera acercarme hacia él. Durante un instante absurdo y vertiginoso, algo parece agitar el ambiente entre nosotros.

«Bésame hasta que me harte».

Por supuesto, no intenta besarme. No le han disparado, tampoco está borracho perdido ni cargado de autodesprecio.

—No deberías estar aquí esta noche, hormiguita —me dice antes de soltarme —. Regresa al palacio.

Entonces se aleja entre la multitud. Los cortesanos le hacen una reverencia al pasar. Algunos, los más descarados, le agarran de la chaqueta, coquetean, intentan sumarle al baile.

Y Cardan, que en una ocasión le arrancó un ala a un muchacho porque no le hizo una reverencia, ahora tolera esta familiaridad con una carcajada.

¿Qué ha cambiado? ¿Es diferente porque yo le he obligado a serlo? ¿Porque está lejos de Balekin? ¿O no ha cambiado en absoluto y solo son imaginaciones mías?

Aún noto la cálida presión de sus dedos en la piel. Tiene que faltarme un tornillo como para anhelar aquello que odio, como para desear a alguien que me desprecia, aunque la atracción sea mutua. Mi único consuelo es que Cardan no sabe lo que siento.

No sé qué bacanal habrá planeado Locke, pero debo quedarme para encontrar al representante de la Corte de las Termitas. Cuanto antes le devuelva el favor a lord Roiben, antes tendré una deuda menos pendiendo sobre mi cabeza. Además, es difícil que puedan agraviarme más de lo que ya lo han hecho.

Cardan regresa hasta el trono justo cuando Nicasia llega en compañía de Grimsen, que lleva sujeta su capa con un alfiler con forma de polilla.

Grimsen comienza una perorata —que sin duda será aduladora— y se saca algo del bolsillo. Parece un pendiente con forma de lágrima; Cardan lo alza hacia la luz para admirarlo. Por lo visto, Grimsen ha confeccionado su primer objeto mágico al servicio de Elfhame.

En el árbol situado a su izquierda, veo al búho con cara de gnomo, Bocadragón, que contempla la escena. Aunque no los veo, Fantasma y varios espías más andan cerca, observando el festejo desde una distancia que les permitirá, si hago una señal, intervenir de inmediato.

Un músico con cuerpo de venado, similar a un centauro, ha dado un paso al frente. Lleva una lira tallada con forma de ninfa, cuyas alas forman la curvatura superior del instrumento. Las cuerdas las componen hilos de muchos colores. El músico empieza a tocar, mientras la figura tallada se pone a cantar.

Nicasia se acerca hasta el lugar donde está sentado el herrero. Lleva puesto un vestido morado que a la luz se torna azul como el plumaje de un pavo real. Tiene el pelo recogido en una trenza que le rodea la cabeza, y sobre la frente lleva una cadena de la que penden docenas y docenas de cuentas que despiden destellos morados, azules y ambarinos.

Cuando Grimsen se da la vuelta hacia ella, se le ilumina el rostro. Frunzo el ceño.

Los malabaristas comienzan a lanzar cosas por los aires, desde ratas vivas hasta espadas centelleantes. El vino y los pasteles bañados en miel pasan de mano en mano.

Finalmente, diviso a Dulcamara, de la Corte de las Termitas. Lleva el cabello, rojo como las amapolas, recogido en forma de espirales. Tiene un mandoble sujeto a la espalda y lleva puesto un vestido plateado que se hincha a su alrededor. Me acerco a ella, intentando no parecer intimidada.

—Bienvenida —digo—. ¿A qué debemos el honor de tu visita? ¿Tu rey ha encontrado algo que pueda hacer por…?

Dulcamara me interrumpe mientras mira de reojo a Cardan.

—Lord Roiben quiere que sepas que, incluso en las cortes inferiores, nos enteramos de cosas.

Durante un instante, mi mente repasa con nerviosismo todo el abanico de cosas de las que Dulcamara podría haberse enterado. Entonces recuerdo que los feéricos han extendido el rumor de que Cardan disparó a una de sus amantes para divertirse. La Corte de las Termitas es una de las pocas que cuenta con miembros oscuros y luminosos. No sé si les molestaría que la cortesana saliera herida o solo la posibilidad de tener un rey inestable.

—Aunque no haya mentirosos, las mentiras existen —digo con cautela—. No sé qué rumores os habrán llegado, pero puedo explicarte lo que pasó en realidad.

—¿Y por qué debería creerte? —Dulcamara sonríe—. Podemos cobrarnos nuestro favor en cualquier momento, joven mortal. Puede que lord Roiben me envíe, por ejemplo, para que me convierta en tu guardia personal. —Tuerzo el gesto. Con «guardia» está claro que quiere decir «espía»—. O puede que pidamos prestado a vuestro herrero, Grimsen. Podría forjarle a lord Roiben una espada capaz de cercenar cualquier juramento.

—No he olvidado mi deuda. De hecho, esperaba poder saldarla ahora —replico con toda la autoridad que soy capaz de reunir—. Pero lord Roiben no debería olvidar…

Dulcamara me interrumpe con un gruñido:

—Eres tú la que no debe olvidar.

Dicho esto, se marcha, dejándome con la cabeza repleta de todas las réplicas ingeniosas que debería haber empleado. Sigo en deuda con la Corte de las Termitas y sigo sin tener forma de ampliar mi poder sobre Cardan. Y sigo sin saber quién puede haberme traicionado o qué debo hacer con Nicasia.

Al menos esta celebración no parece peor que cualquier otra, a pesar de las fanfarronerías de Locke. Me pregunto si podré cumplir lo que quiere Taryn y destituirlo como maestro de festejos por ser un aburrido.

Como si Locke hubiera leído mis pensamientos, da una palmada para acallar a la multitud. La música se interrumpe, y con ella los bailes, los malabares e incluso las risas.

—Tengo otro divertimento para vosotros —anuncia—. Es hora de coronar a un monarca esta noche. A la reina del jolgorio.

Uno de los laudistas improvisa una melodía alegre. Se oyen carcajadas dispersas entre el público.

Siento un escalofrío. He oído hablar de este juego, aunque nunca lo he presenciado. Es muy sencillo: consiste en secuestrar a una chica mortal, embriagarla a base de vino, halagos y besos feéricos, y después convencerla de que se la está honrando con una corona, cuando en realidad la están cubriendo de insultos.

Si Locke ha traído a alguna chica mortal para divertirse a su costa, tendrá que vérselas conmigo. Lo ataré a las rocas negras de Insweal para que lo devoren las sirenas.

Mientras sigo pensando en ello, Locke añade:

—Pero es obvio que solo un rey puede coronar a una reina.

Cardan se levanta del trono, desciende por los escalones para situarse al lado

de Locke. Su larga capa emplumada se desliza a su paso.

—¿Y bien? ¿Dónde está la chica? —pregunta el rey supremo, con las cejas enarcadas.

No parece gustarle la idea, así que confío en que ponga fin a todo esto antes de que empiece. ¿Qué satisfacción podría extraer de este juego?

—¿Aún no lo has adivinado? Solo hay un mortal entre nosotros —dice Locke—. Nuestra reina del jolgorio no es otra que Jude Duarte.

Por un instante, mi mente se queda totalmente en blanco. No puedo pensar. Entonces veo la sonrisa de Locke y los rostros sonrientes de los feéricos de la corte, y todos mis sentimientos desembocan en uno de pavor.

—Tres hurras por ella —exclama Locke.

Todos profieren unos gritos inhumanos, mientras yo intento contener el pánico. Miro a Cardan y percibo un destello peligroso en sus ojos. No obtendré compasión por su parte.

Nicasia sonríe exultante, y a su lado, el herrero, Grimsen, se muestra visiblemente satisfecho. Dulcamara, desde la linde del bosque, espera a ver mi reacción.

Supongo que Locke ha hecho por fin algo a derechas. Le prometió diversión al rey supremo, y estoy convencida de que Cardan está profundamente complacido.

Podría ordenarle que frene lo que quiera que esté a punto de pasar. Él también lo sabe, lo que significa que supone que aborreceré lo que quiera que vaya a hacer, pero no tanto como para darle una orden y revelar mis cartas.

Obviamente, soportaría muchas cosas antes de hacer algo así.

«Te arrepentirás de esto». No lo digo en voz alta, pero miro a Cardan y pienso esas palabras con tanta fuerza que es casi como si estuviera gritando.

Locke hace una señal y un grupo de trasgos se acerca cargando con un vestido feo y andrajoso, junto con una diadema hecha con ramitas. Sujetos a la corona artesanal hay cuatro pequeños hongos, de esos que despiden un polvillo hediondo.

Maldigo entre dientes.

—Un nuevo atuendo para una nueva reina —dice Locke.

Se oyen varias risas y gritos de sorpresa. Se trata de un juego cruel, pensado para realizarlo con chicas mortales, hechizadas para que no sepan que se están riendo de ellas. Eso es lo gracioso, su ignorancia. Se entusiasman con vestidos

que a ellas les parecen lujosos. Disfrutan con avidez de unas coronas que creen cargadas de joyas. Se quedan extasiadas con la promesa del amor verdadero.

Gracias al *geis* del príncipe Dain, los hechizos feéricos no tienen efecto sobre mí, pero, aunque así fuera, todos los cortesanos cuentan con que la senescal humana del rey supremo lleve algún amuleto protector: una ristra de bayas, un manojito de roble y ramitas de espino. Todos saben que puedo ver lo que me está entregando Locke.

Los cortesanos me observan con avidez, conteniendo el aliento. Seguro que es la primera vez que ven a una reina del jolgorio que sabe que se están burlando de ella. Es un juego nuevo.

—Dinos qué opinas de nuestra dama —le pide Locke a Cardan, con una sonrisa extraña.

El rostro del rey supremo se tensa, pero enseguida lo suaviza cuando se da la vuelta hacia la corte.

—A menudo me han atormentado sueños protagonizados por Jude —exclama—. Su rostro ocupa un puesto destacado en mis pesadillas recurrentes.

Los cortesanos se ríen. Me arde la cara porque Cardan les está contando un secreto y lo está utilizando para burlarse de mí.

Cuando Eldred era rey supremo, sus fiestas eran recatadas, pero un nuevo rey no solo supone una renovación del territorio, sino de la corte en sí misma. Es evidente que Cardan les entusiasma con sus caprichos y su propensión a la crueldad. Fui una tonta al pensar que había cambiado en algo.

—Algunos de nosotros no encontramos hermosos a los mortales. De hecho, algunos de vosotros podríais asegurar que Jude es horrenda.

Por un momento, me pregunto si lo que quiere es enfurecerme lo suficiente como para ordenarle que pare y revelar nuestro trato ante la corte. Pero no, lo que pasa es que con el corazón retumbando dentro de mi cabeza no puedo pensar con claridad.

—Pero creo que solo se debe a que su belleza es… única. —Cardan hace una pausa para escuchar más gritos procedentes de la multitud, más burlas—. Exasperante. Perturbadora. Inquietante.

—Tal vez necesite un atuendo nuevo para sacar a relucir su encanto —dice Locke—. Las mejores galas para una dama de alcurnia.

Los trasgos se acercan para colocar el vestido andrajoso y deshilachado sobre el mío, para deleite de los feéricos.

Se oyen más risas. Me arde el cuerpo entero. Una parte de mí quiere salir

corriendo, pero se impone el deseo de mostrarles que no pueden amedrentarme.

—Esperad —digo lo bastante alto como para que me escuchen. Los trasgos titubean. Cardan adopta un gesto indescifrable.

Me agacho para agarrar el dobladillo del vestido que llevo puesto, después lo paso por encima de mi cabeza. Es una prenda sencilla —sin corsé, sin broches —, así que sale con facilidad. Me quedo en ropa interior en mitad de la fiesta, retándoles a que digan algo. Retando a Cardan a que hable.

—Ya estoy lista para ponerme el vestido nuevo —digo.

Unos cuantos aplauden, como si no entendieran que la clave de este juego es la humillación. Locke, sorprendentemente, parece satisfecho.

Cardan se acerca, fulminándome con la mirada. No sé si podré soportar sus humillaciones otra vez. Por suerte, parece haberse quedado sin palabras.

—Te odio —susurro antes de que pueda decir algo.

Cardan ladea la cabeza.

—Repítelo —dice mientras los trasgos me peinan y me colocan la fea y maloliente corona en la cabeza. Lo dice en voz baja. Sus palabras van dirigidas solo a mí.

Me zafo de él, pero no sin antes ver la cara que pone. Es la misma que cuando se vio obligado a responder a mis preguntas, cuando admitió que me deseaba. Parece como si se estuviera confesando.

Me ruborizo, confusa, porque me siento furiosa y avergonzada al mismo tiempo. Giro la cabeza.

—Reina del jolgorio, es la hora de tu primer baile —me dice Locke, empujándome hacia la multitud.

Varias garras se aferran a mis brazos. Oigo una carcajada inhumana que resuena en mis oídos cuando comienza la música. Cuando se reanuda el baile, me veo totalmente inmersa en él. Mis pies impactan contra el suelo siguiendo el intenso ritmo de los tambores, mi corazón se acelera con el canto de una flauta. Me ponen a girar, me pasan de mano en mano entre la multitud. Me empujan y me impulsan, me pellizcan y me magullan.

Intento resistirme a la coacción de la música, intento abandonar el baile, pero no puedo. Cuando intento arrastrar los pies, varias manos me alzan en vilo hasta que la música me envuelve de nuevo. La escena se convierte en un batiburrillo de sonido y prendas ondeantes, de ojos brillantes que parecen manchas de tinta y dientes afilados como cuchillas.

Me dejo llevar, fuera de control, como si volviera a ser una niña, como si no

hubiera negociado con Dain, como si no me hubiera envenenado ni me hubiera apropiado del trono. Esto no es un hechizo. No puedo parar de bailar, no puedo impedir que mi cuerpo se mueva, pese a que mi terror va en aumento. No voy a parar. Bailaré hasta que se me desgasten los zapatos, hasta que me sangren los pies, hasta que me desplome.

—¡Dejad de tocar! —grito con todas mis fuerzas. El pánico le aporta a mi voz la contundencia de un grito—. Como reina del jolgorio, como senescal del rey supremo, ¡me permitiréis elegir el baile!

Los músicos hacen una pausa. Las pisadas de los bailarines se ralentizan. Puede que solo sea una tregua temporal, pero no estaba segura de poder conseguir eso siquiera. Estoy temblando de pies a cabeza a causa de la furia, el miedo y la presión de luchar contra mi propio cuerpo.

Me yergo, sumándome a la ficción de que voy ataviada con ropas elegantes y no con harapos.

—Bailemos el *reel* —digo, tratando de imaginar cómo habría pronunciado Oriana, mi madrastra, esas palabras. Por una vez, mi voz emerge tal y como yo quiero, con un tono templado e imperativo—. Y yo bailaré con mi rey, que esta noche me ha obsequiado con tantos regalos y cumplidos.

Los cortesanos me observan con sus ojos acuosos y centelleantes. Estas son las palabras que cabría esperar de la reina del jolgorio, las mismas que sin duda habrán pronunciado incontables mortales en diferentes circunstancias.

Espero que les perturbe saber que estoy mintiendo.

Al fin y al cabo, si la ofensa hacia mí consiste en recalcar que soy mortal, entonces esta es mi réplica: «Yo también vivo aquí y conozco las reglas. Puede que incluso las conozca mejor que nadie, ya que vosotros nacisteis con ellas, pero yo he tenido que aprenderlas. Quizá las conozca mejor que nadie porque vosotros tenéis más margen para romperlas».

—¿Bailarás conmigo? —le pregunto a Cardan con un tono mordaz, dirigiéndole una reverencia—. Pues te encuentro tan hermoso como tú me encuentras a mí.

Un bufido se extiende entre la multitud. Me he apuntado un tanto frente a Cardan, y la corte no sabe cómo sentirse al respecto. Les gusta lo desconocido, las sorpresas, pero tal vez se estén preguntando si les gustará esta.

Aun así, parece que mi humilde interpretación los ha cautivado.

Cardan esboza una sonrisa indescifrable.

—Será un placer —dice mientras los músicos empiezan a tocar otra vez. Me

hace girar en círculos entre sus brazos.

Ya hemos bailado antes, durante la coronación del príncipe Dain. Antes de que comenzaran los asesinatos. Antes de que hiciera prisionero a Cardan a punta de cuchillo. Me pregunto si estará pensando en ello mientras me hace girar por el Bosque Lechoso.

Puede que no sea especialmente diestro con la espada, pero tal y como le prometió a la hija de la bruja, es un bailarín experimentado. Me dejo guiar por él a través de una serie de pasos que yo habría sido incapaz de replicar por mi cuenta. El corazón me late con fuerza y tengo la piel pegajosa a causa del sudor.

Unas polillas que parecen de papel revolotean sobre nuestras cabezas, elevándose en círculos como si se sintieran atraídas sin remedio por la luz de las estrellas.

—Da igual lo que me hagas —digo, demasiado furiosa como para permanecer callada—, yo puedo hacerte cosas peores.

—Ya —replica, sujetándome con fuerza—. No creas que se me olvida eso ni por un instante.

—Entonces, ¿por qué? —inquiero.

—¿Crees que yo planeé tu humillación? —Se ríe—. ¿Yo? Eso implicaría esforzarse.

—Me da igual que lo hicieras o no —le digo. La ira me impide poner en orden mis sentimientos—. Lo que me importa es que has disfrutado con ello.

—¿Y por qué no debería complacerme verte avergonzada? Me la jugaste —dice Cardan—. Me tomaste por tonto y ahora soy el rey de los necios.

—El rey supremo de los necios —replico con sorna.

Nuestras miradas se cruzan y se produce una conmoción mutua al darnos cuenta de lo cerca que están nuestros cuerpos. Tomo conciencia de mi piel, del sudor que se me acumula sobre el labio, del roce de mis muslos al juntarse. Noto la calidez de su cuello bajo mis dedos entrelazados, el roce hirsuto de su pelo, el deseo de hundir mis manos en él. Inspiro su aroma a musgo, cuero y madera de roble. Observo su boca traicionera y la imagino pegada a la mía.

Todo esto está mal. La fiesta se reanuda a nuestro alrededor. Varios cortesanos nos miran, porque siempre hay alguno mirando al rey supremo, pero el jueguecito de Locke ha llegado a su fin.

«Regresa al palacio», me dijo Cardan, pero yo ignoré la advertencia.

Pienso en la expresión de Locke mientras Cardan hablaba, en la avidez de su rostro. No me estaba observando a mí. Por primera vez me pregunto si mi

humillación fue fortuita, si se trató de un cebo.

«Dinos qué opinas de nuestra dama».

Para mi inmenso alivio, al final del *reel*, los músicos hacen otra pausa y miran al rey supremo a la espera de instrucciones. Aprovecho para soltarle.

—Estoy agotada, majestad. Os pido permiso para retirarme.

Por un instante, me pregunto qué haré si Cardan me niega su permiso. Le he dado muchas órdenes, pero ninguna relacionada con tener en cuenta mis sentimientos.

—Eres libre para marcharte o quedarte, como prefieras —dice Cardan con magnanimidad—. La reina del jolgorio es bienvenida dondequiera que vaya.

Me doy la vuelta y salgo a trompicones de la fiesta; me apoyo en un árbol e inspiro bocanadas de la fresca brisa marina. Tengo las mejillas ruborizadas, me arde el rostro.

En la linde del Bosque Lechoso, observo las olas que rompen contra las rocas negras. Al cabo de un instante, percibo unas figuras en la arena, como si las sombras se movieran por voluntad propia. Parpadeo. No son sombras. Son *selkies*, saliendo del mar. Una veintena, al menos. Se desprenden de sus relucientes mantos de piel de foca y empuñan unas espadas plateadas.

El Inframar ha venido a la celebración del plenilunio.



Regreso corriendo; con las prisas me desgarro el vestido entre las espinas y las zarzas. Me dirijo de inmediato hacia el miembro más próximo de la guardia. Parece sobresaltado cuando me ve llegar corriendo, jadeando, envuelta todavía en los harapos de la reina del jolgorio.

—El Inframar —alcanzo a decir—. *Selkies*. Se acercan. Proteged al rey.

El guardia no titubea, no duda de mí. Reúne a sus caballeros y se pone en marcha para flanquear el trono. Cardan contempla ese movimiento con desconcierto, después con un breve atisbo de pánico. Sin duda recuerda como Madoc ordenó a los guardias que rodearan el estrado durante la ceremonia de coronación de Dain, justo antes de que Balekin comenzara su matanza.

Pero antes de que se lo pueda explicar, los *selkies* emergen del Bosque Lechoso, con el cuerpo desnudo a excepción de unas largas sogas de algas y perlas alrededor del pescuezo. La música cesa. Las carcajadas se extinguen. Alargo la mano hacia el muslo y saco el puñal que llevo enfundado allí.

—¿Qué es esto? —inquiere Cardan, levantándose.

Una *selkie* hace una reverencia y se echa a un lado. Por detrás de ella se acerca la nobleza del Inframar. Caminando sobre unas piernas que no creo que

poseyeran hace una hora, avanzan entre la arboleda ataviados con vestidos, jubones y calzas chorreantes, sin que parezcan incómodos en absoluto. Tienen un aspecto feroz, incluso con sus mejores galas.

Busco a Nicasia entre la multitud, pero no hay ni rastro de ella ni del herrero. Locke se sienta en uno de los brazos del trono, con cara de dar por hecho que si Cardan es rey supremo, eso significa que ese puesto no puede ser tan especial.

—Majestad —dice un feérico de piel gris con una chaqueta que parece confeccionada con la piel de un tiburón. Posee una voz extraña, como enronquecida por la falta de uso—, Orlagh, la reina del Inframar, nos envía con un mensaje para el rey supremo. Os pedimos permiso para hablar.

Los guardias refuerzan el semicírculo alrededor de Cardan.

Cardan no responde enseguida. En vez de eso, se sienta.

—El Inframar es bienvenido en esta celebración del plenilunio. Bailad. Bebed. Que no se diga que no somos unos anfitriones generosos, incluso con los invitados que se presentan sin avisar.

El feérico se arrodilla, pero su expresión no es de sumisión en absoluto.

—Vuestra generosidad es infinita. Aun así, no podremos disfrutar de ella hasta haber transmitido el mensaje de nuestra señora. Debeis escucharnos.

—¿De veras? Está bien —dice el rey supremo al cabo de un instante, ondeando brevemente una mano—. ¿Y qué tiene que decir?

El feérico de la piel gris le hace señas a una chica con un vestido mojado y azul, con el pelo trenzado. Cuando la chica abre la boca, veo que tiene unos dientes pequeños y muy afilados, traslúcidos, lo cual resulta muy extraño. Entona el mensaje a modo de cántico:

El mar necesita un novio,
la tierra necesita una novia.
Arrejuntaos si no queréis
enfrentaros a la marea creciente.
Si desdeñáis al mar una vez,
nos lo cobraremos con vuestro linaje.
Si lo desdeñáis por segunda vez,
nos lo cobraremos con vuestra carne.
Si lo desdeñáis por tercera vez,
deberéis despediros de vuestra corona.

Los feéricos de la superficie, cortesanos y peticionarios, sirvientes y nobles, ponen los ojos como platos al oír el mensaje.

—¿Eso es una propuesta matrimonial? —pregunta Locke. Creo que su intención es que solo lo oiga Cardan, pero entre tanto silencio su voz resuena con fuerza.

—Una amenaza, me temo —responde Cardan, mientras fulmina con la mirada a la chica, al feérico de la piel gris y a todos en general—. Ya habéis entregado vuestro mensaje. No tengo ninguna rima barata que ofrecer como respuesta. Culpa mía, por tener una senescal que no puede ejercer también como poeta de la corte. Pero me aseguraré de estrujar un papel y arrojarlo al agua en cuanto se me ocurra algo.

Por un instante, todos permanecen donde estaban, sin moverse del sitio.

Cardan da una palmada, sobresaltando a los feéricos del mar.

—¿Y bien? —exclama—. ¡Bailad! ¡Divertíos! ¿No habéis venido a eso?

Su voz resuena con autoridad. Ya no solo parece el rey supremo de Elfhame, ahora también se expresa como tal.

Un escalofrío premonitorio me recorre el cuerpo.

Los cortesanos del Inframar, con sus atuendos empapados y sus perlas relucientes, le observan con ojos fríos y pálidos. Sus rostros son tan inexpresivos que no sé si los gritos de Cardan les habrán enojado. Pero cuando la música se reanuda, se cogen con sus manos palmeadas y se suman al festejo, ejecutando brincos y cabriolas como si estuvieran acostumbrados a hacerlo por gusto bajo las olas.

Mis espías han permanecido ocultos durante este encuentro. Locke se aleja del trono para danzar con dos *selkies* semidesnudas. Nicasia sigue sin aparecer, y cuando busco a Dulcamara tampoco consigo localizarla. Vestida así, no puedo ponerme a hablar con alguien en términos oficiales. Me quito la corona apestosa y la arrojo al suelo.

Me planteo quitarme el vestido andrajoso, pero antes de que pueda decidirme, Cardan me hace señas para que me acerque al trono.

No le hago ninguna reverencia. Esta noche, después de todo, me he convertido en regente por derecho propio. En una reina del jolgorio, que hace de todo menos reírse.

—Creía que te marchabas —me espeta.

—Y yo creía que la reina del jolgorio era bienvenida allá donde fuera —replico.

—Reúne al Consejo Orgánico en mis aposentos del palacio —me dice con una voz fría, distante y regia—. Me reuniré con vosotros en cuanto pueda escabullirme.

Asiento con la cabeza y, cuando ya me he adentrado entre la multitud, me doy cuenta de dos cosas. Uno, Cardan me ha dado una orden, y dos, la he obedecido.



De vuelta en el palacio, envío a unos pajes para que convoquen al consejo. También envío a Bocadragón con un mensaje dirigido a mis espías, para que descubran dónde se ha metido Nicasia. Cabría esperar que estuviera rondando cerca para poder escuchar la respuesta de Cardan, pero como sus dudas sobre los sentimientos del rey supremo la llevaron a disparar a una amante rival, es posible que no tenga ganas de escucharla.

Aunque creyera que Cardan la preferiría a ella antes que a una guerra, eso tampoco sería muy halagador.

En mis aposentos, me desvisto a toda prisa y me aseo. Quiero librarme del olor de los hongos, del hedor del fuego y de la humillación. Me alegra tener mi vieja ropa a mano. Me pongo un vestido liso marrón, demasiado sencillo para mi actual posición, pero su comodidad lo compensa. Me recojo el pelo con una severidad implacable.

No veo a Tatterfell por ningún lado, pero es obvio que ha pasado por aquí. Mis aposentos están ordenados, mi ropa planchada y colgada.

Y encima de mi escritorio hay una nota dirigida a mí: «Del gran general del ejército del rey supremo para la senescal de su majestad».

La abro. La nota es más breve que lo que hay escrito en el sobre:

Ven a la sala de la guerra enseguida.
No esperes al consejo.

Se me acelera el corazón. Me planteo fingir que no he recibido el mensaje y pasar de ir, pero eso sería un acto de cobardía.

Si Madoc sigue teniendo esperanzas de conspirar para subir a Oak al trono, no puede permitir que se produzca un matrimonio con el Inframar. No tiene motivos para saber que, al menos en esto, estoy completamente de su parte. Esta es una buena oportunidad para obligarle a enseñar los ases que tiene en la manga.

Así pues, me dirijo a regañadientes hacia su sala de guerra. Me resulta familiar; he jugado allí de pequeña bajo una enorme mesa de madera cubierta con un mapa de Faerie, con pequeñas figuras talladas que representan a las cortes y sus ejércitos. Sus «muñequitos», como solía llamarlos Vivi.

Cuando entro, encuentro la estancia en penumbra. Hay unas velas encendidas sobre una mesa, al lado de unas sillas incómodas.

Recuerdo estar leyendo un libro, acurrucada en una de esas sillas, mientras se trazaban planes violentos a mi lado.

Mirándome desde esa misma silla, Madoc se levanta y me hace señas para que me siente frente a él, como si fuéramos iguales. Resulta interesante ver lo cauteloso que se está mostrando conmigo.

Sobre el tablero estratégico apenas hay unas cuantas figuras. Orlagh y Cardan, Madoc y una figura que no reconozco hasta que la examino más de cerca. Se trata de una representación mía, tallada en madera. Senescal. Maestra de espías. Hacedora de reyes.

De repente, me asusta pensar lo que habré hecho para acabar en este tablero.

—He recibido tu nota —le digo mientras tomo asiento.

—Después de esta noche, pensé que al fin reconsiderarías algunas de tus decisiones —me dice.

Hago amago de replicar, pero él alza una garra para contener mi respuesta.

—Si estuviera en tu lugar —prosigue—, puede que el orgullo me hubiera llevado a fingir lo contrario. Los feéricos no podemos contar mentiras, como bien sabes, al menos con nuestra lengua. Pero sí podemos engañar. Y somos tan capaces de engañarnos a nosotros mismos como cualquier mortal.

No me gusta que sepa que me han coronado como reina del jolgorio y que los cortesanos se rieron de mí.

—¿Crees que no sé lo que estoy haciendo?

—Con certeza, no —dice con tiento—. Lo que veo es que te estás humillando con el más joven y necio de los príncipes. ¿Acaso te prometió algo?

Me muerdo el interior del carrillo para no replicarle. No importa lo baja que tenga la autoestima. Si Madoc me considera una necia, que así sea.

—Soy la senescal del rey supremo, ¿no es cierto?

Es difícil disimular cuando las carcajadas de los cortesanos todavía resuenan en mis oídos. Cuando todavía tengo en el pelo el polvo hediondo de esos hongos y el recuerdo de las ofensivas palabras de Cardan.

«Exasperante. Perturbadora. Inquietante».

Madoc suspira y extiende las manos.

—¿Sabes por qué Eldred no tenía interés en su hijo menor? Baphen percibió mala fortuna en sus astros desde el momento en que nació. Pero mientras Cardan lleve puesta la corona sanguínea, debo jurarle lealtad con la misma firmeza con que lo hice con su padre, con la misma firmeza con que lo habría hecho con Dain o incluso con Balekin. La oportunidad que se presentó durante la coronación, una oportunidad para cambiar el rumbo del destino, ya ha pasado.

Hace una pausa. Da igual cómo lo exprese, el significado es el mismo: esa oportunidad ha pasado porque yo se la arrebaté. Yo soy el motivo por el que Oak no es rey supremo y Madoc no está utilizando su influencia para moldear Elfhame a su imagen y semejanza.

—Pero tú —añade—, que no estás atada por tus palabras, que puedes renegar de tus promesas…

Pienso en lo que me dijo después de la última reunión del Consejo Orgánico, mientras paseábamos: «A ti no te limita ningún juramento. Si te arrepientes de tu jugada, haz otra. Aún quedan muchas partidas que jugar». Comprendo que ha elegido este momento para seguir debatiendo esa cuestión.

—Quieres que traicione a Cardan —digo para dejar las cosas claras.

Madoc se levanta y me hace señas para que me acerque al tablero de estrategia.

—No sé qué te habrá contado su hija sobre la reina del Inframar, pero hubo un tiempo en que el fondo del mar se parecía mucho a la superficie. Tenía muchos feudos, con multitud de regentes entre los *selkies* y las sirenas.

»»Cuando Orlagh llegó al poder, persiguió a todos los regentes inferiores y los mató, para que el Inframar solo respondiera ante ella. Aún quedan unos pocos regentes marinos a los que no ha podido doblegar, algunos demasiado poderosos y otros demasiado lejanos. Pero si desposa a su hija con Cardan, ten por seguro que presionará a Nicasia para que haga lo mismo en la tierra.

—¿El qué? ¿Asesinar a los líderes de las cortes inferiores? —pregunto.

Madoc sonríe.

—De todas las cortes. Puede que al principio parezca una serie de accidentes… o de órdenes desafortunadas. O puede que se produzca otra masacre.

Le observo con cautela. Al fin y al cabo, él propició en parte el último baño de sangre.

—¿Y estás en desacuerdo con la filosofía de Orlagh? ¿No habrías hecho lo mismo si ejercieras el poder en la sombra?

—No lo habría hecho en nombre del mar —responde—. Orlagh pretende someter a los habitantes de la superficie. —Alarga la mano hacia la mesa y coge una figurita tallada que representa a la reina Orlagh—. Ella cree en la paz forzosa del gobierno absolutista.

Me quedo mirando el tablero.

—Querías impresionarme —prosigue—. Dedujiste, con acierto, que no vería tu verdadero potencial hasta que me derrotaras. Considérame impresionado, Jude. Pero sería mejor para ambos que dejáramos de pelearnos y nos centrásemos en nuestro interés común: el poder.

Sus palabras dejan un rastro ominoso en el ambiente. Es un cumplido expresado en forma de amenaza.

—Vuelve a mi lado —añade—. Vuelve antes de que actúe en tu contra con todas mis fuerzas.

—¿Y en qué consiste esa vuelta? —pregunto.

Madoc me escruta con la mirada, como si estuviera preguntándose cuánto debería decir en voz alta.

—Tengo un plan. Cuando llegue el momento, podrás ayudarme a ponerlo en marcha.

—¿Un plan en el que yo no he participado y del que no quieres contarme nada? —inquiero—. ¿Y si me interesa más el poder que ya ostento?

Madoc sonríe, enseñando los dientes.

—Entonces será que no conozco demasiado bien a mi hija. Porque la Jude que yo conozco le arrancaría el corazón a ese chico por lo que te ha hecho esta noche.

Abochornada al ver que me echa en cara lo ocurrido durante la fiesta, le replico:

—Tú has permitido que me humillaran en Faerie desde que era pequeña. Has dejado que los feéricos me hicieran daño, se rieran de mí y me mutilaran.

Levanto la mano en la que me falta la yema de un dedo, cercenada por uno de sus propios guardias. Tengo otra cicatriz en el centro, en el punto donde Dain me obligó a atravesarme la mano con un puñal.

—Me han hechizado y llevado a rastras a una fiesta, llorando y sola. Bajo mi punto de vista, la única diferencia entre esta noche y todas las demás en las que tuve que soportar humillaciones sin protestar es que aquellas te beneficiaron a ti. En cambio, al soportar esto, ahora la que sale ganando soy yo.

Madoc parece conmovido.

—No lo sabía.

—No querías saberlo —replico.

Madoc proyecta su mirada sobre el tablero, sobre las piezas que lo cubren y la figurita que me representa.

—Ese argumento es una buena estocada, directa al hígado, pero no tengo claro que funcione tan bien como defensa. Ese muchacho no es digno de…

Madoc habría seguido hablando, pero entonces se abre la puerta y se asoma Randalin, con su túnica oficial puesta a toda prisa.

—Ah, estáis aquí. Bien. La reunión está a punto de empezar. Daos prisa.

Cuando hago amago de seguirle, Madoc me agarra del brazo y me dice en voz baja:

—Intentaste avisarnos de que esto iba a ocurrir. Lo único que te pido esta noche es que utilices tu poder como senescal para impedir cualquier alianza con el Inframar.

—Sí —respondo, mientras pienso en Nicasia, en Oak y en todos mis planes —. Eso te lo puedo garantizar.



El Consejo Orgánico se reúne en los amplísimos aposentos del rey supremo, alrededor de una mesa que tiene incrustado el emblema de los Greenbriar, junto con flores y espinas con raíces enroscadas.

Nihuar, Randalin, Baphen y Mikkel están sentados, mientras que Fala está de pie en mitad de la estancia, entonando una canción:

Pescaditos, pescaditos que se ponen de pie.
Cásate con un pez y la vida te irá bien.
Fríelo en una sartén y rebaña la raspa.
La sangre de pescado es buena para la casta.

Cardan se deja caer sobre un sofá cercano con un gesto rimbombante que refleja su absoluto desdén hacia todos los miembros de la mesa.

—Esto es ridículo. ¿Dónde está Nicasia?

—Debemos debatir esta oferta —dice Randalin.

—¿Oferta? —replica Madoc, tomando asiento—. Tal y como la han expresado, no veo posible que Cardan se case con esa chica sin que parezca que la tierra teme al mar y ha cedido ante sus exigencias.

—Quizá fuera una nimiedad que se les fue de las manos —dice Nihuar.

—Es hora de prepararnos —replica Madoc—. Si guerra es lo que quiere, eso es lo que tendrá. Desalaré el mar antes de permitir que Elfhame tiemble ante la ira de Orlagh.

Guerra, precisamente aquello a lo que yo temía que Madoc nos abocara, y que ahora se acerca sin que él la haya propiciado.

—Bien —dice Cardan, cerrando los ojos como si fuera a echar una cabezada aquí mismo—. En ese caso, no hace falta que haga nada.

Madoc tuerce el gesto. Randalin parece ligeramente turbado. Durante mucho tiempo, ha querido que Cardan asistiera a las reuniones del consejo, pero ahora que está presente no tiene muy claro qué hacer con él.

—Podrías tomar a Nicasia como consorte en vez de como esposa —propone Randalin—. Engendra con ella un heredero apto para gobernar la tierra y el mar.

—¿Así que ahora no debo casarme por orden de Orlagh, sino solamente procrear? —inquiere Cardan.

—Quiero oír la opinión de Jude —dice Madoc, para mi enorme sorpresa.

Los demás consejeros se giran hacia mí. Parecen perplejos por lo que ha dicho el general. Durante las reuniones, mi único papel ha sido el de intermediaria entre el consejo y el rey supremo. Ahora que Cardan se representa a sí mismo, bien podría convertirme en una de esas figuritas de madera del tablero de estrategia. Seguro que me harían el mismo caso.

—¿Y eso por qué? —inquiere Randalin.

—Porque la otra vez no le hicimos caso. Jude nos dijo que la reina del Inframar iba a actuar contra la tierra. Si le hubiéramos escuchado, puede que ahora no estuviéramos buscando una estrategia a toda prisa.

Randalin hace una mueca.

—Eso es cierto —dice Nihuar, como si estuviera intentando pensar una forma de justificar esa preocupante muestra de aptitud.

—Tal vez nos cuente qué más sabe —añade Madoc.

Mikkel enarca las cejas.

—¿Hay más? —pregunta Baphen.

—¿Jude? —insiste Madoc.

Sopeso lo que voy a decir.

—Como ya dije, Orlagh se ha estado comunicando con Balekin. No sé qué información le habrá transmitido, pero el mar envía feéricos a tierra firme con obsequios y mensajes para él.

Cardan parece sorprendido y claramente disgustado. Me doy cuenta de que olvidé contarle lo de Balekin y el Inframar, a pesar de haber informado al consejo.

—¿Sabías también lo de Nicasia? —pregunta.

—Yo, eh… —titubeo.

—A Jude le gusta ocultarle cosas al Consejo Orgánico —dice Baphen con gesto taimado.

Como si fuera culpa mía que no me hicieran caso.

Randalin frunce el ceño y añade:

—No nos has explicado cómo te has enterado de esto.

—Si me estáis preguntando si tengo secretos, yo podría preguntaros lo mismo a vosotros —le recuerdo—. Hasta hace poco, no os interesaba ninguno de los míos.

—Príncipe de la tierra, príncipe de los mares —dice Fala—. Príncipe de las prisiones, príncipe de los truhanes.

—Balekin no es un estratega —dice Madoc, lo cual es lo más cerca que ha estado nunca de admitir que fue él quien planeó la ejecución de Eldred—. Aunque es ambicioso. Y orgulloso.

—«Si desdeñáis al mar una vez, nos lo cobraremos con vuestro linaje» —repite Cardan—. Eso se refiere a Oak, supongo.

Madoc y yo cruzamos una mirada fugaz. Lo único en lo que estamos de acuerdo es en que hay que mantener a salvo a Oak. Me alegra que esté lejos de aquí, tierra adentro, con espías y caballeros cuidando de él. Pero si Cardan acierta en lo que significa ese verso, me pregunto si necesitará aún más protección.

—Si el Inframar planea secuestrar a Oak, es posible que le prometieran la corona a Balekin —dice Mikkel—. Es más seguro para ellos que solo queden dos individuos en la estirpe, cuando hace falta uno para coronar al otro. Tres es algo redundante. Y peligroso.

Lo cual es una manera rebuscada de decir que alguien debería matar a Balekin antes de que él intente asesinar a Cardan.

A mí tampoco me importaría ver muerto a Balekin, pero Cardan se ha opuesto con tozudez a la ejecución de su hermano. Pienso en las palabras que me

dijo en la Corte de las Sombras: «Puede que sea despreciable, pero mi mayor virtud es que no soy un asesino».

—Tomaré en cuenta su consejo, caballeros —dice Cardan—. Ahora deseo hablar con Nicasia.

—Pero es que aún no hemos decidido… —dice Randalin, pero deja la frase a medias cuando Cardan le fulmina con la mirada.

—Jude, ve a buscarla —dice el rey supremo de Elfhame. Otra orden.

Me levanto, apretando los dientes, y me dirijo hacia la puerta. Fantasma me está esperando.

—¿Dónde está Nicasia? —pregunto.

Resulta que la han metido en mis aposentos, con Cucaracha. Su vestido de color gris paloma se encuentra extendido sobre mi diván, como si estuviera expuesto, preparado para un retrato. Me pregunto si el motivo por el que se marchó a toda prisa fue para poder cambiarse de ropa para esta audiencia.

—Mira lo que ha traído el viento —dice cuando me ve.

—El rey supremo requiere tu presencia —le digo.

Nicasia me dedica una sonrisa extraña y se levanta.

—Ojalá fuera cierto.

Atravesamos el pasillo, los caballeros la observan al pasar. Tiene un aspecto majestuoso y miserable al mismo tiempo. Cuando las enormes puertas de los aposentos de Cardan se abren, Nicasia entra con la cabeza alta.

Durante mi ausencia, un sirviente ha traído té. Está infusionando dentro de una tetera, en el centro de una mesita auxiliar. Una taza humea dentro de la jaula formada por los esbeltos dedos de Cardan.

—Nicasia —dice, alargando la palabra—. Tu madre nos ha enviado un mensaje a los dos.

Nicasia frunce el ceño al reparar en los demás consejeros y al advertir que no la han invitado a sentarse ni le han ofrecido una taza de té.

—La ocurrencia ha sido suya, no mía.

Cardan se inclina hacia delante. Ya no se muestra aburrido ni soñoliento, sino que vuelve a ser ese aterrador noble feérico, de mirada vacía y poder incalculable.

—Tal vez, pero estoy seguro de que conocías sus intenciones. No juegues conmigo. Nos conocemos demasiado como para caer en esas tretas.

Nicasia agacha la cabeza, sus pestañas rozan sus mejillas.

—Mi madre desea una clase distinta de alianza.

Puede que los consejeros la consideren dócil y humilde, pero yo no me dejo engañar.

Cardan se levanta y arroja la taza contra la pared, donde se hace trizas.

—Dile a la reina del Inframar que, si vuelve a amenazarme, su hija se acabará convirtiendo en mi prisionera en lugar de mi esposa.

Nicasia parece dolida.

Al fin, Randalin consigue articular palabra:

—No es apropiado en absoluto arrojarle objetos a la hija del Inframar.

—Pececillo —dice Fala—, deshazte de tus piernas y vete nadando.

Mikkel suelta una carcajada.

—No debemos apresurarnos —dice Randalin con impotencia—, Princesa, deja que el rey supremo se tome más tiempo para reflexionar.

Me preocupaba que Cardan se sintiera divertido, halagado o tentado por la propuesta. Pero en vez de eso está visiblemente furioso.

—Deja que hable con mi madre.

Nicasia otea la estancia, nos observa a los consejeros y a mí, antes de concluir que no va a lograr convencer a Cardan para que nos inste a salir. Opta por la segunda mejor opción; centra su mirada en él y habla como si no estuviéramos ahí:

—El mar es implacable, igual que los métodos de la reina Orlagh. Ella exige cuando debería pedir, pero eso no significa que no haya sabiduría en sus palabras.

—Entonces, ¿estarías dispuesta a casarte conmigo? ¿Vincularías el mar con la tierra y nos unirías en la miseria?

Cardan la mira con todo el desprecio que antaño tenía reservado para mí. Me siento como si estuviera en el mundo al revés. Pero Nicasia no recula. En vez de eso, da un paso al frente.

—Seríamos leyendas —le dice—. Las leyendas no necesitan preocuparse por algo tan nimio como la felicidad.

Y entonces, sin esperar a que Cardan ponga fin a la reunión, Nicasia se da la vuelta y se marcha. Sin que medie ninguna orden, los guardias se apartan para dejarla pasar.

—Vaya —dice Madoc—. Esa chica se comporta como si ya fuera reina.

—Fuera —dice Cardan, y al ver que nadie reacciona, ondea una mano con frenesí—. ¡Vamos, fuera! Estoy seguro de que queréis seguir deliberando como

si yo no estuviera en la sala, así que id a hacerlo lejos de mi vista. Marchaos y no me molestéis más.

—Os pedimos disculpas —dice Randalin—. Solo pretendíamos…

—¡Fuera! —exclama, y tras eso, hasta Fala se dirige hacia la puerta.

—Excepto Jude —añade Cardan—. Tú espera aquí.

«Tú». Me doy la vuelta hacia él, sofocada aún por la humillación de esta noche. Pienso en todos mis planes y mis secretos, en lo que supondría entrar en guerra con el Inframar, en lo que he arriesgado y lo que ya he perdido para siempre.

Espero a que los demás se marchen, hasta que el último miembro del Consejo Orgánico sale por la puerta.

—Como vuelvas a darme una orden —le digo—, te enseñaré lo que es abochornarse de verdad. Los jueguecitos de Locke no serán nada comparado con lo que te obligaré a hacer. Y dicho eso, sigo a los demás hacia el pasillo.



En la Corte de las Sombras, me pongo a reflexionar sobre los posibles movimientos.

«Asesinar a Balekin». Mikkel no se equivocaba al decir que eso dificultaría que el Inframar le arrebate la corona a Cardan.

«Casar a Cardan con otra». Pienso en Madre Tuétano y casi me arrepiento de haber interferido. Si Cardan tuviera a la hija de una bruja como esposa, es posible que Orlagh no hubiera adoptado el papel de casamentera de un modo tan estricto.

Aunque, claro está, yo habría tenido otros problemas.

Empiezo a sentir migraña. Me froto el puente de la nariz.

Con la boda de Taryn tan próxima, Oak llegará aquí dentro de unos días. Eso no me gusta un pelo, mientras la amenaza de Orlagh siga pendiendo sobre Elfhame. Oak es una pieza demasiado valiosa en el tablero estratégico, indispensable para Balekin, peligrosísima para Cardan.

Recuerdo la última vez que vi a Balekin, la influencia que tenía sobre el guardia, su manera de actuar como si fuera un rey en el exilio. Y todos los informes que recibo de Vulciber sugieren que apenas ha cambiado. Exige lujos, recibe visitantes del mar que dejan charcos y perlas a su paso. Me pregunto qué le habrán dicho y qué les habrá prometido él.

Aunque Nicasia crea que Balekin es prescindible, él debe de esperar justo lo contrario.

Y entonces me acuerdo de otra cosa: de la mujer que quería hablarme de mi madre. Ha estado allí todo este tiempo, y si está dispuesta a vender cierta información a cambio de su libertad, puede que también esté dispuesta a vender otra.

Mientras repaso lo que me gustaría saber, se me ocurre que resultaría mucho más útil enviarle información a Balekin, en lugar de recibirla de él.

Si le hago creer a esa prisionera que voy a liberarla temporalmente para que me hable de mi madre, podría transmitirle cierta información. Algo acerca de Oak, acerca de su paradero o su vulnerabilidad. Ella no mentiría cuando la transmitiera, pues pensaría que está diciendo la verdad.

Sigo reflexionando y me doy cuenta de que no, es demasiado pronto para eso. Lo que necesito ahora es darle una información más sencilla a la prisionera para que pueda transmitirla, una información que yo pueda controlar y verificar, para asegurarme de que es una fuente fiable.

Balekin quería enviarle un mensaje a Cardan. Encontraré un modo de permitírselo.

La Corte de las Sombras ha empezado a formalizar la redacción de documentos sobre los habitantes de Elfhame, pero ninguno de los pergaminos actuales habla de ningún prisionero de la torre aparte de Balekin. Atravieso el pasillo para llegar al recién excavado despacho de Bomba.

Me la encuentro allí, arrojando puñales a un cuadro de una puesta de sol.

—¿No te gustaba? —pregunto, señalando hacia el lienzo.

—Sí, bastante —responde—. Pero ahora me gusta más.

—Necesito a una prisionera de la Torre del Olvido. ¿Tenemos suficientes uniformes para disfrazar a algunos de los nuevos reclutas? Los caballeros de la torre me han visto la cara. Vulciber puede ayudar a limar asperezas, pero prefiero no arriesgarme. Será mejor falsificar unos papeles y sacarla de allí con las mínimas preguntas posibles.

Bomba frunce el ceño, concentrada.

—¿A quién quieres?

—Es una mujer. —Saco un trozo de papel y dibujo el plano de la planta baja lo mejor posible—. Estaba en lo alto de la escalera. Aquí. Ella sola.

Bomba frunce el ceño todavía más.

—¿Puedes describirla?

Me encojo de hombros.

—Rostro enjuto, cuernos. Hermosa, diría yo. Aunque todos lo sois.

—¿Qué clase de cuernos? —pregunta Bomba, ladeando la cabeza como si estuviera sopesando algo—. ¿Rectos? ¿Curvados?

Me señalo la parte superior de la cabeza, donde recuerdo que tenía los cuernos.

—Pequeñitos. Como de cabra, supongo. Y tenía cola.

—No hay demasiados feéricos en la torre —explica Bomba—. La mujer a la que describes…

—¿La conoces? —pregunto.

—Nunca he hablado con ella —dice Bomba—. Pero sé quién es… o quién era. Fue amante de Eldred y engendró un hijo suyo. Es la madre de Cardan.



Capítulo 14

Tamborileo con los dedos sobre el viejo escritorio de Dain mientras Cucaracha hace pasar a la prisionera.

—Se llama Asha —dice—. Lady Asha.

Asha está muy flaca y tan pálida que su piel parece gris. Apenas recuerda a la mujer risueña a la que vi en la esfera de cristal.

Se pone a otear la estancia, sumida en un éxtasis de confusión. Es obvio que se alegra de estar fuera de la Torre del Olvido. Sus ojos se muestran ávidos, absorben cada detalle de esta habitación tan sobria.

—¿Qué crimen cometió? —pregunto, como si no supiera nada. Confío en que, de ese modo, Asha entre al trapo y muestre más de sí misma.

Cucaracha resopla, siguiéndome la corriente.

—Fue consorte de Eldred y, cuando el rey se cansó de ella, la encerraron en la torre.

Es obvio que ahí hubo algo más, pero lo único que he descubierto es que tenía que ver con la muerte de otra amante del rey supremo, y que, de algún modo, Cardan estaba implicado.

—Qué mala suerte —digo, señalando hacia la silla que está delante de mi escritorio. La misma a la que estuvo atado Cardan hace cinco largos meses—. Por favor, toma asiento.

Noto el parecido con su hijo. Comparten esos pómulos prominentes, esos labios tan suaves.

Asha se sienta y me clava una mirada.

—Tengo mucha sed.

—¿De veras? —pregunta Cucaracha, relamiéndose con su lengua negruzca —. Puede que una copa de vino te ayude a recobrarte.

—Además estoy helada —le dice Asha—. Se me ha metido el frío en los huesos. Estoy fría como el mar.

Cucaracha cruza una mirada conmigo.

—Quédate aquí con tu Reina Sombría y yo me ocuparé del resto.

No sé qué habré hecho para merecer un título tan extravagante, y temo que me lo hayan concedido tal y como le pondrían a un trol inmenso el sobrenombre de «Diminuto», pero el caso es que Asha parece impresionada.

Cucaracha se marcha y nos deja solas. Le sigo con la mirada durante unos breves segundos, mientras pienso en Bomba y en su secreto. Después me doy la vuelta hacia lady Asha.

—Dijiste que conocías a mi madre —le recuerdo, confiando en sonsacarle algo con eso hasta que se me ocurra una forma de pasar a lo que me interesa de verdad.

Su gesto denota cierta sorpresa, como si estuviera tan distraída con el entorno que hubiera olvidado el motivo de su presencia aquí.

—Te pareces muchísimo a ella.

—Sus secretos —insisto—. Dijiste que conocías secretos relacionados con ella.

Finalmente, Asha sonríe.

—A Eva le resultaba un fastidio tener que apañárselas sin nada de su antigua vida. Al principio le pareció divertido vivir en Faerieland. Les pasa a todos, pero con el tiempo empezó a sentir nostalgia. Solíamos cruzar el mar para infiltrarnos entre los mortales y traernos de vuelta algunas cositas que echaba en falta. Barritas de chocolate. Perfumes. Pantis. Aquello fue antes de Justin, claro.

Justin y Eva. Eva y Justin. Mis padres. Se me encoge el estómago al pensar que Asha llegó a conocerlos mejor que yo.

—Claro —repito a pesar de todo.

Asha se inclina hacia delante, sobre el escritorio.

—Te pareces a ella. Mejor dicho, a los dos.

«Y tú te pareces a Cardan», pienso.

—Seguro que ya te habrán contado la historia —prosigue Asha—. Uno de ellos, o los dos, mató a una mujer y quemó el cadáver para ocultarle a Madoc la desaparición de tu madre. Yo podría hablarte de ello. Podría contarte cómo pasó.

—Por eso te he traído aquí —le digo—. Para que me cuentes todo lo que sabes.

—¿Y luego volverás a encerrarme en la torre? No. Mi información tiene un precio.

Antes de que pueda responder, se abre la puerta y entra Cucaracha cargado con una bandeja repleta de queso y pan integral, con una humeante copa de vino especiado. Lleva una capa sobre los hombros y, después de servir la comida, cubre con ella a Asha como si fuera una manta.

—¿Alguna petición más? —inquiere.

—Precisamente íbamos a comentarlo ahora —le digo.

—Libertad —responde Asha—. Quiero salir de la Torre del Olvido y quiero un salvoconducto para alejarme de Insmoor, Insweal e Insmire. Además, quiero que me prometas que el rey supremo de Elfhame jamás tendrá noticia de mi liberación.

—Eldred está muerto —le digo—. No tienes de qué preocuparte.

—Sé quién es el rey supremo —me corrige con brusquedad—. Y no quiero que me encuentre una vez que esté libre.

Cucaracha enarca las cejas.

En medio del silencio, Asha pega un largo trago de vino. Prueba un trozo de queso.

Caigo en la cuenta de que es muy probable que Cardan sepa dónde acabó su madre. Si no ha hecho nada para sacarla, ni siquiera para ir a verla desde que fue nombrado rey supremo, tiene que haber sido a propósito. Pienso en el niño de la esfera de cristal, en la veneración con la que observaba a su madre, y me pregunto qué habrá cambiado. Yo apenas me acuerdo de mi madre, pero daría cualquier cosa por volver a verla, aunque solo fuera un instante.

—Cuéntame algo valioso —le digo—. Y me lo pensaré.

—Entonces, ¿no voy a conseguir nada hoy? —inquiere.

—¿Acaso no te hemos alimentado y te hemos vestido con tu propia ropa? Es más, tal vez puedas dar una vuelta por los jardines antes de regresar a la torre.

Inspirar el aroma de las flores y sentir el roce de la hierba bajo los pies —añado —. Deja que te aclare una cosa: no busco recuerdos reconfortantes ni historias de amor. Si tienes algo mejor que ofrecerme, es posible que encuentre algo para ti. Pero no creas que eres indispensable.

—Está bien —dice con un mohín—. Madoc conoció a una bruja cuando tu madre estaba embarazada de Vivienne. Tenía dotes premonitorias y veía el futuro en las cáscaras de huevo. ¿Y sabes lo que dijo esa bruja? Que la hija de Eva estaba destinada a ser un arma más poderosa que cualquiera que Justin pudiera forjar.

—¿Vivi? —pregunto.

—No precisó —dice Asha—. Aunque ella debió de pensar en la hija que tenía en el vientre en ese momento. Puede que se marchara por eso. Para proteger a esa hija de lo que le aguardaba. Pero nadie puede escapar a su destino.

Me quedo callada, con los labios fruncidos. La madre de Cardan da otro trago de vino. No pienso permitir que mi rostro delate lo que estoy sintiendo.

—Sigue sin ser suficiente —replico, confiando todavía en que esta información acabe conduciendo hasta Balekin, confiando en haber encontrado un modo de jugársela—. Si se te ocurre algo mejor, puedes enviarme un mensaje. Nuestros espías revisan las notas que entran y salen de la Torre del Olvido. Normalmente, cuando llegan al palacio. Envíes lo que envíes, sin importar quién sea el destinatario, si algún guardia lo entrega, lo veremos. No te resultará difícil hacerme saber si has encontrado algo de más valor en tu memoria.

Dicho esto, me levanto y salgo de la habitación. Cucaracha me sigue hasta el pasillo y me agarra del brazo.

Durante un largo instante, me quedo quieta y enmudecida mientras trato de ordenar mis pensamientos. Cucaracha niega con la cabeza.

—Le hice unas cuantas preguntas de camino hacia aquí. Al parecer vivía fascinada por la vida palaciega, conmovida con el aprecio del rey supremo, obnubilada con los bailes, los cánticos y el vino. A Cardan lo amamantó una gatita negra cuyos cachorros nacieron muertos.

—¿Se alimentó a base de leche de gato? —exclamo.

Cucaracha me mira con el ceño fruncido, como si no hubiera entendido la clave de esa historia.

—Después de que la encerrasen en la torre, Cardan fue enviado con Balekin —añade.

Vuelvo a pensar en la esfera que encontré en el despacho de Eldred, en Cardan vestido con harapos, contemplando a la mujer que ahora estaba en mis aposentos en busca de aprobación, la cual solo se produjo cuando se portó mal. Un príncipe abandonado, sustentado a base de crueldad y leche felina, condenado a merodear solo por el palacio como un espectro en miniatura. Pienso en mí misma, escondida en una estancia de Villa Fatua, viendo como Balekin hechizaba a un mortal para que golpeara a su hermano menor por su lamentable dominio de la espada.

—Llévala de vuelta a la torre —le digo a Cucaracha, que enarca las cejas.

—¿No quieres saber más cosas de tus padres?

—Asha obtiene demasiada satisfacción relatándolo. Le sacaré la información sin necesidad de negociar tanto.

Además, he plantado una semilla más importante. Ahora solo tengo que ver si germina.

—Te gusta, ¿verdad? —me pregunta Cucaracha, sonriendo de medio lado—. Te gusta jugar con nosotros. Accionar los hilos y ver cómo danzamos.

—¿Te refieres a los feéricos?

—Supongo que también te gustaría hacerlo con los mortales, pero tienes más práctica con nosotros. —No lo dice a modo de reproche, pero el efecto sigue siendo el mismo que si me pinchara con un alfiler—. Y puede que algunos de nosotros ofrezcamos un deleite especial.

Me observa desde la base de su nariz curvada de duende hasta que respondo:

—¿Debo tomármelo como un cumplido?

Al oír eso, sonríe.

—Un insulto no es.



Los vestidos llegan al día siguiente —hay varias cajas repletas de ellos—, junto con abrigos y chaquetas estilosas, pantalones de terciopelo y botas altas. Da la sensación de que pertenecieran a una persona implacable, alguien mejor y peor que yo al mismo tiempo.

Me visto y, antes de que acabe, entra Tatterfell. Insiste en peinarme y en recogerme el pelo con un peine nuevo, tallado en forma de sapo con una gema de cimofana a modo de ojo.

Me observo ataviada con una chaqueta de terciopelo negro con detalles en plata y pienso en el mimo con que Taryn eligió esa pieza. No quiero pensar en nada más.

En una ocasión, dijo que me odiaba un poco por haber sido testigo de su humillación ante la nobleza. Me pregunto si por eso me cuesta tanto olvidar lo que pasó con Locke: porque ella lo presenció y, cada vez que la veo, evoco una vez más lo que sentí al quedar como una tonta.

Sin embargo, cuando me fijo en mi nueva ropa, pienso en todas las cosas buenas que pueden provenir de alguien que te conoce lo suficiente como para entender tus miedos y tus esperanzas. Puede que no le haya contado a Taryn

todas las atrocidades que he cometido y las habilidades cruentas que he desarrollado, pero me ha vestido como si así fuera.

Con mi nuevo atuendo, me dirijo a una reunión del consejo, convocada a toda prisa, y escucho mientras discuten sobre si Nicasia le transmitió a su madre el vehemente mensaje de Cardan y sobre si los peces pueden volar (esto lo dice Fala).

—Lo de menos es que Nicasia se lo haya contado o no —dice Madoc—. El rey supremo ha dejado clara su posición. Si no se casa, debemos dar por hecho que Orlagh cumplirá sus amenazas. Lo que significa que irá a por su linaje.

—Te estás adelantando demasiado —dice Randalin—. ¿No deberíamos considerar que el tratado podría seguir en pie?

—¿De qué sirve suponer eso? —inquiere Mikkel, mirando de reojo a Nihuar —. Las Cortes Oscuras no viven de ilusiones.

La representante luminosa frunce su pequeña boca, similar a la de un insecto.

—Los astros dicen que se avecinan tiempos convulsos —dice Baphen—. Veo la llegada de un nuevo monarca, pero no sabría decir si eso es una señal de que Cardan será destituido, si Orlagh será derrocada, o si Nicasia será nombrada reina.

—Tengo un plan —dice Madoc—. Oak llegará a Elfhame dentro de poco. Cuando Orlagh envíe a su gente a por él, la atraparemos.

—No —replico, haciendo que todos me miren con cara de sorpresa—. No vas a utilizar a Oak como cebo.

Madoc no parece muy ofendido por mi arrebato.

—Puede parecer que mi intención sea esa…

—Porque lo es.

Le fulmino con la mirada mientras recuerdo todos los motivos por los que no quería que Oak fuera rey supremo en un primer momento, con Madoc como regente.

—Si Orlagh planea capturar a Oak, es mejor saber cuándo atacará y no esperar a que actúe. Y la mejor manera de descubrirlo es propiciar una oportunidad.

—¿Y si mejor eliminamos esa oportunidad? —replico.

Madoc niega con la cabeza.

—Eso sería una ilusión, como aquellas frente a las que nos ha advertido Mikkel. Ya le he escrito un mensaje a Vivienne. Tienen previsto llegar a lo largo de la semana.

—Oak no puede venir aquí —insisto—. Ya era mala idea antes, pero ahora…

—¿Crees que el mundo mortal es seguro? —replica Madoc con tono mordaz —. ¿Crees que el Inframar no puede llegar hasta él allí? Oak es mi hijo, soy el general supremo de Elfhame, y sé lo que me hago. Haz todos los preparativos que quieras para protegerlo, pero déjame el resto a mí. Este no es momento para sufrir una crisis nerviosa.

Aprieto los dientes.

—¿Una crisis nerviosa?

Madoc me mira fijamente.

—Es fácil poner tu propia vida en juego, ¿verdad? Correr un riesgo para alcanzar la paz. Pero hay veces en que un estratega debe poner en peligro a los demás, incluso a sus seres queridos. —Me lanza una mirada penetrante, quizá para recordarme que le envenené en una ocasión—. Por el bien de Elfhame.

Me muerdo la lengua otra vez. No voy a llegar a ninguna parte con esta conversación delante del consejo al completo. Y más cuando no estoy segura de tener razón.

Tengo que averiguar más cosas sobre los planes del Inframar, y cuanto antes, mejor. Si hay alguna alternativa que no pase por arriesgar la vida de Oak, pienso encontrarla.

Randalin tiene más preguntas sobre la guardia personal del rey supremo. Madoc quiere que las cortes inferiores envíen más tropas de las que tienen asignadas normalmente. Pero Nihuar y Mikkel ponen objeciones. Dejo de prestar atención a sus palabras y trato de ordenar mis pensamientos.

Cuando finaliza la sesión, se me acerca un paje con dos mensajes. Uno es de Vivi, enviado al palacio, donde me pide que vaya a buscarlos a ella, a Heather y a Oak para traerlos a Elfhame para la boda de Taryn, en el plazo de un día. Antes incluso de lo que sugirió Madoc. El segundo mensaje es de Cardan, para convocarme a la sala del trono.

Maldiciendo entre dientes, me pongo en marcha. Randalin me agarra de la manga.

—Jude —dice—. Permíteme que te dé un consejo.

Me pregunto si irá a soltarme una reprimenda.

—El senescal no es solo la voz del rey —dice—. También eres sus manos. Si no te gusta trabajar con el general Madoc, busca un nuevo general supremo, uno que no haya cometido ningún acto previo de traición.

Yo ya sabía que Randalin solía estar en desacuerdo con Madoc en las

reuniones del consejo, pero no tenía ni idea de que quisiera eliminarlo. Aun así, no me fío de él más de lo que confío en Madoc.

—Es una idea interesante —digo, con un tono que espero que resulte neutral, antes de marcharme.



Cuando entro, Cardan está repantigado en el trono, con una pierna colgando por encima de uno de los reposabrazos.

Varios juerguistas soñolientos siguen de fiesta en el gran salón, alrededor de varias mesas atiborradas todavía de manjares. Flota en el ambiente un olor a tierra removida y a vino recién derramado. Mientras me abro camino hacia el estrado, veo a Taryn dormida sobre una alfombra. Un duende al que no conozco está durmiendo a su lado, con unas alas de libélula que se agitan de vez en cuando, como si estuviera volando en sueños.

Locke está completamente despierto, sentado en el borde de la tarima, gritando a los músicos.

Frustrado, Cardan se mueve y baja las piernas al suelo.

—¿Se puede saber cuál es el problema?

Un chico, que tiene la parte inferior del cuerpo como la de un ciervo, se adelanta. Lo reconozco de la fiesta del plenilunio, donde estuvo tocando. Le tiembla notablemente la voz al hablar:

—Os pido perdón, majestad. Lo que ocurre es que me han robado la lira.

—Entonces, ¿qué estamos discutiendo? —inquiere Cardan—. La lira o está o no está, ¿no es cierto? Y si no está, que toque un violinista.

—Me la robó él. —El chico señala a uno de los demás músicos, el que tiene un pelo que parece hierba.

Cardan se da la vuelta hacia el ladrón con el ceño fruncido.

—Las cuerdas de mi lira se tejieron con el cabello de mortales apuestos que sufrieron una muerte trágica en su juventud —balbucea el hada del pelo que parece hierba—. Tardé décadas en construirla y costaba mucho mantenerla. Las

voces mortales entonaban cánticos melancólicos cuando yo tocaba. Habrían sido capaces de haceros llorar incluso a vos, si se me permite la osadía.

Cardan hace un gesto de impaciencia.

—Si has terminado ya de fanfarronear, ve al grano. No te he preguntado por tu instrumento, sino por el suyo.

El hada del pelo que parece hierba se ruboriza, su piel se torna de un tono verde más oscuro. Supongo que en realidad ese no es el color de su carne, sino el de su sangre.

—Se la presté una noche —añade, señalando hacia el chico ciervo—. Desde entonces, se obsesionó con la lira y no paró hasta destruirla. Si me llevé la suya fue como compensación, pues, aunque sea de peor calidad, con algo tendré que tocar.

—Deberías castigarlos a los dos —dice Locke—. Por importunar al rey supremo con un asunto tan trivial.

—¿Y bien? —Cardan vuelve a girarse hacia el chico que aseguró que le habían robado la lira—. ¿Doy ya mi veredicto?

—Aún no, os lo ruego —responde el chico ciervo, con un tic en las orejas a causa de los nervios—. Cuando toqué su lira, me hablaron las voces de aquellos que murieron y cuyos cabellos se utilizaron para tejer las cuerdas. Eran los verdaderos dueños de esa lira. Y cuando la destruí, los salvé. Estaban atrapados.

Cardan se deja caer sobre su asiento e inclina la cabeza hacia atrás con frustración, golpeando la corona, que queda ladeada.

—Basta —dice—. Los dos sois unos ladrones, y ninguno especialmente habilidoso.

—Pero es que no entendéis el tormento, los chillidos… —Entonces el chico ciervo se tapa la boca al recordar que está en presencia del rey supremo.

—¿Nunca has oído decir que la virtud es una recompensa en sí misma? —replica Cardan con sorna—. Eso significa que no conlleva ningún otro premio.

El joven feérico araña el suelo con una de sus pezuñas.

—Tú robaste una lira y a cambio te despojaron de la tuya —dice Cardan en voz baja—. Hay cierta justicia poética en ello. —Luego se da la vuelta hacia el músico del pelo que parece hierba—. Y tú te tomaste la justicia por tu mano, así que supongo que el resultado habrá sido de tu agrado. Pero los dos me habéis irritado. Dame ese instrumento.

A nadie parece gustarle la idea, pero el músico del pelo que parece hierba se acerca y le entrega la lira a un guardia.

—Los dos tendréis una oportunidad de tocarla, y el que toque mejor, se quedará con ella. Porque el arte está por encima del vicio y de la virtud.

Subo cuidadosamente por las escaleras mientras el chico ciervo empieza a tocar. No me esperaba que Cardan se tomara la molestia de escuchar a los músicos, pero no sé si su razonamiento ha sido brillante o si sencillamente es un cretino. Me preocupa estar percibiendo en sus actos algo que no existe, solo porque quiero que sea cierto.

La música es cautivadora, los rasgueos de la lira me recorren la piel y se adentran hasta mis huesos.

—Majestad —digo—. ¿Me habéis mandado llamar?

—Ah, sí. —Su cabello, negro como el plumaje de un cuervo, se derrama sobre uno de sus ojos—. Dime, ¿estamos en guerra?

Por un instante, creo que se refiere a nosotros dos.

—No —respondo—. Al menos, no hasta la próxima luna llena.

—No es posible enfrentarse al mar —filosofa Locke.

Cardan suelta una risita.

—Es posible enfrentarse a cualquier cosa. Ganar… eso ya es otro asunto. ¿No es así, Jude?

—Jude es una ganadora nata —dice Locke con una sonrisa. Después mira a los músicos y da una palmada—. Ya basta. Cambiad.

Al ver que Cardan no contradice al maestro de festejos, el chico ciervo le devuelve la lira al otro a regañadientes. Una nueva oleada de música se extiende por la colina, una melodía indómita que me acelera el corazón.

—¿No te ibas? —le pregunto a Locke, que sonríe.

—Lo cierto es que estoy muy a gusto aquí —replica—. Seguro que lo que tengas que decirle al rey no es tan íntimo o personal.

—Qué pena que no vayas a descubrirlo. Lárgate. Ya.

Pienso en el consejo de Randalin, en el recordatorio de que tengo poder. Quizá sea así, pero si no consigo librarme del maestro de festejos durante media hora, no hablemos ya de un gran general que además es, en cierto modo, mi padre.

—Vete —le dice Cardan a Locke—. No la he mandado llamar para que te diviertas.

—Qué desconsiderado eres. Si me apreciaras de verdad, lo habrías hecho —bromea Locke mientras se baja del estrado de un salto.

—Lleva a Taryn a casa —le espeto. Si no fuera por ella, le arrearía un

puñetazo.

—Creo que le gusta verte así —dice Cardan—. Furiosa y acalorada.

—Me da igual lo que le guste —replico.

—Parece que te dan igual muchas cosas. —Su tono es seco, y cuando le miro, no logro descifrar su expresión.

—¿Qué hago aquí? —inquiero.

Cardan vuelve a apoyar las piernas en el suelo y se levanta.

—Tú. —Señala al chico ciervo—. Estás de suerte. Quédate la lira. Y que no os vuelva a ver a ninguno de los dos.

Mientras el chico ciervo hace una reverencia y el feérico del pelo que parece hierba se enfurruña, Cardan se da la vuelta hacia mí.

—Acompáñame.

Ignorando a duras penas su arbitraria resolución, le sigo por detrás del trono y bajamos del estrado, hasta llegar a una pequeña puerta incrustada en la pared de piedra, medio oculta por la hiedra. Es la primera vez que vengo aquí.

Cardan echa la hiedra a un lado y entramos.

Es una habitación pequeña, pensada claramente para reuniones y encargos privados. Los muros están cubiertos de musgo, al que se aferran unos pequeños hongos luminosos, que emiten una luz pálida y blanquecina sobre nosotros. Hay un sofá bajo, sobre el que es posible sentarse o reclinarse, según la situación lo requiera.

Estamos solos en un sentido que no se repetía desde hace mucho tiempo, y cuando avanza un paso hacia mí, me da un vuelco el corazón. Cardan enarca una ceja antes de decir:

—Mi hermano me ha enviado un mensaje.

Despliega un papel que extrae de su bolsillo:

Si quieres salvar el pellejo, ven a verme.
Y mete a tu senescal en vereda.

—Dime —añade, ofreciéndome el papel—, ¿en qué has estado metida?

Suspiro, aliviada. Lady Asha no ha tardado en transmitir la información que le di para su hermano, y Balekin no ha tardado en reaccionar. Un punto para mí.

—Impedí que recibieras ciertos mensajes —admito.

—Y decidiste no mencionarlos. —Cardan me mira sin rencor, pero tampoco parece muy contento que digamos—. Igual que preferiste no hablarme de los

encuentros de Balekin con Orlagh, ni de los planes que Nicasia tenía para mí.

—Oye, es lógico que Balekin quiera verte —replico, tratando de desviar la atención de esa lista, desgraciadamente incompleta, de cosas que no le he contado—. Eres su hermano, te acogió en su propia casa. Eres la única persona con el poder necesario para liberarle que podría llegar a hacerlo. Supuse que, si estabas de humor para perdonarle, podrías hablar con él cuando quisieras. No necesitabas que te insistiera.

—¿Y qué ha cambiado? —inquiere, ondeando el trozo de papel. Ahora sí parece enfadado—. ¿Por qué se me ha permitido recibir esto?

—Le he ofrecido a Balekin una fuente de información —respondo—. Una que puedo adulterar.

—¿Y ahora se supone que debo responder a esta nota? —pregunta.

—Haz que lo traigan ante ti encadenado. —Le quito el papel y me lo guardo en el bolsillo—. Me interesaría saber qué cree que puede extraer de ti con una pequeña conversación, sobre todo teniendo en cuenta que no sabe que estás al tanto de sus tejemanejes con el Inframar.

Cardan frunce el ceño. Lo peor es que le estoy engañando de nuevo, esta vez por omisión. Le estoy ocultando que mi fuente de información, la que puedo adulterar, es su propia madre.

«Pensaba que querías que hiciera esto por mi cuenta —me gustaría decirle—. Se suponía que yo iba a gobernar y que tú ibas a divertirte y punto».

—Sospecho que intentará gritarme hasta que le dé lo que quiere —dice Cardan—. Quizá sería posible provocarle para que se vaya de la lengua. Posible, pero no probable.

Asiento, y la parte maquinadora de mi cerebro, pulida a base de juegos de mesa, me proporciona el siguiente movimiento.

—Nicasia sabe más de lo que quiere admitir. Haz que te cuente el resto y luego utilízalo contra Balekin.

—Bueno, desde el punto de vista de la diplomacia, no creo que fuera oportuno usar un aplastapulgares con una princesa del mar.

Vuelvo a mirarle, contemplo sus suaves labios y sus pómulos prominentes, la belleza cruel de su rostro.

—Nada de aplastapulgares. Lo harás tú. Irás a hablar con Nicasia y la encandilarás.

Cardan enarca las cejas.

—No me mires así —replico. El plan va cobrando forma en mi mente a

medida que hablo; un plan que me parece tan detestable como efectivo—. Cada vez que te veo estás rodeado de cortesanos por todas partes.

—Es que soy el rey —replica.

—Te rondan desde mucho antes de que lo fueras.

Me frustra tener que explicárselo. Sin duda es consciente del efecto que causa en los demás feéricos.

Cardan hace un gesto de impaciencia y añade:

—¿Te refieres a cuando era un simple príncipe?

—Usa tus tretas —insisto, exasperada—. Seguro que tienes unas cuantas. Nicasia te desea. No te costará demasiado.

Cardan enarca las cejas aún más, si es que acaso es posible.

—¿De verdad me estás proponiendo esto?

Tomo aliento, consciente de que voy a tener que convencerle de que funcionará. Y sé algo que podría servir.

—Nicasia fue la que atravesó el pasadizo y disparó a esa chica con la que te estabas besando —digo.

—¿Quieres decir que intentó matarme? —inquiere—. En serio, Jude, ¿cuántos secretos me estás ocultando?

Vuelvo a pensar en su madre y me muerdo la lengua. Demasiados.

—Iba a disparar a la chica, no a ti. Te pilló en la cama con otra, se puso celosa y disparó dos veces. Por desgracia para ti, pero por suerte para todos los demás, tiene una puntería horrible. ¿Me crees ahora si te digo que te desea?

—Ya no sé qué creer —dice, visiblemente enfadado, quizá con ella, quizá conmigo, seguramente con las dos.

—Pensaba sorprenderte en tu cama. Dale lo que quiere y consigue la información necesaria para evitar una guerra.

Cardan se acerca lentamente hacia mí, tanto como para notar que me alborota el pelo con su aliento.

—¿Me estás dando una orden?

—No —respondo, sobresaltada e incapaz de sostenerle la mirada—. Claro que no.

Me sujeta la barbilla con los dedos y me ladea la cabeza de tal modo que me quedo mirando directamente a sus ojos negros, a la rabia que arde en ellos como un tizón.

—Pero crees que debería hacerlo. Que puedo hacerlo. Que se me daría bien. Está bien, Jude. Dime cómo hay que hacerlo. ¿Crees que le gustaría si me

acercara a ella de este modo, si la mirase fijamente a los ojos?

Mi cuerpo se encuentra en estado de alerta, accionado por un deseo insano, cuya intensidad me avergüenza.

Lo sabe. Sé que lo sabe.

—Probablemente —respondo, con un ligero temblor en la voz—. Haz lo que suelas hacer.

—No me vengas con esas —replica, con la voz cargada por una furia apenas contenida—. Si quieres que haga el papel de alcahueta, al menos concédeme el beneficio de tus consejos.

Cardan desliza sus dedos enjoyados sobre mi mejilla, trazando el contorno de mis labios para luego descender por mi garganta. Me siento mareada y abrumada.

—¿Debería tocarla así? —pregunta, entornando los ojos.

Las sombras perfilan su rostro, acentuando el relieve de sus pómulos.

—No lo sé —respondo, pero mi voz me traiciona. Suena endeble, aguda y entrecortada.

Presiona la boca sobre mi oreja y la besa. Sus manos me rozan los hombros, haciéndome estremecer.

—¿Y luego así? ¿Es así como debo seducirla? —Noto como su boca articula esas palabras sobre mi piel—. ¿Crees que funcionaría?

Me clavo las uñas en las palmas de las manos para no hacer nada contra él. La tensión provoca que me tiemble el cuerpo entero.

—Sí.

Entonces nuestras bocas se encuentran y mis labios se separan. Cierro los ojos para no ver lo que estoy a punto de hacer. Alzo los dedos para enmarañarlos entre sus rizos negros. Cardan no me besa con rabia; es un beso suave, anhelante.

Todo se ralentiza, se vuelve líquido y caliente. No puedo pensar con claridad.

He deseado esto tanto como lo he temido, y ahora que está pasando, no creo que pueda desear nada más.

Regresamos junto al sofá dando traspiés. Cardan me recuesta sobre los cojines y se inclina sobre mí. Su expresión es un reflejo de la mía, una mezcla de sorpresa y un ligero espanto.

—Repite lo que me dijiste en la fiesta —dice, encaramándose sobre mí, presionando nuestros cuerpos entre sí.

—¿El qué? —Casi no puedo ni pensar.

—Que me odias —dice con voz ronca—. Dime que me odias.

—Te odio. —Las palabras emergen como una caricia. Lo repito, una y otra vez. Una letanía. Un hechizo. Un escudo frente a lo que siento en realidad—. Te odio. Te odio. Te odio.

Cardan me besa más fuerte.

—Te odio —susurro al contacto de sus labios—. Te odio tanto que a veces no puedo pensar en otra cosa.

Al oír eso, emite un gemido grave y áspero.

Desliza una mano sobre mi estómago, trazando la forma de mi piel. Me vuelve a besar; la sensación es como despeñarse por un acantilado. Como un desprendimiento de tierra que va tomando impulso a cada roce, hasta que por delante solo queda la destrucción más absoluta.

Jamás me había sentido así.

Cardan empieza a desabrocharme el jubón y yo intento no quedarme paralizada, no mostrar mi inexperiencia. No quiero que pare.

Parece como un *geis*. Combina el placer perverso de salir de casa a hurtadillas con la reprochable satisfacción de un robo. Me recuerda a los instantes previos a clavarme un puñal en la mano, asombrada por mi capacidad para traicionarme a mí misma.

Cardan se incorpora para quitarse la chaqueta y yo intento zafarme de la mía. Me mira y parpadea, como si lo hiciera a través de un banco de niebla.

—Esta es una idea nefasta —dice, con una voz que denota cierto asombro.

—Lo sé —le digo, y me quito las botas de un puntapié.

Llevo calzas, y no creo que exista un modo elegante de quitármelas. Si lo hay, no lo conozco. Enredada con la tela, sintiéndome ridícula, comprendo que podría parar esto ahora. Podría recoger mis cosas y marcharme. Pero no lo hago.

Cardan se saca la camisa blanca por la cabeza con un gesto repleto de elegancia, dejando al descubierto su piel desnuda y sus cicatrices. Me tiemblan las manos. Él me las sujeta y me besa los nudillos con una especie de veneración.

—Quiero contarte un montón de mentiras —dice.

Me estremezco y mi corazón se desboca cuando sus manos me rozan la piel; una de ellas se desliza entre mis muslos. Le imito, forcejeando con los botones de sus pantalones bombachos. Cardan me ayuda a quitárselos, su cola se enrosca sobre su pierna para luego hacer lo propio sobre la mía, suave como un susurro. Alargo una mano y la deslizo sobre la superficie tersa de su estómago. No me

permito titubear, pero mi inexperiencia resulta evidente. Siento el roce cálido de su piel en las palmas de las manos, cubiertas de callos. Sus dedos son muchísimo más hábiles.

Siento como si me estuviera ahogando en esta sensación.

Sus ojos están abiertos, contemplando mi rostro ruborizado, mi respiración entrecortada. Intento no emitir ningún sonido embarazoso. Resulta más íntimo que alguien te mire así, que su forma de tocarme. Detesto que él sepa lo que está haciendo y yo no. Detesto sentirme vulnerable. Detesto echar la cabeza hacia atrás, exponiendo el cuello. Detesto mi forma de aferrarme a él, hincándole las uñas de una mano en la espalda, mientras mis pensamientos se hacen trizas. Y detesto la última idea que se me pasa por la cabeza: que Cardan me gusta más de lo que jamás me ha gustado nadie, y que, de todas las cosas que me ha hecho en la vida, conseguir que lo desee tanto es la peor con diferencia.



Una de las cosas más difíciles de hacer cuando eres un espía, un estratega o cualquier persona normal, es esperar. Recuerdo las lecciones de Fantasma, que me hacía sentarme durante horas con una ballesta en la mano sin permitir que mi mente se fuera por las ramas, aguardando el momento perfecto para disparar.

Gran parte de la victoria se basa en saber esperar.

La otra parte, no obstante, es aprovechar la oportunidad cuando se presenta. Aprovechar todo ese impulso.

De nuevo en mis aposentos, me repito esa premisa. No puedo permitirme distracciones. Mañana, tengo que traer a Vivi y a Oak desde el mundo mortal, y tengo que encontrar un plan mejor que el de Madoc o una forma de hacer que ese plan resulte más seguro para Oak.

Me concentro en lo que voy a decirle a Vivi, en vez de pensar en Cardan. No quiero ni plantearme lo que ha pasado entre nosotros. No quiero pensar en cómo se movían sus músculos, ni en el tacto de su piel, ni en los gemidos ahogados que profería, ni en el roce continuado de su boca sobre la mía.

Y desde luego, no quiero pensar en lo fuerte que tuve que morderme el labio para no gritar. O en que resultaba evidente que yo nunca había hecho ninguna de las cosas que hicimos, no hablemos ya de las que se quedaron por hacer.

Cada vez que pienso en ello, aparto ese recuerdo con todas mis fuerzas. Lo aparto junto con la enorme vulnerabilidad que siento, la sensación de estar expuesta hasta la médula. No sé cómo voy a poder seguir tratando con Cardan sin actuar como una idiota.

Pero si no puedo abordar el problema del Inframar y tampoco el de Cardan, quizá pueda ocuparme de otra cosa.

Es un alivio ponerme un traje de tela oscura y unas botas altas de piel, enfundarme puñales en las muñecas y las pantorrillas. Es un alivio hacer algo físico, avanzar a través del bosque para después acercarme con sigilo hasta una casa sin apenas vigilancia. Cuando entra uno de los residentes, le acerco un puñal al cuello antes de que pueda decir nada.

—¿Sorprendido, Locke? —digo con dulzura.

Locke se da la vuelta hacia mí, su deslumbrante sonrisa flaquea.

—Florecita mía. ¿A qué viene esto?

Tras un instante de desconcierto, me doy cuenta de que cree que soy Taryn. ¿De verdad no sabe distinguirnos?

Una fosa amarga, localizada allí donde debería estar mi corazón, se alegra al pensar eso.

—Si crees que mi hermana sería capaz de ponerte un cuchillo al cuello, quizá deberías posponer vuestro casamiento —le digo, después retrocedo un paso y le señalo una silla con la punta del arma—. Vamos. Siéntate.

Cuando se sienta le pego una patada a la silla, enviándolos a ambos al suelo. Locke se da la vuelta y me mira, indignado.

—Qué poca caballerosidad.

No dice nada más, pero percibo algo nuevo en su rostro.

Miedo.

Durante cinco meses he intentado hacer uso de todo el autocontrol adquirido después de pasarme la vida agachando la cabeza. He intentado actuar como si apenas tuviera unas migajas de poder, mientras seguía teniendo presente que la que está al mando soy yo. Una prueba de equilibrio que me recuerda a la lección de Val Moren sobre malabares.

He permitido que la situación con Locke se salga de madre.

Le apoyo un pie en el pecho, ejerciendo cierta presión para recordarle que, si

le golpeara con fuerza, podría hacerle trizas los huesos.

—Ya estoy harta de ser educada. No vamos a perder el tiempo con acertijos ni juegos de palabras. Humillar al rey supremo es una mala idea. Humillarme a mí es una idea nefasta. Serle infiel a mi hermana es una estupidez. ¿Acaso creías que estaba demasiado ocupada como para cobrarme mi venganza? Pues que te quede clarita una cosa, Locke: sacaré tiempo de donde sea.

Palidece. Es obvio que no sabe cómo interpretar mi actitud. Sabe que apuñalé a Valerian en una ocasión, pero no sabe que lo maté, ni que he vuelto a matar desde entonces. No tiene ni idea de que me convertí en espía y luego en maestra de espías. Incluso el combate de esgrima con Taryn solo lo conoce de oídas.

—Nombrarte reina del jolgorio fue una broma —dice Locke, mirándome desde el suelo con un gesto que en sus ojos zorrunos parece afectuoso y una sonrisita de medio lado, como si me alentara a sonreír con él—. Venga, Jude, deja que me levante. ¿De verdad quieres que me crea que serías capaz de hacerme daño?

—En una ocasión me acusaste de participar en el gran juego —replico con una dulzura fingida—. ¿Cómo lo llamaste? «El juego de los reyes y las princesas, de las reinas y las coronas». Pero, para jugarlo bien, tengo que ser despiadada.

Locke comienza a levantarse, pero le piso con más fuerza y aprieto el mango del puñal. Entonces deja de moverse.

—A ti siempre te han gustado las historias —le recuerdo—. Decías que te gustaba propiciarlas. Pues bien, la historia de una gemela que asesina al prometido de su hermana tiene muy buena pinta, ¿no crees?

Locke cierra los ojos y extiende sus manos vacías.

—Haya paz, Jude. Puede que me haya pasado de la raya. Pero no puedo creer que quieras asesinarme por eso. Tu hermana se quedaría destrozada.

—Prefiero que no llegue a casarse a que se quede viuda —replico, pero le aparto el pie del pecho.

Locke se levanta despacio y se sacude el polvo. Una vez en pie, contempla la estancia como si no reconociera su propia mansión, ahora que la ha visto desde el suelo.

—Tienes razón —prosigo—. No quiero hacerte daño. Vamos a ser familia. Vamos a ser hermanos. Seamos amigos. Pero para eso necesito que hagas unas cuantas cosas por mí.

»Primero, deja de intentar importunarme. Deja de intentar convertirme en un personaje de uno de tus dramas. Búscate otro objetivo con el que tejer tus historias.

»Segundo, no sé qué te traes con Cardan, no sé qué te impulsó a dedicar tantos esfuerzos a juguetear con él, no sé qué te hizo pensar que sería divertido robarle a su amante y luego repudiarla por una chica mortal, como si quisieras hacerle ver que lo que él más quería en el mundo para ti no valía nada. No sé a qué viene todo eso, pero sea lo que sea, déjalo ya. Lo que sea que te llevó a nombrarme reina del jolgorio para fastidiarle, sirviéndote de unos sentimientos que sospechabas que tenía, olvídalo. Cardan es el rey supremo, humillarle es demasiado peligroso.

—Peligroso —replica Locke—, pero divertido.

No sonrío.

—Si humillas al rey delante de la corte, los cortesanos harán correr la voz y sus súbditos dejarán de temerle. Pronto, las cortes inferiores pensarán que pueden plantarle cara.

Locke intenta enderezar la silla rota apoyándola sobre una mesa cercana cuando queda patente que no podrá seguir sosteniéndose sola.

—Vale, ya veo que estás cabreada conmigo. Pero párate a pensar. Es posible que seas la senescal de Cardan, y es obvio que le has fascinado con tus caderas, tus labios y tu cálida piel de mortal. Pero sé que, en el fondo de tu corazón, con independencia de lo que te haya prometido Cardan, todavía le odias. Te encantaría verlo humillado delante de toda su corte. De hecho, si no hubieras acabado vestida con harapos mientras se reían de ti, seguramente me habrías perdonado todo lo malo que te he hecho simplemente por haber conseguido ofenderlo.

—Te equivocas —replico.

Locke sonríe.

—Mientes.

—Aunque me pareciera bien —añado—, esto se tiene que acabar.

Locke parece estar evaluando hasta qué punto hablo en serio y de qué soy capaz. Seguro que está viendo a la chica que se trajo a casa, la misma a la que se la jugó después de besarla. Se estará preguntando, y seguro que no por primera vez, cómo he tenido la suerte de ser nombrada senescal, cómo me las ingenié para echarle el guante a la corona de Elfhame y conseguir que mi hermano pequeño coronara a Cardan.

—Una última cosa —añado—. Vas a tener que serle fiel a Taryn. Una vez casados, si quieres tener otras amantes, más vale que ella esté contigo cuando lo hagas y que sea con su consentimiento. Si no resulta divertido para todos, olvídate de hacerlo.

Locke se queda mirándome con cara de bobo.

—¿Me estás acusando de no sentir nada por tu hermana? —inquiere.

—Si de verdad creyera que no sientes nada por Taryn, no estaríamos manteniendo esta conversación.

Locke suelta un largo suspiro.

—¿Porque me asesinarías?

—Si estás jugando con Taryn, te asesinará Madoc. Yo ni siquiera tendré la oportunidad.

Envaino el puñal y me dirijo hacia la puerta.

—A tu disparatada familia le sorprendería descubrir que no todo se resuelve con un asesinato —me espeta Locke, desde lejos.

—Sí que sería una sorpresa, sí —respondo.



En los cinco meses que Oak y Vivi llevan fuera, solo he visitado el mundo mortal un par de veces. La primera fue para ayudarles a instalarse en su apartamento, y la segunda para una fiesta con cata de vinos que organizó Heather por el cumpleaños de Vivi. Taryn y yo nos pasamos la velada sentadas en el borde de un sofá, supercortadas, comiendo queso con aceitunas, mientras una panda de universitarias apenas nos permitía probar un par de sorbitos porque, según ellas, éramos «demasiado jóvenes para poder beber legalmente». Estuve de los nervios toda la noche, pensando en los problemas que se estarían produciendo en mi ausencia.

Madoc le envió un regalo a Vivi, y Taryn lo transportó obedientemente a través del mar: un plato dorado de sal que nunca se vaciaba. Al volcarlo, volvía a estar repleto otra vez. Me pareció un regalo inquietante, pero Heather se limitó a reírse, como si fuera alguna especie de baratija equipada con un doble fondo.

Heather no creía en la magia.

Nadie sabía cómo reaccionaría ante la boda de Taryn. Confiaba en que Vivienne la hubiera advertido al menos sobre algunas de las cosas que iban a pasar. De lo contrario, la noticia de que las sirenas eran reales vendría

acompañada por la noticia de que además iban a atacarnos. No me parecía que la manera ideal de conocer esas noticias fuera «todas de golpe».

Después de medianoche, Cucaracha y yo cruzamos el mar en un bote fabricado con juncos de río y un soplo de aliento. Transportamos un cargamento de mortales que han estado excavando nuevas habitaciones en la Corte de las Sombras. Arrancados de sus camas nada más anochecer, estarán de vuelta antes de que amanezca. Cuando despierten, encontrarán monedas de oro desperdigadas entre sus sábanas y rebosando de sus bolsillos. No será oro feérico —de ese que se difumina como dientes de león hasta convertirse en un puñado de hojas y piedras—, sino oro de verdad: el salario de un mes a cambio de una única noche furtiva.

Quizá pienses que no tengo corazón por permitir esto, y más si lo he ordenado yo. Puede que así sea. Pero esos mortales hicieron un trato, aunque no fueran conscientes de con quién lo estaban haciendo. Y puedo prometer que, aparte del oro, lo único que les quedará por la mañana es cansancio. Ni recordarán su viaje hasta Elfhame, ni nos los llevaremos por segunda vez.

Durante el trayecto, permanecen sentados y en silencio dentro del bote, sumidos en sus ensoñaciones mientras el viento y las crecidas del mar nos impulsan hacia nuestro destino. En las alturas, Bocadragón nos sigue el ritmo, atento a posibles problemas. Contemplo las olas y pienso en Nicasia; me imagino unas manos membranosas a ambos lados del navío, a los habitantes del mar encaramándose por la borda.

«No es posible enfrentarse al mar», dijo Locke. Espero que se equivoque.

Cerca de la orilla, me bajo del bote y noto el roce gélido del agua en las pantorrillas y unas rocas negras bajo mis pies, después trepo por ellas y dejo que el bote se desarme a medida que la magia de Cucaracha se desvanece. Bocadragón pone rumbo al este en busca de nueva mano de obra.

Cucaracha y yo metemos a cada mortal en su cama, en ocasiones al lado de un amante dormido al que nos cuidamos de no despertar mientras los cubrimos de oro. Me siento como el hada de un cuento, adentrándome con sigilo en las casas, capaz de beberme la nata de la leche o de anudarle los cabellos a un niño.

—Este suele ser un oficio solitario —dice Cucaracha cuando terminamos—. He disfrutado de tu compañía. Aún restan varias horas entre que amanezca y comiencen a despertar… Ven a cenar conmigo.

Es cierto que aún es muy temprano para recoger a Vivi y a los demás. Y también es cierto que tengo hambre. Últimamente tengo la costumbre de aplazar

la comida hasta que no puedo más. Me siento como si fuera una serpiente, que o se muere de hambre o se zampa un ratón entero.

—Vale.

Cucaracha propone que vayamos a un restaurante de carretera. Omito decirle que nunca he estado en uno así. En vez de eso, le sigo a través del bosque. Emergemos cerca de una autopista. Al otro lado de la carretera hay un edificio, bien iluminado y con un revestimiento de cromo reluciente. Al lado hay un letrero que anuncia que abren las veinticuatro horas. El aparcamiento es inmenso, suficiente para albergar los numerosos camiones que ya están aparcados allí. A estas horas de la mañana no hay casi tráfico, así que podemos cruzar la autopista con facilidad.

Una vez dentro, me siento sin rechistar en el sitio que elige Cucaracha. Cuando chasquea los dedos, la cajita que está al lado de nuestra mesa se activa y comienza a escupir música. Me encojo, sorprendida, y él se ríe.

Una camarera se acerca a la mesa, lleva en la oreja un boli con el capuchón mordisqueado a conciencia, como en las películas.

—¿Os traigo algo de beber? —dice, atropellando tanto las palabras que tardo unos segundos en comprender que nos ha hecho una pregunta.

—Café —responde Cucaracha—. Negro como los ojos del rey de Elfhame.

La camarera le mira fijamente durante un rato, después garabatea algo en su libreta y se da la vuelta hacia mí.

—Lo mismo —digo, pues no sé qué más tendrán.

Cuando la camarera se va, abro la carta y miro las fotos. Resulta que tienen de todo. Montañas de comida. Alitas de pollo cubiertas por un glaseado resplandeciente, junto a unos tarritos de salsa blanca. Una pila de patatas troceadas, fritas a la perfección, coronadas con salchichas crujientes y huevos burbujeantes. Pasteles de trigo que no me cabrían en la mano, untados con mantequilla y con una capa reluciente de sirope.

—¿Sabías que tu gente solía creer que los feéricos vinieron y se llevaron toda la comida saludable del mundo mortal? —me pregunta Cucaracha.

—¿Y lo hicieron? —inquiero, sonriendo.

Cucaracha se encoge de hombros.

—Puede que algunas argucias se hayan olvidado con el tiempo. Pero te garantizo que la comida mortal es sustanciosa de sobra.

La camarera regresa con los cafés y me caliento las manos con la taza mientras Cucaracha pide pepinillos fritos, alitas picantes, una hamburguesa y un

batido. Yo pido una tortilla con champiñones y algo llamado queso Monterey Jack a la pimienta.

Nos quedamos un rato en silencio. Cucaracha desgarra los paquetitos de azúcar y los vuelca en su taza. Yo dejo la mía como está. Estoy acostumbrada a las bebidas coronadas con nata montada que solía traerme Vivi, pero resulta tonificante beber el café de esta manera, caliente y amargo.

«Negro como los ojos del rey de Elfhame».

—¿Y bien? —dice Cucaracha—. ¿Cuándo piensas contarle al rey lo de su madre?

—Ella no quiere que lo haga —respondo.

Cucaracha frunce el ceño.

—Has introducido mejoras en la Corte de las Sombras. Eres joven, pero posees esa ambición que posiblemente solo la otorgue la juventud. Yo te juzgo en base a tres cosas, y nada más que tres: lo honesta que eres con nosotros, lo competente que eres con tus actos y lo que quieres para el mundo.

—¿Y qué pinta lady Asha en todo eso? —inquiero, justo cuando la camarera regresa con nuestra comida—. Porque ya me huelo que pinta algo. Si no, no me lo habrías preguntado.

Mi tortilla es gigantesca, como si hubieran utilizado todos los huevos de un gallinero. Todos los champiñones tienen la misma forma, como si alguien los hubiera cultivado y después los hubiera cortado con un molde para galletas. El sabor también es idéntico. Con la comida de Cucaracha apilada al otro lado, la mesa no tarda en estar llena a reventar.

Cucaracha le pega un bocado a una alita y se relame con su lengua negra.

—Cardan forma parte de la Corte de las Sombras. Puede que engañemos al resto del mundo, pero evitamos jugárnosla entre nosotros. Ocultarle los mensajes de Balekin es una cosa. Pero lo de su madre… ¿Sabe siquiera que sigue viva?

—Parece como si estuvieras convirtiendo a Cardan en el protagonista de una tragedia —replico—. No tenemos motivos para pensar que no lo sepa. Y no es uno de los nuestros. No es un espía.

Cucaracha arranca el último trozo de ternilla de los huesos del pollo, haciéndolo crujir entre sus dientes. Se ha zampado el plato entero y, tras dejarlo a un lado, se pone con los pepinillos.

—Hiciste un trato para que yo le adiestrara, y así lo he hecho. Juegos de manos. Carterismo. Truquillos. Se le da bien.

Me acuerdo de la moneda con la que estuvo jugueteando Cardan mientras

deambulaba entre los restos chamuscados de sus aposentos. Fulmino con la mirada a Cucaracha, que se limita a reírse.

—No me mires así. Fuiste tú la que hizo el trato.

Apenas recuerdo esa parte, pues estaba concentrada en conseguir que Cardan accediera a un año y un día de servidumbre. Necesitaba que se comprometiera para poder coronarlo. Le habría prometido mucho más que unas simples lecciones de espionaje.

Pero cuando pienso en la noche en que le dispararon, la noche en que hizo esos trucos con la moneda, no puedo evitar recordarle mirándome desde mi cama, embriagado e inquietantemente embriagador.

«Bésame hasta que me harte».

—Y ahora está fingiendo, ¿verdad? —prosigue Cucaracha—. Porque si Cardan es el legítimo rey supremo de Elfhame, a quien debemos seguir hasta el fin de los días, significa que hemos sido un pelín irrespetuosos al llevar las riendas del reino en su lugar. Pero si está fingiendo, entonces no hay duda de que es un espía, y mejor que la mayoría de nosotros. Lo que le convierte en miembro de la Corte de las Sombras.

Me bebo el café de un trago y me abraso la lengua.

—No podemos hablar de esto.

—No, en casa no podemos —dice Cucaracha con un guiño—. Por eso estamos aquí.

Le pedí que sedujera a Nicasia. Sí, supongo que he sido «un pelín irrespetuosa» con el rey supremo de Elfhame. Y Cucaracha tiene razón: a Cardan no se le cayeron los anillos por acceder a mi propuesta. Ese no fue el motivo por el que se ofendió.

—Está bien —digo, dándome por vencida—. Buscaré un modo de decírselo.

Cucaracha sonríe.

—¿A que está buena la comida de este sitio? A veces añoro el mundo mortal. Pero para bien o para mal, mi labor en Elfhame aún no ha concluido.

—Y espero que no concluya nunca —añado. Después pruebo un bocado del pastel de patata rallada que acompañaba mi tortilla.

Cucaracha resopla. Se ha pasado al batido, los demás platos están vacíos y apilados a un lado. Alza su taza a modo de brindis.

—Por el triunfo del bien, aunque no sin que antes hayamos triunfado nosotros.

—Quiero preguntarte algo —digo, mientras brindamos—. Es sobre Bomba.

—No la metas en esto —me dice, mirándome fijamente—. Y si puede ser, déjala también al margen de tus ardides contra el Inframar. Ya sé que te encanta asomar la cabeza para ver si alguien te la corta, pero si hay que exponer algún cuello más al verdugo, elige uno menos atractivo a poder ser.

—¿Aunque sea el tuyo? —pregunto.

—Lo preferiría —asiente.

—¿Porque la amas? —inquiero.

Cucaracha frunce el ceño.

—¿Y qué si así fuera? ¿Me mentirías acerca de mis posibilidades?

—No… —comienzo a decir, pero me interrumpe.

—¿Sabes? Siempre me gusta escuchar una buena mentira —dice, mientras se levanta y deja un puñado de monedas plateadas sobre la mesa—. Y un buen mentiroso me gusta todavía más, lo cual juega en tu favor. Pero hay mentiras que no vale la pena contarlas.

Me muerdo el labio, incapaz de decir nada más sin revelar los secretos de Bomba.

Después de cenar nos separamos, los dos con hierba cana en los bolsillos. Le observo mientras se aleja, pensando en lo que ha dicho sobre Cardan. Me he esforzado tanto por no pensar en él como en el legítimo rey supremo de Elfhame, que se me ha olvidado preguntarme si él se considerará como tal. Y, de no ser así, si eso significa que se ve a sí mismo como uno de mis espías.



Me dirijo al apartamento de mi hermana. Aunque en el pasado me he vestido con ropa mortal para pasear por el centro comercial y he intentado actuar de un modo que no levantara sospechas, descubro que pasear por Maine ataviada con jubón y botas de montar propicia unas cuantas miradas, pero no el temor a que pueda provenir de otro mundo.

A lo mejor formo parte de una feria medieval, aventura una chica cuando paso a su lado. Asistió a una hace años y le encantó la justa. Se comió un muslo

de pavo enorme y probó el hidromiel por primera vez.

—Se sube mucho a la cabeza —le digo. Ella asiente.

Un hombre mayor con un periódico opina que debo de estar interpretando una obra de Shakespeare en el parque. Una panda de memos, sentados en unas escaleras, me gritan que Halloween es en octubre.

No hay duda de que los feéricos aprendieron la lección hace mucho tiempo. No hace falta engañar a los humanos, ya se engañan ellos solos.

Con esta certeza recién formada en mi mente, atravieso un jardín lleno de dientes de león, subo las escaleras hasta el piso de mi hermana y llamo a la puerta.

Abre Heather. Se ha repasado hace poco el tinte rosa del pelo para la boda. Al principio, parece un poco cortada —seguramente por mi atuendo—, pero luego sonríe y abre la puerta de par en par.

—¡Hola! Gracias por prestarte a conducir. Ya está casi todo empacado. ¿Tu coche es lo bastante grande?

—Sin duda —miento mientras oteo la cocina en busca de Vivi con desesperación. ¿Cómo piensa mi hermana mayor que va a acabar todo esto si no le ha contado nada a Heather? Pero si cree que tengo un coche en vez de tallos de hierba cana.

—¡Jude! —exclama Oak, que se baja de su asiento de un salto. Viene corriendo a abrazarme—. ¿Podemos ir? ¿Vamos a ir? He hecho regalos para todos en el colegio.

—A ver qué dice Vivi —le respondo, dándole un achuchón.

Es más robusto de lo que recordaba. Incluso parece que le han crecido un pelín los cuernos, aunque tampoco puede haber cambiado tanto en unos meses, ¿verdad?

Heather pulsa un interruptor y la cafetera empieza a resoplar. Oak se sube a una silla, vierte unos cereales de colorines en un cuenco y empieza a comérselos sin echarles leche.

Paso de costado junto a él y me dirijo a la siguiente habitación. Allí está el escritorio de Heather, cubierto de bocetos, rotuladores y pinturas. Hay muestras de sus obras pegadas con celo a la pared.

Aparte de dibujar cómics, Heather trabaja a media jornada en una copistería para ayudar a pagar las facturas. Cree que Vivi también tiene un empleo, que puede ser imaginario o no. Existen empleos para los feéricos en el mundo mortal, aunque no de los que le describirías a tu novia humana.

Sobre todo si nunca le has mencionado que no eres humano.

El mobiliario es una colección de trastos sacados de mercadillos, tiendas de segunda mano, y de lo que deja la gente en la calle. Las paredes están cubiertas de placas antiguas con animales peculiares con unos ojos enormes, frases agoreras bordadas con punto de cruz, y la colección de Heather de objetos relacionados con la cultura disco, junto con más muestras de su obra y los dibujos con ceras de Oak.

En uno de ellos aparecen juntos los tres, representados tal y como los ve él: Heather con la piel morena y el pelo rosa, Vivi con su piel pálida y sus ojos felinos, y Oak con sus cuernos. Apuesto a que Heather encuentra adorable que Oak los haya dibujado como si fueran monstruitos. Seguro que piensa que es una muestra de creatividad.

Esto va a acabar mal. Estoy preparada para que Heather ponga de vuelta y media a mi hermana. Vivi se lo merece más que de sobra. Pero no quiero que Heather hiera los sentimientos de Oak.

Me encuentro a Vivi en su cuarto, terminando de hacer el equipaje. El cuarto es pequeño en comparación con las habitaciones en las que nos hemos criado, y está mucho más desordenado que el resto del apartamento. Hay ropa por todas partes. Bufandas colgadas encima del cabecero, pulseras acumuladas en el poste del piecero, zapatos asomando por debajo de la cama.

—¿Adónde cree Heather que va a ir hoy? —inquiero, sentándome sobre el colchón.

Vivi me dedica una sonrisa radiante.

—Has recibido mi mensaje. Al parecer es posible hechizar a un pájaro para que haga algo útil, después de todo.

—No me necesitas para nada —le recuerdo—. Eres perfectamente capaz de crear todos los corceles de hierba cana que necesites… Al contrario que yo.

—Heather cree que vamos a asistir a la boda de mi hermana Taryn, lo cual es cierto, en una isla situada frente a la costa de Maine, lo cual también es cierto. ¿Lo ves? Ni una sola mentira.

Empiezo a entender por qué me ha hecho venir.

—Y cuando se ofreció a conducir, le dijiste que tu hermana vendría a recogeros.

—Bueno, ella dio por hecho que iríamos en ferri, y yo no podía confirmarlo ni desmentirlo. —Vivi lo dice con esa franqueza sin complejos que siempre me ha gustado de ella, aunque también me haya sacado siempre de quicio.

—Y ahora vas a tener que contarle la verdad sin tapujos —replico—. A no ser que… Tengo una propuesta para ti. No le digas nada. Sigue postergándolo. No vengas a la boda.

—Madoc me advirtió de que dirías eso —replica, frunciendo el ceño.

—Es demasiado peligroso… por razones complejas que sé que te aburren —insisto—. La reina del Inframar quiere que su hija se case con Cardan y está conspirando con Balekin, que tiene sus propios planes. Seguramente esté jugando con él, pero como ella es aún más mala que Balekin, eso no es bueno.

—Tienes razón —dice Vivi—. Me aburre. La política es un rollo.

—Oak está en peligro —añado—. Madoc quiere usarlo como cebo.

—Siempre hay peligro —dice Vivi, arrojando un par de botas sobre una pila de vestidos arrugados—. Faerie es como una ratonera gigante y llena de amenazas. Pero si dejo que eso nos mantenga alejados, ¿cómo podré mirar a mi abnegado padre a la cara?

»Por no mencionar a mi abnegada hermana, que se ocupará de protegernos mientras nuestro padre maquina sus planes —añade—. Al menos, eso es lo que dice él.

Suelto un gemido. Es muy propio de Madoc endosarme un papel que no puedo rechazar, pero que sirve a sus propósitos. Y es muy propio de Vivi ignorarme y creer que lo sabe todo.

«Alguien de tu confianza te ha traicionado».

Confío en Vivi más que en cualquier otro. Le he confiado a Oak, le he confiado la verdad y los entresijos de mi plan. He confiado en ella porque es mi hermana mayor, porque Faerie le importa un pimiento. Por eso, si descubro que Vivi me ha traicionado, me quedaría destrozada.

Ojalá no se empeñara tanto en recordarme que ha estado hablando con Madoc.

—¿Y te fías de papá? Menuda novedad.

—Tiene muchas carencias, pero trazar planes es su fuerte —replica Vivi, lo cual no es ningún consuelo—. Venga. Háblame de Taryn. ¿Está emocionada?

¿Cómo respondo a eso?

—Locke hizo que le nombraran maestro de festejos. A Taryn no le entusiasma su nuevo cargo ni su comportamiento. Creo que parte del motivo por el que a Locke le gusta liarla es para fastidiar a Taryn.

—Eso no me aburre —dice Vivi—. Continúa.

Heather entra en el cuarto con dos tazas de café. Nos quedamos calladas

mientras nos da una a cada una.

—No sé cómo lo tomas —dice—. Así que te lo he preparado como el de Vee.

Pruebo un sorbo. Está muy dulce. Ya he tomado café de sobra esta mañana, pero bebo un poco a pesar de todo.

«Negro como los ojos del rey supremo de Elfhame».

Heather se apoya en la puerta.

—¿Has terminado con el equipaje?

—Casi. —Vivi observa su maleta y luego arroja un par de botas de agua. Después echa un vistazo por la habitación, como si estuviera pensando qué más podría meter.

Heather frunce el ceño.

—¿Llevas todo eso para una semana?

—La ropa solo ocupa la capa de arriba —dice Vivi—. Por debajo, sobre todo son cosas para Taryn que no se encuentran fácilmente en la… isla.

—¿Crees que lo que tengo pensado ponerme será adecuado?

Entiendo que Heather esté preocupada, ya que no conoce a mi familia. Cree que nuestro padre es estricto. Ni se lo imagina.

—Claro —responde Vivi, después me mira a mí—. Es un vestido plateado muy sexi.

—Ponte lo que quieras. En serio —le digo a Heather, pues tanto los vestidos, como los harapos, como la desnudez resultan aceptables en Faerie.

Heather tendrá otros problemas más serios de los que preocuparse.

—Date prisa. No quiero que pillemos tráfico —dice Heather, que vuelve a salir.

Se pone a hablar con Oak en el cuarto de al lado, le pregunta si quiere un poco de leche.

—¿Y bien? —dice Vivi—. ¿Qué estaba diciendo…?

Suspiro y señalo con la taza de café hacia la puerta, abriendo mucho los ojos. Vivi niega con la cabeza.

—Venga. No podrás contarme nada de esto una vez que estemos allí.

—Ya sabes lo que hay —digo—. Locke hará desdichada a Taryn. Pero ella no quiere ni oír hablar de ello, y menos aún si se lo digo yo.

—En una ocasión os peleasteis por él a punta de espada —recalca Vivi.

—Así es —respondo—. Por eso mi postura no es objetiva. O no lo parece.

—Aunque hay una cosa que no encaja —dice Vivi, al tiempo que cierra la

maleta y se sienta encima para estrujarla. Me mira con sus ojos felinos, idénticos a los de Madoc—. Has manipulado al rey supremo de Faerie para que te obedezca, pero ¿no puedes manipular a ese memo para que haga feliz a tu hermana?

Eso no es justo, me gustaría decirle. Una de las últimas cosas que hice antes de venir aquí fue amenazar a Locke, ordenarle que no jugara con Taryn después de que se casaran. Aun así, sus palabras me escuecen.

—No es tan sencillo.

Vivi suspira.

—Supongo que nada lo es.



Capítulo 18

Oak me coge de la mano y yo cargo con su maletita mientras bajamos por las escaleras hacia el aparcamiento vacío. Me giro para mirar a Heather. Lleva una maleta a rastras y unos cuantos pulpos, dice que los podemos usar si nos toca subir alguna maleta a la baca del coche. Aún no le he dicho que ni siquiera tenemos uno.

—¿Y bien? —inquiero, mirando a Vivi.

Vivi sonríe y alarga una mano hacia mí. Me saco los tallos de hierba cana del bolsillo y se los doy.

No puedo mirar a Heather a la cara. Me doy la vuelta hacia Oak. Está recogiendo tréboles de cuatro hojas entre la hierba para formar un ramo. Parece que no le supone ningún esfuerzo encontrarlos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Heather, desconcertada.

—No vamos a ir en coche. Iremos volando —dice Vivi.

—¿Vamos al aeropuerto?

Vivi se ríe.

—Te va a encantar. Corcel, álzate y llévanos adónde te ordene.

Heather lanza un gemido ahogado. Después grita. Me doy la vuelta, muy a mi pesar.

Los corceles de hierba cana aparecen delante del bloque de apartamentos; ponis amarillos y escuálidos, con crines de encaje y ojos color esmeralda, como caballitos de mar en tierra firme, briznas que han cobrado vida y ahora resoplan y relinchan. Heather se lleva las manos a la boca.

—¡Sorpresa! —exclama Vivi, que sigue actuando como si esto no fuera para tanto.

Oak, que obviamente ya se lo veía venir, decide romper su propio hechizo y deja al descubierto sus cuernos.

—¿Lo ves, Heather? —dice—. Somos seres mágicos. ¿Estás sorprendida?

Heather se queda mirando a Oak, a esos monstruosos ponis de hierba cana, después se sienta sobre su maleta.

—A ver, esto tiene que ser una especie de broma pesada —dice—. Pero como no me digáis de una vez qué está pasando aquí, pienso volver a meterme en casa y atrancar la puerta.

Oak parece abatido. Realmente esperaba que Heather se entusiasmara. Le paso un brazo por los hombros y le doy un achuchón.

—Vamos, cielo —digo—. Vamos a cargar el equipaje, ya vendrán ellas después. Mamá y papá están deseando verte.

—Los echo de menos —me dice—. Y también a ti.

Le doy un beso en la mejilla mientras le subo al lomo del caballo. Desde allí observa a Heather, que se encuentra detrás de mí.

Vivi empieza a explicarse:

—Faerie existe. La magia existe. ¿Lo ves? No soy humana, y mi hermano tampoco. Vamos a llevarte a una isla mágica durante toda la semana. No te asustes. No tienes por qué tenernos miedo.

Logro extraer los pulpos de las manos inertes de Heather mientras Vivi le muestra sus orejas puntiagudas y sus ojos felinos e intenta explicar por qué no se lo ha contado antes.

Definitivamente, sí debería tenernos miedo.



Unas horas después, nos encontramos en el salón para invitados de Oriana. Heather, que sigue atónita y desconcertada, contempla los extraños cuadros de las paredes, el inquietante estampado de escarabajos y espinas de las cortinas.

Oak se sienta en el regazo de Oriana, se deja mecer entre sus brazos como si volviera a ser un niño pequeño. Ella le desliza unos dedos pálidos por el pelo —antes se ha quejado de que lo lleva demasiado corto—, y Oak le cuenta una historia larga e inconexa sobre el colegio, sobre lo distintas que son las estrellas en el mundo mortal y sobre el sabor de la mantequilla de cacahuete.

Me aflige un poco contemplar esa escena, porque Oriana no dio a luz a Oak —como tampoco lo hizo con Taryn ni conmigo—, pero a pesar de eso está encantada de ejercer como su madre, algo que se negó en redondo a hacer con nosotras.

Vivi extrae varios regalos de su maleta. Paquetes de café en grano, pendientes de cristal con forma de hoja, tarros de dulce de leche.

Heather se acerca y me dice:

—Así que todo esto es real.

—Muy muy real —le confirmo.

—¿Y es cierto que estas personas son duendes, como los de los cuentos? ¿Y Vee también lo es?

Heather vuelve a contemplar la habitación, con tiento, como si creyera que fuera a irrumpir de repente un unicornio de colores a través de la pared.

—Pues sí —respondo.

Parece asustada, pero no enfadada con Vivi, lo cual ya es algo. Puede que el impacto haya sido demasiado grande como para enfadarse, al menos de momento.

O puede que en el fondo se alegre. Puede que Vivi acertara en la manera de decírselo, y que el entusiasmo simplemente haya tardado un rato en producirse. ¿Qué sabré yo del amor?

—Y este lugar es… —dice Heather, pero se interrumpe—. ¿Oak es una especie de príncipe? Tiene cuernos. Y mira qué ojos tiene Vivi.

—Felinos como los de su padre —digo—. Ya sé que son muchas cosas las que hay que asimilar.

—Tu padre intimida un montón —dice Heather—. Uy, perdona, me refiero al padre de Vee. Me dijo que en realidad no eres su hija.

Pongo una mueca, aunque estoy segura de que Vivi no lo dijo con mala intención. Puede que ni siquiera lo expresara con esas palabras.

—Porque eres humana. —Heather intenta arreglarlo—. Lo eres, ¿verdad?

Al verme asentir con la cabeza, se le nota más relajada. Incluso se ríe un poco.

—No es fácil ser humano en Faerie —le digo—. Vamos a dar una vuelta. Quiero contarte algunas cosas.

Heather intenta cruzar una mirada con Vivi, pero mi hermana sigue sentada en la alfombra, rebuscando en su maleta. Aparecen más abalorios, paquetes de regaliz, lazos para el pelo y un paquete enorme envuelto en papel blanco con un lazo dorado y la palabra «Felicidades» estampada a lo ancho.

Como no sabe qué otra cosa hacer, Heather me acompaña. Vivi sigue a su rollo.

Es raro regresar a la casa donde me crie. Resulta tentador correr escaleras arribas y abrir las puertas de mi viejo cuarto para comprobar si queda algún rastro de mí en él. Resulta tentador entrar en el despacho de Madoc y examinar sus papeles, como la espía que soy.

Pero en vez de eso, salgo al jardín y me dirijo hacia los establos. Heather inspira hondo. Su mirada se siente atraída hacia las torres que asoman sobre las copas de los árboles.

—¿Vee te ha explicado las normas? —le pregunto mientras caminamos.

Heather niega con la cabeza, desconcertada.

—¿Qué normas?

Vivi ha dado la cara por mí muchas veces cuando nadie más quería hacerlo, así que sé que en el fondo es una persona considerada. Aun así, me parece de una miopía tremenda haber pasado por alto lo duro que fue para Taryn y para mí permanecer en Faerie como mortales, el cuidado que debíamos tener, y lo cautelosa que debería ser Heather durante su estancia aquí.

—Me dijo que no me separe de ella —responde Heather, seguramente al percibir mi gesto de frustración, con intención de defender a Vivi—. Que no salga por ahí sola, sin algún miembro de su familia.

Niego con la cabeza.

—Con eso no basta. Escucha, los feéricos pueden hechizar las cosas para que aparenten tener otro aspecto. Pueden jugar con tu mente, encandilarte, persuadirte para hacer cosas que en condiciones normales ni se te pasarían por la cabeza. Y luego está la manzana del éxtasis, la fruta de Faerie. Si la pruebas, solo pensarás en conseguir más.

Ahora mismo sueno igualita que Oriana.

Heather me está mirando con espanto y posiblemente con incredulidad. Me pregunto si me habré pasado de la raya. Lo intento de nuevo con un tono un pelín más sereno:

—Aquí estamos en desventaja. Los feéricos son criaturas eternas, inmortales y mágicas. Y no sienten simpatía hacia los humanos. Así que no bajes la guardia, no hagas ningún trato con ellos y lleva encima un par de cosas en todo momento: bayas y sal.

—Está bien —responde.

A lo lejos, veo los dos sapos de montar de Madoc en el jardín, atendidos por dos mozos de cuadra.

—Te lo estás tomando muy bien —digo.

—Tengo dos preguntas. —Percibo algo en su voz, o en sus ademanes, que me lleva a pensar que quizá lo esté pasando peor de lo que aparenta—. Uno, ¿a qué bayas te refieres? Y dos, si Faerieland es como dices, ¿por qué vives aquí?

Abro la boca, pero luego la cierro.

—Porque es mi hogar —digo al fin.

—No tiene por qué serlo —replica—. Si Vee puede irse, tú también. Como bien has dicho, no eres uno de ellos.

—Vamos a las cocinas —le digo, y giro de regreso hacia la casa.

Una vez allí, Heather se queda pasmada al ver el enorme caldero, tan grande como para que las dos pudiéramos bañarnos en él. Se queda mirando los cuerpos desplumados de unas perdices, que están apoyados en la encimera, al lado de una masa extendida para preparar una empanada.

Me acerco a los tarros de cristal con especias y saco unas cuantas bayas. Cojo un trozo del hilo grueso que se utiliza para atar las aves rellenas y lo combino con un trozo de gasa para prepararle un saquito.

—Guárdate esto en el bolsillo o en el sujetador —le digo—. Llévalo encima mientras estés aquí.

—¿Y así estaré a salvo? —pregunta Heather.

—Más que si no llevaras nada —respondo mientras le preparo otro paquetito

con sal—. Espolvoréala sobre todo lo que comas. No te olvides.

—Gracias. —Me agarra del brazo y me lo estrecha brevemente—. En el fondo, todo esto me parece irreal. Ya sé que te parecerá absurdo. Te tengo delante de mis narices. Percibo el olor de las hierbas y de la sangre de esos pajarillos tan raros. Si me pincharas con una aguja, me dolería. Pero, aun así, me parece inverosímil. Esto explica todas las evasivas ridículas de Vee cuando le preguntas por cosas normales, como en qué instituto estudió. Pero también implica que el mundo se ha vuelto loco.

Cuando he pasado por su mundo —por el centro comercial, por el apartamento donde viven—, la diferencia entre ellos y nosotros me ha parecido tan abismal que no me explico cómo se las apaña Heather para sobrellevarla.

—A estas alturas, nada de lo que digas podría parecerme absurdo —le digo.

Su mirada, mientras contempla la fortaleza e inspira una bocanada de aire, está cargada de un interés optimista. Evoco el incómodo recuerdo de una chica con piedras en los bolsillos y siento un alivio inmenso al ver que Heather está dispuesta a aceptar que su mundo ha pegado un vuelco.

De regreso en el salón, Vivi nos sonríe.

—¿Jude te ha ofrecido la visita guiada?

—Le he fabricado un amuleto —replico, con un tono que deja claro que debería haberlo hecho ella.

—Genial —dice Vivi alegremente, porque va a hacer falta mucho más que un ligero tono de reproche para fastidiarla cuando las cosas están saliendo como ella quiere—. Oriana me ha dicho que últimamente no pasas mucho por aquí. Tu reyerta con el bueno de papá parece bastante seria.

—Ya sabes lo que le costó —replico.

—Quédate a cenar. —Oriana se levanta, pálida como un fantasma, para observarme con sus ojos de color rubí—. A Madoc le gustaría. Y a mí también.

—No puedo —respondo, y en el fondo lo lamento—. Me he entretenido más de lo debido, pero os veré a todos en la boda.

—Aquí todo es superdramático —le dice Vivi a Heather—. La gente se comporta como si acabara de salir de un poema épico.

Heather la mira como si Vivi también acabara de salir de uno de esos poemas.

—Por cierto —añade mi hermana, que vuelve a rebuscar en su maleta y saca otro paquete con pinta de blandito, envuelto con un lazo negro—. ¿Puedes darle esto a Cardan? Es un regalo de felicitación por su coronación.

—Es el rey supremo de Elfhame —replica Oriana—. Aunque jugarais juntos de pequeños, no puedes dirigirte a él como cuando erais niños.

Me quedo quieta y con cara de tonta durante un buen rato, sin alargar la mano hacia el paquete. Sabía que Vivi y Cardan se llevaban bien. Al fin y al cabo, fue ella la que le contó a Taryn lo de su cola, pues la vio mientras nadaban juntos con una de sus hermanas.

Pero se me había olvidado.

—¿Jude? —insiste Vivi.

—Creo que será mejor que se lo des tú —respondo.

Dicho eso, me largo de mi antigua casa antes de que regrese Madoc y me venza la nostalgia.



Paso junto a la sala del trono, donde Cardan está sentado ante una mesa de centro, con la cabeza inclinada hacia la de Nicasia. No le veo la cara, pero sí la de ella cuando la echa hacia atrás para reírse, mostrando la larga columna de su garganta. Está radiante de alegría, su belleza despide un brillo especial cuando recibe la atención de Cardan.

Ella lo ama. Lo advierto con incomodidad. Lo ama y le traicionó con Locke, y ahora le aterra que él nunca vuelva a corresponderla.

Cardan le desliza los dedos por el brazo hasta llegar a la muñeca, entonces recuerdo vívidamente el roce de esas manos sobre mi cuerpo. El recuerdo hace que me arda la piel, un rubor que se origina en mi garganta y se extiende por todo el cuerpo.

«Bésame hasta que me harte», dijo Cardan, y ahora sin duda se habrá quedado saciado de mis besos. Ahora sin duda estará harto de ellos.

Detesto verlo con Nicasia. Detesto la idea de que la toque. Detesto que este plan haya sido idea mía, que no tengo nadie con quien enfadarme, salvo conmigo misma.

Soy una idiota.

«El dolor te hace fuerte —me dijo Madoc en una ocasión, mientras me hacía empuñar una espada una y otra vez—. Acostúmbrate a su peso».

Me obligo a no seguir mirando. En vez de eso, me reúno con Vulciber para coordinar el traslado de Balekin al palacio para su audiencia con Cardan.

Después voy a la Corte de las Sombras y recibo información sobre los cortesanos. Escucho rumores acerca de que Madoc está reuniendo a sus tropas, como si se estuviera preparando para una guerra que aún confío en poder evitar. Mando a dos espías a las cortes inferiores con el mayor número de individuos cambiados al nacer, que no hayan prestado juramento a la corona, para ver qué averiguan. Hablo con Bomba sobre Grimsen, que le ha fabricado a Nicasia un broche incrustado de gemas que le permite volar gracias a unas alas transparentes que brotan de su espalda.

—¿Qué crees que espera obtener Grimsen de ella? —le pregunto.

—Halagos, adulación —responde Bomba—. Quizá busque un nuevo patrón. Seguramente no le importaría recibir un beso suyo.

—¿Crees que su interés hacia Nicasia está relacionado con Orlagh? —inquiero.

Bomba se encoge de hombros.

—A Grimsen le atrae la belleza de Nicasia y el poder de Orlagh. Se fue al exilio con el primer rey abedul; creo que la próxima vez que jure lealtad, estará muy seguro del monarca al que se la ofrezca.

—O puede que no quiera volver a jurar fidelidad nunca —replico, decidida a hacerle una visita.



Grimsen decidió vivir y trabajar en la vieja fragua que le cedió Cardan, pese a que estaba cubierta de rosales silvestres y no se encontraba en un estado de conservación demasiado bueno.

Una fina espiral de humo emerge de la chimenea mientras me aproximo. Llamo a la puerta tres veces y me quedo esperando.

Al rato, Grimsen abre la puerta, dejando escapar una ráfaga de aire tan caliente que me hace retroceder.

—Te conozco —dice.

—Soy la reina del jolgorio —respondo, para zanjar la cuestión.

Grimsen se ríe mientras niega con la cabeza.

—Conocí a tu padre mortal. Me fabricó un puñal en una ocasión, hizo todo el viaje hasta Fairfold para preguntarme qué me parecía.

—¿Y qué te pareció?

Me pregunto si aquello ocurrió antes de que Justin llegara a Elfhame, antes de que conociera a mi madre.

—Tenía mucho talento. Le dije que, si practicaba durante cincuenta años, podría llegar a forjar la mejor espada jamás creada por un mortal. Le dije que, si practicaba durante cien años, podría llegar a forjar una de las mejores espadas jamás creadas. Pero nada de eso le bastaba. Entonces le dije que le revelaría uno de mis secretos: podría obtener la práctica de un siglo en un solo día, siempre que estuviera dispuesto a hacer un trato conmigo. Siempre que estuviera dispuesto a desprenderse de algo que no quería perder.

—¿Y aceptó el trato? —pregunto.

Grimsen parece entusiasmado con mi interés.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? Pasa.

Con un suspiro, obedezco. El calor resulta casi insoportable y el fuerte olor a metal abruma mis sentidos. En esta estancia en penumbra, lo que más destaca es el fuego. Acerco la mano al puñal que llevo en la manga.

Por suerte, atravesamos la fragua hasta los aposentos de la casa. Está desordenada, no hay superficie que no esté cubierta de objetos hermosos: gemas, joyas, espadas y otros ornamentos. Grimsen me ofrece una pequeña silla de madera y después se sienta en un banco.

Tiene un rostro curtido y desgastado, el cabello plateado y de punta, como si se hubiera estado tirando de los pelos mientras trabajaba. Hoy no va ataviado con prendas enjoyadas; lleva puesto un desgastado mandil de piel y una camisa gris con manchas de ceniza. Siete gruesos aros de oro penden de sus grandes orejas puntiagudas.

—¿Qué te trae hasta mi fragua? —pregunta.

—Esperaba encontrar un regalo para mi hermana. Va a casarse dentro de unos días.

—Algo especial, entonces —replica.

—Sé que eres un herrero legendario —añado—. Así que pensé que a lo mejor ya no vendías tus mercancías.

—Con independencia de mi fama, sigo siendo un artesano —dice, con una mano en el corazón. Parece que le gusta que le adulen—. Pero es cierto que ya no negocio con dinero, solo con trueques.

Debí figurarme que habría algún truco. Aun así, me quedo mirándolo, con cara de inocente.

—¿Qué puedo darte que no tengas ya?

—Vamos a averiguarlo —responde—. Háblame de tu hermana. ¿Es un matrimonio por amor?

—Debe serlo —respondo mientras lo sopeso—. Ya que de él no se extrae ningún valor práctico.

Grimsen enarca las cejas.

—Entiendo. ¿Y tu hermana se parece a ti?

—Somos gemelas —respondo.

—Gemas azules, entonces, a juego con vuestro tono de piel —dice—. ¿Qué tal un collar de lágrimas que llore para que ella no tenga que hacerlo? ¿O un broche de dientes para morder a un esposo molesto? No. —Comienza a pasearse por la pequeña estancia. Coge un anillo—. ¿Para engendrar un niño?

Y entonces, al ver la cara que pongo, saca unos pendientes: uno con forma de luna creciente y el otro de estrella.

—Ajá. Toma. Esto es lo que buscas.

—¿Para qué sirven? —pregunto.

Grimsen se ríe.

—Son bonitos. ¿No basta con eso?

Le lanzo una mirada escéptica.

—Sería suficiente, teniendo en cuenta que son preciosos, pero seguro que hay algo más.

A Grimsen le gusta mi comentario.

—Chica lista. No solo son hermosos, sino que además aportan belleza. Hacen que su portador resulte más cautivador que antes, dolorosamente cautivador. Su esposo no se apartará de su lado durante una buena temporada.

Grimsen adopta un gesto desafiante. Está convencido de que soy demasiado vanidosa como para hacerle un regalo así a mi hermana.

Qué bien conoce la naturaleza egoísta del ser humano. Taryn será una novia preciosa. ¿Hasta qué punto yo, su hermana gemela, quiero quedar eclipsada por

ella? ¿Hasta qué punto puedo tolerar que resulte cautivadora?

Pero, aun así, ¿qué mejor regalo para una muchacha humana desposada con un hermoso feérico?

—¿Qué pedirías a cambio? —pregunto.

—Bah, un par de menudencias. Un año de tu vida. El brillo de tu pelo. El sonido de tu risa.

—Mi risa no resulta tan dulce como todo lo demás.

—No será dulce, pero apuesto a que es inusual —replica, y me pregunto cómo sabrá eso.

—¿Y qué hay de mis lágrimas? —pregunto—. Podrías fabricar otro collar.

Grimsen me mira, como si estuviera determinando con qué frecuencia lloro.

—Me quedaré con una lágrima —dice al fin—. Y, de paso, le harás una oferta al rey supremo en mi nombre.

—¿Qué clase de oferta? —inquiero.

—Es sabido que el Inframar ha amenazado a la superficie. Dile a tu rey que, si declara la guerra, le fabricaré una armadura de hielo capaz de destrozar cualquier espada que la golpee. Una armadura que le enfriará tanto el corazón que no sentirá clemencia. Dile que forjaré para él tres espadas que, utilizadas en la misma batalla, pelearán con el ahínco de treinta soldados.

Me quedo pasmada.

—Se lo diré. Pero ¿por qué querrías hacer eso?

Grimsen hace una mueca y coge un trapo para sacar brillo a los pendientes.

—Tengo una reputación que recuperar, mi señora, y no solo como fabricante de baratijas. Antaño, reyes y reinas por igual venían a suplicarme. Antaño, forjaba coronas y espadas capaces de cambiar el mundo. El rey supremo tiene poder para restaurar mi fama, mientras que yo tengo en mi mano aumentar su poder.

—¿Y qué pasa si le gusta el mundo tal y como es? —pregunto—. Sin cambios.

Grimsen suelta una risita.

—Entonces te fabricaré un pequeño reloj de arena donde el tiempo queda suspendido.

Grimsen extrae una lágrima de la comisura de uno de mis ojos con un sifón alargado. Después me marcho, cargada con los pendientes de Taryn y con las preguntas que no he formulado.

De regreso en mis aposentos, me acerco las joyas a las orejas. Incluso en el

espejo, hacen que mis ojos tengan un aspecto más acuoso y radiante. Mis labios parecen más rojos, mi piel reluce como si acabara de darme un baño.

Me apresuro a envolverlos antes de que me arrepienta.



Paso el resto de la noche en la Corte de las Sombras, trazando planes para mantener a salvo a Oak. Unos guardias alados que puedan elevarlo por los aires si se ve tentado por los placeres de las olas en las que antaño jugaba. Un espía disfrazado de niñera para que le siga, le mime y cate cualquier alimento antes de que él los pruebe. Arqueros en los árboles, apuntando sus flechas hacia cualquiera que se acerque demasiado a mi hermano.

Mientras intento predecir qué planea hacer Orlagh y cómo enterarme en cuanto suceda, alguien llama a la puerta.

—¿Sí? —respondo, y entra Cardan.

Me levanto de golpe, sorprendida. No esperaba verlo, pero aquí está, ataviado con prendas elegantes y alborotadas. Tiene los labios algo hinchados, el cabello despeinado. Parece recién salido de una cama, y no de la suya precisamente.

Arroja un pergamino sobre mi mesa.

—¿Y bien? —pregunto, con toda la frialdad que alcanzo a reunir.

—Tenías razón —responde. Lo dice como si fuera una acusación.

—¿En qué? —inquiero.

Cardan se apoya en la jamba de la puerta.

—Nicasia me ha revelado sus secretos. Solo ha hecho falta un poco de dulzura y unos cuantos besos.

Nuestras miradas se cruzan. Si giro la cabeza, sabrá que me he quedado cortada, pero me temo que se habrá dado cuenta de todos modos. Se me ruborizan las mejillas. Me pregunto si alguna vez seré capaz de volver a mirarle sin recordar lo que sentí al tocarle.

—Orlagh actuará durante la boda de Locke con tu hermana.

Me vuelvo a sentar en la silla, contemplo las notas que tengo delante.

—¿Estás seguro?

Cardan asiente.

—Nicasia dijo que a medida que aumenta el poder mortal, el mar y la tierra deberían estar unidos. Y que lo estarán, ya sea del modo que a ella le gustaría o del modo que yo debería temer.

—Qué agorera —digo.

—Al parecer, siento debilidad por las mujeres que me amenazan.

No sé qué responder a eso, así que opto por hablarle de la oferta de Grimsen para forjarle una armadura y unas espadas para conducirlo hasta la victoria.

—Siempre que estés dispuesto a luchar contra el Inframar.

—¿Grimsen quiere que entre en guerra para restaurar su gloria pasada? —pregunta Cardan.

—Más o menos —respondo.

—Eso sí que es ambición —añade—. Puede que solo quedaran un terreno anegado y unos cuantos pinos en llamas, pero los cuatro feéricos supervivientes que estuvieran cobijados en una cueva húmeda habrían oído hablar de Grimsen. Su empeño es admirable. Imagino que no le dirías que lo de declarar la guerra fue cosa tuya, no mía.

«Si Cardan es el legítimo rey supremo de Elfhame, a quien debemos seguir hasta el fin de los días, significa que hemos sido un pelín irrespetuosos al llevar las riendas del reino en su lugar. Pero si está fingiendo, entonces no hay duda de que es un espía, y mejor que la mayoría de nosotros».

—Por supuesto que no —replico.

Por un instante, se asienta un silencio entre nosotros.

Cardan avanza un paso hacia mí.

—La otra noche…

Le interrumpo.

—Lo hice por el mismo motivo que tú. Para quitármelo de la cabeza.

—¿Y ya está? —inquiere—. ¿Te lo has quitado?

Le miento mirándole a la cara:

—Sí.

Si me tocara, si avanzara siquiera un paso más hacia mí, la farsa quedaría al descubierto. No creo que pudiera evitar que el deseo se refleje en mi rostro. Pero, para mi alivio, Cardan asiente con los labios fruncidos y se marcha.

En la habitación de al lado, oigo como Cucaracha le llama y se ofrece a enseñarle el truco de hacer levitar una carta de la baraja. Oigo reír a Cardan.

Se me ocurre que quizá el deseo no es algo de lo que convenga atiborrarse. Puede que se parezca al mitridatismo: es posible que haya ingerido una dosis letal cuando debería haberme envenenado lentamente, beso a beso.



No me extraña encontrar a Madoc en su sala de estrategia del palacio, pero él sí se sorprende al verme, pues no está acostumbrado a mi sigilo.

—Padre —le saludo.

—Antes pensaba que quería que me llamaras así —dice—. Pero resulta que, cuando lo haces, pocas veces sale algo bueno de ello.

—En este caso no —replico—. He venido a decirte que tenías razón. No soporto la idea de poner a Oak en peligro, pero si podemos redirigir el ataque del Inframar cuando se produzca, será más seguro para él.

—Has estado planeando cómo protegerlo durante su estancia. —Madoc sonríe, mostrando sus dientes afilados—. Pero es difícil anticipar todas las eventualidades.

—Es imposible. —Suspiro, adentrándome más en la estancia—. Así que cuenta conmigo. Déjame colaborar para jugársela al Inframar. Tengo recursos.

Madoc es general desde hace mucho tiempo. Planeó el asesinato de Dain y se fue de rositas. Esto se le da mejor que a mí.

—¿Y si solo quieres boicotearme? —inquiere—. No esperarás que me crea que este cambio de idea tan repentino es sincero.

Aunque Madoc tiene motivos de sobra para desconfiar de mí, me duele. Me pregunto cómo habría sido si hubiera compartido sus planes para subir a Oak al trono antes de que me tocara presenciar el baño de sangre de la coronación. Si me hubiera hecho partícipe de su complot, me pregunto si habría disipado mis dudas. Quiero pensar que no habría sido así, pero no puedo poner la mano en el fuego por ello.

—Jamás pondría en riesgo a mi hermano —digo, respondiéndole en parte a él y en parte a mis propios miedos.

—¿De veras? —inquiere—. ¿Ni siquiera para salvarlo de mis garras?

Supongo que me merezco esa pulla.

—Dijiste que querías que volviera a tu lado. Esta es tu oportunidad para demostrarme lo que supondría trabajar contigo. Convénceme.

Mientras yo controle la corona, no podremos estar de verdad en el mismo bando, pero tal vez podamos colaborar. Quizá Madoc pueda canalizar su ambición hacia la derrota del Inframar y olvidarse del trono, al menos hasta que Oak se haga mayor. Para entonces, al menos, las cosas habrán cambiado.

Madoc señala hacia la mesa que contiene un mapa de las islas y sus figuritas talladas.

—Orlagh tiene una semana para actuar, a no ser que planee tender una trampa en el mundo mortal durante la ausencia de Oak. Has apostado guardias en el apartamento de Vivienne, unos que has contratado de fuera del ejército y que no parecen caballeros. Muy astuto. Pero nada ni nadie es infalible. Creo que el lugar más ventajoso para nosotros, donde podemos tentarlos a atacar…

—El Inframar moverá ficha durante la boda de Taryn.

—¿Qué? —Madoc me escruta con los ojos entornados—. ¿Cómo lo sabes?

—Por Nicasia —respondo—. Creo que puedo sacar más datos si actuamos deprisa. Tengo un modo de hacerle llegar información a Balekin, una información a la que dará credibilidad.

Madoc enarca las cejas. Yo asiento con la cabeza.

—Una prisionera. Ya le he pasado información con éxito a través de ella.

Madoc se da la vuelta para servirse un dedo de un licor oscuro y luego se deja caer sobre un asiento de piel.

—¿Esos son los recursos que mencionaste?

—No acudo a ti con las manos vacías —replico—. ¿No te alegras, aunque

sea un poquito, de haber decidido confiar en mí?

—Podría replicar que has sido tú la que por fin ha decidido confiar en mí. Ahora está por ver qué tal nos desenvolvemos juntos. Hay muchos más proyectos en los que podríamos colaborar.

Como la toma del trono.

—Las desventuras, de una en una —le advierto.

—¿Él lo sabe? —inquiere Madoc, sonriendo de un modo ligeramente inquietante, aunque también paternal—. ¿Nuestro rey supremo tiene la menor idea de lo bien que diriges su reino en su lugar?

—Espero que no —respondo, tratando de aparentar una confianza que no siento cuando se trata de algo relacionado con Cardan o con nuestro acuerdo.

Madoc se ríe.

—Yo también lo espero, hija mía, igual que espero que comprendas que todo iría mucho mejor si dirigieras el reino por el bien de tu familia.



La audiencia de Cardan con Balekin tiene lugar al día siguiente. Mis espías me cuentan que Cardan pasó la noche solo: ni fiestas salvajes, ni desfases etílicos, ni concursos de tocar la lira. No sé cómo interpretarlo.

Balekin es conducido al trono encadenado, pero camina con la cabeza alta, con un atuendo demasiado elegante para la torre. Alardea de su capacidad para conseguir lujos, de su arrogancia, como si Cardan tuviera que sentirse asombrado y no molesto por ello.

Por su parte, Cardan luce un aspecto particularmente formidable. Lleva una chaqueta de terciopelo cubierta de musgo, con bordados dorados. El pendiente que le ha dado Grimsen cuelga del lóbulo de su oreja, refleja la luz cada vez que gira la cabeza. Hoy no hay juerguistas presentes, pero la estancia no está vacía. Randalin y Nihuar están juntos a un lado del estrado, cerca de tres guardias. Yo me encuentro al otro lado, cerca de una zona en sombra. Varios sirvientes

merodean por la estancia, listos para servir vino o tocar arpas, según los deseos del rey supremo.

Lo dispuse de tal modo con Vulciber para que lady Asha recibiera una nota justo cuando Balekin fuera conducido escaleras arriba y fuera de la Torre del Olvido para asistir a la audiencia.

La nota decía:

He estado pensando en tus peticiones y quiero negociar. Hay un modo de sacarte de la isla, inmediatamente después de la boda de mi hermana. Para su seguridad, llevarán a mi hermano de vuelta en barco, porque se marea al volar. Tú también podrías ir a bordo, sin que el rey supremo se entere, ya que el viaje se realizará, necesariamente, en secreto. Si eso te parece suficiente, házmelo saber y volveremos a reunirnos para hablar de mi pasado y de tu futuro. —J.

Cabe la posibilidad de que lady Asha no le diga nada a Balekin cuando regrese a su celda, pero como ya le ha pasado información otras veces, y como sin duda Balekin le ha visto recibir la nota, creo que no aceptará una respuesta ambigua por su parte. Y más cuando, al tratarse de una feérica, lady Asha tendrá que optar por las evasivas en vez de por mentiras flagrantes.

—Hermanito —dice Balekin, sin esperar a que le den la palabra.

Lleva los grilletes como si fueran brazaletes, como si fueran un símbolo de estatus, en vez de señalar su condición de prisionero.

—Has solicitado una audiencia con la corona —dice Cardan.

—No, hermano, contigo es con quien quería hablar, no con el abalorio que llevas en la cabeza.

Esa ligera falta de respeto por parte de Balekin hace que me pregunte por qué habrá solicitado esta audiencia.

Pienso en Madoc, y en que, cuando está cerca, me quedo anclada en el papel de niña. No es poca cosa juzgar a la persona que te crio, sin importar qué más haya hecho. Esta confrontación no se refiere tanto al presente como a la larga sombra de su pasado, a la vieja maraña de resentimientos y alianzas entre ellos.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta Cardan. Mantiene un tono templado, pero libre de la autoridad hastiada que suele denotar.

—¿Qué quiere cualquier prisionero? —responde Balekin—. Déjame salir de la torre. Si quieres salir victorioso, necesitas mi ayuda.

—Si has intentado verme solo para decir eso, tus esfuerzos han sido en vano. No, no pienso liberarte. Y no, tampoco te necesito. —Cardan parece muy convencido.

Balekin sonríe.

—Me has encerrado porque me tienes miedo. Al fin y al cabo, tú odiabas a Eldred más que yo. Aborrecías a Dain. ¿Cómo puedes castigarme por unas muertes que no lamentas?

Cardan mira a Balekin con incredulidad, medio levantándose del trono. Tiene los puños apretados y el gesto propio de una persona que ha olvidado dónde está.

—¿Y qué pasa con Elowyn? ¿Y con Caelia y Rhyia? Si solo me importaran mis propios sentimientos, esas muertes serían motivo de sobra para vengarme de ti. Eran nuestras hermanas, y habrían sido mejores regentes que tú y que yo.

Cabría esperar que Balekin se achantara ante eso, pero no fue así. En vez de eso, esbozó una sonrisita pérfida.

—¿Acaso intercedieron por ti? ¿Acaso alguna de tus queridas hermanas te acogió? ¿Cómo puedes pensar que les importabas, cuando eran incapaces de dar la cara por ti ante nuestro padre?

Por un momento, creo que Cardan va a atizarle. Acerco la mano a la empuñadura de mi espada. Me pondré delante de él. Me enfrentaré a Balekin. Sería un placer hacerlo.

Pero Cardan vuelve a desplomarse sobre el trono. La furia abandona su rostro, y cuando responde, lo hace como si las últimas palabras de Balekin no hubieran existido:

—No estás encerrado por venganza ni porque te tenga miedo. No disfruté con tu castigo. Estás en la torre porque es lo justo.

—No puedes hacer esto solo —dice Balekin, paseando la mirada por la habitación—. Nunca te ha gustado trabajar, siempre has pasado de adular a los diplomáticos y has antepuesto el placer a las obligaciones. Déjame a mí las tareas complicadas, en vez de dejarlas en manos de una chica mortal con la que te sientes en deuda y que solo conseguirá fallarte.

Las miradas de Nihuar, Randalin y unos cuantos guardias se dirigen hacia mí, pero Cardan mantiene la suya fija sobre su hermano. Al cabo de un buen rato, responde:

—¿Serías mi regente, aunque ya sea mayor de edad? Acudes ante mí no

como un penitente, sino como lo harías ante un chucho callejero al que dar órdenes.

Finalmente, Balekin parece incomodado.

—Aunque a veces haya sido severo contigo, fue para sacar la mejor versión de ti mismo. ¿Crees que puedes ser tan dejado y autocomplaciente, y aun así triunfar en tu papel como rey? Sin mí, no eres nada. Sin mí, no serás nada.

Que Balekin sea capaz de decir todo eso sin creer que sea mentira resulta estremecedor.

Cardan, por su parte, esboza una sonrisita, y cuando responde, lo hace con un tono ligero:

—Me amenazas, te jactas. Expones tus deseos. Aunque me estuviera planteando tu oferta, después de ese discursito, ha quedado claro que no tienes ni idea de diplomacia.

Airado, Balekin avanza un paso hacia el trono. Los guardias cierran el cerco entre ellos. Percibo el impulso físico que siente Balekin por castigar a su hermano.

—Estás jugando a ser rey —dice—. Y si no lo sabes, eres el único. Mándame de vuelta a prisión, renuncia a mi ayuda y perderás el reino.

—Me decanto por esa segunda opción —dice Cardan—. La que no te implica a ti. Me quedo con esa. —Se da la vuelta hacia Vulciber—. Esta audiencia ha terminado.

Mientras Vulciber y los demás guardias se desplazan para escoltar a Balekin de regreso a la Torre del Olvido, cruzo una mirada con él. En sus ojos percibo un pozo de odio tan profundo que temo que, si no tenemos cuidado, Elfhame entero se acabará ahogando en él.



Dos noches antes de la boda de mi hermana, me planto delante del espejo alargado que hay en mis aposentos y desenfundo lentamente a Noctámbula.

Ejecuto los movimientos, los mismos que me enseñó Madoc, los mismos que aprendí en la Corte de las Sombras.

Después levanto mi espada, presentándola ante mi oponente. La saludo en el espejo.

Me deslizo por la estancia, hacia delante y hacia atrás, combatiéndola. Estocada y bloqueo, bloqueo y estocada. Amago. Me agacho. Veo que se le acumula el sudor en la frente. Sigo luchando hasta que aparecen manchas de sudor en su camisa, hasta que empieza a temblar de agotamiento.

Sigue sin ser suficiente.

Nunca consigo derrotarla.



Ya está tendida la trampa para Orlagh. Me paso el día con Madoc, repasando los detalles. Hemos establecido tres momentos —y otros tantos lugares concretos— donde el Inframar podría atacar con ciertas garantías.

El barco en sí, con un señuelo a bordo, es una opción evidente. Hará falta un gnomo que se haga pasar por Oak, envuelto en una capa, y será preciso hechizar el barco para que vuele.

Antes de eso, habrá un momento durante la recepción de Taryn en el que Oak se adentrará él solo en el laberinto. Una sección de la vegetación será reemplazada con arbóreos, que permanecerán ocultos hasta que llegue el momento de actuar.

Y antes de eso, durante la llegada a la finca de Locke para la boda, Oak parecerá apearse del carruaje hasta una porción abierta de terreno, visible desde el océano. Allí también utilizaremos el señuelo. Yo esperaré con el verdadero Oak en el carruaje, mientras el resto de la familia sale. Con un poco de suerte, el mar atacará. Entonces el carruaje dará un rodeo y nosotros saldremos por una ventanilla. En este caso, los árboles próximos a la orilla estarán repletos de

sílfides, listas para avistar a los moradores del Inframar, después de que se haya enterrado una red en la arena para atraparlos.

Tres oportunidades para sorprender al Inframar en su pretensión por hacerle daño a Oak. Tres oportunidades para hacer que se arrepientan de haberlo intentado.

Tampoco se nos olvida proteger a Cardan. Su guardia personal está en máxima alerta. Cuenta con su propio grupo de arqueros que seguirán todos sus movimientos. Y, por supuesto, con nuestros espías.

Taryn quiere pasar la noche previa a la boda con sus hermanas, así que meto un vestido y los pendientes de Taryn en un morral y lo ato al lomo del caballo con el que fui aquella vez a Insweal. También cuelgo a Noctámbula de una de las alforjas. Después cabalgo hacia la finca de Madoc.

Hace una noche preciosa. La brisa sopla entre los árboles, cargada con un aroma a pinochas y a manzana del éxtasis. A lo lejos, oigo las pisadas de un caballo. Los zorros se llaman entre sí con unos aullidos extraños. Se oye el eco de una flauta procedente de algún lugar lejano, mezclado con el sonido de las sirenas que entonan sus agudos cánticos, carentes de palabras, desde las rocas.

Entonces, de repente, las pisadas del caballo ya no suenan tan lejanas. Se acercan unos jinetes a través del bosque. Son siete en total, a lomos de corceles famélicos con ojos que parecen perlas. Llevan el rostro cubierto, la armadura salpicada de pintura blanca. Oigo sus carcajadas mientras se dividen para llegar hasta mí desde distintos ángulos. Por un momento, pienso que tiene que haber un error.

Uno de ellos blande un hacha, que brilla bajo la luz de la luna creciente; se me hiela la sangre. No, no hay ningún error. Han venido a matarme.

Mi experiencia con el combate a caballo es limitada. Pensaba que obtendría el título de caballero en Elfhame para defender la integridad y el honor de algún miembro de la realeza, y no que me lanzaría hacia la batalla a lomos de un corcel, como hacía Madoc.

Ahora, a medida que se acercan, me pongo a pensar en quién podría estar al corriente de ese punto débil. Madoc lo sabe, sin duda. Puede que esta sea su forma de castigar mi traición. Puede que lo de confiar en mí fuera una treta. Al fin y al cabo, sabía que hoy iba a desplazarme hasta su fortaleza. Y nos pasamos la tarde planeando trampas igualitas a esta.

Apesadumbrada, recuerdo la advertencia que me hizo Cucaracha: «La próxima vez, llévate a un miembro de la guardia real. Llévate a uno de nosotros.

Llévate un enjambre de sílfides o a un *spriggan* borracho. Pero llévate a alguien».

Y aquí me tienes. Sola.

Azuzo al caballo para que acelere. Si consigo atravesar el bosque y acercarme lo suficiente a la casa, estaré a salvo. Allí hay guardias, y tanto si Madoc ha enviado a estos jinetes como si no, jamás permitiría que una invitada, que además es su pupila, fuera asesinada en sus terrenos.

Eso iría contra las reglas de la cortesía.

Solo tengo que llegar hasta allí.

Los cascos de los caballos retumban detrás de mí mientras recorremos el bosque a toda velocidad. Miro hacia atrás, con el viento de cara, el pelo se me mete en la boca. Se están dispersando, intentan sacarme la delantera lo suficiente como para alejarme de la casa de Madoc, hacia la costa, donde no tendré dónde esconderme.

Cada vez están más cerca. Oigo como se llaman entre sí, pero sus palabras se las lleva el viento. Mi caballo es veloz, pero los suyos fluyen como el agua a través de la noche. Cuando miro atrás, veo que uno de ellos ha sacado un arco y unas flechas con plumas negras.

Giro mi montura hacia un lado, solo para toparme con otro jinete que me corta la retirada.

Llevan armadura, empuñan armas. Yo solo llevo encima unos cuantos puñales y a Noctámbula en la alforja, junto con una pequeña ballesta en el equipaje. He paseado por estos boques cientos de veces durante mi infancia; nunca pensé que tendría que librar aquí una batalla.

Una flecha pasa silbando junto a mí, al tiempo que se acerca otro jinete, blandiendo una espada.

No voy a poder dejarlos atrás.

Me yergo sobre los estribos, un truco que no tengo claro si va a funcionar, después me agarro a la primera rama robusta que me encuentro. Uno de los corceles, con los ojos en blanco, enseña los dientes y le pega un bocado en el flanco a mi caballo. El pobre animal gime y corcovea. Bajo la luz de la luna, me parece atisbar unos ojos ambarinos mientras uno de los jinetes descarga una estocada.

Pego un salto y me encaramo a la rama. Por un momento, me limito a aferrarme a ella, jadeando, mientras los jinetes pasan de largo por debajo. Dan la

vuelta. Uno de ellos pega un trago de una petaca, que le deja una mancha dorada en los labios.

—Hay un gatito subido en el árbol —exclama uno de ellos—. ¡Baja para que te vean los zorros!

Me pongo de pie, evocando las lecciones de Fantasma mientras corro por la rama. Tres jinetes se mueven en círculos a ras de suelo. Se produce un destello cuando el hacha sale volando hacia mí. Me agacho, intentando no resbalar. El arma pasa de largo y se clava en el tronco del árbol.

—Buen intento —digo, disimulando el terror que siento.

Tengo que alejarme de ellos. Tengo que subir más alto. Pero ¿y luego qué? No puedo luchar contra los siete. Y aunque quisiera intentarlo, mi espada sigue atada a mi caballo. Solo tengo unos cuantos puñales.

—Baja, humana —dice un jinete de ojos plateados.

—Hemos oído hablar de tu crueldad, de tu ferocidad —dice otro con una voz profunda y melodiosa que podría ser femenina—. No nos decepciones.

Un tercer jinete carga su arco con una nueva flecha de punta negra.

—Si me toca ser el gato, dejad que os pegue un zarpazo —replico, y lanzo dos cuchillos con forma de hoja, que forman sendos arcos centelleantes hacia los jinetes.

Uno yerra, el otro impacta contra una armadura, pero espero que sea distracción suficiente para poder extraer el hacha del tronco. Después me muevo. Salto de rama en rama, entre una lluvia de flechas, dando gracias por todo lo que me ha enseñado Fantasma.

Entonces se me clava un proyectil en el muslo.

Soy incapaz de contener un grito de dolor. Reanudo la marcha, a pesar de la conmoción, pero he perdido velocidad. La siguiente flecha impacta tan cerca de mi costado que he salvado el pellejo de chiripa.

Los jinetes tienen muy buena vista, incluso en la oscuridad. Ven mucho mejor que yo.

Ellos llevan las de ganar. Aquí arriba, entre los árboles, mientras no pueda esconderme, lo único que consigo es ser un blanco un pelín más escurridizo, pero de los que resultan divertidos y desafiantes. Y cuanto más me canso, cuanto más sangro, cuanto más dolor siento, más lentos serán mis movimientos. Si no cambio las tornas del juego, acabaré perdiendo.

Tengo que equilibrar la balanza. Tengo que hacer algo inesperado. Si no puedo ver, tendré que usar mis demás sentidos.

Tras inspirar hondo, ignorando el dolor de la pierna y la flecha que asoma de ella, con el hacha en la mano, echo a correr y salto desde la rama lanzando un aullido.

Los jinetes intentan hacer girar sus caballos para alejarse de mí.

Alcanzo a un jinete en el pecho con el hacha. La punta abolla su armadura hacia dentro. Una maniobra excelente… o lo habría sido, si no hubiera perdido el equilibrio un segundo después. Al caer, dejo de agarrar el arma. Me estrello contra el suelo y me quedo sin aliento. De inmediato, echo a rodar para evitar que me pisoteen los caballos. Noto un zumbido en la cabeza y me arden las piernas cuando me pongo en pie. He partido el astil de la flecha que asomaba de mi pierna, pero la punta se ha hincado más a fondo.

El jinete al que golpeé está colgando de su montura, con el cuerpo inerte y la boca borboteando sangre.

Otro jinete se echa a un lado mientras que un tercero embiste de frente. Saco un puñal mientras el arquero que se acerca hacia mí intenta echar mano de su espada.

Seis contra uno mejora mucho las probabilidades, sobre todo cuando cuatro de los jinetes se han quedado rezagados, como si no hubieran previsto que ellos también podrían acabar heridos.

—¿Qué os parece mi ferocidad? —les grito.

El jinete de ojos plateados se acerca y yo le lanzo un cuchillo. A él no le acierto, pero sí al flanco del caballo. El animal se yergue sobre sus patas traseras. Pero mientras el jinete intenta recuperar el control sobre su montura, otro avanza como una centella hacia mí. Agarro el hacha, inspiro hondo y me concentro.

El caballo famélico me observa con sus ojos blancos, carentes de pupilas. Parece hambriento.

Si muero aquí, en el bosque, por no haberme preparado lo suficiente, porque estaba demasiado distraída como para colgarme mi propia espada, me voy a cabrear muchísimo conmigo misma.

Me preparo mientras otro jinete se cierne sobre mí, pero no sé si podré resistir la embestida. Desesperada, intento encontrar otra solución.

Cuando el caballo se acerca, me lanzo al suelo, reprimiendo mi instinto de supervivencia y el impulso por salir huyendo de ese enorme animal. Se precipita sobre mí, entonces alzo el hacha y le realizo un corte. Me salpica sangre en la cara.

La criatura sigue corriendo un poco más, después cae profiriendo un sonido

estridente, y atrapa la pierna del jinete bajo su corpachón.

Me pongo en pie y me limpio la cara, justo a tiempo de ver como el caballero de ojos plateados se prepara para embestir. Le sonrío, empuñando el hacha ensangrentada.

El jinete de ojos ambarinos se dirige hacia su camarada caído, llama a voces a los demás. El caballero de ojos plateados da media vuelta al oírlo y se dirige hacia sus compañeros. El jinete atrapado se revuelve mientras los otros dos le rescatan y lo suben a uno de los demás caballos. Entonces los seis se alejan al amparo de la noche, sin proferir ya ninguna carcajada.

Aguardo, temiendo que puedan dar la vuelta, temiendo que algo peor esté a punto de emerger de entre las sombras. Pasan los minutos. El sonido más fuerte es el de mis jadeos y el rugido de la sangre que se agolpa en mis oídos.

Temblorosa, dolorida, atravieso el bosque a pie, solo para acabar encontrándome con mi corcel tendido en la hierba, siendo devorado por el caballo del jinete muerto. Ondeo el hacha para ahuyentarlo. Aunque ese gesto no consigue devolverle la vida a mi pobre montura.

Ya no lleva colgado mi equipaje. Debió de caerse durante la carrera, llevándose consigo mi ropa y mi ballesta. Mis puñales también han desaparecido, repartidos por el bosque después de que yo los lanzara, probablemente perdidos entre la maleza. Al menos Noctámbula sigue en su sitio, atada a la silla de montar. Desato la espada de mi padre con los dedos agarrotados.

Usándola como bastón, consigo recorrer a duras penas el resto del camino hasta la fortaleza de Madoc, después me lavo la sangre en el caño que hay a la entrada.

Una vez dentro, me encuentro a Oriana sentada cerca de una ventana, cosiendo un miriñaque bordado. Me mira con sus ojos sonrosados y no se molesta en sonreír, como habría hecho cualquier ser humano, para darme la bienvenida.

—Taryn está arriba con Vivi y su amante. Oak duerme y Madoc está con sus planes. —Entonces repara en mi aspecto—. ¿Te has caído en un lago?

Asiento.

—Qué tontería, ¿verdad?

Oriana da otra puntada. Me dirijo hacia las escaleras, pero ella añade algo antes de que pueda poner un pie en el primer escalón:

—¿Tan terrible sería para Oak que se quedara conmigo en Faerie? —

pregunta. Se produce una larga pausa, después susurra—: No quiero perder su cariño.

Detesto tener que decirle lo que ya sabe:

—Aquí, los intentos de los cortesanos por envenenarle no tendrían fin, tampoco los susurros maliciosos sobre lo buen rey que podría llegar a ser si quitara a Cardan de en medio. A cambio, los fieles a Cardan arderían en deseos por librarse de Oak. Y eso por no mencionar otras amenazas más graves. Mientras Balekin viva, Oak solo estará a salvo lejos de Faerie. Y tampoco nos olvidemos de Orlagh.

Oriana asiente, con gesto sombrío, y se da la vuelta hacia la ventana.

Puede que solo necesite que alguien ejerza el papel de malo, que solo necesite poder culpar a alguien de su separación. Tiene suerte de que yo no le haya caído bien desde el principio.

Aun así, recuerdo lo que se siente al añorar el lugar donde crecí, al añorar a la gente que me crio.

—Nunca perderás su cariño —añado, hablando tan bajito como ella. Sé que puede oírme, pero aun así no se da la vuelta.

Dicho eso, subo por las escaleras, con la pierna dolorida. Cuando llego al descansillo, Madoc sale de su despacho y me observa. Olisquea el ambiente. Me pregunto si olerá la sangre que sigue corriendo por mi pierna, si olerá la tierra, el sudor y la fría agua del pozo.

Un escalofrío me recorre los huesos.

Entro en mi antigua habitación y cierro la puerta. Meto la mano debajo del cabecero y me alegro al descubrir que uno de mis puñales sigue allí, envainado y un poco polvoriento. Lo dejo donde estaba, sintiéndome un poco más segura.

Cojeo hacia mi antigua bañera, me muerdo el interior del carrillo para contener el dolor y me siento en el borde. Después me desgarro los pantalones e inspecciono los restos de la flecha que tengo alojada en la pierna. El asta partida es de sauce, tiene manchas de ceniza. Lo que alcanzo a ver de la punta está fabricado con la cornamenta dentada de un animal.

Empiezan a temblarme las manos, soy consciente de lo deprisa que me late el corazón, de lo embotada que tengo la cabeza.

Las heridas de flecha son preocupantes, porque cada vez que te mueves, se agravan. Tu cuerpo no puede regenerarse mientras una punta afilada le desgarra los músculos, y cuanto más tiempo siga allí, más costará sacarla.

Inspiro hondo, deslizó el dedo hasta la punta de la flecha y la presiono

ligeramente. Me duele tanto que suelto un grito ahogado y me da vueltas la cabeza por un instante, pero parece que no ha tocado hueso.

Me armo de valor, cojo el cuchillo y corto un par de centímetros de piel de la pierna. El dolor es atroz, estoy resoplando para cuando consigo introducir los dedos en la piel y extraer la punta de la flecha. Hay un montón de sangre, una cantidad espeluznante. Presiono la mano sobre la herida, intentando contener la hemorragia.

Durante un rato, siento un mareo tan fuerte que no puedo hacer más que permanecer sentada.

—¿Jude?

Es Vivi, que está abriendo la puerta. Me mira, después se fija en la bañera. Sus ojos felinos se desorbitan.

—No se lo cuentes a nadie —digo, negando con la cabeza.

—Estás sangrando.

—Tráeme… —Empiezo a decir, pero me interrumpo al comprender que necesito coser la herida; la verdad es que no había pensado en eso. Puede que no me encuentre tan bien como pensaba. La conmoción no siempre es inmediata—. Necesito aguja e hilo… Que no sea muy fino, sino del que se usa para bordar. Y un trozo de tela para seguir haciendo presión sobre la herida.

Vivi frunce el ceño al ver el cuchillo que tengo en la mano, el aspecto reciente de la herida.

—¿Eso te lo has hecho tú?

Ese comentario me saca por un breve instante de mi aturdimiento.

—¿Crees que me dispararía una flecha a mí misma?

—Vale, no te pongas así.

Vivi me da una camisa que coge de la cama y luego sale de la habitación. Presiono el tejido sobre la herida, confiando en ralentizar la hemorragia. Cuando vuelve, trae hilo blanco y una aguja. Ese hilo no conservará su blancura mucho tiempo.

—Está bien —digo, intentando concentrarme—. ¿Quieres sujetar o coser?

—Sujetar —responde, mirándome como si deseara que hubiera una tercera opción—. ¿No crees que debería ir a buscar a Taryn?

—¿La noche antes de su boda? No. —Intento enhebrar la aguja, pero me tiemblan tanto las manos que me cuesta acertar—. Vale, ahora junta los extremos de la herida.

Vivi se agacha y lo hace, poniendo una mueca. Suelto un quejido e intento no

desmayarme. «Solo un rato más y podré relajarme», me prometo. Solo unos minutos más y será como si esto no hubiera pasado.

Doy una puntada. Duele. Me duele horrores. Cuando termino, me lavo la pierna con más agua y desgarro la zona más limpia de la camisa para envolverla con ella. Vivi se acerca.

—¿Puedes levantarte?

—Enseguida. —Meneo la cabeza.

—¿Y qué hay de Madoc? —pregunta—. Podríamos decirle…

—No se lo contaremos a nadie —replico, y, agarrándome al borde de la bañera, paso la pierna por encima y reprimo un grito.

Vivi abre el grifo, empieza a caer agua que se lleva por delante la sangre.

—Tienes la ropa empapada —dice, frunciendo el ceño.

—Pásame uno de esos vestidos de ahí —le digo—. Busca uno que sea holgado.

Me obligo a caminar cojeando hasta una silla y me desplomo sobre ella. Después me quito la chaqueta y la camisa. Desnuda de cintura para arriba, no puedo seguir avanzando sin que el dolor me lo impida.

Vivi trae un vestido —uno tan viejo que Taryn no se molestó en llevármelo— y lo arruga para poder pasarlo por encima de mi cabeza, después me ayuda a meter las manos por las aberturas como si fuera una niña pequeña. Con suavidad, me quita las botas y lo que queda de mis pantalones.

—Deberías tumbarte —dice—. Descansar. Heather y yo podemos distraer a Taryn.

—Me pondré bien —replico.

—Solo digo que no hace falta que hagas nada más. —Vivi parece como si estuviera reconsiderando mis advertencias acerca de venir aquí—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Siete jinetes… Caballeros, tal vez. Pero no sé quién ordenó el ataque.

Vivi suelta un largo suspiro.

—Jude, vuelve conmigo al mundo de los humanos. Esto no tiene por qué ser normal. No lo es.

Me levanto de la silla. Prefiero caminar a la pata coja que seguir escuchando este sermón.

—¿Qué habría pasado si yo no hubiera aparecido? —inquiere.

Ahora que estoy de pie, necesito moverme para no perder impulso. Me dirijo hacia la puerta.

—No lo sé —respondo—. Pero sí sé una cosa: el peligro también puede encontrarme en el mundo mortal. Que yo esté aquí me permite asegurarme de que Oak y tú tengáis guardias que cuiden de vosotros allí. Mira, entiendo que mis actos te parezcan absurdos. Pero no insinúes que no sirven para nada.

—Eso no es lo que quería decir —replica, pero para entonces ya he salido al pasillo.

Abro la puerta de la habitación de Taryn y me las encuentro a ella y a Heather riéndose de algo. Se callan en cuanto entro.

—¿Jude? —pregunta Taryn.

—Me caí del caballo —le digo, y Vivi no me contradice—. ¿De qué estábamos hablando?

Taryn está nerviosa, deambula por la habitación para tocar el vestido sedoso que se pondrá mañana, para coger la diadema formada con plantas entrelazadas cultivadas en los jardines de los duendes, tan lozanas como si estuvieran recién arrancadas.

Me doy cuenta de que los pendientes que le compré a Taryn han desaparecido, junto con el resto del equipaje. Desperdigados entre las hojas y la maleza.

Los sirvientes traen vino y pasteles. Chupeteo el dulce glaseado, ajena a la conversación que discurre a mi alrededor.

El dolor de la pierna acapara mi atención, pero más aún el recuerdo de las carcajadas de los jinetes, el recuerdo del cerco que formaron bajo aquel árbol. El recuerdo de estar herida, asustada y completamente sola.



Cuando me despierto el día de la boda de Taryn, lo hago en la cama de mi infancia. Se parece mucho a emerger de un sueño profundo, y durante un instante, no es que no sepa dónde estoy, es que ni siquiera recuerdo quién soy. Durante esos breves instantes, parpadeando bajo la luz de media mañana, vuelvo a ser la hija abnegada de Madoc, que sueña con convertirse en caballero de la

corte. Después el último medio año regresa a mi mente, como el reconocible sabor del veneno en los labios.

Como el escozor de una sutura chapucera.

Me levanto y desenvuelvo el paño para observar la herida. Está hinchada y tiene mal aspecto, y la labor de sutura deja bastante que desear. Además, tengo la pierna agarrotada.

Gnarbone, un enorme sirviente con cola y unas largas orejas, entra en mi habitación inmediatamente después de llamar a la puerta. Lleva una bandeja con el desayuno. Rápidamente, me cubro la parte inferior del cuerpo con las mantas.

Gnarbone deja la bandeja en la cama sin decir nada y se dirige al baño. Oigo correr el agua y me llega un olor a hierbas machacadas. Me quedo sentada, encogida, hasta que se marcha.

Podría decirle que estoy herida. Sería lo más fácil del mundo. Si le pidiera que mandara llamar a un cirujano militar, lo haría. Se lo contaría a Oriana y a Madoc, por supuesto. Pero mi pierna quedaría bien cosida y a salvo de una infección.

Aunque Madoc hubiera enviado a los jinetes, creo que cuidaría de mí a pesar de todo. Por una cuestión de cortesía. Aunque lo tomaría como una concesión. Supondría admitir que le necesito, que él ha ganado. Que he vuelto a casa para quedarme.

Aun así, bañada por la luz de la mañana, estoy casi segura de que no fue Madoc quien envió a los jinetes, por más que fuera una trampa típica de él. Jamás habría enviado a unos asesinos tan cobardes, que huyeron a pesar de que seguían superándome en número.

Cuando se marcha Gnarbone, me bebo el café con ansia y me dirijo a la bañera.

El agua está lechosa y fragante, y solo bajo la superficie me permito llorar. Solo bajo el agua puedo admitir que he estado a punto de morir, que he pasado un miedo atroz y que desearía poder contárselo a alguien. Contengo el aliento hasta que ya no puedo más.

Después del baño, me envuelvo en una vieja bata y me desplazo hasta la cama. Mientras trato de decidir si vale la pena enviar a un sirviente al palacio para que me traiga otro vestido —o si debería pedirle algo prestado a Taryn—. Oriana entra en el cuarto, trayendo consigo un vestido plateado.

—Los sirvientes me han dicho que no traías equipaje —explica—. Quizá hayas olvidado que la boda de tu hermana requiere un vestido nuevo. O un

vestido a secas, cuanto menos.

—Como mínimo habrá un feérico desnudo, y lo sabes —replico—. No he asistido a una sola fiesta en Faerie donde todo el mundo estuviera vestido.

—Bueno, si esa es tu idea… —dice, dándose media vuelta—. Supongo que entonces lo único que necesitas es un collar bonito.

—Espera —la llamo—. Tienes razón. No tengo vestido y necesito uno. Por favor, no te vayas.

Cuando Oriana se gira, percibo un atisbo de sonrisa en su rostro.

—Qué impropio de ti, decir lo que de verdad piensas y que no se trate de algo hostil.

Me pregunto qué sentirá al vivir en la casa de Madoc, al ser su obediente esposa y haber participado en la frustración de todos sus planes. Jamás habría imaginado que Oriana fuera capaz de tanta sutileza.

Y me ha traído un vestido.

Parece una muestra de cariño hasta que lo despliega sobre mi cama.

—Es uno de los míos —dice—. Creo que te irá bien.

El vestido es plateado y me recuerda a una cota de malla. Es precioso, con unas mangas acampanadas y abiertas que dejan al descubierto la piel del brazo. Pero tiene mucho escote, y seguro que no me quedaría tan bien como a Oriana.

—Es un poco… atrevido para una boda, ¿no crees?

Es imposible llevarlo con sujetador.

Oriana se queda observándome un instante, con una mirada perpleja, similar a la de un insecto.

—Supongo que puedo probármelo —añado al recordar que acabo de bromear con la posibilidad de ir desnuda.

Como estamos en Faerie, Oriana no hace amago de marcharse. Me doy la vuelta, con la esperanza de que sea suficiente para alejar la atención de mi pierna mientras me desvisto.

Después me pongo el vestido por la cabeza y dejo que se deslice sobre mis caderas. Despide un fulgor fabuloso, pero tal y como sospechaba, deja mucho pecho al descubierto. No deja nada a la imaginación.

Oriana asiente, satisfecha.

—Enviaré a alguien para que te peine.

Poco después, una ninfa espigada me ha trenzado el pelo con la forma de los cuernos de un carnero y me ha envuelto las puntas con un lazo plateado. Después me pinta los labios y los párpados del mismo color.

Así vestida, voy al piso de abajo para reunirme con el resto de la familia en el salón para invitados de Oriana, como si los últimos meses no hubieran existido.

Oriana lleva puesto un vestido violeta con un collar de pétalos frescos que se eleva hasta su mandíbula empolvada. Vivi y Heather visten con ropa mortal; Vivi con un tejido ondulante con un estampado de ojos pintados, y Heather con un vestido corto y rosa, cubierto de lentejuelas plateadas. Lleva recogido el pelo con unas centelleantes horquillas rosas. Madoc lleva puesta una túnica color ciruela, a juego con la de Oak.

—Hola —dice Heather—. Las dos hemos elegido el plateado.

Taryn no ha llegado aún. Nos sentamos un rato, a beber té y comer pasteles.

—¿De verdad creéis que va a seguir adelante con esto? —pregunta Vivi.

Heather la mira escandalizada y le arrea un puntapié en la pierna. Madoc suspira.

—Se dice que aprendemos más de nuestros errores que de nuestros aciertos —responde, lanzándome una mirada mordaz.

Finalmente aparece Taryn. Se ha dado un baño en extracto de lilas y lleva puesto un vestido formado por una serie de capas de tejido increíblemente finas, superpuestas entre sí, con hierbas y flores prendidas entre ellas para dar la impresión de que se trata de una figura flotante y hermosa y de un ramo viviente al mismo tiempo.

Lleva el pelo trenzado para formar una corona cubierta de brotes verdes.

Su aspecto es hermoso y dolorosamente humano. Envuelta en ese tejido pálido, parece más bien una ofrenda sacrificial antes que una novia. Nos sonríe a todos, tímida y radiante de felicidad.

Todos nos levantamos y le decimos lo guapa que está. Madoc le coge las manos y se las besa, mirándola como lo haría cualquier padre orgulloso. Aunque piense que está cometiendo un error.

Montamos en el carruaje, junto con el pequeño gnomo que será el doble de Oak, que intercambia su chaqueta con él una vez dentro. Después se sienta en un rincón, con gesto preocupado.

De camino a la finca de Locke, Taryn se inclina hacia delante y me coge de la mano.

—En cuanto me haya casado, las cosas cambiarán.

—Algunas —replico, sin saber muy bien a qué se refiere.

—Papá me ha prometido que le mantendrá a raya —susurra.

Recuerdo cuando Taryn me pidió que despojara a Locke de su puesto como maestro de festejos. Seguro que Madoc se mantendrá ocupado intentando refrenar los vicios de Locke, lo cual no me vendrá nada mal.

—¿Te alegras por mí? —me pregunta—. ¿De verdad?

Taryn ha sido la persona más cercana del mundo para mí. Ella ha estado al corriente de los vaivenes de mis sentimientos y de mis penas, tanto grandes como pequeñas, durante la mayor parte de mi vida. Sería una estupidez dejar que algo se interpusiera en eso.

—Quiero que seas feliz —respondo—. Hoy y siempre.

Taryn sonríe con nerviosismo, me aprieta la mano con más fuerza.

Seguimos en esa postura cuando se divisa el laberinto de setos. Veo tres ninfas con unos vestidos diáfanos que sobrevuelan la vegetación, entre risas, y de fondo hay más feéricos que empiezan a congregarse. Como maestro de festejos, Locke ha organizado una boda digna de tal nombre.



La primera trampa no llega a activarse. El señuelo se apea junto con mi familia, mientras Oak y yo nos escondemos en el carruaje. Al principio me sonríe, cuando nos acurrucamos en el hueco libre entre los bancos acolchados. Pero la sonrisa se borra de su rostro poco después, reemplazada por un gesto de preocupación. Le agarro la mano y se la estrecho.

—¿Listo para saltar por una ventana?

Aquello renueva su entusiasmo.

—¿Desde el carruaje?

—Sí —respondo, y espero a que el carruaje dé el rodeo y se detenga.

Entonces alguien llama a la puerta. Me asomo y veo a Bomba. Me guiña un ojo, entonces levanto a Oak en vilo y lo hago pasar a través de la ventanilla del carruaje, con las pezuñas por delante, hasta los brazos de Bomba.

Yo salgo después, sin la menor elegancia. Mi vestido no deja nada a la imaginación y todavía tengo la pierna agarrotada y dolorida cuando aterrizo sobre el suelo de piedra de la finca de Locke.

—¿Algo destacable? —pregunto, mirando a Bomba.

Ella niega con la cabeza y me tiende una mano.

—Esta siempre ha sido la opción más improbable. Yo apuesto por el laberinto.

Oak frunce el ceño y yo le froto los hombros.

—No tienes por qué hacer esto —le digo, aunque no sé cómo nos las arreglaríamos si se negara a hacerlo.

—Estoy bien —replica, sin mirarme a los ojos—. ¿Dónde está mi madre?

—Yo te ayudaré a encontrarla, guapito —dice Bomba, que le pasa un brazo por los hombros para llevárselo. En la puerta, se da la vuelta hacia mí y se saca algo del bolsillo.

—Parece que te has hecho daño. Menos mal que no me limito a preparar explosivos.

Dicho eso, me arroja algo. Lo cazo al vuelo sin saber que es, después lo giro sobre mi mano. Es un tarro de ungüento. Levanto la cabeza para darle las gracias, pero ella ya se ha ido.

Tras quitar la tapa del bote, percibo un intenso aroma a hierbas. Cuando me lo extiendo sobre la piel, el dolor disminuye. El ungüento reduce el escozor de lo que probablemente fuera una infección inminente. Aún tengo la pierna dolorida, pero nada que ver con lo de antes.

—Senescal mía —dice Cardan, y por poco se me cae el ungüento. Me estiro el vestido hacia abajo mientras me doy la vuelta—. ¿Preparada para recibir a Locke en tu familia?

La última vez que estuvimos en esta casa, en estos jardines laberínticos, Cardan tenía la boca salpicada de amnesia dorado, y me observó besar a Locke con una intensidad que en aquel momento pensé que era fruto del odio.

Ahora me examina con una mirada parecida, y lo único que deseo es fundirme con él en un abrazo. Quiero ahogar mis penas entre sus brazos. Quiero que me diga algo impropio de él, como, por ejemplo, que todo saldrá bien.

—Bonito vestido —es lo que dice.

Sé que la corte debe de pensar que estoy perdidamente enamorada del rey supremo, al soportar que me coronase como reina del jolgorio y seguir ejerciendo como su senescal. Seguro que todos piensan, igual que Madoc, que estoy bajo su control. Incluso después de que me humillara, vuelvo arrastrándome hasta él.

Pero ¿y si de verdad me estoy enamorando perdidamente de Cardan?

Él está más curtido que yo en cuestiones amorosas. Podría utilizar eso en mi contra, tal y como le pedí que lo utilizara contra Nicasia. Tal vez haya

encontrado un modo de girar las tornas después de todo.

«Mátalo —dice una parte de mí, una parte que recuerdo de la noche en que lo hice prisionero—. Mátalo antes de que consiga que lo ames».

—No deberías ir por ahí solo —le advierto, porque si el Inframar piensa actuar, no podemos concederle ningún blanco fácil—. Esta noche no.

Cardan sonríe.

—No pensaba hacerlo.

Me molesta la insinuación velada de que la mayoría de las noches las pasa acompañado, y me fastidia que me afecte.

—Bien —digo, reprimiendo ese sentimiento, aunque es tan desagradable como tragar bilis—. Pero si estás pensando en llevarte a alguien a la cama… O, mejor dicho, a más de uno, que sean guardias. Y luego asegúrate de que os protejan más guardias.

—Menuda orgía. —Cardan parece encantado con la idea.

No paro de pensar en la fijeza con que me miró cuando estábamos desnudos, antes de que se pusiera la camisa y se abrochara esos puños tan elegantes. «Tendríamos que haber firmado una tregua —dijo, mientras se peinaba hacia atrás su melena azabache con impaciencia—. Tendríamos que haber firmado una tregua mucho antes de llegar a esto».

Pero ninguno de los dos la firmamos; ni entonces, ni ahora.

«Jude —me dijo, deslizando una mano por mi pantorrilla—, ¿me tienes miedo?».

Carraspeo, apartando de mi mente esos recuerdos.

—Te ordeno que impidas quedarte solo desde hoy al anochecer hasta mañana al amanecer.

Cardan retrocede, como si algo le hubiera mordido. No se esperaba que siguiera dándole órdenes de un modo tan incisivo, como si no me fiara de él.

El rey supremo de Elfhame realiza una ligera reverencia.

—Tus deseos son… No, olvida eso. Tus órdenes son órdenes para mí —dice.

Soy incapaz de mirarle mientras se aleja. Soy una cobarde. Puede que sea el dolor de la pierna, puede que sea la preocupación por mi hermano, pero una parte de mí quiere salir tras él para disculparse. Finalmente, cuando confirmo que se ha ido, me dirijo hacia la fiesta. Unos pasos más y llego hasta el vestíbulo.

Madoc está apoyado en la pared. Tiene los brazos cruzados y menea la cabeza al verme.

—No le encontraba sentido. Hasta ahora.

Me detengo.

—¿Qué?

—Iba a buscar a Oak cuando te oí hablar con el rey supremo. Perdóname por haber escuchado a hurtadillas.

El zumbido que noto en los oídos apenas me deja pensar.

—No es lo que pien…

—Si no fuera así, no sabrías lo que pienso —replica Madoc—. Eres muy astuta, hija mía. No me extraña que no pudiera tentarte con nada de lo que te ofrecí. Dije que no te subestimaría, y aun así lo he hecho. He subestimado tanto tu ambición como tu arrogancia.

—No —protesto—. Tú no lo entiendes…

—Oh, yo diría que sí —replica, sin esperar a que le explique que Oak no está preparado para ocupar el trono, que deseo evitar una masacre, que ni siquiera sé si podré conservar lo que tengo en cuanto pase un año y un día. Está demasiado furioso como para atender a razones—. Por fin lo entiendo. Venceremos juntos a Orlagh y al Inframar. Pero cuando los quitemos de en medio, seremos tú y yo los que ocuparemos los extremos del tablero de ajedrez. Y cuando te derrote, me aseguraré de hacerlo tan a conciencia como lo haría con cualquier oponente digno de tal nombre.

Antes de que pueda pensar una réplica, me agarra con fuerza del brazo y me encamina hacia el jardín.

—Vamos —dice—. Aún tenemos un papel que cumplir.

Afuera, parpadeando bajo el sol de media tarde, Madoc se aleja para irse a hablar con unos cuantos caballeros que forman un círculo cerrado, cerca de un estanque ornamental. Me dirige un ademán de cabeza cuando se marcha, el gesto propio de alguien que reconoce a un oponente.

Siento un escalofrío. Cuando me enfrenté a él en Villa Fatua, después de haberle envenenado la copa, pensé que nos habíamos convertido en enemigos. Pero esto es mucho peor. Madoc sabe que soy un obstáculo en su camino hacia la corona, así que poco importa que me quiera o me odie: hará lo que sea necesario para arrebatarme ese poder.

Al no tener más opciones, me adentro en el laberinto, rumbo al epicentro de la celebración.

Tres giros y los juerguistas parecen quedar lejos. Los sonidos llegan amortiguados, se intuyen leves carcajadas procedentes de todas direcciones. Los

setos son tan altos que desorientan a cualquiera.

Siete giros y estoy completamente perdida. Retrocedo, solo para descubrir que el laberinto ha cambiado de forma. Los senderos no siguen donde estaban antes.

Cómo no. No podía ser un laberinto normal y corriente. No, tenía que tomarla conmigo.

Recuerdo que entre el follaje están los arbóreos, preparados para proteger a Oak. No sé si serán ellos los que están jugando conmigo, pero al menos puedo estar segura de que alguien escuchará mis palabras:

—Me abriré camino entre vosotros a espadazos —digo, dirigiéndome a esos muros verdosos—. Vamos a jugar limpio.

Las ramas crujen por detrás de mí. Cuando me doy la vuelta, aparece un sendero nuevo.

—Más vale que este me lleve hasta la fiesta —refunfuño, reanudando la marcha.

Lo que espero es que no conduzca a la mazmorra secreta reservada para quienes amenazan al laberinto.

Otra curva y llego ante una extensión de florecillas blancas y una torre de piedra en miniatura. Del interior emerge un sonido extraño, un cruce entre un gruñido y un llanto.

Desenfundo a Noctámbula. Pocas criaturas lloran en Faerie. Y las que lo hacen y son más comunes aquí —como las banshees— resultan muy peligrosas.

—¿Quién anda ahí? —digo—. Sal o entro a por ti.

Me sorprendo al ver que quien aparece es Heather. Sus orejas se han vuelto largas y peludas, como las de un gato. Su nariz ha cambiado de forma, y sobre sus cejas y carrillos empiezan a asomar unos bigotes.

Y lo que es peor: puesto que no puedo ver a través de él, no se trata de un simple sortilegio. Es un hechizo en toda regla, y parece que aún no ha mostrado todos sus efectos. Ante mis ojos, los brazos de Heather se cubren con una pelusilla, similar al pelaje de un gato tricolor.

—¿Qué… qué ha pasado? —tartamudeo.

Heather abre la boca, pero en vez de responder, profiere un quejido lastimero.

Muy a mi pesar, me río. No porque resulte gracioso, sino porque estoy sobresaltada. Luego me siento fatal, sobre todo cuando me bufa.

Me acuclillo, pongo una mueca al sentir un tirón en la sutura.

—No te asustes. Lo siento. Es que me has pillado por sorpresa. Por eso te advertí que siempre llevaras el amuleto encima.

Heather lanza otro bufido.

—Sí —digo, suspirando—, ya sé que a nadie le gusta oír eso de «te lo dije». No te preocupes. El memo que pensó que esta jugarreta tenía alguna gracia se va a arrepentir de lo que ha hecho. Vamos.

Heather me sigue, temblando. Cuando intento rodearla con un brazo, se aparta y bufa otra vez. Al menos camina erguida. Al menos conserva la humanidad suficiente como para permanecer a mi lado y no salir huyendo.

Nos adentramos entre los setos y esta vez el laberinto no nos juega ninguna mala pasada. Al cabo de tres giros, llegamos junto a los demás invitados. Se oye el suave chapoteo de una fuente, entremezclado con el eco de las conversaciones.

Miro en derredor, en busca de alguien conocido.

Taryn y Locke no están aquí. Lo más probable es que se hayan ido a una pérgola, donde recitarán sus votos en privado: su verdadero casamiento feérico, misterioso y sin testigos. En una tierra donde no existen las mentiras, no hace falta que las promesas sean públicas para ser vinculantes.

Vivi se acerca corriendo hacia mí y coge a Heather de las manos. Sus dedos han desaparecido debajo de una especie de zarpa.

—¿Qué ha pasado? —inquiere Oriana.

—¿Heather?

Oak quiere saber qué pasa. Ella le mira con unos ojos a juego con los de mi hermana. Me pregunto si esa era la clave de esta broma pesada. Una gatita para la chica de los ojos felinos.

—Haz algo —le dice Vivi a Oriana.

—No se me dan bien los hechizos —replica—. Romper maldiciones nunca ha sido mi especialidad.

—¿Quién ha sido? Sea quien sea, podrá deshacerlo. —Mi voz denota una dureza que recuerda a la de Madoc. Vivi levanta la cabeza con un gesto que no logro descifrar.

—Jude —me previene Oriana, pero Heather señala con los nudillos.

Al lado de un trío de faunos que tocan la flauta hay un chico con orejas de gato. Atravieso a toda prisa el laberinto hacia él. Acerco una mano a la empuñadura de mi espada. Estoy canalizando toda la frustración que siento —causada por todo aquello que no puedo controlar— en enmendar esta cuestión.

Con la otra mano derribo el cáliz de vino verde que sostiene el chico. El líquido se acumula sobre un trébol antes de que lo engulla la tierra que pisamos.

—¿A qué viene esto? —inquiere.

—Le has lanzado una maldición a esa chica de allí —le digo—. Arréglalo inmediatamente.

—Le gustaban mis orejas —replica el chico—. Solo le he concedido lo que deseaba. Un regalito.

—Eso es lo que diré después de abrirte en canal y usar tus entrañas como serpentinas —le espeto—. «Solo he cumplido sus deseos. Al fin y al cabo, si no quería que lo destripara, habría accedido a mi razonable petición».

Lanzando miradas furibundas en todas direcciones, el chico cruza el jardín con paso airado y pronuncia unas cuantas palabras. El hechizo comienza a disiparse. Sin embargo, Heather se echa a llorar otra vez, a medida que recupera su humanidad. Se estremece, sacudida por unos fuertes sollozos.

—Quiero irme —dice al fin, con voz trémula y llorosa—. Quiero irme a casa ahora mismo y no volver nunca.

Vivi debería haberla preparado mejor, tendría que haberse asegurado de que llevara el amuleto siempre encima. O, mejor aún, dos. Nunca debió permitir que Heather anduviera por ahí sola.

Temo que, en cierta medida, esto sea culpa mía. Taryn y yo le ocultamos a Vivi la peor parte de lo que significa ser humano en Faerie. Creo que Vivi pensó que, como a sus hermanas les había ido bien, a Heather le pasaría igual. Pero nunca nos ha ido bien.

—Todo se arreglará —está diciendo Vivi, mientras le frota la espalda en círculos para serenarla—. No te pasa nada malo. Solo ha sido una extravagancia. Más tarde, te reirás al recordarlo.

—Jamás se reirá —replico, y mi hermana me fulmina con la mirada.

Los sollozos continúan. Finalmente, Vivi le apoya un dedo en la barbilla y le levanta la cabeza para mirarla directamente a la cara.

—No te pasa nada malo —repite, y percibo el sortilegio que desprende su voz. La magia hace que el cuerpo de Heather se relaje—. No recordarás la última media hora. Te lo has estado pasando genial en la boda, hasta que te caíste. Estabas llorando porque te hiciste daño en la rodilla. ¿A que no es para tanto?

Heather mira a su alrededor, avergonzada, y luego se seca las lágrimas.

—Me siento un poco ridícula —dice con una risita—. Supongo que me pilló desprevenida.

—Vivi… —le reprendo.

—Ya sé lo que vas a decir —me susurra mi hermana—. Pero es solo por esta vez. Y antes de que me lo preguntes, es la primera vez que lo hago. Tampoco hace falta que Heather lo recuerde todo.

—Pues claro que sí —replico—. De lo contrario, no tendrá cuidado la próxima vez.

Estoy tan enfadada que casi no puedo hablar, pero necesito que Vivi lo entienda. Necesito que se dé cuenta de que incluso los recuerdos horribles son mejores que unos extraños lapsos en blanco, o que la desagradable sensación de vacío al creer que tus sentimientos no tienen sentido.

Pero antes de que pueda decir nada, Fantasma aparece a mi lado. Vulciber va con él. Los dos van de uniforme.

—Acompáñanos —dice Fantasma, con una brusquedad inusual en él.

—¿Qué pasa? —inquiero con rudeza. Aún sigo pensando en Vivi y en Heather.

Nunca había visto a Fantasma tan serio.

—El Inframar ha movido ficha.

Miro en derredor para buscar a Oak, pero sigue donde lo dejé hace unos instantes, con Oriana, viendo como Heather insiste en que está bien. Oak tiene el ceño ligeramente fruncido, pero por lo demás parece completamente a salvo de todo, menos de una mala influencia.

Cardan se encuentra al otro lado del jardín, cerca del lugar por el que Taryn y Locke acaban de regresar tras pronunciar sus votos. Taryn parece un poco cortada, con las mejillas sonrosadas. Los feéricos corren a besarla: duendes y grigs, cortesanas y brujas. El cielo está radiante, la brisa es dulce y llega cargada de aromas florales.

—La Torre del Olvido. Vulciber insiste en que deberías verlo —dice Bomba. Ni siquiera la había visto llegar. Va vestida toda de negro, con el pelo recogido en un moño—. ¿Jude?

Me doy la vuelta hacia mis espías.

—No lo entiendo.

—Te lo explicaremos por el camino —dice Vulciber—. ¿Estás lista?

—Esperad un momento.

Debería felicitar a Taryn antes de irme. Besarla en las mejillas y decirle algo bonito, así sabrá que he estado aquí, aunque luego haya tenido que irme. Pero

cuando la miro, sopesando con qué rapidez podría hacer todo eso, mis ojos se topan con sus pendientes.

De sus lóbulos cuelgan una luna y una estrella. Las mismas que conseguí tras negociar con Grimsen. Las mismas que perdí en el bosque. No las llevaba puestas cuando íbamos en el carruaje, así que ha tenido que dárselas…

A su lado, Locke esboza su sonrisa zorruna y cojea ligeramente al caminar.

Por un instante, observo la escena sin más, mientras mi mente se niega a reconocer lo que está viendo. Locke. Fue Locke el que iba con los jinetes, con sus amigos, la noche previa a su boda. Una especie de despedida de soltero. Supongo que decidió vengarse de mí por haberle amenazado. O eso, o quizá comprendió que no podría mantenerse fiel y decidió salir a buscarme antes de que lo hiciera yo misma.

Les echo un último vistazo y me doy cuenta de que ahora no puedo hacer nada.

—Informa al gran general acerca del Inframar —le digo a Bomba—. Y asegúrate…

—Cuidaré de tu hermana —me asegura—. Y del rey supremo.

Me alejo de la ceremonia, siguiendo a Vulciber y a Fantasma. Hay unos corceles amarillos con largas crines en las cercanías, ya ensillados y embridados. Nos montamos en ellos y cabalgamos hacia la prisión.



Desde el exterior, la única evidencia de que puede estar ocurriendo algo malo es que las olas llegan más alto de lo normal. El agua se ha acumulado sobre las losas irregulares.

Una vez dentro, veo los cuerpos. Caballeros tendidos, pálidos e inmóviles. Los pocos que están boca arriba tienen la boca llena de agua, como si sus labios fueran el borde de una taza. Otros yacen de costado. A todos les han sustituido los ojos por perlas.

Se han ahogado en tierra firme.

Bajo corriendo por las escaleras, aterrorizada por la madre de Cardan. Pero sigue allí, con vida, observándome entre la penumbra. Durante unos segundos, me quedo parada delante de su celda, con una mano en el pecho, aliviada.

Después desenfundo a Noctámbula y lanzo una estocada entre el barrote y el candado. Saltan unas chispas y la puerta se abre. Asha me mira con suspicacia.

—Vete —digo—. Olvida nuestros tratos. Olvídalo todo. Sal de aquí.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta.

—Por Cardan —respondo.

Omito la segunda parte de la respuesta: «Porque su madre sigue viva y la mía no. Porque, aunque Cardan te odie, al menos debería tener la oportunidad de decírtelo».

Tras mirarme de reojo con perplejidad, lady Asha comienza a subir por las escaleras.

Necesito saber si Balekin sigue preso, si aún está vivo. Sigo descendiendo, abriéndome camino entre la penumbra con una mano apoyada en la pared, mientras empuño mi espada con la otra.

Fantasma me llama, seguramente porque acaba de ver a Asha, pero yo estoy concentrada en mi objetivo. Mis pasos se vuelven más firmes y veloces sobre la escalera en espiral.

Me encuentro la celda de Balekin vacía, los barrotes doblados y rotos, sus opulentas alfombras mojadas y cubiertas de arena.

Orlagh se lo ha llevado. Ha secuestrado a un príncipe de Faerie delante de mis narices.

Maldigo mi estrechez de miras. Sabía que se estaban reuniendo, sabía que estaban conspirando juntos, pero estaba convencida —por lo que dijo Nicasia— de que Orlagh ansiaba que Cardan se casara con ella. No se me ocurrió pensar que actuaría antes de obtener una respuesta. Y no pensé que, cuando amenazaba con resarcirse con su linaje, se estaría refiriendo a Balekin.

Balekin. No será fácil conseguir que la corona de Faerie acabe en su cabeza sin que sea Oak quien se la coloque. Pero si Cardan llegase a abdicar, eso conllevaría un período de inestabilidad, otra coronación, otra oportunidad para que gobierne su hermano.

Pienso en Oak, que no está preparado para nada de esto. Pienso en Cardan, al que es preciso convencer para que vuelva a prometerme sus servicios, sobre todo ahora.

Sigo maldiciendo cuando oigo como una ola golpea contra las rocas, con

fuerza suficiente como para reverberar a través de la torre. Fantasma vuelve a llamarme a gritos; está más cerca de lo que esperaba.

Me doy la vuelta justo cuando aparece por el otro extremo de la estancia. A su lado hay tres feéricos marinos, que me observan con ojos pálidos. Tardo un instante en asimilar la imagen, en comprender que Fantasma no está preso, ni siquiera amenazado. Entonces advierto la traición.

Me arde la cara. Quiero enfadarme, pero en vez de eso siento un bramido en la cabeza que eclipsa todo lo demás.

El mar vuelve a romper contra la orilla, golpeando el costado de la torre. Me alegro de tener cerca a Noctámbula.

—¿Por qué? —inquiero, mientras las palabras de Nicasia retumban en mis oídos como el oleaje: «Alguien de tu confianza te ha traicionado».

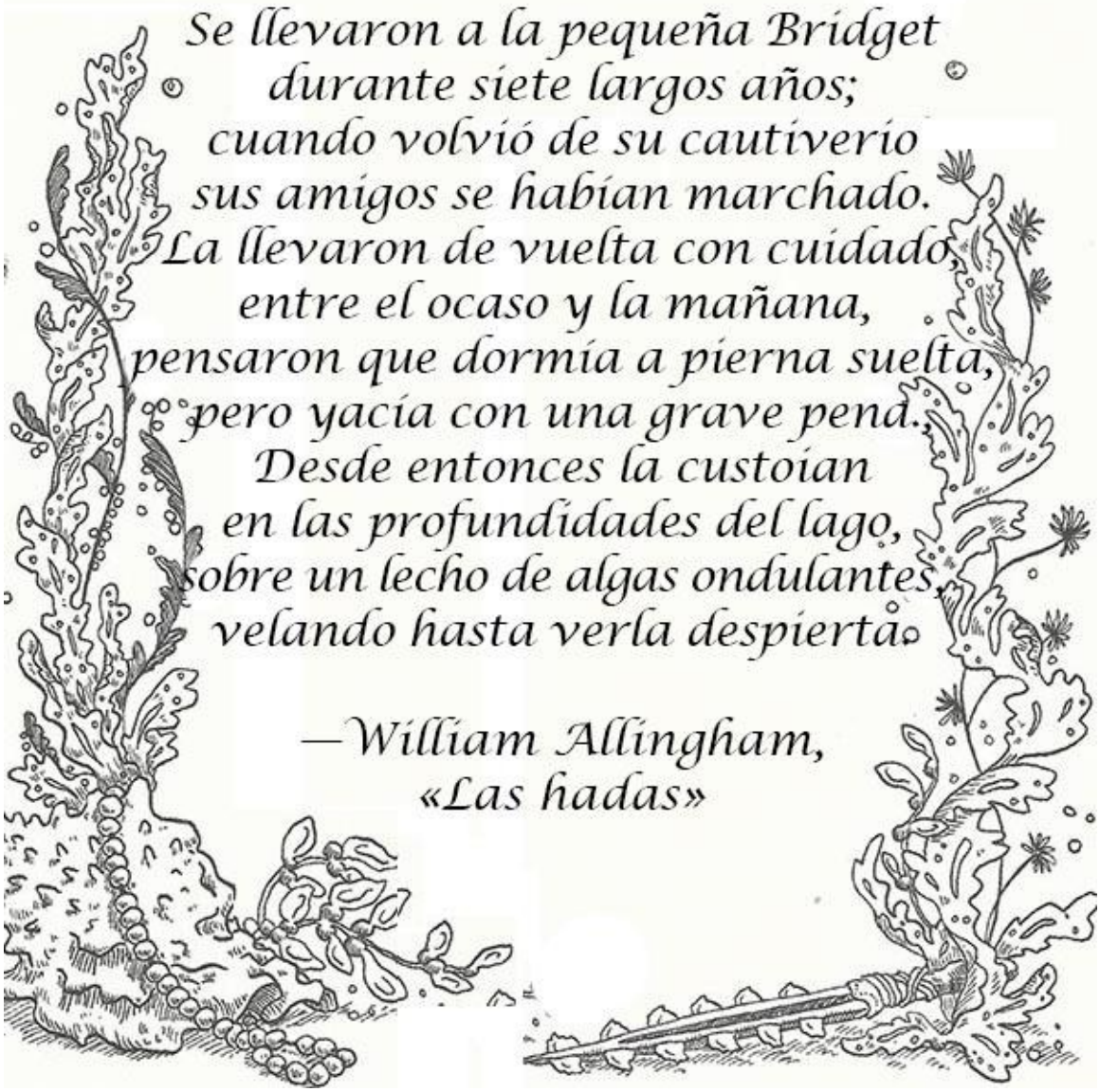
—Yo servía al príncipe Dain —dice Fantasma—. No a ti.

Estoy a punto de replicar cuando oigo un crujido por detrás de mí. Después siento un dolor en el reverso del cráneo y nada más.

Libro segundo

Se llevaron a la pequeña Bridget
durante siete largos años;
cuando volvió de su cautiverio
sus amigos se habían marchado.
La llevaron de vuelta con cuidado
entre el ocaso y la mañana,
pensaron que dormía a pierna suelta,
pero yacía con una grave pena.
Desde entonces la custodian
en las profundidades del lago,
sobre un lecho de algas ondulantes,
velando hasta verla despierta.

—William Allingham,
«Las hadas»





Me despierto en el fondo del mar.

Al principio, entro en pánico. Tengo agua en los pulmones y noto una presión terrible en el pecho. Abro la boca para gritar y emerge un sonido, pero no el que yo me esperaba. Me sobresalta lo suficiente como para callarme y comprender que no me estoy ahogando.

Estoy viva. Estoy respirando agua; resulta difícil, trabajoso, pero la estoy respirando.

Debajo de mí hay un lecho formado por arrecife de coral y acolchado con algas marinas, cuyos largos tentáculos aletean con la corriente. Estoy dentro de un edificio, que también parece de coral. Unos peces atraviesan las ventanas a toda velocidad.

Nicasia flota en el otro extremo de mi cama, con los pies reemplazados por una larga cola. Verla bajo el agua es como contemplarla por primera vez; su melena verde y azulada se enrosca a su alrededor y sus pálidos ojos despiden un fulgor metálico bajo las olas. Ya era hermosa en tierra firme, pero aquí parece una criatura primigenia con una belleza aterradora.

—Esto es por Cardan —dice, justo antes de apretar el puño y golpearme en el estómago.

Jamás habría creído posible lograr el impulso necesario para golpear a alguien bajo el agua, pero este es su mundo, así que no le supone ningún esfuerzo.

—¡Ay! —exclamo.

Intento tocar la zona que me ha golpeado, pero tengo las manos inmovilizadas por unos aparatosos grilletes. Giro la cabeza y veo los pedruscos que me mantienen anclada al suelo. Me embarga una nueva oleada de pánico, acompañada por una sensación de irrealidad.

—No sé qué truco habrás utilizado con él, pero lo descubriré —dice. Me inquieta lo cerca que está de acertar con su suposición. Aun así, eso significa que no sabe nada.

Me obligo a concentrarme en el aquí y el ahora, en descubrir qué puedo hacer y trazar un plan de acción. Pero es difícil cuando estoy tan enfadada: con Fantasma por traicionarme, con Nicasia y conmigo misma, más que con cualquier otro, como me pasa siempre. Me maldigo por haber acabado así.

—¿Qué le ha pasado a Fantasma? —inquiero—. ¿Dónde está?

Nicasia me mira con los ojos entornados.

—¿Cómo dices?

—Él te ayudó a secuestrarme. ¿Le has recompensado? —inquiero, con una serenidad fingida.

Lo que más ansío saber es lo que no puedo preguntar: ¿sabe ella los planes que tiene Fantasma para la Corte de las Sombras? Pero para descubrirlo y detenerle, antes tengo que escapar de aquí.

Nicasia me acaricia la mejilla, me echa el pelo hacia atrás.

—Preocúpate de lo tuyo.

Puede que solo quiera retenerme a causa de sus celos. Puede que logre salvar el pellejo a pesar de todo.

—Crees que he utilizado un truco con Cardan porque le gusto más que tú —le digo—. Pero tú le disparaste con una ballesta. No es raro que me prefiera a mí.

Nicasia se pone pálida, abre la boca con un gesto de sorpresa y luego se pone furiosa cuando comprende lo que estoy insinuando: que se lo he contado a Cardan. Puede que no sea una gran idea enfurecerla cuando estoy indefensa, pero espero que sirva para instarla a que me cuente qué hago aquí.

Y cuánto tiempo planea retenerme. Ya he pasado un buen rato inconsciente.

Un tiempo que Madoc ha podido aprovechar para sus conspiraciones bélicas, con su reciente conocimiento de la influencia que ejerzo sobre la corona. Un tiempo que Cardan ha podido aprovechar para dar rienda suelta a sus caóticos deseos, y Locke para burlarse de todo el que se cruzara en su camino para luego arrastrarlos a uno de sus jueguecitos. Un tiempo que el consejo bien puede haber aprovechado para insistir en una rendición ante el mar, sin que yo pueda hacer nada para impedir nada de todo eso.

¿Cuánto tiempo más pasaré aquí? ¿Cuánto tiempo hará falta para deshacer el trabajo de estos cinco meses? Me acuerdo de Val Moren cuando lanzó esas cosas al aire y dejó que se estrellaran a su alrededor. Pienso en su rostro humano y en sus ojos carentes de toda empatía.

Parece qué Nicasia ha recobrado la compostura, aunque no deja de menear su larga cola de un lado a otro.

—Ahora estás en nuestras manos, mortal. Cardan lamentará el día en que decidió confiar en ti.

Pretende asustarme más, pero en el fondo me siento un poco aliviada. No creen que tenga ningún poder especial. Al contrario, creen que tengo una vulnerabilidad especial. Piensan que pueden controlarme como a cualquier mortal.

Aun así, lo último que debería mostrar ahora mismo es alivio.

—Sí, está claro que Cardan debería confiar más en ti. Se te ve muy de fiar. Lo que estás haciendo ahora mismo no tiene ni pizca de traición, ¿verdad?

Nicasia mete una mano en la bandolera que lleva colgada al pecho y saca una espada fabricada con un diente de tiburón. Mientras la empuña, me mira fijamente.

—Podría hacerte daño y no lo recordarías.

—Pero tú sí —replico.

Nicasia sonríe.

—Tal vez fuera un recuerdo agradable.

El corazón me retumba en el pecho, pero me niego a recular.

—¿Quieres que te enseñe dónde clavar la punta? —inquiero—. No es fácil infligir dolor sin provocar daños permanentes.

—¿Eres tan estúpida que no tienes miedo?

—Claro que tengo miedo —replico—. Pero no de ti. Sea quien sea quien me trajo hasta aquí (tu madre, supongo, y Balekin), me necesita. Me da miedo

pensar por qué, pero tú no me asustas, solo eres una insignificante torturadora de pacotilla.

Nicasia dice una palabra y en mis pulmones se desata un dolor sofocante. No puedo respirar. Abro la boca, pero la agonía no hace sino intensificarse.

«Acabemos cuanto antes», me digo. Pero la espera se hace eterna.



La siguiente vez que despierto, estoy sola.

Me quedo tendida con los pulmones despejados, el agua fluye a mi alrededor. Aunque la cama sigue por debajo de mí, noto que estoy flotando sobre ella.

Me duele la cabeza y siento una molestia en el estómago: una mezcla de hambre con el dolor dejado por el puñetazo. El agua está fría, un frescor profundo que se adentra en mis venas, aletargando mi sangre. No sé cuánto tiempo he estado inconsciente, tampoco cuánto habrá pasado desde que me secuestraron en la torre. A medida que avanza el tiempo y los peces se acercan a mordisquearme el pelo y los pies —y también las costuras que rodean la herida —, mi ira se disipa y me inunda la desesperación. La desesperación y los remordimientos.

Ojalá le hubiera dado a Taryn un beso en la mejilla antes de marcharme. Ojalá le hubiera hecho entender a Vivi que, si ama a una mortal, tiene que ser más cuidadosa con ella. Ojalá le hubiera dicho a Madoc que mi intención siempre ha sido que Oak ocupe el trono.

Ojalá hubiera trazado más planes. Ojalá hubiera dejado más instrucciones. Ojalá no me hubiera fiado de Fantasma.

Espero que Cardan me eche de menos.

No sé cuánto tiempo paso flotando así, cuántas veces me entra el pánico y forcejeo con las cadenas, cuántas veces me oprime el peso del agua y me dificulta la respiración. Un tritón entra nadando en la habitación. Se desplaza por el agua con una gracilidad tremenda. Tiene el pelo verde y a rayas, las mismas

que se extienden por el resto de su cuerpo. Sus enormes ojos relucen bajo esta luz gélida.

Mueve las manos y profiere unos sonidos ininteligibles. Entonces, ajustando visiblemente sus expectativas, vuelve a hablar:

—He venido a prepararte para tu cena con la reina Orlagh. Si me causas algún problema, puedo volver a dejarte inconsciente con facilidad. De hecho, esperaba encontrarte dormida.

Asiento con la cabeza.

—Entendido. Nada de problemas.

Entran más tritones en la estancia, unos con colas verdes, otros amarillas y otros con motitas negras. Nadan a mi alrededor, observándome con sus ojos grandes y brillantes.

Uno me desata de la cama y otro impulsa mi cuerpo hasta ponerlo del derecho. Casi no peso nada bajo el agua. Mi cuerpo va allá donde lo empujen.

Cuando empiezan a desvestirme, me entra el pánico otra vez, una especie de respuesta instintiva. Me retuerzo entre sus brazos, pero los tritones me sujetan con fuerza y me pasan un vestido diáfano por la cabeza. Es fino y corto, apenas me cubre. Flota a mi alrededor y estoy segura de que se me ve casi todo el cuerpo a través de él. Intento no mirar hacia abajo, por temor a ruborizarme.

Entonces me envuelven en hileras de perlas, me recogen el pelo con una corona de conchas y una redecilla de algas. La herida de la pierna la recubren con un vendaje fabricado con plantas del lecho marino. Finalmente, me guían a través del inmenso palacio de coral, donde unas medusas centelleantes dan luz entre la penumbra.

Los tritones me llevan hasta un comedor sin techo, de modo que, cuando miro hacia arriba, veo bancos de peces e incluso un tiburón. Un poco más arriba, se atisba la luz centelleante de lo que debe ser la superficie.

Al parecer es de día.

La reina Orlagh está sentada en un asiento enorme con forma de trono, en un extremo de la mesa. El armazón del asiento está revestido de conchas y percebes, cangrejos y estrellas de mar, corales con forma de abanico y anémonas brillantes movidas por la corriente.

Orlagh tiene un aspecto regio y solemne. Me estremezco al ver como me observa detenidamente con sus ojos negros, consciente de que estoy ante alguien que lleva gobernando desde hace varias generaciones de vidas mortales.

A su lado está Nicasia, sentada en un asiento casi igual de impresionante. Y

en el otro extremo de la mesa está Balekin, en un asiento mucho menos lujoso que el de sus acompañantes.

—Jude Duarte —dice—. Ahora sabes lo que se siente al ser prisionero. ¿Qué tal eso de pudrirse en una celda y pensar que vas a morir allí?

—No lo sé —respondo—. Siempre he sabido que ibais a sacarme.

Al oír eso, la reina Orlagh inclina la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Supongo que, en cierto modo, no te falta razón. Acércate.

Percibo un sortilegio en sus palabras y recuerdo lo que dijo Nicasia acerca de no recordar lo que iba a hacerme. Efectivamente, debería alegrarme que no optara por hacer algo peor.

Mi etéreo vestido confirma que no llevo ningún amuleto. No saben del *geis* que me lanzó Dain. Creen que soy completamente vulnerable a los hechizos.

Puedo fingir. Eso sí puedo hacerlo.

Nado hacia ella, con gesto inexpresivo. Orlagh me mira fijamente a los ojos. Me cuesta muchísimo no mirar para otro lado, mantener una expresión franca y sincera.

—Somos tus amigos —dice Orlagh, acariciándome la mejilla con sus largas uñas—. Tú nos quieres mucho, pero no debes contarle a nadie fuera de esta habitación hasta qué punto es así. Eres leal y harías cualquier cosa por nosotros. ¿No es así, Jude Duarte?

—Sí —respondo de inmediato.

—¿Qué serías capaz de hacer por mí, pececilla? —me pregunta.

—Lo que sea, mi reina —respondo.

Orlagh mira a Balekin desde el otro lado de la mesa.

—¿Lo ves? Así es como se hace.

Balekin parece enfurruñado. Se tiene en demasiada estima y no le gusta que le pongan en su sitio. Al ser el primogénito de Eldred, estaba resentido con su padre por no haberle tenido en cuenta para el trono. Seguro que detesta que Orlagh le hable así. Si no necesitara esta alianza, y si no estuviera en sus dominios, dudo que se lo permitiera.

Tal vez pueda aprovechar esa división.

No tardan en traer una serie de platos servidos en campanas protectoras llenas de aire. Así, incluso bajo el agua, los alimentos se mantienen secos hasta el momento de ingerirlos.

Pescado crudo, cortado de tal forma que parecen obras de arte. Ostras, perfumadas con algas asadas. Huevas relucientes de color rojo y negro.

No sé si debo comer sin que me concedan permiso explícitamente, pero estoy hambrienta y dispuesta a exponerme a una reprimenda.

El pescado tiene un sabor suave, mezclado con unas algas que dejan un sabor agrio. No creí que fuera a gustarme, pero me equivocaba. Engullo rápidamente tres tiras rosadas de atún.

Me sigue doliendo la cabeza, pero mi estómago empieza a sentirse mejor.

Mientras como, pienso en lo que debo hacer: escuchar con atención y actuar en todo momento como si confiara en ellos, como si fuera su leal sirviente. Y para poder hacerlo, necesito meterme en el papel.

Miro a Orlagh y me imagino que fue ella, y no Madoc, la que me crio. Que Nicasia es mi hermanastra, que a veces me trata mal, pero en última instancia se preocupa por mí. Con Balekin mi imaginación se resiste, pero intento pensar en él como un nuevo miembro de la familia, alguien en quien he empezado a confiar porque todos los demás lo hacen. Les dedico a todos una sonrisa radiante que casi parece genuina.

Orlagh se queda mirándome y dice:

—Háblame de ti, pececilla.

Me cuesta mantener la sonrisa, pero me concentro en que tengo el estómago lleno y en la prodigiosa belleza del paisaje.

—No hay mucho que contar —respondo—. Soy una chica mortal que se ha criado en Faerie. Eso es lo más interesante que puedo decir sobre mí.

Nicasia frunce el ceño.

—¿Has besado a Cardan?

—¿Acaso importa? —inquiere Balekin. Está comiendo ostras, ensartándolas una tras otra con un tenedor diminuto.

Orlagh no responde, se limita a asentir hacia Nicasia. Me gusta que haga eso, anteponiendo a su hija frente a Balekin. Es bueno que haya algo de ella que me guste, algo en lo que concentrarme para que el afecto que denota mi voz parezca real.

—Es importante si se trata del motivo por el que Cardan no accedió a una alianza con el Inframar —replica Nicasia.

—No sé si debo responder o no —digo, mirando en derredor con lo que espero que parezca un gesto sincero de confusión—. Pero sí.

Nicasia se enfurruña. Ahora que estoy «hechizada», ya no le parece necesario fingir indiferencia delante de mí.

—¿Más de una vez? ¿Él te ama?

No había advertido lo mucho que esperaba Nicasia que estuviera mintiendo cuando le dije que le había besado.

—Más de una vez, pero no. Él no me ama. En absoluto.

Nicasia mira a su madre e inclina la cabeza para indicar que ya tiene las respuestas que quería.

—Tu padre estará furioso contigo por haberle arruinado los planes —dice Orlagh, cambiando el rumbo de la conversación.

—Así es —digo. Una respuesta breve y dulce. No me hace falta mentir.

—¿Por qué el general no le mencionó a Balekin lo del parentesco de Oak? —prosigue—. ¿No habría sido más fácil que registrar Elfhame en busca del príncipe Cardan, tras hacerse con la corona?

—Madoc no me confiaba sus asuntos —respondo—. Ni entonces, ni mucho menos ahora. Lo único que sé es que tendría algún motivo.

—Sin duda —dice Balekin—. Pretendía traicionarme.

—Si Oak fuera rey supremo, el verdadero regente de Elfhame sería Madoc —añado, porque en el fondo no es nada que no sepan ya.

—Y tú no querías que pasara eso.

Entra un sirviente con un pequeño pañuelo de seda lleno de peces. Orlagh ensarta uno con una de sus largas uñas, provocando un hilillo de sangre que serpentea hacia mí entre las aguas.

—Interesante.

Como no es una pregunta, no hace falta que responda.

Varios sirvientes más empiezan a recoger los platos.

—¿Y tú nos conducirías hasta la puerta de Oak? —pregunta Balekin—. ¿Nos llevarías al mundo mortal y lo arrancarías de brazos de tu hermana mayor para traerlo de vuelta con nosotros?

—Por supuesto —miento.

Balekin se queda mirando a Orlagh. Si se llevaran a Oak, podrían criarlo bajo el mar, podrían casarlo con Nicasia, podrían crear su propio linaje Greenbriar, fiel al Inframar. Tendrían más opciones aparte de Balekin para acceder al trono, algo que no creo que a él le guste.

Sería una partida larga, pero en Faerie están abiertos a esa forma de jugar.

—Y ese tal Grimsen —le pregunta Orlagh a su hija—, ¿de verdad crees que puede fabricar una corona nueva?

Por un instante siento como si se me hubiera parado el corazón. Me alegro de que nadie me esté mirando, porque ahora mismo no creo que sea capaz de

disimular mi espanto.

—Él creó la corona sanguínea —dice Balekin—. Si fue capaz de hacerlo, seguro que podrá fabricar otra.

Si no necesitan la corona sanguínea, entonces tampoco necesitarán a Oak. No necesitarán acogerlo, no necesitarán que corone a Balekin, no necesitarán mantenerlo con vida.

Orlagh le lanza una mirada a modo de reprimenda. Está aguardando la respuesta de su hija.

—Es un herrero —dice Nicasia—. No puede desempeñar su oficio bajo el mar, así que siempre favorecerá a la superficie. Pero tras la muerte del rey abedul, tiene deseos de grandeza. Anhela tener un rey supremo que se la conceda.

«Este es su plan —me digo mientras intento reprimir el pánico—. Conozco su plan». Si logro escapar, podré detenerlo.

Un puñal en la espalda de Grimsen antes de que termine la corona. A veces dudo de mi efectividad como senescal, pero nunca como asesina.

—Pececilla —dice Orlagh, devolviendo su atención hacia mí—. Dime qué te prometió Cardan para que le ayudaras.

—Pero ella… —replica Nicasia, pero Orlagh la manda callar.

—Hija mía —dice la reina del Inframar—, eres incapaz de ver lo que tienes delante de las narices. Cardan consiguió el trono gracias a esta chica. Deja de buscar el poder que ella tiene sobre él… y empieza a pensar al contrario.

Nicasia me lanza una mirada petulante.

—¿Qué quieres decir?

—Has dicho que Cardan la trataba mal. Y aun así le nombró rey supremo. Tal vez se dio cuenta de que Jude podría resultarle útil, así que sacó provecho de esa utilidad por medio de besos y halagos, igual que tú te has camelado al pequeño herrero.

Nicasia parece desconcertada, como si sus convicciones se hubieran trastocado. Quizá no considerase a Cardan como alguien capaz de tales maquinaciones. Aun así, se nota que en el fondo le agrada. Si Cardan me ha seducido para ponerme de su parte, significa que Nicasia no tiene que seguir preocupándose de que yo le guste. En vez de eso, solo tiene que preocuparse por mi utilidad.

—¿Qué te prometió para que le consiguieras la corona de Elfhame? —pregunta Orlagh con una gentileza exquisita.

—Siempre he querido encontrar mi sitio en Faerie. Cardan me dijo que me convertiría en senescal y en su mano derecha, como Val Moren en la corte de Eldred. Que se aseguraría de que me respetasen e incluso me temieran.

Eso es mentira, claro está. Cardan nunca me prometió nada, y Dain me prometió mucho menos que eso. Pero, ay, si alguien lo hubiera hecho —Madoc, por ejemplo—, me habría costado mucho rechazarlo.

—¿Estás diciendo que traicionaste a tu padre y coronaste a ese imbécil a cambio de un empleo? —inquiere Balekin con incredulidad.

—Ser el rey supremo de Elfhame también es un trabajo —replico—. Y mira todo lo que se ha sacrificado para conseguirlo.

Por un instante, hago una pausa, preguntándome si he hablado con demasiada brusquedad como para hacerles dudar de si sigo hechizada, pero Orlagh se limita a sonreír.

—Cierto, querida —dice tras una pausa—. ¿Y acaso no estamos depositando nuestra confianza en Grimsen, al que hemos hecho una propuesta bastante parecida?

Balekin no parece satisfecho, pero no lo discute. Es mucho más fácil creer que Cardan fue el cerebro de la operación y no una chica mortal.

Logro comer tres tajadas más de pescado y beber una especie de té a base de algas y arroz tostado —a través de una ingeniosa pajita que impide que se mezcle con el agua del mar—, antes de que me conduzcan hasta una cueva submarina. Nicasia acompaña a los guardias que me llevan hasta allí.

No se trata de un dormitorio, sino de una celda. Sin embargo, una vez que me empujan hacia el interior, descubro que, aunque yo sigo empapada, el entorno está seco e inundando de un aire que de repente no puedo respirar.

Me asfixio entre espasmos. De mis pulmones emerge un montón de agua, junto con varios trozos de pescado a medio digerir.

Nicasia se ríe.

Después, con una voz cargada de sortilegios, dice:

—¿No es una habitación preciosa?

Lo único que veo es un áspero suelo de piedra, sin muebles ni nada.

—Te encantará la cama de cuatro postes —añade con voz onírica—, cubierta de colchas. También hay unas preciosas mesitas de noche y una tetera solo para ti, todavía humeante. El té estará calentito y delicioso cada vez que lo pruebes.

Nicasia deposita en el suelo un vaso lleno de agua marina. Supongo que eso será el té. Si lo bebo, tal y como sugiere, mi cuerpo no tardará en deshidratarse.

Los mortales pueden sobrevivir unos pocos días sin agua dulce, pero como he estado respirando agua marina, puede que ya esté cerca del límite.

—¿Sabes? —dice Nicasia, mientras finjo admirar la habitación, girando en derredor con cara de asombro, sintiéndome ridícula—, nada de lo que pueda hacerte será tan terrible como lo que te harás tú sólita.

Me doy la vuelta hacia ella, frunciendo el ceño para fingir desconcierto.

—Olvídalo —dice, y se marcha, dejándome allí para pasar el resto de la noche, tirada en el duro suelo, tratando de fingir que me parece el lugar más confortable del mundo.



Me despierto mareada y con unos calambres horribles.

Tengo la frente perlada de sudor frío y las extremidades me tiemblan sin control.

Durante la mayor parte del año, he estado envenenando mi cuerpo a diario. Mi sangre se ha acostumbrado a las dosis, mucho más elevadas que cuando empecé. Se ha vuelto adicto. Ahora no puedo vivir sin veneno.

Me quedo tendida en el suelo de piedra e intento ordenar mis pensamientos. Recuerdo las muchas veces que Madoc participó en una campaña militar y me repito que lo pasó fatal en todas ellas. A veces dormía a la intemperie, con el único abrigo de sus propios brazos y con la cabeza apoyada en malas hierbas. A veces lo herían y seguía luchando a pesar de todo. Pero no murió. Y yo tampoco voy a morir.

No paro de repetírmelo, pero no sé si creerlo.

Durante días, no viene nadie.

Me rindo y bebo el agua marina.

A veces pienso en Cardan mientras estoy tirada aquí. Me pregunto lo que se sentirá al criarse como miembro estimado de la familia real, poderoso e

ignorado. Desatendido y alimentado a base de leche felina. Blanco de las arbitrarias palizas del hermano al que más te asemejas y que más parecía preocuparse por ti.

Me imagino a todos esos cortesanos postrándose ante ti, permitiendo que les grites y los abofetees. Pero no importa a cuántos hayas herido o humillado; sabes que todos y cada uno, al contrario que tú, han sido dignos de ser amados.

A pesar de haberme criado entre feéricos, no siempre entiendo su manera de pensar o de sentir. Se parecen a los mortales más de lo que creen, pero en cuanto se me olvida que no son humanos, hacen algo que me lo recuerda. Ya solo por ese motivo, sería absurdo creer que conozco el corazón de Cardan a partir de su historia personal. Pero me pregunto por ello.

Y me pregunto qué habría pasado si hubiera admitido que aún no me lo he quitado de la cabeza.



Finalmente aparecen. Se dignan a darme un poco de agua, un poco de comida. Para entonces, estoy demasiado débil como para molestarme en fingir que estoy hechizada.

Les cuento los detalles que recuerdo sobre la sala de estrategia de Madoc y sobre lo que piensa acerca de las intenciones de Orlagh. Relato el asesinato de mis padres sin reparar en detalles escabrosos. Describo un cumpleaños, juro lealtad y explico cómo perdí el dedo y mis mentiras al respecto.

Incluso les miento, por orden suya.

Después tengo que fingir que olvido cuando me dicen que lo haga. Tengo que fingir sentirme saciada cuando me dicen que me he dado un festín, y estar ebria con un vino imaginario, cuando lo único que he bebido es un cáliz con agua.

Tengo que permitir que me abofeteen.

No puedo llorar.

A veces, cuando estoy tendida en el frío suelo de piedra, me pregunto si mi resistencia tendrá un límite, si me harán algo que me inste a contraatacar, aunque eso suponga mi perdición.

Si lo hay, significaría que soy una necia.

Pero puede que, si no lo hay, signifique que soy un monstruo.

—Chica mortal —dice Balekin una tarde, cuando estamos a solas en los acuosos aposentos del palacio.

No le gusta utilizar mi nombre, quizá porque no le gusta tener que recordarlo, al considerarme tan prescindible como todas las chicas humanas que han pasado por Villa Fatua.

Estoy debilitada por la deshidratación. Se olvidan con frecuencia de darme comida y agua, me hechizan con un sustento ilusorio cuando les ruego que me den algo. Cada vez me cuesta más concentrarme.

Pese a que estoy a solas con Balekin en una estancia de coral, con guardias que patrullan nadando a intervalos que cuento por acto reflejo, ni siquiera intento luchar ni huir. Me quedan pocas fuerzas y no tengo armas. Aunque consiguiera matar a Balekin, no soy una nadadora lo bastante experimentada como para llegar a la superficie antes de que me alcancen.

Mi plan se ha reducido a un mero aguante, a sobrevivir hora tras hora, día tras día, lejos del sol.

Tal vez no puedan hechizarme, pero eso no significa que no puedan hacerme pedazos.

Nicasia ha dicho que su madre posee muchos palacios en el Inframar, y que este, construido en la roca de Insweal y a lo largo del lecho marino que rodea la isla, solo es uno de ellos. Aunque, para mí, supone un tormento constante estar tan cerca de casa, pero tan lejos de la superficie.

Hay jaulas colgando en el agua por todo el palacio, algunas de ellas vacías, pero muchas de ellas contienen mortales con la piel desvaída; parecen muertos, pero de vez en cuando se mueven y demuestran lo contrario. «Los ahogados», así los llaman a veces los guardias, y convertirme en uno de ellos es lo que más temo en el mundo. Recuerdo que me pareció haber visto a la chica a la que saqué de casa de Balekin el día de la coronación de Dain, la misma que se arrojó al mar, la misma que sin duda se ahogó. Empiezo a pensar que no me equivocaba.

—Dime —dice Balekin, devolviéndome al presente—, ¿por qué robó la corona mi hermano? Orlagh cree entenderlo, porque conoce bien las ansias de poder, pero no comprende a Cardan. Él siempre ha eludido el trabajo duro. Le

gustaba hechizar a la gente. Le gustaba causar problemas, pero rehuía todo lo que le supusiera un verdadero esfuerzo. Y tanto si Nicasia lo admite como si no, ella tampoco lo entiende. El Cardan que ella conoce podría haberte manipulado, pero no para hacer esto.

«Me está poniendo a prueba», pienso, aunque no sé por qué. Una prueba en la que tengo que mentir, pero me temo que he perdido la capacidad para decir cosas con sentido.

—No soy adivina —replico, pensando en Val Moren y en el refugio que encontró en los acertijos.

—Inténtalo —insiste—. Cuando pasaste por delante de mi celda, en la Torre del Olvido, sugeriste que era porque yo había tenido mano dura con él. Pero tú mejor que nadie deberías entender que le faltaba disciplina y que yo solo buscaba convertirlo en alguien de provecho.

Debe de estar recordando el torneo en el que luchamos Cardan y yo y la forma en que me atormentó. Estoy envuelta en una maraña de recuerdos y mentiras. Estoy demasiado cansada para inventar historias.

—Desde que lo conozco, irrumpió borracho y a caballo en mitad de la clase de un respetado profesor, intentó echarme de comer a las nixes y atacó a un chico en una fiesta —digo—. No parecía alguien disciplinado. Siempre parecía salirse con la suya.

Balekin se muestra sorprendido.

—Buscaba llamar la atención de Eldred —dice al fin—. Para bien o para mal, pero sobre todo para mal.

—Entonces puede que quiera ser rey supremo por vuestro padre —añado—. O para empañar su memoria.

Eso parece llamar la atención de Balekin. Aunque solo lo he sugerido para impedir que ahonde demasiado en los motivos de Cardan, en cuanto las palabras salen por mi boca, me pregunto si no habrá algo de verdad en ellas.

—O porque estaba furioso contigo por haberle cortado la cabeza a Eldred. O por ser responsable de la muerte de todos sus hermanos. O porque temía que también le asesinaras a él.

Balekin tuerce el gesto.

—Calla —me ordena, y yo obedezco con gusto. Al cabo de un rato se queda mirándome—. Dime quién de los dos es digno de ser rey supremo: el príncipe Cardan o yo.

—Tú —respondo con rotundidad, lanzándole una mirada ensayada de

veneración. Omito señalar que Cardan ya no es príncipe.

—¿Y eso mismo se lo dirías a él? —inquiere.

—Le diría todo lo que tú desees —respondo con toda la sinceridad que soy capaz de reunir.

—¿Entrarías en sus aposentos y le apuñalarías una y otra vez hasta derramar su sangre? —pregunta Balekin, inclinándose hacia mí.

Lo dice muy bajito, como si hablara con una amante. No puedo controlar el temblor que me recorre el cuerpo; espero que no lo tome por lo que es: asco.

—¿Por ti? —pregunto, cerrando los ojos ante su proximidad—. ¿Por Orlagh? Sería un placer.

Balekin se ríe.

—Cuánta ferocidad.

Asiento, tratando de contener mi euforia ante la posibilidad de ser enviada a una misión fuera del mar, lo cual me daría una oportunidad para escapar.

—Orlagh me ha dado mucho, me ha tratado como a una hija. Quiero corresponderla. A pesar de tener unos aposentos tan maravillosos y de los manjares que me ofrecen, no estoy hecha para quedarme de brazos cruzados.

—Bonito discurso. Mírame, Jude.

Abro los ojos y le miro. Su cabello negro flota alrededor de su rostro, y aquí, bajo el agua, las púas que cubren sus nudillos y le recorren los brazos resultan visibles, como las aletas puntiagudas de un pez.

—Bésame —dice.

—¿Qué? —Mi sorpresa es genuina.

—¿No quieres hacerlo? —inquiere.

«Esto no es nada —me digo—. Desde luego, es mejor que recibir una bofetada».

—Creía que eras amante de Orlagh —le digo—. O de Nicasia. ¿No les importará?

—Ni lo más mínimo —responde, mientras me observa detenidamente.

Cualquier reticencia por mi parte resultará sospechosa, así que avanzo hacia él y presiono mis labios sobre los suyos. El agua está fría, pero su beso resulta aún más gélido.

Tras lo que espero haya sido un intervalo suficiente, me aparto. Balekin se restriega la boca con el reverso de la mano, claramente asqueado, pero cuando me mira, lo hace con una expresión ávida.

—Ahora bésame como si fuera Cardan.

Para ganar un momento de reflexión, le miro a sus ojos de búho, deslizo las manos sobre sus brazos cubiertos de púas. Está claro que es una prueba. Quiere saber cuánto control tiene sobre mí. Pero creo que también quiere saber algo más, algo relacionado con su hermano.

Me obligo a inclinarme de nuevo hacia delante. Los dos tienen el mismo pelo negro, los mismos pómulos. Solo tengo que fingir.



Al día siguiente, me traen una garrafa de agua dulce de río, que engullo con ávidez. Al día siguiente, empiezan a prepararme para regresar a la superficie.



El rey supremo ha hecho un trato para recuperarme.

Me pongo a pensar en las muchas órdenes que le he dado, pero ninguna tan específica como para instarle a pagar un rescate que me permita regresar sana y salva. Cardan se había librado de mí, pero ahora ha decidido traerme de vuelta por iniciativa propia.

No sé qué significará eso. Puede que se trate de una cuestión política; puede que aborrezca asistir a las reuniones.

Lo único que sé es que siento un alivio tremendo y un espanto terrible por si esto es una especie de juego. Si no vamos a la superficie, me temo que no podré disimular mi afectación por el desengaño.

Balekin me «hechiza» otra vez, me hace repetir mi lealtad hacia ellos, mi veneración, mi propósito homicida contra Cardan.

Balekin viene a la cueva, donde estoy paseándome de un lado a otro. El roce de mis pies descalzos al contacto con el suelo de piedra resulta ensordecedor. Nunca había estado tan sola, nunca había tenido que interpretar un papel durante tanto tiempo. Me siento consumida, exhausta.

—Cuando regresemos a Elfhame, no podremos vernos a menudo —dice Balekin, como si fuera a añorar nuestros encuentros.

Estoy tan nerviosa que no me fío de lo que le pueda decir.

—Vendrás a Villa Fatua en cuanto puedas.

Me llama la atención que dé por hecho que vivirá allí, que no cuente con volver a la torre. Supongo que su libertad es parte del precio por mi liberación, y me sorprende una vez más que Cardan haya accedido a pagarlo.

Asiento con la cabeza.

—Si te necesito, te haré una señal, un paño rojo tirado en tu camino. Cuando lo veas, deberás acudir inmediatamente. Cuento con que sabrás inventarte alguna excusa.

—Así lo haré —respondo, con una voz que me resulta estridente.

—Debes recobrar la confianza del rey supremo, quedarte a solas con él y luego encontrar un modo de matarlo. No lo intentes si hay gente cerca. Tienes que ser astuta, aunque eso requiera más de un encuentro. Y quizá puedas averiguar más cosas sobre los planes de tu padre. Una vez muerto Cardan, tendremos que actuar rápido para meter en cintura al ejército.

—Sí —respondo. Tomo aliento y después me atrevo a preguntar lo que de verdad quiero saber—: ¿Tenéis la corona?

Balekin frunce el ceño.

—Casi.

Me quedo callada un buen rato. Dejo que el silencio se asiente. Hasta que Balekin lo rompe:

—Grimsen necesita que cumplas tu labor antes de que él culmine la suya. Necesita que mi hermano esté muerto.

—Ah —digo; mi mente funciona a toda velocidad.

En una ocasión, Balekin se puso en peligro para salvar a Cardan, pero ahora que Cardan se interpone en su camino hacia la corona, parece dispuesto a sacrificar a su hermano. Intento encontrarle sentido a todo eso, pero no logro concentrarme. Mis pensamientos no paran de dar vueltas.

—¿Ocurre algo? —pregunta Balekin, esbozando una sonrisa de tiburón.

Estoy a punto de venirme abajo.

—Me siento un poco débil —respondo—. No sé qué habrá pasado. Recuerdo haber comido algo. Al menos, creo recordar haberlo hecho.

Balekin me mira con preocupación y llama a un sirviente. Al poco rato, me traen una bandeja con pescado crudo, ostras y huevas negras. Balekin me observa asqueado mientras lo devoro todo.

—No usarás ningún amuleto, ¿entendido? Ni bayas, ni paquetitos con roble, espinas o ceniza. No los llevarás encima. Ni siquiera los tocarás. Si te dan uno, lo arrojarás enseguida al fuego, con disimulo.

—Entendido —respondo.

El sirviente no me ha traído más agua dulce, sino vino. Lo engullo sin preocuparme por el regusto extraño que deja ni por cómo se me sube a la cabeza.

Balekin me da unas cuantas órdenes más. Intento escucharle, pero para cuando se marcha, el vino me ha dejado mareada, exhausta y con náuseas.

Me acurruco sobre el frío suelo de mi celda y, por un instante, justo antes de cerrar los ojos, casi llego a creer que estoy en la majestuosa estancia que han estado evocando para mí con sus sortilegios. Esta noche, el suelo de piedra parece un lecho de plumas.



Al día siguiente me duele la cabeza mientras me visten de nuevo y me trenzan el pelo. Los tritones me ponen mi propia ropa: el vestido plateado que llevé a la boda de Taryn, ya descolorido por la exposición a la sal y deshilachado por el toqueteo de las diversas criaturas del Inframar. Incluso me cuelgan a Noctámbula, aunque la vaina está oxidada y parece como si algo hubiera estado mordisqueando la superficie de cuero.

Después me llevan ante Balekin, que viste con los colores y el escudo del Inframar. Me echa un vistazo y me pone unos pendientes nuevos de perlas.

La reina Orlagh ha reunido una abultada comitiva de feéricos marinos. Tritones y sirenas, montados en tortugas y tiburones inmensos, las *selkies* bajo su apariencia de foca, surcando todos juntos las aguas. Los feéricos que van montados en tortugas portan largos estandartes rojos que ondean a su paso.

Yo voy sentada encima de una tortuga, al lado de una sirena con dos bandoleras repletas de cuchillos. Me sujeta con firmeza y yo no me resisto, aunque no es fácil quedarse quieta. El miedo es una sensación horrible, pero la combinación de miedo y esperanza es aún peor. Alterno entre ambos, con el

corazón tan desbocado y la respiración tan acelerada que estoy hecha polvo por dentro.

Cuando empezamos a ascender, cada vez más arriba, me embarga una sensación de irrealidad.

Alcanzamos la superficie en la angosta separación entre Insweal e Insmire.

Cardan está en la orilla, envuelto en una capa revestida de piel, montado con gesto regio sobre un corcel con el pelaje moteado y gris. Está rodeado de caballeros con armaduras de color verde y dorado. A su lado está Madoc, a lomos de un ruano fornido. Al otro lado está Nihuar. Los árboles están repletos de arqueros. El oro martillado de las hojas de roble de la corona de Cardan centellea bajo la menguante luz del ocaso.

Estoy temblando. Parece como si mi cuerpo fuera a hacerse pedazos.

Orlagh habla desde el lugar que ocupa en el centro de nuestra procesión:

—Rey de Elfhame, tal y como acordamos, y puesto que has pagado el precio que establecí, he supervisado personalmente el regreso de tu senescal. Y la traigo escoltada por el nuevo embajador del Inframar, Balekin, de la casa Greenbriar, hijo de Eldred, tu hermano. Confiamos en que esta elección te satisfaga, ya que Balekin conoce bien las costumbres de la superficie.

El rostro de Cardan es inescrutable. No mira a su hermano. En vez de eso, fija su mirada en mí. Todo en su semblante resulta gélido.

Yo me siento pequeña, mermada, indefensa.

Agacho la cabeza, porque si no, voy a acabar cometiendo una estupidez. «Has pagado el precio que establecí», le ha dicho Orlagh. ¿Qué habrá hecho Cardan para garantizar mi regreso? Intento recordar las órdenes que le di para comprobar si le obligué a hacerlo.

—Me prometiste que la traerías sana y salva —dice Cardan.

—Y así ha sido, como puedes ver —responde Orlagh—. Mi hija Nicasia, princesa del Inframar, la ayudará a llegar a tierra con sus regias manos.

—¿Ayudarla? —inquiere Cardan—. No tendría por qué necesitar ayuda. La has mantenido más tiempo del debido entre el frío y la humedad.

—Puede que ya no la quieras —replica Orlagh—. Tal vez prefieras negociar con otra cosa, rey de Elfhame.

—Me quedaré con ella —responde Cardan, con un tono posesivo y desdeñoso al mismo tiempo—. Y mi hermano será tu embajador. Todo será tal y como acordamos.

Les hace un gesto a dos caballeros, que vadean el agua hasta el lugar donde

me encuentro sentada y me ayudan a bajar, me ayudan a caminar. Me avergüenza la flojera de mis piernas, mi debilidad, lo ridículo que es llevar puesto todavía este vestido de Oriana, inapropiado para una fiesta que terminó hace mucho.

—Aún no estamos en guerra —prosigue Orlagh—. Pero tampoco estamos en paz. Medita bien tu próximo movimiento, rey de la superficie, ahora que conoces el precio que supone desafiarme.

Los caballeros me guían hasta tierra firme y pasamos de largo junto a los demás feéricos. Ni Cardan ni Madoc se giran cuando paso junto a ellos. Hay un carruaje esperando entre la arboleda, me montan en él.

Una guerrera se quita el yelmo. La he visto antes, pero no sé cómo se llama.

—El general me ha dado instrucciones de llevarte a su casa —dice.

—No —respondo—. Tengo que ir al palacio.

La guerrera no me contradice, pero tampoco cede.

—Debo cumplir sus órdenes.

Y aunque sé que debería resistirme, que antaño lo habría hecho, me quedo quieta. Permito que cierre la puerta del carruaje. Me recuesto en el asiento y cierro los ojos.

Cuando despierto, los caballos están levantando una polvareda ante la fortaleza de Madoc. La guerrera abre la puerta y Gnarbone me saca en volandas del carruaje, con la misma facilidad con la que yo habría levantado a Oak, como si mi cuerpo estuviera hecho de hojas y ramitas en lugar de carne. Me lleva en brazos hasta mi viejo dormitorio.

Tatterfell nos está esperando. Me suelta el pelo y me desviste, se lleva a Noctámbula y me pone un vestido sencillo. Otro sirviente trae una bandeja con una tetera caliente y un plato con carne de venado sobre una rebanada de pan tostada, que se empapa con su sangre. Me siento en la alfombra a comer y mojo la salsa con el pan untado en mantequilla.

Me quedo dormida allí mismo. Cuando despierto, Taryn me está zarandeando. Me froto los ojos y me pongo en pie a duras penas.

—Ya estoy despierta —digo—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí tendida?

Taryn niega con la cabeza.

—Tatterfell dice que te has pasado durmiendo el día entero y su correspondiente noche. Le preocupaba que padecieras una enfermedad humana, por eso mandó llamarme. Venga, al menos métete en la cama.

—Ya estás casada —digo, al recordarlo de repente.

Junto con eso acude el recuerdo de Locke y los jinetes, los pendientes que se supone que iba a regalarle a mi hermana. Todo parece tan lejano, tan distante.

Taryn asiente, me apoya la muñeca en la frente.

—Y tú pareces un espectro. Pero no creo que tengas fiebre.

—Estoy bien. —La mentira emerge de mis labios por acto reflejo.

Tengo que llegar hasta Cardan y alertarle sobre Fantasma. Tengo que ver a la Corte de las Sombras.

—No seas tan orgullosa —dice Taryn, con lágrimas en los ojos—. Desapareciste la noche de mi boda, y yo ni siquiera me enteré hasta la mañana siguiente. He pasado mucho miedo.

»»Cuando el Inframar anunció que te tenía en su poder, el rey supremo y Madoc se echaron las culpas el uno al otro. Yo no sabía lo que iba a pasar. Cada mañana, me acercaba a la orilla y miraba hacia abajo, con la esperanza de verte. Les pregunté a las sirenas si estabas bien, pero ninguna me respondió.

Trato de imaginarme el miedo que habrá pasado, pero no lo consigo.

—Por lo visto, han resuelto sus diferencias —digo, al recordarlos juntos en la playa.

—Más o menos. —Taryn hace una mueca, yo intento sonreír.

Mi hermana me ayuda a meterme en la cama, recoloca los almohadones bajo mi cuerpo. Me siento magullada, dolorida, avejentada y más mortal que nunca.

—¿Y Vivi y Oak? —pregunto—. ¿Están bien?

—Sí —responde Taryn—. Han vuelto a casa con Heather, que parece haber sobrevivido a su visita a Faerieland sin demasiados dramas.

—Porque la hechizaron —replico.

Por un instante, una expresión de rabia recorre su cara, un gesto descarnado e inusual en ella.

—Vivi no debería hacer eso —dice al fin.

Me alivia saber que no soy la única que piensa así.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Un poco más de un mes —responde.

Me parece un lapso increíblemente corto. Me siento como si hubiera envejecido cien años debajo del mar. No solo eso, además ya ha pasado más de la mitad del año y un día que me prometió Cardan. Me recuesto en los almohadones y cierro los ojos.

—Ayúdame a levantarme —digo.

Taryn niega con la cabeza.

—Deja que traigan un poco más de sopa caliente de las cocinas.

No le cuesta mucho convencerme. A modo de concesión, Taryn me ayuda a ponerme una ropa que antes me quedaba muy ceñida y ahora me va grande. Se queda a mi lado para darme de comer el caldo con una cuchara.

Cuando está lista para marcharse, se remanga la falda y extrae un largo cuchillo de caza de una funda que lleva sujeta a una liga. En momentos así, se nota que nos hemos criado bajo el mismo techo.

Taryn deja el cuchillo sobre la colcha, al lado de un amuleto que extrae de su bolsillo.

—Toma —dice—. Quédatelos. Sé que te harán sentir más segura. Pero debes descansar. Dime que no cometerás ninguna imprudencia.

—Apenas puedo mantenerme en pie.

Taryn me mira con severidad.

—Nada de imprudencias —le prometo.

Me da un abrazo antes de marcharse, y yo lo alargo un poco más de la cuenta, inspirando el aroma humano a sudor y piel. Ni a océano, ni a pinochas, ni a sangre, ni a flores nocturnas.

Me quedo dormida con el cuchillo sujeto en una mano. No sé muy bien cuánto tiempo sigo durmiendo, pero sí que lo que me despierta es el sonido de una discusión.

—Me dan igual las órdenes del gran general, ¡he venido a ver a la senescal del rey supremo y no pienso tolerar más excusas!

Es una voz femenina que me resulta familiar. Me levanto de la cama y salgo al pasillo a duras penas, desde donde puedo asomarme a la balconada. Veo a Dulcamara, de la Corte de las Termitas. Levanta la cabeza y me ve. Tiene un corte reciente en la cara.

—Te pido disculpas —dice con un tono que evidencia que no es una disculpa en absoluto—. Pero es que debo reunirme contigo. De hecho, he venido para recordarte tus obligaciones, incluida esa que tú sabes.

Me acuerdo de lord Roiben, con su cabello blanco como la sal, y de la promesa que le hice por apoyar a Cardan hace medio año. Juró lealtad a la corona y al nuevo rey supremo, pero con una condición muy concreta.

«Algún día acudiré a tu rey para pedirle un favor», dijo.

¿Y qué le respondí yo? Intenté negociar: «Algo de igual valor. Y que esté a nuestro alcance».

Supongo que Roiben ha enviado a Dulcamara para cobrarse ese favor,

aunque no sé qué utilidad puedo tener para ellos en este estado.

—¿Oriana está en el salón de invitados? Si no es así, llevad a Dulcamara hasta él y me reuniré allí con ella —digo, aferrada a la barandilla para no caerme.

Los guardias de Madoc no parecen muy contentos, pero no me contradicen.

—Por aquí —dice uno de los sirvientes, y, tras lanzarme una última mirada hostil, Dulcamara le sigue.

Esto me deja tiempo para bajar a duras penas por las escaleras.

—Tu padre dio orden de que no salieras —dice uno de los guardias, acostumbrado a verme como una niña pequeña y no como la senescal del rey supremo, con la que es preciso actuar con más formalidad—. Quería que descansaras.

—Lo cual significa que Madoc no me prohibió mantener audiencias aquí, aunque solo porque no se le ocurrió pensar en ello. —El guardia no me contradice, solo frunce el ceño—. Tomo nota de su interés… y del tuyo.

Logro llegar hasta el salón de invitados sin caerme. Y qué si tengo que agarrarme un poco más de la cuenta al marco de las ventanas o a los cantos de las mesas.

—Tráenos un poco de té, por favor, lo más caliente posible —le digo a un sirviente que me observa con excesivo detenimiento.

Armándome de valor, me separo de la pared y entro en el salón, saludo a Dulcamara con un ademán de cabeza y me dejo caer sobre una silla. Ella permanece de pie, con las manos agarradas por detrás de la espalda.

—Ahora comprobaremos hasta dónde llega la lealtad de tu rey supremo —dice, avanzando un paso hacia mí, con un gesto tan hostil que me pregunto si su objetivo implicará algo más que hablar.

El instinto me impulsa a levantarme.

—¿Qué ha pasado?

Al oír eso, se ríe.

—Lo sabes de sobra. Tu rey le ha dado permiso al Inframar para atacarnos. El ataque se produjo hace dos noches, sin previo aviso. Murieron muchos de los nuestros antes de que comprendiéramos lo que estaba pasando, y ahora se nos prohíbe contraatacar.

—¿Se os prohíbe?

Pienso en lo que dijo Orlagh acerca de no estar en guerra, pero ¿cómo es posible que la superficie no esté en guerra si el mar ya ha atacado? Como rey

supremo, Cardan debe poner al servicio de sus súbditos el poderío de su ejército —del ejército de Madoc, mejor dicho— cuando se encuentran bajo una amenaza. Pero denegar el permiso para contraatacar es algo inaudito.

—La consorte de lord Roiben quedó herida —dice Dulcamara, enseñando los dientes—. De gravedad.

La ninfa de piel verde y ojos negros que hablaba como si fuera mortal. La misma ninfa que aconsejaba al temible líder de la Corte de las Termitas y le hacía reír.

—¿Sobrevivirá? —pregunto en voz baja.

—Más te vale, mortal —responde Dulcamara—. Si no, lord Roiben centrará sus esfuerzos en la destrucción de tu joven rey, a pesar de los juramentos que hizo.

—Os enviaremos caballeros —digo—. Deja que Elfhame rectifique su error.

Dulcamara escupe al suelo.

—Tú no lo entiendes. El rey supremo ha hecho esto por ti. Esos fueron los términos que impuso la reina Orlagh para traerte de vuelta. Balekin eligió a la Corte de las Termitas como objetivo, el Inframar nos atacó, y tu amiguito Cardan se lo permitió. No hubo ningún error.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

—No —digo—. Eso no es posible.

—Balekin nos guarda rencor desde hace mucho, hija del lodo.

Tuerzo el gesto ante ese insulto, pero no la replico. Puede maldecirme todo lo que quiera. La Corte Suprema le ha fallado a la Corte de las Termitas por mi culpa.

—Nunca debimos unirnos a la Corte Suprema. Nunca debimos jurar lealtad al necio de tu rey. He venido a transmitir ese mensaje y otro más. Le debes un favor a lord Roiben, y más vale que le sea concedido.

Me preocupa lo que me pueda pedir. Prometer un favor inconcreto es algo peligroso de hacer, incluso para una mortal que no puede ser obligada a cumplirlo.

—Tenemos nuestros propios espías, senescal. Nos han contado que eres una asesina de primera. Esto es lo que queremos: mata al príncipe Balekin.

—No puedo hacer eso —replico, demasiado estupefacta como para medir mis palabras. No me ofende que haya alabado mis dotes como asesina, pero embarcarme en una tarea imposible tampoco resulta muy halagador—. Es el embajador del Inframar. Si lo mato, entraremos en guerra.

—Pues que así sea.

Dicho esto, Dulcamara se marcha de la habitación, dejándome sola en el salón de Oriana cuando llega la bandeja humeante con el té.



Tras la marcha de Dulcamara, cuando el té ya se ha quedado frío, subo por las escaleras hacia mi habitación. Allí, cojo el cuchillo de Taryn y el otro que estaba escondido bajo mi cama. Acerco el filo de uno de ellos al bolsillo de mi vestido, lo corto para poder sujetarme el puñal al muslo y desenfundarlo con rapidez. Hay montones de armas en casa de Madoc —incluida mi espada, Noctámbula—, pero si me pongo a buscarlas y a equipármelas como es debido, los guardias se darán cuenta. Necesito que crean que he vuelto dócilmente a la cama.

Me acerco lentamente hacia el espejo para comprobar si el cuchillo queda bien oculto bajo mi vestido. Por un momento, no reconozco a la persona que me devuelve la mirada. Me horroriza lo que veo: mi piel tiene una palidez enfermiza, tengo el rostro macilento, y he perdido suficiente peso como para que mis extremidades parezcan frágiles como ramitas.

Me doy la vuelta, negándome a seguir contemplando esa imagen.

Después salgo al balcón. En condiciones normales, ya me habría costado bastante encaramarme por la barandilla y descender por la pared hasta el césped. Pero cuando paso una pierna por encima, me doy cuenta de lo inestables que se han vuelto mis brazos y mis piernas. No creo que vaya a ser capaz de trepar.

Así que opto por la segunda mejor opción: saltar.



Me incorporo, tengo las rodillas manchadas de hierba, siento un hormigueo en las manos sucias. Tengo la cabeza a la deriva, como si siguiera esperando que me impulsara la corriente pese a que estoy en tierra firme.

Tomo aliento varias veces, me empapo de la sensación del viento en la cara y de los sonidos que produce al mecer las hojas de los árboles. Estoy rodeada por los aromas de la tierra, de Faerie, de mi hogar.

Sigo pensando en lo que dijo Dulcamara: que Cardan se negó a contraatacar para asegurar mi regreso sana y salva. No creo que sus súbditos estén contentos con él. Ni siquiera sé si a Madoc le parecería una buena estrategia. Por eso me cuesta imaginar por qué accedió Cardan a ello, sobre todo si, durante mi cautiverio en el Inframar, estuvo fuera de mi control. Nunca había creído que podría gustarle lo suficiente como para salvarme. Y no sé si lo seguiré creyendo a no ser que escuche sus motivos de sus propios labios.

Sea cual sea el motivo por el que me ha traído de vuelta, tengo que alertarle sobre Fantasma, sobre Grimsen y la corona, sobre el plan de Balekin para que asesine en su nombre.

Me dirijo a pie hacia el palacio, convencida de que los guardias tardarán más tiempo en darse cuenta de mi ausencia de lo que tardaría un mozo de cuadra en advertir la desaparición de un corcel. Aun así, empiezo a jadear al poco de emprender la marcha. A mitad de camino tengo que pararme y descansar sobre un tocón.

«No te pasa nada —me digo—. Levántate».

Tardo una eternidad en llegar al palacio. Mientras me dirijo hacia las puertas, me yergo e intento disimular mi agotamiento.

—Senescal —dice uno de los guardias apostados en la entrada—. Disculpadme, pero tenéis vetado el acceso al palacio.

«Jamás me negarás audiencia ni darás orden de mantenerme alejada de ti». Durante unos segundos de desconcierto, me pregunto si habré pasado más tiempo en el Inframar de lo que me dijo Taryn. Puede que ya hayan transcurrido un año y un día. Pero eso es imposible. Frunzo el ceño.

—¿Por orden de quién?

—Lo siento, mi señora —dice otro caballero. Se llama Diarmad. Madoc le tenía echado el ojo, como alguien en quien podía confiar—. Vuestro padre, el general, fue quien dio la orden.

—Tengo que ver al rey supremo —insisto, tratando de adoptar un tono imperativo, pero solo consigo que el pánico se deje notar en mi voz.

—El gran general nos dijo que pidiéramos un carruaje si veníais, y, de ser necesario, que montáramos en él con vos. ¿Será necesaria nuestra presencia?

Me quedo completamente inmóvil, furiosa al ver cómo me la han jugado.

—No —respondo.

Cardan no podía negarse a concederme audiencia, pero sí podía permitir que otra persona diera la orden. Siempre que Madoc no le pidiera permiso a Cardan, no entraría en contradicción con mis órdenes. Y no resultaría muy difícil deducir la clase de cosas que puedo haberle ordenado a Cardan. Al fin y al cabo, son las mismas que seguramente habría ordenado el propio Madoc.

Yo sabía que Madoc quería gobernar Faerie en la sombra. Pero no se me pasó por la cabeza que encontraría un modo de situarse al lado de Cardan y quitarme de en medio.

Me la han jugado. No sé si juntos o por separado, pero me la han jugado.

La ansiedad hace que se me revuelva el estómago.

La sensación de haberme dejado engañar, y el bochorno que eso conlleva, me están atormentando. Me impide pensar con claridad.

Recuerdo a Cardan a lomos de ese caballo moteado en la playa, con gesto impasible, con su capa de piel y una corona que acentuaba su parentesco con Eldred. Puede que consiguiera engañarlo para que desempeñara ese papel, pero no engañé a la tierra para que lo aceptara como monarca. Cardan posee un poder auténtico, y cuanto más tiempo pase en el trono, mayor será ese poder.

Se ha convertido en el rey supremo. Y lo ha hecho sin mí.

Esto es lo que más temía cuando se me ocurrió este plan absurdo. Puede que Cardan no quisiera ese poder al principio, pero ahora que lo tiene, le pertenece.

Pero lo peor de todo es que tiene lógica que Cardan esté fuera de mi alcance, que me resulte inaccesible. Diarmad y los demás caballeros que me bloquean el paso ante las puertas del palacio son la culminación de un temor que llevo experimentando desde que Cardan fue coronado. Y por terrible que parezca, también resulta más razonable que aquello de lo que llevo intentando convencerme desde hace meses: que soy la senescal del rey supremo de Faerie, que tengo poder de verdad, que puedo mantener en marcha este juego.

Lo único que me extraña es por qué no dejó que me pudriera bajo el mar.

De espaldas al palacio, me adentro entre la arboleda hacia el lugar donde hay una entrada a la Corte de las Sombras. Espero no toparme con Fantasma. Si así fuera, no sé lo que podría pasar. Pero si logro llegar hasta Cucaracha y Bomba, tal vez pueda descansar un poco. Y obtener la información que necesito. Y enviar a alguien para que le rebane el pescuezo a Grimsen antes de que haya completado la forja de la nueva corona.

Sin embargo, cuando llego allí, compruebo que la entrada se ha derrumbado. No, cuando me fijo mejor, descubro que no es así exactamente… Hay indicios de una explosión. Lo que quiera que destruyó la entrada, hizo algo más que eso.

No puedo respirar.

Arrodillada entre las pinochas, intento comprender lo que estoy viendo, porque parece como si la Corte de las Sombras hubiera sido sepultada. Ha tenido que ser obra de Fantasma, una cadena de traiciones. Solo espero que Cucaracha y Bomba sigan vivos.

Rezo para que así sea.

Aun así, no tengo modo alguno de encontrarlos, así que estoy más atrapada que nunca. Aturdida, emprendo el camino de vuelta hacia los jardines.

Un grupo de niños feéricos se ha congregado alrededor de un profesor. Un joven Alondra recoge rosas azules de los arbustos reales, mientras Val Moren

deambula a su lado, fumando de una larga pipa, con un cuervo sarnoso posado sobre su hombro.

Su melena despeinada se despliega alrededor de su cabeza —apelmazada en unos puntos y trenzada en otros—, cargada de telas y campanillas brillantes. Unas líneas de expresión se extienden por las comisuras de su boca.

—¿Puedes ayudarme a entrar en el palacio? —le pregunto.

Es muy improbable, pero a estas alturas no me corto ante nada. Si consigo entrar, podré descubrir qué le ha ocurrido a la Corte de las Sombras. Podré llegar hasta Cardan.

Val Moren enarca las cejas.

—¿Sabes lo que son? —me pregunta, ondeando una mano con languidez hacia el muchacho, que se da la vuelta para escrutarnos con la mirada.

Quizá Val Moren no pueda ayudarme. Es posible que Faerie sea un lugar donde un loco puede hacer tonterías y parecer un profeta… pero también es posible que Val Moren sea un loco sin más.

El chico Alondra sigue preparando su ramo mientras tararea una melodía.

—¿Feéricos…? —pregunto.

—Sí, sí. —Val Moren parece impaciente—. Los habitantes del aire. Intangibles, incapaces de aferrarse a una forma. Como las semillas de las flores propulsadas hacia el cielo.

El cuervo sarnoso grazna.

Val Moren inspira una honda calada de su pipa.

—Cuando conocí a Eldred, cabalgaba a lomos de un corcel blanco como la leche, y todos mis planes vitales quedaron reducidos a polvo y cenizas.

—¿Lo amabas? —pregunto.

—Por supuesto que sí —me responde, pero lo dice como si estuviera hablando de algo muy remoto, una vieja historia que no se molesta en reinventar —. Cuando lo conocí, las obligaciones que me ligaban a mi familia se hicieron trizas y se deshilacharon como una levita vieja. En cuanto sus manos rozaron mi piel, habría sido capaz de incendiar el molino de mi padre hasta sus cimientos con tal de que volviera a hacerlo.

—¿Eso es amor? —inquiero.

—Si no es amor —responde—, se le parece mucho.

Pienso en el Eldred al que conocí, envejecido y encorvado. Pero también recuerdo que parecía más joven cuando se despojaba de la corona. Me pregunto cuánto más habría rejuvenecido si no lo hubieran matado.

—Por favor —insisto—. Ayúdame a entrar en el palacio.

—Cuando Eldred se acercó a lomos de su caballo lechoso —añade—, me hizo una propuesta. «Ven conmigo —me dijo— a la tierra que se extiende bajo la colina, y te alimentaré con manzanas, miel, vino y amor. No envejecerás nunca, y todo cuanto quieras saber te será revelado».

—Eso suena bastante bien —admito.

—Nunca hagas un trato con ellos —me advierte, cogiéndome de la mano bruscamente—. Sobre todo, no hagas un trato que suene bastante bien.

Suspiro.

—Llevo viviendo aquí casi toda mi vida. ¡Ya lo sé!

Mi voz sobresalta al cuervo, que salta desde su hombro y se eleva hacia el cielo.

—Pues debes saber algo más —dice Val Moren, mirándome—. No puedo ayudarte. Fue una de las cosas a las que renuncié. Le prometí a Eldred que, cuando me entregara a él, renunciaría a mi humanidad. Jamás pondría el bienestar de un mortal por delante de un feérico.

—Pero Eldred está muerto —insisto.

—Aun así, mi promesa sigue en pie.

Val Moren extiende las manos para recalcar que no puede hacer nada.

—Somos humanos —replico—. Podemos mentir. Podemos romper nuestra palabra.

Pero Val Moren me mira con lástima, como si la equivocada fuera yo.

Mientras observo cómo se aleja, tomo una decisión. Solo una persona tiene un motivo para ayudarme, solo hay una persona de la que puedo estar segura.

«Vendrás a Villa Fatua en cuanto puedas», me dijo Balekin. Ahora sería un buen momento para hacerlo.

Me obligo a caminar, aunque el sendero a través del Bosque Lechoso no es directo y pasa demasiado cerca del mar. Cuando me asomo al agua, siento un escalofrío. No será fácil vivir en una isla si me atormentan las olas.

Paso junto al Lago de las Máscaras. Cuando me asomo, veo a tres ninfas que me devuelven la mirada con un gesto de preocupación evidente. Sumerjo las manos y me refresco la cara. Incluso bebo un poco, aunque es agua mágica y no sé si es seguro hacerlo. Aun así, el agua dulce se ha convertido en un bien demasiado valioso como para perder la oportunidad de probarla.

En cuanto diviso Villa Fatua, me detengo un instante para reunir aliento y coraje al mismo tiempo.

Me dirijo hacia la puerta con el paso más resuelto posible. El llamador es una argolla que atraviesa la nariz de un siniestro rostro tallado. Alzo la mano para tocar la anilla y los ojos de la escultura se abren.

—Te recuerdo —dice la puerta—. Eres la dama de mi príncipe.

—Te equivocas —replico.

—Pocas veces. —La puerta se abre con un ligero chirrido que denota la falta de uso—. Saludos y bienvenida.

Villa Fatua está vacía de guardias y sirvientes. No hay duda de que el príncipe Balekin no lo tiene fácil para embaucar a algún feérico para que le sirva, cuando resulta tan evidente que es un esbirro del Inframar. Y con las nuevas leyes que ha aprobado Cardan, la capacidad de Balekin para sumir con engaños a los mortales en una vida interminable de servidumbre también se ha visto limitada. Atravieso estancias cargadas de eco hasta un salón, donde Balekin está bebiendo vino, rodeado por una docena de gruesos cirios. Por encima de su cabeza revolotean unas polillas rojas. Las dejó atrás en el Inframar, pero ahora que ha vuelto, le rodean como si fueran un halo.

—¿Te ha visto alguien? —pregunta.

—No lo creo —respondo con una reverencia.

Balekin se levanta, se acerca a una mesa de caballete alargada y coge un pequeño vial de vidrio soplado.

—Supongo que todavía no has conseguido matar a mi hermano…

—Madoc me ha prohibido la entrada al palacio —respondo—. Creo que teme mi influencia sobre el rey supremo, pero no podré hacerle nada a Cardan si no se me permite verlo.

Balekin da otro trago de vino y se acerca hacia mí.

—Va a celebrarse una fiesta, un baile de máscaras para honrar a un noble de las cortes inferiores. Tendrá lugar mañana, y siempre que consigas escabullirte de Madoc, encontraré un modo de ayudarte a entrar. ¿Podrás conseguir un disfraz y una máscara por tu cuenta, o necesitarás que te proporcione eso también?

—Puedo disfrazarme sola —respondo.

—Bien. —Sostiene el vial en alto—. Un apuñalamiento resultaría demasiado dramático en una función pública como esa. El veneno es mucho más sencillo. Quiero que lleves esto encima hasta que te quedes un momento a solas con él, entonces se lo echarás en el vino sin que te vean.

—Así lo haré —prometo.

Entonces me agarra por la barbilla, con un sortilegio presente en su voz:

—Dime que eres mía, Jude.

Cuando me deposita el vial en la mano, lo envuelvo entre mis dedos.

—Estoy a tu servicio, príncipe Balekin —digo, mirándole a los ojos, mintiendo con todo mi maltrecho corazón—. Haz lo que quieras conmigo. Soy tuya.



Cuando estoy a punto de salir de Villa Fatua, me embarga de repente una oleada de cansancio. Me siento en las escaleras, mareada, y espero a que se me pase. Mi mente está empezando a germinar un plan, uno que requiere el cobijo de la oscuridad y que me encuentre descansada y razonablemente bien equipada.

Podría ir a casa de Taryn, pero Locke estará allí, y ya intentó matarme aquella vez.

Podría regresar a casa de Madoc, pero si lo hago, es probable que los sirvientes tengan instrucciones de enrollarme en mantas y mantenerme cautiva entre algodones hasta que Cardan deje de estar bajo mis órdenes y pueda jurar obediencia al gran general.

Horrorizada, me pregunto si la mejor opción será quedarme aquí. No hay sirvientes, y el único que podría molestarme es Balekin, que está absorto en sus cosas. Dudo que siquiera reparase en mi presencia, en esta casa tan inmensa y llena de eco.

Intento ser pragmática, aunque es difícil luchar contra el instinto de salir corriendo lo más rápido y lejos posible de Balekin. Pero ya he agotado mis

fuerzas.

Como me he colado varias veces en Villa Fatua, me sé el camino hacia la cocina. Bebo agua del caño que hay al fondo, embargada por una sed tremenda. Después subo por las escaleras hacia el que fuera el dormitorio de Cardan. Las paredes están tan desnudas como las recordaba. Una cama de dos postes preside la estancia, con figuras talladas de chicas gato bailando con los pechos al aire.

Cardan tenía libros y papeles que ya no están, pero el armario sigue repleto de prendas extravagantes y olvidadas. Supongo que ya no son lo bastante estrafalarias para el rey supremo. Pero hay unas cuantas que son negras como la noche, y calzas con las que resultará cómodo moverse. Me meto en la cama de Cardan, y aunque temo que no voy a parar de dar vueltas por los nervios, me sorprendo al sumirme de inmediato en un sueño profundo y reparador.

Cuando me despierto bajo la pálida luz de la luna, me dirijo al armario y me visto con las prendas más austeras de Cardan: un jubón de terciopelo del que arranco las perlas que tiene en el cuello y los puños, junto con unas sencillas polainas lisas.

Me pongo de nuevo en marcha, sintiéndome un poco más segura. Cuando atravieso la cocina, no encuentro gran cosa en lo que se refiere a comida, salvo un cuscurro de pan duro que mordisqueo mientras avanzo entre la oscuridad.

El palacio de Elfhame es un montículo inmenso, donde la mayoría de las estancias importantes —incluida la gigantesca sala del trono— se encuentran bajo tierra. En la cumbre hay un árbol, sus raíces se adentran en el suelo hasta una profundidad que resultaría imposible si no hubiera magia de por medio. Justo por debajo del árbol, sin embargo, se localizan las pocas habitaciones que cuentan con finos paneles de cristal que dejan pasar la luz. Son estancias anticuadas, como aquella a la que Cardan prendió fuego, la misma donde Nicasia emergió del guardarropa para dispararle.

Esa habitación está ahora sellada, con las dobles puertas atrancadas para que no se pueda acceder al pasadizo que conecta con los aposentos reales. Sería imposible acceder desde el interior del palacio.

Pero yo voy a escalar la colina.

En silencio, con sigilo, me pongo en marcha; hinco mis dos cuchillos en la tierra y me impulso hacia arriba, calzando los pies en rocas y raíces; repito el proceso una y otra vez. Asciendo cada vez más. Veo murciélagos volando en círculos y me quedo inmóvil, confiando en que no sean espías de nadie. Un búho ulula desde un árbol cercano y me doy cuenta de la cantidad de cosas que

podrían estar observándome. Lo único que puedo hacer es apretar el paso. Ya casi he llegado a la primera hilera de ventanas cuando empiezo a flaquear.

Aprieto los dientes y trato de ignorar el temblor de las manos, la inestabilidad de mis pasos. Estoy jadeando, nada me gustaría más que concederme un descanso. Aunque estoy segura de que, si lo hago, se me agarrotarían los músculos y no sería capaz de reanudar la marcha. Sigo avanzando, aunque tengo todo el cuerpo dolorido.

Entonces hinco uno de los cuchillos en la tierra e intento impulsarme, pero me falta fuerza en el brazo. No puedo seguir. Miro hacia abajo, y contemplo la pendiente rocosa y empinada, las luces parpadeantes que rodean la entrada al burgo. Por un instante, se me nubla la vista y me pregunto qué pasaría si me soltara.

Pero eso es una estupidez. Lo que pasaría es que echaría a rodar por la colina, me golpearía la cabeza y quedaría herida de gravedad.

Me sujeto y avanzo a duras penas hacia los paneles de cristal. He consultado los mapas del palacio tantas veces que solo necesito asomarme a tres paneles para encontrar el apropiado. Al otro lado solo hay oscuridad, pero me pongo manos a la obra: pico el cristal con el cuchillo hasta que se resquebraja.

Me envuelvo la mano con la manga del jubón y me pongo a arrancar esquirlas. Después salto al interior oscurecido de los aposentos que abandonó Cardan. Las paredes y los muebles siguen apestando a humo y a vino agrio. Me abro camino a tientas hasta el guardarropa.

Desde allí resulta fácil acceder al pasadizo y recorrerlo con sigilo, para luego descender por la escalera de caracol hasta los aposentos reales.

Me cuelo en la habitación de Cardan. Aunque aún no haya amanecido, tengo suerte. No hay indicios de parranda en el cuarto. Nada de cortesanos dormitando sobre cojines o en la cama de Cardan. Me dirijo hacia el lugar donde está durmiendo y le presiono una mano sobre la boca.

Cardan se despierta, comienza a forcejear. Presiono con tanta fuerza que noto el roce de sus dientes.

Me agarra por el pescuezo y, por un instante, temo que me falte fuerza, que mi entrenamiento no haya sido suficiente. Entonces su cuerpo se relaja por completo, como si acabara de ver quién soy.

No debería relajarse tanto.

—Balekin me ha enviado a matarte —le susurro al oído.

Un escalofrío recorre su cuerpo, después me apoya una mano en la cintura.

Pero en lugar de apartarme, me empuja hacia la cama, haciendo rodar mi cuerpo por encima de él hasta dejarme tendida sobre la colcha bordada.

Le aparto la mano de la boca y me pongo nerviosa al verme aquí, en la cama nueva del nuevo rey supremo. Un lecho inapropiado para una humana como yo, junto a alguien que me aterroriza cuanto más me siento atraída por él.

—Balekin y Orlagh están planeando asesinarte —digo, ruborizada.

—Ya —replica con languidez—. Entonces, ¿por qué sigo vivo?

Advierto con timidez lo cerca que estamos el uno del otro. Recuerdo el momento en que me impulsó hacia él, medio dormido.

—Porque soy difícil de hechizar —respondo.

Cardan suelta una risita al oír eso. Alarga el brazo y me acaricia el pelo, después traza la curvatura de mi pómulo.

—Podría haberle dicho eso a mi hermano —añade, con una suavidad que me pilla desprevenida.

—Si no hubieras permitido que Madoc me prohibiera verte, podría haberte avisado antes. Tengo una información que no puede esperar.

Cardan niega con la cabeza.

—No sé de qué me hablas. Madoc me dijo que estabas descansando y que debíamos dejar que te curases.

—Entiendo. —Frunzo el ceño—. Y entre tanto, seguro que Madoc ocupó mi puesto como consejero tuyo. Dio orden a tus guardias de mantenerme alejada del palacio.

—Cambiaré sus órdenes —dice Cardan.

Se sienta en la cama. Está desnudo de cintura para arriba, su piel se tiñe de plata bajo el suave fulgor de las luces mágicas.

Sigue mirándome de un modo extraño, como si me viera por primera vez o como si creyera que no volverá a verme nunca.

—¿Cardan? —Su nombre me deja un regusto extraño en la lengua—. Ha venido a verme una representante de la Corte de las Termitas. Me contó algo…

—Lo que pidieron a cambio de tu libertad —me interrumpe—. Ya sé lo que vas a decir. Que fue una tontería aceptar sus condiciones. Que eso desestabiliza mi reinado. Que fue una prueba para mis debilidades y que no la superé. Incluso Madoc lo consideró como una traición hacia mis obligaciones, aunque sus alternativas no eran precisamente diplomáticas. Pero tú no conoces a Balekin y a Nicasia tanto como yo. Es mejor que piensen que eres importante para mí a que crean que pueden hacerte cualquier cosa sin que haya consecuencias.

Al pensar en cómo me trataron cuando pensaban que era valiosa, me estremezco.

—He estado dándole vueltas a la cabeza desde que desapareciste y hay algo que quiero decir. —Cardan adopta un gesto serio, demasiado para lo que suele ser habitual en él—. Cuando mi padre me echó de casa, al principio intenté demostrarle que yo no era como él se pensaba. Pero al ver que eso no funcionaba, intenté justo lo contrario. Si me consideraba mala persona, me volvía peor. Si me consideraba cruel, me convertía en alguien horrible. Vivía para colmar sus expectativas. Si no podía ganarme su favor, al menos me granjearía su ira.

»Balekin no sabía qué hacer conmigo. Me obligaba a asistir a sus bacanales, me obligaba a servir vino y comida para jactarse de su principito domesticado. Cuando crecí y se me agrió el carácter, empezó a gustarle tener a alguien a quien disciplinar. Sus decepciones se convirtieron en mis azotes, sus inseguridades en mis faltas. Y, aun así, él fue la primera persona que vio algo en mí que le gustó: a sí mismo. Balekin alentó mi crueldad, prendió toda mi rabia. Y yo empeoré.

»Traté mal a mucha gente, Jude. Incluida tú. No sabía si te deseaba o si quería perderte de vista para reprimir mis sentimientos, y eso me llevó a comportarme aún peor. Pero cuando te fuiste, cuando desapareciste bajo las olas, me odié a mí mismo más que en toda mi vida.

Me sorprenden tanto sus palabras que no paro de intentar buscarles la trampa. Es imposible que lo esté diciendo en serio.

—Puede que sea un necio, pero no soy tonto. Hay algo que te gusta de mí —dice, con un gesto pícaro que le ilumina el rostro, haciéndolo más reconocible—. ¿El desafío que supone? ¿Mis ojos bonitos? No importa, porque sé que hay más cosas que no te gustan. No puedo confiar en ti. Aun así, cuando desapareciste, tuve que tomar un montón de decisiones. Y las mejores que tomé fueron fruto de imaginarte a mi lado, Jude, dándome un puñado de órdenes absurdas que a pesar de todo he obedecido.

Me he quedado muda.

Cardan se ríe, me apoya una mano cálida en el hombro.

—O te he dejado pasmada o estás tan enferma como aseguraba Madoc.

Pero antes de que pueda responder —antes de que pueda pensar siquiera lo que voy a decir—, una ballesta me apunta de repente. Al otro lado se encuentra Cucaracha, seguido de Bomba, con dos puñales idénticos en las manos.

—La hemos seguido, majestad. Ha salido de casa de vuestro hermano y

viene a mataros. Por favor, salid de la cama —dice Bomba.

—Esto es ridículo —replico.

—Si eso es cierto, enséñame qué amuletos llevas —dice Cucaracha—. ¿Bayas? ¿Llevas siquiera algo de sal en los bolsillos? La Jude que conozco no iría por ahí desprotegida.

Tengo los bolsillos vacíos, desde luego, ya que Balekin los registró. Además, no necesito amuletos. Pero eso me deja en mal lugar para probar lo que digo. Podría contarles lo del *geis* de Dain, pero no tienen motivos para creerme.

—Por favor, salid de la cama, majestad —repite Bomba.

—Soy yo la que debería salir… Esta no es mi cama —digo, moviéndome hacia el pie.

—Quédate donde estás, Jude —me ordena Cucaracha.

Cardan sale de debajo de las sábanas. Está desnudo, lo cual me impacta en un primer momento, pero él se levanta y se pone una bata lujosamente bordada sin pudor aparente. Menea ligeramente su cola peluda de un lado a otro, con un gesto de fastidio.

—Jude me despertó —dice—. Si quisiera matarme, esa no sería la forma más lógica de proceder.

—Vacíate los bolsillos —me dice Cucaracha—. Veamos tus armas. Déjalo todo sobre la cama.

Cardan se acomoda en una silla, envuelto en su bata como si fuera una túnica real.

Llevo poca cosa. El cuscurro de pan; mordisqueado, pero sin terminar. Dos puñales, manchados de hierba y de tierra. Y el vial cerrado.

Bomba lo coge y me mira, meneando la cabeza.

—Vaya, vaya. ¿De dónde has sacado esto?

—Me lo dio Balekin —respondo, exasperada—. Intentó hechizarme para asesinar a Cardan, porque lo necesita muerto para convencer a Grimsen para que le fabrique su propia corona de Elfhame. Eso es lo que he venido a decirle al rey supremo. Os lo habría contado primero a vosotros, pero no pude acceder a la Corte de las Sombras.

Bomba y Cucaracha cruzan una mirada incrédula.

—Si de verdad estuviera hechizada, ¿os habría contado todo esto?

—Probablemente no —admite Bomba—. Pero como maniobra de distracción sería muy inteligente.

—Nadie puede hechizarme —les explico—. Forma parte de un trato que hice

con el príncipe Dain, a cambio de mis servicios como espía.

Cucaracha enarca las cejas. Cardan me lanza una mirada penetrante, como si estuviera convencido de que no puede salir nada bueno de ningún trato con Dain. O quizá simplemente le haya sorprendido saber que he sumado otro secreto a la lista.

—Ya me preguntaba yo qué se te pasó por la cabeza para mezclarte con unos parias como nosotros —dice Bomba.

—Ante todo, un propósito —respondo—, pero también la capacidad de resistirme a los hechizos.

—Puede que sigas mintiendo —dice Cucaracha. Se da la vuelta hacia Cardan —. Probadla.

—¿Cómo dices? —replica Cardan, incorporándose, y Cucaracha parece recordar de repente con quién está hablando de un modo tan informal.

—No seáis tan susceptible, majestad —dice Cucaracha, encogiéndose de hombros con una sonrisa—. No os estoy dando una orden. Lo que sugiero es que, si intentáis hechizar a Jude, podríamos descubrir la verdad.

Cardan suspira y se acerca hacia mí. Sé que esto es necesario. Sé que no quiere hacerme daño. Sé que no puede hechizarme. Y, aun así, retrocedo por acto reflejo.

—¿Jude? —pregunta.

—Adelante —respondo.

Percibo el sortilegio que impregna su voz: seductor, embriagador y más poderoso de lo que esperaba.

—Ven gateando hasta mí —dice con una sonrisa. La vergüenza le tiñe de rosa las mejillas.

Me quedo donde estoy, mirándolos a todos a la cara.

—¿Satisfechos?

Bomba asiente.

—No estás hechizada.

—Ahora decidme por qué debería fiarme de vosotros —les digo—. Fantasma vino a verme con Vulciber para conducirme a la Torre del Olvido. Insistió para que fuera sola, me condujo hasta el lugar donde planeaban capturarme, y sigo sin saber por qué. ¿Alguno de vosotros estaba compinchado con él?

—No supimos que Fantasma nos había traicionado hasta que fue demasiado tarde —dice Cucaracha.

Asiento con la cabeza.

—Vi cómo quedó la vieja entrada del bosque a la Corte de las Sombras.

—Fantasma activó algunos de nuestros explosivos. —Cucaracha señala con la cabeza hacia Bomba.

—Se desplomó parte del castillo, junto con la guarida de la Corte de las Sombras, por no mencionar las viejas catacumbas donde reposan los restos de Mab —dice Cardan.

—Llevaba tiempo planeándolo. Logré impedir que las consecuencias fueran más graves —explica Bomba—. Algunos logramos salir ilesos. Bocadragón está bien y te avistó escalando por la colina del palacio. Pero muchos salieron heridos de la explosión. Niniel, el *sluagh*, sufrió quemaduras graves.

—¿Y qué ha sido de Fantasma? —pregunto.

—Quién sabe —responde Bomba—. Se fue. No sabemos adónde.

Me repito que al menos Bomba y Cucaracha están bien, que las cosas habrían podido acabar mucho peor.

—Ahora que nos hemos puesto al día —dice Cardan—, debemos discutir qué vamos a hacer.

—Si Balekin cree que puede colarme en el baile de máscaras, dejemos que se centre en ese objetivo. Le seguiré el juego. —Hago una pausa y me doy la vuelta hacia Cardan—. También podría matarlo sin más.

Cucaracha me da una palmadita mientras se echa a reír.

—Lo hiciste bien, renacuaja, ¿lo sabías? Tu estancia en el mar te ha vuelto todavía más aguerrida.

Tengo que agachar la cabeza porque me sorprende lo mucho que quería oír a alguien decir eso. Cuando la vuelvo a levantar, descubro que Cardan me está mirando fijamente. Parece afligido.

Niego con la cabeza para impedir que diga lo que quiera que esté pensando.

—Balekin es el embajador del Inframar —dice al fin. Es lo mismo que le dije yo a Dulcamara. Me alegra que volvamos a centrarnos en el tema—. Orlagh le protege. Y ella tiene a Grimsen y un deseo inmenso de ponerme a prueba. Si su embajador fuera asesinado, se enfadaría mucho.

—Orlagh ya ha atacado a la superficie —le recuerdo—. El único motivo por el que no ha declarado la guerra es porque quiere conseguir toda la ventaja posible. Pero lo acabará haciendo. Así que debemos asestar el primer golpe.

Cardan niega con la cabeza.

—Balekin quiere verte muerto —insisto—. Grimsen lo ha puesto como

requisito para proporcionarle la corona.

—Deberías quedarte con las manos del herrero —dice Bomba—. Cortárselas a la altura de las muñecas para que no pueda causar más problemas.

Cucaracha asiente.

—Iré a verlo esta noche.

—Los tres tenéis la misma solución para cada problema. «Matar». Pero no todas las puertas se abren con la misma llave. —Cardan nos mira con severidad y alza una mano de largos dedos, con el anillo de rubí que me robó todavía presente en uno de ellos—. Alguien intenta traicionar al rey supremo, «matar». Alguien te mira mal, «matar». Alguien te falta al respeto, «matar». Alguien te destiñe la colada, «matar».

»Cuanto más os escucho, más me acuerdo de que me habéis despertado antes de tiempo. Voy a pedir un poco de té para mí y algo de comer para Jude, que está un poco pálida.

Cardan se levanta y envía a un sirviente a buscar queso, tortas de avena y dos teteras enormes, pero no permite que nadie más entre en la habitación. Él mismo trae la enorme bandeja de plata y madera tallada desde la puerta, luego la deposita sobre una mesita baja.

Estoy demasiado hambrienta como para resistirme a preparar un sándwich con las tortas y el queso. Tras comerme el segundo y regarlo con tres tazas de té, me siento mejor.

—El baile de máscaras se celebra mañana —dice Cardan—. Es en honor de lord Roiben, de la Corte de las Termitas. Ha venido desde muy lejos para echarme la bronca, así que deberíamos permitirle que lo haga. Y si el intento de asesinato de Balekin lo mantiene ocupado hasta después de eso, tanto mejor.

»»Cucaracha, si puedes llevarte a Grimsen a algún sitio donde no cause problemas, sería de gran ayuda. Ya es hora de que elija bando e hinque la rodilla ante uno de los contendientes en este jueguecito. Pero no quiero que Balekin muera.

Cucaracha bebe un sorbo de té y enarca una ceja poblada. Bomba lanza un sonoro suspiro. Cardan se da la vuelta hacia mí y añade:

—Desde que te secuestraron, he repasado todas las crónicas que he podido encontrar sobre la relación entre la tierra y el mar. Desde que la primera reina suprema, Mab, hizo emerger las islas de Elfhame de las profundidades, nuestros pueblos han batallado de vez en cuando, pero parece evidente que, si lucháramos a muerte, nadie saldría victorioso. Antes has dicho que crees que la reina Orlagh

está esperando a tener ventaja para declarar la guerra. En cambio, yo creo que quiere probar con un nuevo regente: uno al que espera poder engañar o reemplazar por otro que esté en deuda con ella. Orlagh me considera joven e incompetente, y quiere tomarme la medida.

—Entonces, ¿qué? —pregunto—. ¿Debemos elegir entre soportar sus jueguecitos, por mortíferos que sean, o embarcarnos en una guerra que no podemos ganar?

Cardan niega con la cabeza y se bebe otra taza de té.

—Vamos a demostrarle que no soy un rey supremo incompetente.

—¿Y eso cómo lo hacemos? —inquiero.

—Con mucha dificultad —responde—. Porque me temo que tiene razón.



No resultaría muy difícil sacar un vestido de mis aposentos, pero no quiero que Balekin deduzca que he entrado en el palacio. En vez de eso, me dirijo al Mercado de Mandrake, en la punta de Insmoor, a buscar algo apropiado para la mascarada.

He ido un par de veces al Mercado de Mandrake, las dos hace mucho tiempo y en compañía de Madoc. Es la clase de sitio del que Oriana nos decía a Taryn y a mí que nos mantuviéramos alejadas: un lugar repleto de feéricos ansiosos por hacer tratos. Solo abre los días de niebla por la mañana, cuando la mayoría de Elfhame está durmiendo, pero si no consigo encontrar un traje y una máscara allí, tendré que robarlos del guardarropa de algún cortesano.

Camino junto a los tenderetes, un poco revuelta por el olor de las ostras que se están ahumando sobre un lecho de algas. El olor me recuerda poderosamente al Inframar. Paso junto a bandejas de animales hechos con hilo de azúcar, pequeñas bellotas rellenas de vino, esculturas enormes talladas en cuernos y un puesto donde una mujer chepuda traza amuletos en las suelas de los zapatos con un cepillo. Me tiro un rato deambulando, pero al fin encuentro una colección de máscaras de cuero. Están clavadas a una pared y tienen un acabado muy

conseguido —con formas de animales extraños, duendes risueños o mortales malcarados—, pintadas de verde, dorado y cualquier otro color imaginable. Encuentro una que representa un rostro humano con gesto ceñudo.

—Me llevo esta —le digo a la tendera, una mujer alta con la espalda torcida. Me dedica una sonrisa deslumbrante.

—Senescal —dice, con un brillo de reconocimiento en los ojos—. Consideradla un regalo para vos.

—Eres muy amable —digo, un poco inquieta. Todos los obsequios tienen un precio, y yo ya estoy hasta el cuello de deudas—. Pero preferiría…

La tendera me guiña un ojo.

—Y cuando el rey supremo halague vuestra máscara, dejaréis que le fabrique una.

Asiento, aliviada de que quiera algo tan obvio. La mujer me quita la máscara, la deposita sobre la mesa y saca un cuenco de pintura de debajo de un mostrador.

—Dejad que le haga una pequeña modificación.

—¿Qué quieres decir?

La mujer saca un pincel.

—Para que se parezca más a vos.

Y con un par de pinceladas, la máscara se asemeja a mí. Me quedo mirándola y veo a Taryn.

—No olvidaré tu amabilidad —digo mientras la recojo.

Después me marcho y busco la tela ondulante que señaliza una tienda de ropa. En su lugar encuentro un encajero y me despisto entre un laberinto de videntes y fabricantes de pociones. Mientras intento encontrar el camino de vuelta, paso junto a un tenderete ocupado por una pequeña hoguera. Ante ella hay una bruja, sentada en un taburete.

La bruja remueve el caldero, del que emerge un aroma a hortalizas. Cuando me mira, la reconozco: es Madre Tuétano.

—¿Vienes a sentarte junto al fuego? —me dice.

Titubeo. No conviene ser grosero en Faerie, donde las leyes más importantes son las de cortesía, pero tengo prisa.

—Me temo que…

—Prueba la sopa —dice, al tiempo que coge un cuenco y lo empuja hacia mí —. Deja mejor regusto que alguien que yo me sé.

—Entonces, ¿por qué me la ofreces? —inquiero.

La bruja suelta una carcajada.

—Si no le hubieras costado a mi hija sus sueños, creo que te apreciaría. Siéntate. Come. Dime, ¿qué has venido a buscar al Mercado de Mandrake?

—Un vestido —respondo, y me siento junto al fuego. Cojo el cuenco, que está relleno con un líquido aguado y marrón que no resulta nada apetecible—. Tal vez deberías plantearte que a tu hija no le habría gustado tener a una princesa del mar como rival. Al menos, le he ahorrado esa molestia.

La bruja me escruta con la mirada.

—Y también se ahorró lidiar contigo.

—Hay quien lo consideraría una recompensa añadida — replico.

Madre Tuétano señala hacia la sopa, y yo, que no puedo permitirme más enemigos, me acerco el cuenco a los labios. El sabor me evoca un recuerdo que no alcanzo a concretar: tardes cálidas, chapoteos en la piscina y juguetes de plástico impulsados a puntapiés sobre la hierba parduzca propia de un jardín en verano. Los ojos se me cubren de lágrimas.

Quiero tirar la sopa al suelo.

Quiero bebérmela hasta no dejar ni gota.

—Eso te asentará —dice la bruja mientras yo contengo mis sentimientos y la fulmino con la mirada—. Respecto al vestido, ¿qué me darías a cambio de uno?

Me quito los pendientes de perlas del Inframar.

—¿Qué te parecen? A cambio del vestido y de la sopa.

Valen más que diez vestidos juntos, pero no quiero seguir regateando, y menos aún con Madre Tuétano.

Coge los pendientes, desliza los dientes sobre el nácar, después se los guarda en el bolsillo.

—No está mal.

Se saca una nuez de otro bolsillo y la sostiene ante mí.

Enarco las cejas.

—¿No te fías de mí, chiquilla? —pregunta.

—No mucho —replico, y ella suelta otra risotada.

Aun así, hay algo dentro de la nuez, y seguramente se trate de una especie de vestido, porque de lo contrario estaría incumpliendo los términos del acuerdo. Pero no pienso interpretar para ella el papel de mortal ingenua, exigiendo saber cómo funciona. Con esa idea en mente, me levanto.

—No me caes bien —dice la bruja, lo cual no es una sorpresa, aunque no resulta agradable oírlo—. Pero los feéricos marinos me gustan todavía menos.

Tras esa despedida, cojo la nuez y la máscara y emprendo el camino de

vuelta desde Insmire hasta Villa Fatua. Contemplo las olas que nos rodean, el océano que se expande en todas direcciones con sus incansables olas, cubiertas de espuma. Al respirar, noto un regusto salado en la garganta, y al caminar, evito las pozas que deja la marea, repletas de cangrejos diminutos.

Parece imposible enfrentarse a algo tan vasto. Parece absurdo creer que podemos ganar.



Balekin está sentado en una silla, cerca de las escaleras, cuando entro en Villa Fatua.

—¿Y dónde dices que has pasado la noche? —inquiere, con un tono insinuante.

Me acerco a él y le enseño mi nueva máscara.

—Preparando mi disfraz.

Balekin asiente, hastiado otra vez.

—Puedes ir a prepararte —dice, señalando hacia las escaleras con languidez.

Subo. No sé qué habitación pretende que utilice, pero vuelvo a entrar en la de Cardan. Allí me doy un baño. Después me siento en la alfombra, ante la chimenea apagada, y abro la nuez. Del interior emerge un tejido de muselina de color albaricoque, en cantidades ingentes. Sacudo el vestido. Tiene una cintura de corte imperio y unas amplias mangas fruncidas que se originan justo por encima del codo, dejando los hombros al aire. El vestido se extiende hasta el suelo, formando una cascada de pliegues amontonados.

Cuando me lo pruebo, me doy cuenta de que el tejido es el complemento perfecto para mi complexión, aunque nada podrá disimular mi extrema delgadez. Da igual lo bien que me siente el vestido, no puedo reprimir la sensación de que no está hecho para mí. Pese a todo, me servirá para esta noche.

No obstante, mientras me lo ajusto, me doy cuenta de que el vestido tiene varios bolsillos secretos. Guardo el veneno en uno de ellos. En otro escondo el puñal más pequeño que tengo.

Después intento adecentarme. Encuentro un peine entre las pertenencias de Cardan y trato de arreglarme el pelo. No tengo nada con qué recogérmelo, así que lo dejo suelto sobre mis hombros. Me enjuago la boca. Después me pruebo la máscara y vuelvo con Balekin.

De cerca, lo más probable es que quienes me conozcan bien sepan quién soy, pero por lo demás creo que podré pasar desapercibida entre la multitud.

Cuando Balekin me ve, su única reacción visible es de impaciencia. Se pone en pie.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

A veces, mentir me reporta un placer exquisito.

Me saco el vial del bolsillo y respondo:

—Fui espía del príncipe Dain. He formado parte de la Corte de las Sombras. Puedes confiar en mí para que mate a tu hermano.

Mi respuesta dibuja una sonrisa en sus labios.

—Cardan fue un ingrato al encarcelarme. Tendría que haberme ofrecido un sitio a su lado. Tendría que haberme nombrado senescal. Y por encima de todo, tendría que haberme dado la corona.

No digo nada, pensando en el niño al que vi en el cristal. El niño que seguía confiando en que alguien le acabaría queriendo. Aún le doy vueltas a lo que dijo Cardan, cuando admitió aquello en lo que se ha convertido desde entonces: «Si me consideraba mala persona, me volvía peor».

Qué bien conozco ese sentimiento.

—Lamentaré la pérdida de mi hermano pequeño —dice Balekin, que parece un poco más animado al pensar eso—. Quizá no llore a los demás, pero sí haré que se compongan canciones en honor de Cardan. Solo él será recordado.

Pienso en la exigencia de Dulcamara para matar al príncipe Balekin, en que fue él quien ordenó el ataque contra la Corte de las Termitas. Puede que también fuera el responsable de que Fantasma colocara esos explosivos en la Corte de las Sombras. Lo recuerdo bajo el mar, exultante en su poder. Pienso en todo lo que ha hecho, en todo lo que pretende hacer, y me alegro de ir enmascarada.

—Vamos —dice, y los dos salimos por la puerta.



Solo a Locke se le ocurriría la ridícula idea de organizar una mascarada para un asunto de Estado tan serio como recibir a lord Roiben tras un ataque contra su territorio. Y, aun así, cuando entro en el burgo cogida del brazo de Balekin, eso es justo lo que me encuentro. Duendes y *grigs*, ninfas y elfos haciendo cabriolas en una maraña interminable de danzas circulares. El hidromiel fluye libremente de unos cuernos y las mesas están abarrotadas de cerezas, grosellas, granadas y ciruelas maduras.

Me separo de Balekin y me dirijo al estrado vacío, buscando a Cardan entre la multitud, pero no lo veo por ninguna parte. En su lugar diviso una cabellera blanca como la sal. Cuando me encuentro a medio camino de la comitiva de la Corte de las Termitas, me cruzo con Locke. Me doy la vuelta hacia él.

—Intentaste matarme.

Se sobresalta. Tal vez no recuerde la cojera que lució durante el día de su boda, pero sin duda tuvo que enterarse de que vi los pendientes que llevaba Taryn. Tal vez, como las consecuencias tardaban tanto en llegar, pensó que no llegarían a producirse.

—No iba en serio —replica, e intenta cogerme de la mano mientras esboza una sonrisa ridícula—. Solo quería darte un susto, igual que tú me lo diste mí.

Aparto los dedos para zafarme de él.

—Ahora no puedo perder el tiempo contigo, pero te aseguro que esto no va a quedar así.

Taryn, ataviada con un precioso vestido de fiesta con miriñaque —azul como un huevo de petirrojo y bordado con delicadas rosas, rematado con una máscara de encaje que le cubre los ojos—, se acerca hacia nosotros.

—¿Qué es lo que no va a quedar así?

Locke enarca las cejas, después le pasa un brazo por los hombros a su esposa.

—Tu hermana gemela está enojada conmigo. Tenía pensado hacerte un regalo, pero fui yo el que te lo dio en su lugar.

Su afirmación es tan precisa que resulta difícil contradecirle, sobre todo

teniendo en cuenta la suspicacia con la que me está mirando Taryn.

—¿Qué regalo? —inquiere.

Debería contarle lo de los jinetes, decirle que le oculté lo de la pelea en el bosque porque no quería estropearle el día de su boda. Debía hablarle de los pendientes que perdí, explicarle que abatí a uno de los jinetes y que le lancé un puñal a su esposo. Debería contarle que, tanto si lo tenía planeado de antemano como si no, Locke estaba dispuesto a dejarme morir.

Pero si le digo todo eso, ¿me creerá?

Mientras intento decidir cómo reaccionar, lord Roiben se planta frente a nosotros y me escruta con sus brillantes ojos plateados.

Locke inclina la cabeza. Mi hermana ejecuta una elegante reverencia y yo la imito lo mejor posible.

—Es un honor —dice Taryn—. He escuchado muchas de vuestras baladas.

—No puede decirse que sean mías —replica—. Y son muy exageradas. Aunque la sangre sí rebota en el hielo. Ese verso es cierto.

Mi hermana parece incómoda por un instante.

—¿Habéis traído a vuestra consorte?

—Ah, te refieres a Kaye. Ella también aparece en muchas de esas baladas, ¿verdad? No, me temo que esta vez no ha venido. Nuestra última visita a la Corte Suprema no fue como le prometí que sería.

Dulcamara dijo que estaba herida de gravedad, pero lord Roiben se está cuidando de decirlo. Interesante. No ha dicho una sola mentira, pero sí ha tejido una red de evasivas.

—La coronación —dice Taryn.

—Así es —prosigue Roiben—. No fue el retiro tranquilo que imaginábamos.

Taryn sonríe un poco al oír eso y lord Roiben se da la vuelta hacia mí.

—¿Puedes disculpar a Jude? —le pregunta a mi hermana—. Tenemos asuntos acuciantes que tratar.

—Por supuesto —dice ella, y Roiben me saca de allí, en dirección a uno de los rincones más oscuros del salón.

—¿Kaye está bien? —le pregunto.

—Sobrevivirá —responde con gravedad—. ¿Dónde está el rey supremo?

Vuelvo a examinar el salón, dirigiendo la mirada hacia el estrado y el trono vacío.

—No lo sé, pero vendrá. Ayer mismo expresó su arrepentimiento por tus pérdidas, y también su deseo de hablar contigo.

—Los dos sabemos quién estuvo detrás de ese ataque —dice Roiben—. El príncipe Balekin está resentido conmigo por haber empleado mi posición y mi influencia para apoyaros, a ti y a tu principito, cuando le conseguiste la corona.

Asiento. Me alegra que se muestre tan sereno.

—Me hiciste una promesa —añade—. Es el momento de confirmar si los mortales sois fieles a vuestra palabra.

—Arreglaré la situación —le prometo—. Encontraré un modo de enmendarlo.

El rostro de lord Roiben está sereno, pero sus ojos plateados no, y me veo obligada a recordar que su camino al trono estuvo plagado de asesinatos.

—Hablaré con tu rey supremo, pero si no me ofrece una reparación, me veré obligado a cumplir con mi deber.

Y dicho esto, se marcha envuelto en el aleteo de su larga capa.

El salón está repleto de cortesanos que ejecutan intrincados pasos de baile: un corro que se comprime, se divide en tres y se vuelve a formar. Diviso a Locke y a Taryn entre la multitud, juntos, bailando. Taryn se sabe todos los pasos.

«Tarde o temprano tendré que hacer algo con Locke, pero no será esta noche».

Madoc entra en la sala, con Oriana del brazo. Va vestido de negro, ella de blanco. Parecen piezas de ajedrez en extremos opuestos del tablero. Detrás de ellos aparecen Mikkel y Randalin. Tras echar un vistazo rápido a la estancia, diviso a Baphen hablando con una mujer cornuda que tardo un rato en reconocer. Cuando lo hago, pego un respingo.

Es lady Asha. La madre de Cardan.

Sabía que fue cortesana —lo vi en la esfera de cristal del escritorio de Eldred —, pero ahora es como si la estuviera viendo por primera vez. Lleva puesto un vestido con una falda que deja al descubierto sus tobillos, bajo los que asoman unos zapatitos confeccionados de tal forma que parecen hojas. El vestido imita los colores del otoño y está salpicado de hojas y brotes de tela. Se ha pintado las puntas de los cuernos con cobre y lleva puesta una diadema del mismo material. No es una corona, pero lo parece.

Cardan no me ha dicho nada sobre ella, pero han tenido que reconciliarse de alguna manera. Por lo visto, su hijo la ha perdonado. Mientras otro cortesano la saca a bailar, me asalta la incómoda certeza de que logrará adquirir influencia y poder en poco tiempo, y que no hará nada bueno con ninguno de ellos.

—¿Dónde está el rey supremo? —pregunta Nihuar.

No había visto a la representante luminosa hasta que no la he tenido al lado, así que me sobresalto.

—¿Cómo voy a saberlo? —inquiero—. Ni siquiera he podido entrar al palacio hasta hoy.

Es entonces cuando Cardan accede por fin a la sala. Le preceden dos miembros de su guardia personal, que se alejan de él en cuanto terminan de escoltarlo hasta el burgo.

Al momento, Cardan se desploma. Se queda despatarrado en el suelo, envuelto en su lujosa toga real, después empieza a reírse. Se carcajea sin parar, como si acabara de ejecutar la acrobacia más asombrosa de su vida.

Es obvio que está borracho. Muy pero que muy borracho.

Se me encoge el corazón. Cuando miro a Nihuar, tiene el rostro mudo de expresión. Incluso Locke, que observa la escena desde la pista de baile, parece desconcertado.

Entretanto, Cardan se levanta y arranca un laúd de manos de un perplejo duende músico. Se encarama con equilibrio precario a una mesa alargada.

Rasgueando las cuerdas, comienza a entonar una canción tan soez que la corte entera deja de bailar para escucharla entre risitas nerviosas. Después, todos a una, se suman a la locura. Los cortesanos de Faerie no conocen la timidez. Empiezan a bailar de nuevo, al compás de la canción del rey supremo.

Yo no tenía ni idea de que supiera tocar.

Cuando termina la canción, Cardan se cae de la mesa y aterriza aparatosamente de costado. La corona se ladea hacia delante y queda colgando sobre uno de sus ojos. Los guardias corren a ayudarle a levantarse del suelo, pero él los rechaza.

—¿Qué te ha parecido esto para romper el hielo? —le pregunta a lord Roiben, aunque lo cierto es que ya se conocen de antes—. Habrás comprobado que no soy un monarca aburrido.

Miro a Balekin, que esboza una sonrisita de satisfacción. Lord Roiben luce un rostro pétreo, indescifrable. Miro de reojo a Madoc, que observa a Cardan con aversión mientras este se recoloca la corona.

Con gesto adusto, Roiben retoma sin mucha convicción el asunto que le ha traído hasta aquí:

—Majestad, he venido a pediros que me permitáis vengar a mi pueblo. Nos han atacado y ahora deseamos responder.

Conozco a mucha gente incapaz de actuar con humildad, pero lord Roiben lo

consigue con mucha elegancia.

Aun así, cuando miro a Cardan, comprendo que no servirá de nada.

—Dicen que eres un especialista en masacres. Supongo que querrás alardear de tus habilidades.

Cardan ondea un dedo hacia Roiben. El rey oscuro hace una mueca al ver ese gesto. Una parte de él querría alardear de ello ahora mismo, pero no hace ningún comentario.

—Sin embargo, debes abstenerte de hacerlo —dice Cardan—. Me temo que has recorrido un largo trecho para nada. Al menos, tenemos vino.

Lord Roiben proyecta su plateada mirada sobre mí, con una amenaza latente.

Esto no está yendo como yo esperaba.

Cardan ondea una mano hacia una mesa repleta de viandas. Las mondas de las frutas se marchitan y unas cuantas estallan, desperdigando semillas y sobresaltando a los cortesanos más próximos.

—Yo también he estado practicando mis habilidades —dice Cardan con una carcajada.

Me dirijo hacia él, con intención de interceder, cuando Madoc me agarra de la mano, frunciendo los labios.

—¿Esto está saliendo según tu plan? —inquiere en voz baja—. Llévatelo de aquí.

—Lo intentaré —respondo.

—Ya he esperado bastante —replica, mirándome fijamente con sus ojos felinos—. Haz que tu títere renuncie al trono en favor de tu hermano o afronta las consecuencias. No te lo volveré a pedir. Es ahora o nunca.

Bajo la voz para equipararla a la suya:

—¿Después de prohibirme el acceso al palacio?

—Estabas enferma —replica.

—Trabajar contigo siempre será trabajar para ti —digo—. Así que no cuentes con ello.

—¿De verdad serías capaz de anteponer a ese a tu propia familia? —se burla, mirando de reojo a Cardan, antes de volver a centrarse en mí.

Tuerzo el gesto, pero por mucha razón que tenga, en el fondo se equivoca.

—Tanto si me crees como si no, esto lo hago por mi familia —replico, y le apoyo una mano en el hombro a Cardan, confiando en poder sacarlo de la estancia sin que la situación se tuerza todavía más.

—¡Vaya! —exclama—. Mi querida senescal. Vamos a dar una vuelta por el

salón.

Me agarra y me empuja hacia la zona de baile. Apenas puede mantenerse en pie. Tres veces se tropieza y otras tantas tengo que sujetarlo para mantenerle derecho.

—Cardan —le reprendo—. Este comportamiento es impropio de un rey supremo.

Se ríe al oír eso. Pienso en lo serio que se puso anoche, en sus aposentos, y en lo poquísimo que se parece ahora a esa persona.

—Cardan —lo intento de nuevo—. No hagas esto. Te ordeno que entres en razón. Te ordeno que no bebas más alcohol y que trates de serenarte.

—Sí, mi dulce villana, mi venerada diosa. Me quedaré tan sobrio como una estatua de piedra. En cuanto pueda…

Y dicho esto, me besa en la boca.

Siento una amalgama de emociones al mismo tiempo. Estoy furiosa con él; furiosa y resignada a que sea un rey supremo fracasado, corrompido, frívolo y tan débil como esperaba Orlagh. Luego está la naturaleza pública del beso; realizar este numerito delante de la corte también resulta desconcertante. Nunca ha querido mostrar en público su atracción por mí. Tal vez pueda revertirlo, pero ahora mismo, se ha destapado el pastel.

Sin embargo, también experimento cierta flojera, porque he soñado con sus besos durante todo el tiempo que he pasado en el Inframar. Y ahora que siento el roce de sus labios, me entran ganas de hincarle las uñas en la espalda.

Cardan desliza la lengua sobre mi labio superior, su sabor me resulta familiar y embriagador.

Sabe a baya espectral.

No está borracho. Le han envenenado.

Me aparto y le miro a los ojos. Esos ojos que conozco bien, negros, con ribetes dorados. Tiene las pupilas dilatadas.

—Mi dulce Jude. Eres mi penitencia más preciada.

Se aleja de mí danzando y enseguida vuelve a caer al suelo, riendo, y despliega los brazos como si quisiera abrazar el salón entero.

Contemplo la escena con perplejidad y espanto.

Alguien ha envenenado al rey supremo, que se pondrá a reír y a bailar hasta la muerte, delante de una corte que alternará entre el regocijo y la aversión. Le considerarán un fantoche mientras se le detiene el corazón.

Intento concentrarme. Antídotos. Tiene que haber alguno. Agua, desde

luego, para depurar el organismo. Arcilla. Bomba seguro que conoce alguno más. Miro en derredor para buscarla, pero lo único que veo es una eufórica maraña de cortesanos. Así que me doy la vuelta hacia uno de los guardias y le digo:

—Ve a buscar un cubo, un puñado de mantas y dos garrafas de agua, y déjalo todo en mis aposentos. ¿Entendido?

—A sus órdenes —dice, y se da la vuelta para dar indicaciones a los demás caballeros.

Vuelvo a centrarme en Cardan, que, como cabría esperar, ha tomado la peor dirección posible. Va directo hacia los consejeros Baphen y Randalin, que están junto a lord Roiben y su escolta, Dulcamara, tratando sin duda de serenar la situación.

Veo los rostros de los cortesanos, el brillo que despiden sus ojos mientras le observan con una especie de ávido desdén.

Observan a Cardan mientras alza una garrafa de agua y la inclina para derramar su contenido sobre su risueña boca hasta que se atraganta.

—Disculpadnos —digo, cogiéndole del brazo.

Dulcamara responde con desprecio:

—Hemos venido desde muy lejos para mantener audiencia con el rey supremo. No debería marcharse tan pronto.

«Le han envenenado». Tengo esas palabras en la punta de la lengua cuando oigo que Balekin dice:

—Me temo que el rey supremo no está en sus cabales. Creo que le han envenenado.

Y entonces, demasiado tarde, comprendo la argucia.

—Tú —me dice—. Vacíate los bolsillos. Eres la única de los presentes que no está limitada por un juramento.

Si estuviera hechizada de verdad, tendría que haber sacado el vial. Y en cuanto la corte lo viera y encontrara dentro la baya espectral, mis protestas no habrían servido de nada. Al fin y al cabo, los mortales somos mentirosos por naturaleza.

—Esta borracho —replico, y me alegro al ver la cara de pasmo de Balekin —. No obstante, tú tampoco respondes ante ningún juramento, embajador. O, mejor dicho, no respondes ante la superficie.

—¿He bebido demasiado? Pero si solo he tomado una copa de veneno para desayunar y otra durante la cena —bromea Cardan.

Le fulmino con la mirada, pero no digo nada más mientras me lo llevo a rastras.

—¿Adónde lo lleváis? —pregunta uno de los guardias—. Majestad, ¿deseáis marcharos?

—Todos bailamos al compás que marca Jude —responde, riendo.

—Pues claro que no quiere irse —dice Balekin—. Ocúpate de tus asuntos, senescal, y deja que yo cuide de mi hermano. Esta noche tiene obligaciones que cumplir.

—Mandaré llamarte si se requiere tu presencia —le digo, intentando zanjar la cuestión de una vez.

Se me acelera el corazón. Llegado el caso, no sé si alguno de los presentes se pondría de mi parte.

—Jude Duarte, apártate del rey supremo —me ordena Balekin.

Al oír eso, Cardan se espabila un poco. Noto como se esfuerza para concentrarse.

—No, no te separes de mi lado —replica.

Y como nadie puede contradecirle, ni siquiera en este estado, al fin puedo largarme de aquí con él.

Cargo con todo el peso del rey supremo mientras avanzamos a través de los pasadizos del palacio.



Capítulo 28

La guardia personal del rey supremo nos sigue desde lejos. Varias preguntas bullen en mi cerebro: ¿cómo le habrán envenenado? ¿Quién le hizo llegar la sustancia ingerida? ¿Cuándo pasó?

Tras toparme con un sirviente en el pasillo, envío unos mensajeros en busca de Bomba, y, si no logran encontrarla, de un alquimista.

—Te pondrás bien —afirmo.

—Eso debería consolarme —replica, apoyándose en mí—. Pero cuando un mortal dice algo así, no es lo mismo que cuando lo decimos los feéricos, ¿verdad? Para ti es un ruego. Una forma de canalizar tu esperanza. Dices que me pondré bien porque temes que no será así.

Durante un rato, me quedo callada.

—Te han envenenado —digo finalmente—. Lo sabes, ¿verdad?

Cardan no se sobresalta.

—Ah —dice—, Balekin.

No digo nada, me limito a sentarlo frente al fuego en mis aposentos, con la espalda apoyada en el sofá. Cardan parece fuera de lugar, sus lujosas prendas

contrastan con la humilde alfombra, con el rostro pálido y un rubor febril en las mejillas.

Cardan alarga un brazo y presiona mi mano sobre su rostro.

—Resulta irónico, ¿verdad?, que me haya burlado tanto de tu mortalidad cuando es obvio que vas a sobrevivirme.

—No te vas a morir —insisto.

—Ay, ¿cuántas veces habré deseado que no pudieras mentir? Nunca tanto como ahora.

Se inclina hacia un lado, yo agarro una garrafa de agua y lleno un vaso. Se lo acerco a los labios.

—Bebe todo lo que puedas.

Cardan no responde y parece quedarse dormido.

—No. —Le doy unas palmaditas en la mejilla, incrementando la fuerza hasta que se asemeja a una bofetada—. Tienes que mantenerte despierto.

Abre los ojos. Tiene la voz pastosa.

—Solo me dormiré un ratito.

—A no ser que quieras acabar como Severin de Fairfold, encerrado en una urna de cristal durante siglos mientras los mortales hacen cola para sacarse fotos con su cuerpo, tendrás que espabilarte.

Cardan adopta una postura más erguida.

—Está bien —dice—. Cuéntame algo.

—Esta noche he visto a tu madre —respondo—. Iba muy emperifollada. La última vez que la vi estaba en la Torre del Olvido.

—¿Y te estás preguntando si me olvidé de ella? —replica, airado, y me alegra comprobar que está prestando suficiente atención como para soltar una de sus típicas insolencias.

—Me alegra ver que estás de humor para burlas.

—Espero que el humor sea lo último que pierda. Venga, háblame de mi madre.

Intento pensar en algo que no sea completamente negativo. Opto por la opción más neutral:

—La primera vez que la vi, no supe quién era. Quería darme información a cambio de que la sacara de la torre. Y tenía miedo de ti.

—Mejor —dice Cardan.

Enarco las cejas.

—Entonces, ¿cómo acabó formando parte de tu corte?

—Supongo que aún le guardo cierto cariño —admite.

Le sirvo más agua y se la bebe más despacio de lo que me gustaría. Le relleno el vaso en cuanto puedo.

—Hay muchas preguntas que me gustaría poder hacerle a mi madre —admito.

—¿Qué le preguntarías? —Cardan atropella las palabras, pero consigue que resulten inteligibles.

—Por qué se casó con Madoc —digo, y señalo hacia el vaso; Cardan obedece y se lo lleva a la boca—. Si lo amaba, por qué lo abandonó, y si fue feliz en el mundo de los humanos. Si de verdad mató a una mujer y escondió su cuerpo entre los restos chamuscados de la fortaleza original de Madoc.

Cardan parece sorprendido.

—Siempre olvido esa parte de la historia.

Creo que ha llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Tú tienes preguntas como esas para tu padre?

—¿Por que soy como soy? —Su tono de voz deja patente que está diciendo algo que cree que yo podría preguntar, y no algo que él se plantee realmente—. No existe una respuesta clara, Jude. ¿Por qué fui cruel con los feéricos? ¿Por qué me porté tan mal contigo? Porque podía. Porque me gustaba. Porque, por un momento, cuando estaba en el auge de mi maldad, me sentí poderoso, mientras que la mayor parte del tiempo me sentía indefenso, a pesar de ser un príncipe, hijo del rey supremo de Faerie.

—Eso es una respuesta —replico.

—¿Tú crees? —Y después añade—: Deberías irte.

—¿Por qué? —pregunto, molesta.

Para empezar, estamos en mi cuarto. Y para rematar, estoy intentando mantenerle con vida. Cardan me mira con solemnidad y dice:

—Porque voy a vomitar.

Agarro el cubo y Cardan me lo quita de las manos, su cuerpo se convulsiona por completo con la fuerza del vómito. Los contenidos de su estómago emergen en forma de hojas apelmazadas. Me estremezco, no sabía que la baya espectral provocara eso.

Alguien llama a la puerta, me acerco a abrir. Es Bomba, jadeante. La dejo entrar, ella pasa de largo junto a mí, va directa hacia Cardan.

—Toma —dice, sacando un pequeño vial—. Es arcilla. Puede ayudar a eliminar y contener las toxinas.

Cardan asiente y coge el vial, después engulle el contenido con una mueca.

—Sabe a tierra.

—Porque lo es —le informa Bomba—. Y hay algo más. Dos cosas, en realidad. Grimsen ya no estaba en su fragua cuando fuimos a capturarlo. Debemos temernos lo peor: que está con Orlagh.

»También me han dado esto. —Se saca una nota del bolsillo—. Es un mensaje de Balekin. Está escrito con muchos rodeos, pero lo que viene a decir es esto: te ofrece el antídoto, Jude, si a cambio le entregas la corona.

—¿La corona? —Cardan abre los ojos. Debió de cerrarlos sin que yo me diera cuenta.

—Quiere que la lleves a los jardines, cerca de los rosales —dice Bomba.

—Y… ¿qué pasará si no le administramos el antídoto? —pregunto.

Bomba apoya el reverso de la mano sobre la mejilla de Cardan.

—Es el rey supremo de Elfhame, puede hacer uso de la fortaleza de la tierra. Pero ya está muy debilitado. Y no creo que sepa cómo hacerlo. ¿Majestad?

Cardan la mira con gesto de incomprensión.

—¿Qué quieres decir? Acabo de probar un bocado de tierra siguiendo tus indicaciones.

Pienso en lo que está diciendo Bomba, en lo que sé sobre los poderes del rey supremo.

«Sin duda habrás advertido que, desde que comenzó su reinado, las islas han cambiado. Las tormentas se desatan más rápido. Los colores se han vuelto más vividos, los olores más penetrantes».

Pero todo eso lo hizo sin querer. Estoy convencida de que no fue consciente de cómo cambiaba la tierra para amoldarse a él.

«Contempla a tus súbditos —me dijo durante una fiesta, hace meses—. Es una lástima que ninguno sepa quién los gobierna en realidad».

Si Cardan no se considera el genuino rey supremo de Elfhame, si se impide el acceso a su propio poder, será por mi culpa. Si la baya espectral lo mata, pesará sobre mi conciencia.

—Conseguiré ese antídoto —afirmo.

Cardan se quita la corona y se queda mirándola un instante, como si no se explicara cómo ha llegado a sus manos.

—Si la pierdes, esta corona no llegará a manos de Oak. Aunque admito que, si muero, el asunto de la sucesión se complicaría.

—Ya te lo he dicho —replico—. No vas a morir. Y no pienso coger esa

corona.

Me voy al cuarto del fondo y reordeno el contenido de mis bolsillos. Me pongo una capa con una amplia capucha y una máscara nueva. Estoy tan furiosa que me tiemblan las manos. Han utilizado baya espectral, a la que antaño fui invulnerable, gracias a un meticuloso proceso de mitridatismo. Si hubiera podido mantener las dosis, tal vez habría conseguido engañar a Balekin, tal y como lo hice una vez con Madoc. Pero tras mi encarcelamiento en el Inframar, cuento con una ventaja menos y con un riesgo más alto. He perdido mi inmunidad. Soy tan vulnerable al veneno como Cardan.

—¿Te quedarás con él? —le pregunto a Bomba, y ella asiente.

—No —replica Cardan—. Ella irá contigo.

Niego con la cabeza.

—Bomba sabe de pociones. Sabe de magia. Puede asegurarse de que no empeores.

Cardan me ignora y la coge de la mano.

—Liliver, como rey tuyo que soy, te lo ordeno —dice con gran dignidad, para tratarse de alguien que está tirado en el suelo, al lado del cubo en el que acaba de vomitar—. Ve con Jude.

Me doy la vuelta hacia Bomba, pero su gesto me confirma que no le va a desobedecer. Hizo un juramento e incluso le ha revelado su nombre. Cardan es su rey.

—Qué mal me caes —susurro, refiriéndome a uno de ellos, o puede que a los dos.

Prometo que encontraré el antídoto pronto, pero eso no hace que me resulte más fácil marcharme cuando sé que la baya espectral podría pararle el corazón. Cardan nos sigue con la mirada hasta la puerta, con las pupilas dilatadas, aferrado todavía a la corona.



Balekin está en el jardín, tal y como prometió, cerca de un florido arbusto cargado de rosas azules y plateadas. Cuando llego allí, percibo varias figuras no muy lejos de donde nos encontramos, cortesanos que han salido a dar un paseo nocturno. Eso significa que no podrá atacarme, pero yo tampoco a él.

Al menos, no sin que se enteren los demás.

—Eres una tremenda decepción —me suelta.

El comentario me pilla tan desprevenida que me echo a reír.

—Lo dices porque no estaba hechizada. Sí, entiendo que te haya sentado mal.

Balekin me fulmina con la mirada, pero ni siquiera tiene a Vulciber a su lado para amenazarme. Tal vez crea que por ser el embajador del Inframar se ha vuelto intocable.

Lo único que puedo pensar es que ha envenenado a Cardan, me ha hechizado y ha alentado a Orlagh para atacar a la superficie. Estoy temblando de rabia, pero intento contener esa furia para cumplir con lo que he venido a hacer.

—¿Me has traído la corona? —inquiere.

—La tengo cerca —miento—. Pero antes de entregarla, quiero ver el antídoto.

Balekin se saca un vial de la chaqueta, muy parecido al que me dio, que extraigo a mi vez de mi bolsillo.

—Me habrían ejecutado si me hubieran encontrado en posesión de este veneno —digo, meneándolo—. Eso es lo que pretendías, ¿verdad?

—Aún es posible que te ejecuten —replica.

—Te contaré lo que vamos a hacer. —Le quito el tapón al frasco—. Voy a beberme el veneno y después me darás el antídoto. Si funciona conmigo, traeré la corona y la intercambiaré por el frasco. Si no, supongo que moriré, pero la corona se perderá para siempre. Tanto si Cardan sobrevive como si no, la corona está tan bien escondida que no podrás encontrarla.

—Grimsen puede forjarme otra —replica Balekin.

—Si eso es cierto, ¿qué hacemos aquí?

Balekin pone una mueca y me planteo la posibilidad de que el pequeño herrero no esté con Orlagh después de todo. Puede que haya desaparecido tras haberse afanado por conseguir que nos enzarzáramos entre nosotros.

—Tú me robaste esa corona —dice Balekin.

—Cierto —admito—. Y te la entregaré, pero no a cambio de nada.

—No puedo mentir, mortal. Si digo que te daré el antídoto, eso es lo que

haré. Con mi palabra es suficiente.

Le fulmino con la mirada.

—Todo el mundo sabe que hay que estar alerta al negociar con un feérico. Hasta el último suspiro que sale por vuestra boca es engañoso. Si de verdad tienes el antídoto, ¿qué más te da permitir que me envenene? Seguro que te encantaría verlo.

Balekin me escruta con la mirada. Imagino que estará cabreado porque no estoy hechizada. Supongo que tuvo que improvisar a toda prisa cuando salí de la sala del trono con Cardan a cuestas. ¿Tendría el antídoto preparado desde el principio? ¿Pensaba que podría convencer a Cardan para que le coronase? ¿Era tan arrogante como para creer que el consejo no se interpondría en su camino?

—Está bien —dice al fin—. Una dosis de antídoto para ti y el resto para Cardan.

Quito el tapón del frasco que me dio y me bebo el contenido de un trago, con una mueca muy marcada. Vuelvo a sentirme furiosa al pensar en lo mala que me puse tomando dosis ínfimas de veneno. Y todo para nada.

—¿Notas los efectos de la baya espectral en tu sangre? En tu caso serán más rápidos que con uno de los nuestros. Y has ingerido una dosis considerable.

Balekin me observa con un gesto tan feroz que se le nota que le encantaría dejarme aquí para que me muriera. Si pudiera justificar su marcha, lo haría. Por un momento, le creo capaz de hacerlo.

Entonces se acerca hacia mí y quita el tapón del frasco que lleva en la mano.

—Por favor, no pienses que te lo voy a dejar en la mano —dice—. Abre la boca como un pajarito y te administraré una dosis. Después me entregarás la corona.

Obediente, abro la boca y dejo que me vierta ese líquido espeso, amargo y meloso en la lengua. Me aparto de él, recuperando la distancia entre los dos, asegurándome de acercarme a la entrada del palacio.

—¿Satisfecha? —pregunta.

Escupo el antídoto en el frasco de cristal, el mismo que me dio y que antaño contenía la baya espectral. Sin embargo, hasta hace apenas unos instantes, lo único que contenía era agua.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

Vuelvo a tapar el frasco y se lo arrojo a Bomba, que lo caza al vuelo. Entonces desaparece, mientras Balekin me mira boquiabierto.

—¿Qué has hecho? —inquiere.

—Te la he jugado —respondo—. Una pequeña distracción. Tiré tu veneno y enjuagué el vial. Sigues olvidando que me crie aquí, así que es peligroso hacer tratos conmigo. Además, como puedes ver, soy capaz de mentir. Y, tal y como me recordaste hace mucho, no ando sobrada de tiempo.

Balekin desenfunda su espada. Tiene una hoja fina y larga. Me extrañaría que fuera la que utilizaba para luchar con Cardan en su habitación del torreón, pero quién sabe.

—Estamos en público —le recuerdo—. Y sigo siendo la senescal del rey supremo.

Balekin mira en derredor, captando las miradas de los demás cortesanos que pululan por los alrededores.

—Dejadnos solos —les grita.

No se me había ocurrido que pudiera hacer algo así, pero Balekin está acostumbrado a ser un príncipe. Está acostumbrado a que le obedezcan.

Y efectivamente, los cortesanos parecen fundirse entre las sombras, despejan la zona para dar pie a un duelo que definitivamente no deberíamos disputar. Me meto la mano en el bolsillo y rozo la empuñadura de un puñal. Su alcance no tiene nada que ver con el de una espada. Tal y como me ha explicado Madoc en más de una ocasión: «Una espada es un arma de guerra, un puñal es un arma para asesinar». Mejor tener un puñal que estar desarmada, pero ojalá llevara encima a Noctámbula.

—¿Me estás proponiendo un duelo? —pregunto—. No creo que quieras deshonrar tu nombre cuando estamos tan desequilibrados en cuestión de armamento.

—¿Quieres que me crea que tienes siquiera un ápice de honor? —inquiere, y siento decir que no le falta razón—. Eres una cobarde. Tanto como el hombre que te crio.

Balekin avanza un paso hacia mí, dispuesto a liquidarme, le da igual que vaya armada o no.

—¿Madoc? —Desenfundo el puñal. No es pequeño, pero sigue siendo menos de la mitad de largo que el arma con la que me está apuntando.

—Fue Madoc el que propuso atacar durante la coronación. Su plan consistía en que, una vez nos quitásemos de en medio a Dain, Eldred optaría por coronarme a mí. Todo fue idea suya, pero él siguió siendo el gran general y yo acabé en la Torre del Olvido. ¿Y acaso movió un dedo para ayudarme? No.

Inclinó la cabeza ante mi hermano, al que desprecia. Y tú eres igual que él: estás dispuesta a suplicar, a arrastrarte y a rebajarte con tal de conseguir poder.

Dudo que subir a Balekin al trono formara parte del verdadero plan de Madoc, por más que se lo hiciera creer a él, pero eso no resta contundencia a sus palabras. Me he pasado la vida entera rebajándome con la esperanza de poder encontrar un sitio aceptable en Elfhame, y después, cuando llevé a cabo el mayor golpe de Estado imaginable, tuve que disimular mis habilidades más que nunca.

—No —replico—. Eso no es cierto.

Balekin parece sorprendido. Incluso en la Torre del Olvido, cuando estaba prisionero, me tocó permitir que Vulciber me golpeara. En el Inframar, fingí no tener dignidad alguna. ¿Por qué debería él pensar que tengo una visión de mí misma diferente a la suya?

—Fuiste tú el que inclinó la cabeza ante Orlagh y no ante tu propio hermano —digo—. Tú eres el cobarde y el traidor. Un asesino de tu propia estirpe. Y lo peor de todo, eres un necio.

Balekin enseña los dientes y avanza hacia mí, y yo, que hasta ahora siempre había fingido sumisión, recuerdo cuál es mi talento más problemático: sacar de quicio a los feéricos.

—Adelante —dice—. Huye como la cobarde que eres.

Retrocedo un paso.

«Mata al príncipe Balekin». Pienso en las palabras de Dulcamara, pero no escucho su voz. Escucho la mía propia, ronca a causa del agua marina, aterrorizada, asolada por el frío y la soledad.

Evoco las palabras que pronunció Madoc hace mucho tiempo: «¿Qué es una refriega, sino un juego de estrategia en versión acelerada?».

El objetivo de una pelea no es que resulte elegante. Es ganar.

Me encuentro en desventaja frente a su espada, en clara desventaja. Y sigo debilitada a causa de mi cautiverio en el Inframar. Balekin puede mantenerse rezagado y tomárselo con calma, mientras que yo no podré sortear su espada. Me hará pedazos, estocada tras estocada. Mi mejor opción es reducir la distancia cuanto antes. Tengo que eludir su defensa, y no cuento con el lujo de tomarle la medida antes de hacerlo. Tengo que hacer que se precipite.

Y solo tengo una oportunidad para conseguirlo.

El corazón me palpita en los oídos.

Balekin se abalanza sobre mí. Yo empuño el cuchillo con la mano derecha y lo golpeo contra la base de su espada, después le agarro del antebrazo con la otra

mano y se lo retuerzo, como si quisiera desarmarle. Balekin trata de zafarse. Entonces le acerco el puñal al pescuezo.

—¡Espera! —grita Balekin—. Me rin…

Mi brazo y la hierba quedan salpicados de sangre arterial. El plasma centellea sobre mi puñal. Balekin se desploma y queda tendido en el suelo.

Todo sucede muy deprisa.

Demasiado.

Me gustaría experimentar alguna reacción. Me gustaría temblar o sentir náuseas. Me gustaría ser una de esas personas que rompen a llorar. Me gustaría ser cualquier cosa menos lo que soy: la persona que mira a su alrededor para confirmar que nadie la haya visto, que restriega su puñal en la tierra, se limpia la mano en la ropa de Balekin y sale de allí antes de que lleguen los guardias.

«Eres una asesina de primera», dijo Dulcamara.

Cuando miro atrás, Balekin todavía tiene los ojos abiertos, con la mirada perdida.



Cardan está sentado en el sofá. El cubo ha desaparecido, también Bomba. Me mira con una sonrisa lánguida.

—Vaya. Has vuelto a ponerte el vestido.

Lo miro sin comprender. Me cuesta pensar en algo que no sean las consecuencias de lo que acabo de hacer, incluido el tener que contárselo a Cardan. Pero el vestido que llevo puesto ahora es el mismo que llevaba antes, el que saqué de la nuez que me dio Madre Tuétano. Ahora tiene una mancha de sangre en una manga, pero por lo demás es el mismo.

—¿Ha ocurrido algo? —vuelvo a preguntar.

—No lo sé —responde, desconcertado—. ¿Ha pasado? He accedido a lo que me pediste. ¿Tu padre está a salvo?

¿Lo que le pedí?

¿Mi padre?

Madoc. Claro. Madoc me amenazó, estaba asqueado con Cardan. Pero ¿qué habrá hecho y qué tendrá que ver con mi vestido?

—Cardan —digo, intentando mantener la calma.

Me acerco al sofá y me siento. No es pequeño, pero Cardan tiene las piernas estiradas encima, cubiertas por una manta y apoyadas sobre unos cojines. Por más lejos que me siente de él, me sigue pareciendo demasiado cerca.

—Tienes que contarme qué ha ocurrido. Hace una hora que no paso por aquí.

Cardan parece preocupado.

—Bomba regresó con el antídoto —me explica—. Dijo que no tardarías en volver. Yo estaba muy mareado, y entonces entró un guardia, diciendo que había una emergencia. Bomba fue a ver qué pasaba. Y entonces entraste tú, tal y como dijo Bomba que pasaría. Dijiste que tenías un plan…

Cardan me mira, como si estuviera esperando a que le cuente el resto de la historia, la parte en la que yo participé. Pero, obviamente, no recuerdo nada de eso.

Al cabo de un rato, cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Taryn.

—No lo entiendo —digo, porque es verdad que no entiendo nada.

—Tu plan era que tu padre se llevara la mitad del ejército, pero para que pudiera actuar con autonomía, era preciso liberarlo de su juramento hacia la corona. Llevabas puesto uno de tus jubones, de esos que te pones siempre. Y esos pendientes tan raros. Uno con forma de luna y otro de estrella.

Cardan niega con la cabeza. A mí me entra un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

De pequeñas, en el mundo mortal, Taryn y yo intercambiábamos nuestras identidades para gastarle bromas a nuestra madre. Incluso en Faerie, a veces fingíamos ser quien no éramos para ver hasta dónde podíamos llegar. ¿Un profesor notaría la diferencia? ¿Y Oriana? ¿Y Madoc? ¿Y Oak? ¿Y qué me dices del majestuoso príncipe Cardan?

—Pero ¿cómo logró que accedieras? —inquiero—. Ella no tiene ningún poder. Pudo hacerse pasar por mí, pero no pudo obligarte a…

Cardan apoya la cabeza sobre los largos dedos de sus manos.

—No tuvo que darme ninguna orden, Jude. No necesitó usar magia. Confío en ti. Confiaba en ti.

Y yo confiaba en Taryn.

Mientras yo estaba asesinando a Balekin, mientras Cardan estaba

envenenado y desorientado, Madoc aprovechó para mover sus fichas contra la corona. Contra mí. Y lo hizo con la ayuda de su hija Taryn.



El rey supremo es conducido de vuelta a sus aposentos para que descanse. Arrojo mi vestido ensangrentado al fuego, me pongo una bata y empiezo a hacer planes. Si ninguno de los cortesanos me vio la cara antes de que Balekin los ahuyentara, es posible que, al ir envuelta en mi capa, no me hayan identificado. Y, por supuesto, siempre puedo mentir. Pero la cuestión de cómo eludir la culpa por el asesinato del embajador del Inframar palidece frente a la cuestión de qué hacer con Madoc.

Con la mitad del ejército fuera y en manos del general, si Orlagh decidiera atacar, no se me ocurre cómo repelerla. Cardan tendrá que nombrar cuanto antes a otro gran general.

Y tendrá que informar a las cortes inferiores de la deserción de Madoc para asegurarse de que no hable en nombre del rey supremo. Tiene que haber una forma de atraer de vuelta a Madoc hasta la Corte Suprema. Es orgulloso, pero pragmático. Puede que la respuesta radique en algo relacionado con Oak. Tal vez implique dejar de ocultar mis esperanzas de que Oak gobierne. Estoy pensando en todo eso cuando alguien llama a la puerta.

Aparece una mensajera, una chica de piel violácea con un uniforme real.

—El rey supremo requiere vuestra presencia. Debo conduciros hasta sus aposentos.

Inspiro una bocanada trémula. Puede que nadie me haya visto, pero seguro que Cardan se lo imagina. Sabe a quién fui a ver y lo mucho que tardé en volver de esa reunión. Vio una mancha de sangre en mi manga. «Eres tú quien le da órdenes al rey supremo, no al revés», me recuerdo, pero sin convicción.

—Deja que me cambie —replico.

La mensajera niega con la cabeza.

—El rey insistió en que os pidiera que vengáis de inmediato.

Cuando llego a los aposentos reales, me encuentro a Cardan solo, vestido con sencillez, sentado en un asiento que asemeja un trono. Está pálido y sus ojos aún despiden un brillo excesivo, como si quedaran restos de veneno en su sangre.

—Siéntate, por favor —me dice.

Así lo hago, con tiento.

—Hace tiempo, me hiciste una propuesta —añade—. Ahora tengo una para ti. Devuélveme mi voluntad. Devuélveme mi libertad.

Tomo aliento. Me ha pillado desprevenida, aunque supongo que no debería sorprenderme. Nadie quiere estar bajo el control de otra persona, aunque el equilibrio de poder entre nosotros, bajo mi punto de vista, ha virado entre uno y otro, a pesar de su juramento. Darle órdenes a Cardan ha sido como sujetar un cuchillo por la punta y en equilibrio, algo casi imposible y sin duda peligroso. Aun así, renunciar a ello supondría renunciar a cualquier atisbo de poder. Supondría renunciar a todo.

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

Cardan no parece especialmente desalentado ante mi negativa.

—Escúchame. Lo que tú quieres de mí es obediencia durante más de un año y un día. Ya ha pasado la mitad de ese tiempo. ¿Estás lista para subir a Oak al trono?

Me quedo callada un instante, esperando que Cardan lo haya planteado como una pregunta retórica. Cuando queda claro que no es así, niego con la cabeza.

—Así que planeabas prolongar mi juramento. Pero ¿cómo pensabas hacerlo?

De nuevo, no tengo respuesta. Ninguna convincente, al menos.

Ahora le toca sonreír a él.

—Pensabas que yo no tenía nada con lo que negociar.

Ya he cometido otras veces la equivocación de subestimar a Cardan, y temo que lo he vuelto a hacer.

—¿Acaso hay algún acuerdo posible? —inquiero—. ¿Si lo que yo quiero es que repitas tu juramento, durante al menos otro año, o incluso una década, y lo que tú quieres es que rescinda el juramento por completo?

—Tu padre y tu hermana me engañaron —dice Cardan—. Si Taryn me hubiera dado una orden, habría sabido que no eras tú. Pero estaba enfermo y cansado y no quería rechazarte. Ni siquiera te pregunté tus motivos, Jude. Quería demostrarte que puedes confiar en mí, que no hace falta que me des órdenes para que haga las cosas. Quería demostrarte que confiaba en que lo tenías todo bien pensado. Pero esa no es forma de gobernar. Y tampoco es una confianza verdadera, cuando alguien puede ordenarte que hagas algo a pesar de todo.

»Faerie ha sufrido mucho mientras nos enzarzábamos entre nosotros. Tú intentabas obligarme a hacer lo que considerabas que era preciso llevar a cabo, y si no nos poníamos de acuerdo, la única solución era manipularnos el uno al otro. Eso no funcionaba, pero sencillamente porque darse por vencido no es la solución. No podemos seguir así. Lo de hoy es prueba de ello. Necesito tomar mis propias decisiones.

—Hace tiempo dijiste que no te importaba escuchar mis órdenes.

Cardan ni siquiera sonríe al escuchar mi comentario. En vez de eso, gira la cabeza, como si no pudiera sostenerme la mirada.

—Razón de más para no permitirme ese lujo. Me convertiste en rey supremo, Jude. Deja que ejerza como tal.

Me cruzo de brazos a modo de gesto defensivo.

—¿Y qué seré yo? ¿Tu sirvienta?

Detesto que tenga razón, porque no puedo concederle lo que me pide. No puedo echarme a un lado, con Madoc ahí fuera y tantas amenazas pendientes. Aun así, no puedo evitar recordar lo que dijo Bomba acerca de que Cardan no sabe cómo invocar su conexión con la tierra. O lo que dijo Cucaracha, acerca de que Cardan se considera un espía haciéndose pasar por monarca.

—Cásate conmigo —dice—. Conviértete en la reina de Elfhame.

Me embarga una especie de conmoción gélida, como si alguien hubiera contado un chiste especialmente cruel y yo fuera el blanco de sus bromas. Como si alguien se hubiera asomado a mi corazón y hubiera visto el deseo más ridículo e infantil que contiene para luego usarlo contra mí.

—No puedes hacer eso.

—Sí que puedo —replica—. Los reyes y reinas solo suelen casarse por alguna alianza política, cierto, pero considéralo como una versión de eso. Y si

fueras reina, no necesitarías contar con mi obediencia. Podrías dar órdenes por tu propia cuenta. Y yo quedaría libre.

No puedo evitar pensar cómo hace escasos meses me afanaba por conseguir un sitio en la corte, depositando mis confianzas en el título de caballero, que ni siquiera conseguí.

La ironía de que sea Cardan —que insistía en que no había sitio para mí en Faerie— el que me ofrezca esto hace que resulte aún más abrumador.

—Además —prosigue—, tampoco tendríamos por qué seguir casados para siempre. Los matrimonios entre reyes y reinas deben prolongarse mientras gobiernen, pero en nuestro caso, eso no será mucho tiempo. Solo hasta que Oak tenga edad suficiente para reinar, suponiendo que eso sea lo que quiera. Podrías cumplir todas tus ambiciones por el ínfimo precio de librarme de mi voto de obediencia.

El corazón me late tan fuerte que temo que me vaya a dar un patatús.

—¿Hablas en serio? —alcanzo a decir.

—Por supuesto. Y con sinceridad.

Busco la trampa, porque este tiene que ser uno de esos tratos feéricos que parecen una cosa, pero luego resultan ser algo muy distinto.

—Déjame adivinar: ¿quieres que te libere de tu voto a cambio de la promesa de casarte conmigo? Pero luego el matrimonio se celebrará en el mes de nunca jamás, cuando la luna salga por el oeste y las mareas fluyan hacia atrás.

Cardan niega con la cabeza, riendo.

—Si accedes, me casaré contigo esta noche —dice—. Ahora, incluso. Aquí mismo. Intercambiamos votos y listo. Esto no es un matrimonio mortal, que requiere testigos y alguien que lo presida. No puedo mentir. No puedo negarte.

—No falta mucho para que concluya tu juramento —replico, porque la idea de tomar todo lo que me ofrece (la idea de que podría no solo formar parte de la corte, sino también dirigirla) resulta tan tentadora que cuesta no aceptarla sin más, sin importar las consecuencias—. No creo que la perspectiva de estar vinculado a mí durante unos pocos meses más te resulte tan dura como para atarte a mí durante años.

—Como he dicho antes, pueden pasar muchas cosas en un año y un día. Ya ha pasado de todo en la mitad de tiempo.

Nos quedamos callados un rato mientras intento pensar. Durante los últimos siete meses, me ha atormentado la pregunta de qué pasaría al cabo de un año y un día. Esto es una solución, pero no parece nada práctica. Es fruto de una

ensoñación absurda, concebida mientras dormitaba en un valle cubierto de musgo, demasiado bochornosa como para confesársela siquiera a mis hermanas.

Las chicas mortales no se convierten en reinas de Faerie.

Me imagino cómo sería tener mi propia corona, mi propio poder. Quizá no tendría que temer enamorarme de él. Quizá estaría bien. Quizá no tendría que seguir asustada de todas esas cosas que me han dado miedo desde pequeña: miedo a sentirme mermada, menoscabada, hundida. Tal vez podría adquirir un poquito de magia.

—Sí —digo, pero me falla la voz. Solo exhalo aliento—. Sí.

Cardan se inclina hacia delante en su asiento, con las cejas enarcadas, pero no con su acostumbrado gesto arrogante. No logro descifrar su expresión.

—¿A qué estás accediendo?

—Está bien —respondo—. Lo haré. Me casaré contigo.

Cardan me lanza una sonrisa mordaz.

—No creí que te supondría un sacrificio tan grande.

Exasperada, me dejo caer sobre el sofá.

—Eso no es lo que quería decir.

—Casarse con el rey supremo de Elfhame se considera un premio, un honor al alcance de muy pocos.

Supongo que su sinceridad puede durar un tiempo, pero no eternamente. Pongo los ojos en blanco, aliviada de que vuelva a ser el Cardan de siempre; así puedo fingir mejor que no estoy sobrecogida por lo que está a punto de pasar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Pienso en la boda de Taryn y en la parte de la ceremonia que no presenciamos. También pienso en la boda de mi madre, en los votos que debió pronunciar ante Madoc, y de repente me asalta un escalofrío que espero que no sea premonitorio.

—Es muy sencillo —dice, y se desplaza hacia el borde del asiento—. Tenemos que pronunciar el voto de fidelidad. Yo lo haré primero… a no ser que prefieras esperar. A lo mejor te imaginabas algo más romántico.

—No —me apresuro a responder, reacia a admitir que haya podido imaginarme algo relacionado con el matrimonio.

Cardan se saca del dedo mi anillo de rubí.

—Yo, Cardan, hijo de Eldred, rey supremo de Elfhame, te tomo a ti, Jude Duarte, pupila mortal de Madoc, para que seas mi esposa y mi reina. Que

nuestro matrimonio se prolongue hasta que decidamos lo contrario y hayamos transferido la corona.

Mientras habla, me pongo a temblar con una mezcla de miedo y esperanza. Las palabras que está pronunciando son tan trascendentales que me parecen surrealistas, sobre todo aquí, en los aposentos de Eldred. Parece como si el tiempo se hubiera detenido. En lo alto, las ramas comienzan a echar brotes, como si la mismísima tierra hubiera escuchado sus palabras.

Cogiéndome de la mano, Cardan me pone el anillo. El intercambio de anillos no es un ritual feérico, así que me pilla desprevenida.

—Te toca —dice para romper el silencio. Me sonríe—. Confío en que cumplas tu palabra y me liberes de mi voto de obediencia después de esto.

Le devuelvo la sonrisa, algo que quizá compense que me haya quedado paralizada cuando terminó de hablar. Sigo sin poder creer que esto esté pasando. Mi mano se pone tensa al contacto con la suya mientras hablo:

—Yo, Jude Duarte, tomo a Cardan, rey supremo de Elfhame, como mi esposo. Que nuestro matrimonio se prolongue hasta que decidamos lo contrario y hayamos transferido la corona.

Cardan besa la cicatriz de la palma de mi mano.

Aún tengo sangre de su hermano bajo las uñas.

No tengo ningún anillo que ofrecerle.

En lo alto, los brotes están floreciendo. Su aroma inunda la estancia.

Retrocedo un paso y hablo de nuevo, alejando cualquier pensamiento relacionado con Balekin, con ese futuro en el que tendré que contarle a Cardan lo que he hecho.

—Cardan, hijo de Eldred, rey supremo de Elfhame, renuncio a toda orden sobre ti. Quedas exento de tu voto de obediencia, ahora y para siempre.

Cardan suspira y se levanta, tambaleándose un poco. No consigo asimilar la idea de que ahora soy… Ni siquiera puedo pensarlo. Esta noche han sucedido demasiadas cosas.

—Tienes pinta de necesitar un descanso. —Me levanto para asegurarme de que, si se cae, pueda agarrarlo antes de que se golpee contra el suelo, aunque no sé si tendré fuerzas suficientes.

—Iré a acostarme —dice, dejando que le guíe hasta su inmensa cama. Una vez allí, no me suelta la mano—. Si tú te acuestas a mi lado.

No tengo motivos para negarme, así que me acuesto, lo cual incrementa la sensación de irrealidad. Mientras me estiro sobre la lujosa colcha bordada, me

doy cuenta de que he encontrado algo mucho más blasfemo que repantigarme sobre el lecho del rey supremo, mucho más blasfemo que llevar el sello de Cardan en el dedo o incluso que sentarme en el mismísimo trono.

Me he convertido en la reina de Faerie.



Intercambiamos besos en la oscuridad, difuminados por el cansancio. No contaba con quedarme dormida, pero así es, y abrazada a Cardan. Es el primer sueño plácido del que disfruto desde que regresé del Inframar. Me despierto cuando alguien llama a la puerta.

Cardan ya está levantado, jugueteando con el vial de arcilla que trajo Bomba, pasándoselo de mano en mano. Aún sigue vestido, su aspecto desaliñado no hace sino darle un aire disoluto. Me envuelvo con más fuerza en mi bata. Me da apuro que resulte tan obvio que hemos compartido cama.

—Majestad —dice un caballero que actúa como mensajero—. Vuestro hermano ha muerto. A causa de un duelo, según hemos podido determinar.

—Vaya —dice Cardan.

—Y ha venido la reina del Inframar. —Al caballero le tiembla la voz—. Exige justicia por la muerte de su embajador.

—Ya, cómo no. —Cardan emplea un tono seco, entrecortado—. En fin, no podemos hacerla esperar. Tú. ¿Cómo te llamas?

El caballero titubea.

—Rannoch, majestad.

—Sir Rannoch, reúne a un grupo de caballeros para escoltarme hasta la orilla. Esperad en el patio.

—Pero el general… —comienza a decir.

—Está ausente en estos momentos —concluye Cardan por él.

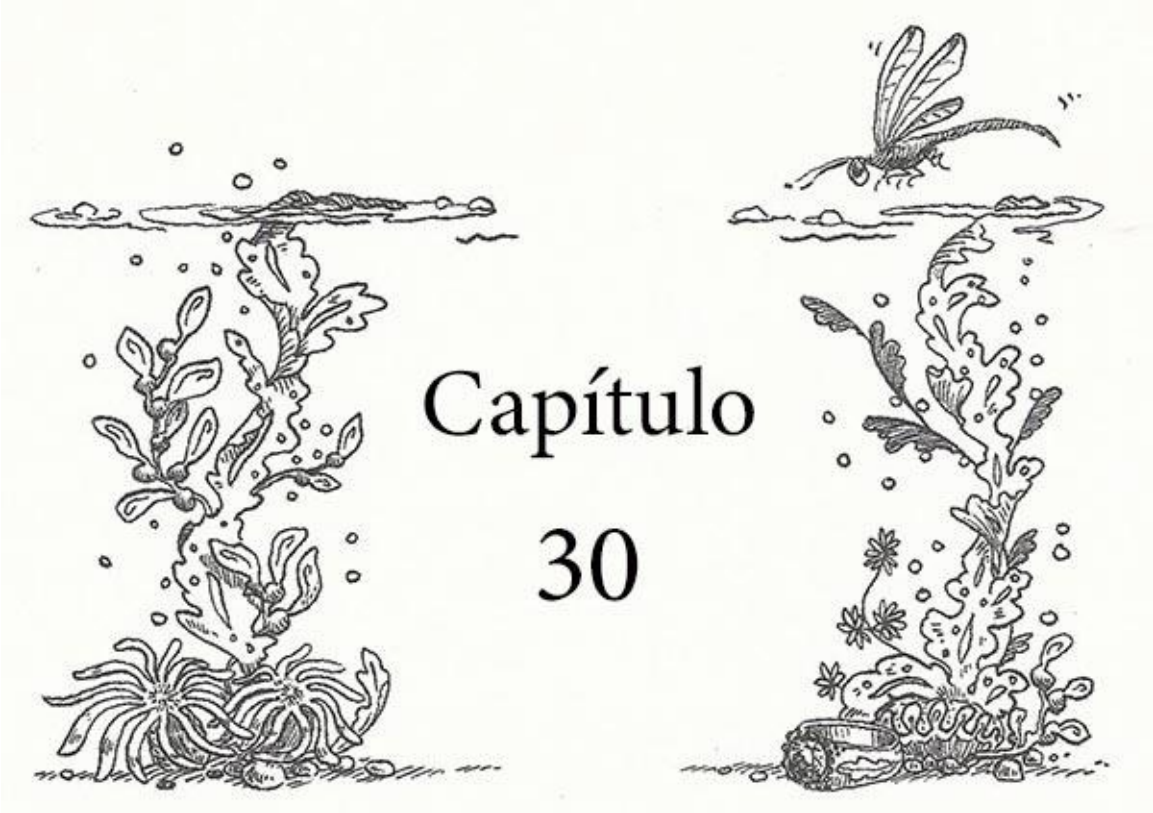
—A sus órdenes —dice el caballero.

Oigo como se cierra la puerta y Cardan rodea la esquina, con gesto altanero.

—En fin, esposa mía —dice con un tono gélido—, parece que tu dote incluía al menos un secreto más. Ven, debemos vestirnos para nuestra primera audiencia en común.

Se me encoge el corazón, pero no hay tiempo para explicaciones. Tampoco es que haya ninguna convincente.

Recorro los pasillos a toda prisa, envuelta en mi bata. De regreso en mis aposentos, cojo mi espada y mis prendas de terciopelo, mientras me pregunto qué implicará el estatus que acabo de adquirir y qué hará Cardan ahora que no lo tengo bajo mi control.



Orlagh nos espera junto a un océano embravecido, acompañada por su hija y un puñado de caballeros a lomos de focas, tiburones y toda clase de criaturas marinas con dientes afilados. Ella va montada en una orca, ataviada como si estuviera preparada para la guerra. Tiene el cuerpo cubierto por unas relucientes escamas plateadas que, a pesar de su aspecto metálico, parecen surgir de su propia piel. Su melena queda oculta bajo un yelmo hecho con huesos y dientes.

Nicasia está a su lado, subida en un tiburón. Hoy no tiene cola, sino unas largas piernas cubiertas por una concha a modo de armadura.

A lo largo de la orilla hay varios puñados de algas marinas, como si los hubiera arrastrado una tormenta. Me parece ver más cosas en el agua. El lomo de una criatura inmensa, que nada bajo las olas. El cabello de mortales ahogados, desplegándose como las plantas del lecho marino. Los efectivos del Inframar son más numerosos de lo que parece a simple vista.

—¿Dónde está mi embajador? —inquiere Orlagh—. ¿Dónde está tu hermano?

Cardan está montado en su corcel gris, vestido con prendas negras y una capa escarlata. A su lado hay dos docenas de soldados a caballo, además de Mikkel y Nihuar. Durante el trayecto hasta aquí, intentaron averiguar qué había planeado Cardan, pero él se negó a revelar sus intenciones, y, lo que más me preocupa, tampoco me las ha revelado a mí. Desde que se enteró de la muerte de Balekin, apenas ha dicho nada y ha evitado mirarme. Tengo revuelto el estómago por culpa de la ansiedad.

Cardan mira a Orlagh con una frialdad que es fruto —y lo sé por experiencia — de la furia o del miedo. En este caso, posiblemente de ambos.

—Sabes de sobra que está muerto.

—Era responsabilidad tuya mantenerlo a salvo —dice Orlagh.

—¿De veras? —pregunta Cardan con una perplejidad exagerada, llevándose una mano al pecho—. Creía que mi obligación era no emprender ninguna acción contra él, pero no protegerlo de las consecuencias de los riesgos que él mismo corrió. Según tengo entendido, se batió en duelo con alguien. Y los duelos, como sin duda sabrás, son peligrosos. Pero ni yo lo asesiné, ni alenté que lo hicieran. De hecho, fue más bien al contrario.

Intento que mi rostro no delate nada de lo que estoy sintiendo ahora mismo.

Orlagh se inclina hacia delante, como si percibiera sangre en el agua.

—No deberías permitir tal desobediencia.

Cardan se encoge de hombros con gesto despreocupado.

—Es posible.

Mikkel se revuelve sobre su montura. Está visiblemente incómodo con la forma de hablar de Cardan, tan a la ligera, como si estuviera manteniendo una conversación amistosa y Orlagh no hubiese venido a arrebatarle su poder, a debilitar su reinado. Y si supiera que Madoc ha desaparecido, atacaría de inmediato.

Al mirar a la reina del Inframar, al mirar la sonrisita de Nicasia y esos ojos extraños y húmedos de las selkies y los tritones, me siento indefensa. He renunciado a darle órdenes a Cardan y a cambio he conseguido su voto matrimonial. Pero como nadie lo sabe, cada vez da más la impresión de que nunca hubiera ocurrido.

—He venido a exigir justicia. Balekin era mi embajador, y si no consideras que estuviera bajo tu protección, yo sí lo considero bajo la mía. Debes entregar a su asesina al mar, donde se la juzgará sin clemencia. Entréganos a tu senescal, Jude Duarte.

Por un momento, me cuesta respirar. Es como si estuviera ahogándome de nuevo.

Cardan enarca las cejas. Responde con la misma ligereza de antes:

—Pero si acaba de regresar del mar.

—Entonces, ¿no niegas su crimen? —pregunta Orlagh.

—¿Por qué debería? —replica Cardan—. Si fue Jude la que se batió en duelo con Balekin, no hay duda de que ganaría ella. Mi hermano se creía un experto con la espada, lo cual era una tremenda exageración de sus habilidades. Pero es cosa mía castigarla o no, según lo estime conveniente.

Detesto que hablen de mí como si no estuviera delante, cuando cuento con el voto matrimonial de Cardan. Pero que su reina haya matado a un embajador no hace sino agravar el problema.

Orlagh no me mira ni una sola vez. Dudo que le importe otra cosa que no sea pensar que Cardan cedió muchas cosas a cambio de mi regreso, así que, al amenazarme, cree que podrá conseguir más.

—No he venido aquí para entablar un combate dialéctico, rey de la superficie. Tengo la sangre fría y prefiero las espadas. Antaño, te consideré como un compañero para mi hija, que es lo más valioso del mar. Ella habría negociado una paz verdadera entre nosotros.

Cardan mira a Nicasia, y aunque Orlagh le ha dejado pie para que responda, durante un buen rato no dice nada. Y cuando lo hace, se limita a decir:

—Al igual que tú, no se me da bien perdonar.

Algo cambia en los ademanes de la reina Orlagh.

—Si lo que quieres es una guerra, no sería buena idea declararla en una isla.

A su alrededor, el oleaje se vuelve más violento, la capa blancuzca de espuma se incrementa. Se forman remolinos a escasa distancia de la orilla, cada vez más hondos, que solo se disipan para formar otro nuevo.

—¿Una guerra? —Cardan la mira como si hubiera dicho un disparate que le hubiera molestado—. ¿De verdad pretendes que me crea que quieres pelear? ¿Me estás desafiando a un duelo?

Es obvio que la está provocando, pero no se me ocurre con qué finalidad.

—¿Y si así fuera? —inquiere Orlagh—. ¿Qué pasaría, muchacho?

Una sonrisa voluptuosa se dibuja en los labios de Cardan.

—Debajo de cada pedacito de tu mar hay tierra. Un terreno inestable y volcánico. Si te enfrentas a mí, te enseñaré de qué es capaz este muchacho, mi señora.

Cardan extiende la mano y algo comienza a alzarse hacia la superficie del agua que nos rodea, una especie de masa pálida. Es arena. Arena flotante.

Entonces, alrededor de la Corte del Inframar, el agua comienza a agitarse.

Observo a Cardan, con la esperanza de cruzar una mirada con él, pero está concentrado. No sé qué magia estará invocando, pero sí sé que esto es a lo que se refería Baphen cuando dijo que el rey supremo estaba vinculado a la tierra, que era el corazón palpitante y el astro sobre el que está escrito el futuro de Elfhame. Esto es poder en estado puro. Y ver cómo lo ostenta Cardan es una muestra de su naturaleza inhumana, de su transformación, de lo lejos que ha escapado a mi control.

—¡Para! —grita Orlagh cuando las aguas comienzan a hervir.

Una porción de océano bulle y burbujea mientras los feéricos del Inframar chillan y se dispersan, nadando fuera de su alcance. Varias focas se encaraman a unas rocas negras cerca de la orilla, llamándose entre sí en su idioma.

El tiburón de Nicasia se ladea y ella se zambulle en el agua.

De las olas emergen nubes de vapor ardiente. Una enorme nube blanquecina me entorpece la visión. Cuando se disipa, compruebo que se está formando tierra nueva desde las profundidades, piedra caliente que se va enfriando ante nuestros ojos.

Nicasia está arrodillada sobre la isla emergente, con un gesto que combina asombro y pavor.

—¿Cardan? —exclama.

El rey supremo sonríe de medio lado, pero tiene la mirada nublada. Ya dijo que estaba decidido a demostrarle a Orlagh que no es ningún incompetente.

Ahora me doy cuenta de que ha trazado un plan para hacerlo. Igual que lo hizo para librarse del yugo de mi control.

Durante el mes que pasé en el Inframar, Cardan cambió. Empezó a maquinar. Y ha resultado que se le da inquietantemente bien.

Pienso en todo eso mientras observo como la hierba brota entre los dedos de los pies de Nicasia y como las suaves colinas se cubren de flores silvestres, al tiempo que emergen árboles y zarzas. Alrededor del cuerpo de Nicasia comienza a formarse el tronco de un árbol.

—¡Cardan! —chilla mientras la envuelve la corteza, cerrándose en torno a su cintura.

—¿Qué has hecho? —grita Orlagh, mientras la corteza se eleva y las ramas se despliegan, cubriéndose de hojas y brotes perfumados. Los pétalos se

diseminan sobre las olas.

—¿Piensas inundar la tierra ahora? —le pregunta Cardan a Orlagh con una calma absoluta, como si no acabara de provocar que emergiera del mar una cuarta isla—. ¿Enviarás agua marina para pudrir las raíces de nuestros árboles y salar nuestros lagos y arroyos? ¿Sumergirás nuestras bayas y enviarás a tus tritones y sirenas para que nos rebanen el pescuezo y roben nuestras rosas? ¿Lo harás, aunque eso suponga que tu hija padezca la misma suerte? Vamos, atrévete.

—Suelta a Nicasia —dice Orlagh, con una voz que delata que ha admitido su derrota.

—Soy el rey supremo de Elfhame —le recuerda Cardan—. Y no me gusta que me den órdenes. Tú atacaste a la superficie. Secuestraste a mi senescal y liberaste a mi hermano, que fue encarcelado por el asesinato de mi padre, Eldred, con quien mantenías una alianza. Antaño, respetábamos nuestros territorios.

»He tolerado muchas faltas de respeto por tu parte, pero te has pasado de la raya.

»Ahora, reina del Inframar, firmaremos una tregua, tal y como hiciste con Eldred y con Mab. Firmaremos una tregua o iremos a la guerra, pero si luchamos, no tendré clemencia. Todo cuanto amas correrá peligro.

Orlagh se queda callada. Yo tomo aliento, no sé qué va a pasar a continuación.

—Está bien, rey supremo. Firmemos una alianza. Devuélveme a mi hija y nos iremos.

Suelto el aire. Cardan ha hecho bien en presionarla, aunque haya sido aterrador. Al fin y al cabo, cuando Orlagh descubriera lo de Madoc, podría tensar la cuerda. Lo mejor era forzar esta situación hasta el límite.

Y ha funcionado. Agacho la cabeza para disimular una sonrisa.

—Deja que Nicasia se quede aquí y sea tu embajadora en lugar de Balekin —añade Cardan—. Se ha criado en esta isla, y muchos de sus seres queridos viven aquí.

Eso me borra la sonrisa de la cara. En la isla recién formada, la corteza empieza a separarse de la piel de Nicasia. Me pregunto a qué estará jugando Cardan, al traerla de vuelta a Elfhame. Será inevitable que acarree nuevos problemas.

Aun así, puede que se trate de la clase de problemas que ansía Cardan.

—Si ella desea quedarse, que así sea. ¿Satisfecho? —inquiere Orlagh.

Cardan inclina la cabeza.

—Sí. No me dejaré dirigir por el mar, por más poderosa que sea su reina. Soy el rey supremo. Soy yo quien está al mando. Pero también he de ser justo.

Aquí hace una pausa. Después se gira hacia mí.

—Y hoy pienso impartir justicia. Jude Duarte, ¿niegas haber asesinado al príncipe Balekin, embajador del Inframar y hermano del rey supremo?

No sé muy bien qué quiere que diga. ¿Serviría de algo negarlo? Si así fuera, no creo que lo hubiera expresado de ese modo, dando a entender que cree que efectivamente lo maté. Cardan tenía un plan desde el principio. Solo me queda confiar en que lo tenga también ahora.

—No niego que mantuvimos un duelo y que lo gané —respondo, con una voz más trémula de lo que me gustaría.

Las miradas de todos los feéricos están puestas sobre mí, y por un momento, mientras contemplo sus rostros despiadados, noto profundamente la ausencia de Madoc. La sonrisa de Orlagh está repleta de dientes afilados.

—Este es mi veredicto —dice Cardan, con un tono de autoridad—. Declaro el exilio de Jude Duarte al mundo mortal. Salvo que reciba el perdón de la corona, y hasta que eso se produzca, no podrá pisar Faerie so pena de ser ejecutada.

—¡No puedes hacer eso! —exclamo.

Cardan se queda mirándome un buen rato, pero su gesto es sereno, como si esperase que me contentara con el exilio. Como si yo no fuera nada más que uno de sus suplicantes. Como si yo no significara nada para él.

—Claro que puedo —replica.

—Pero es que yo soy la reina de Faerie —grito, y por un instante, se hace el silencio. Entonces todos los que me rodean se echan a reír.

Me arden las mejillas. Unas lágrimas de rabia y frustración se agolpan en mis ojos al ver como, instantes después, Cardan se suma a sus carcajadas.

En ese momento, unos caballeros me agarran de las muñecas. Sir Rannoch me baja del caballo. Durante un instante de enajenación, me planteo enfrentarme a él, como si no estuviéramos rodeados por dos docenas de caballeros.

—Vamos, niégalo —grito—. ¡Niégame!

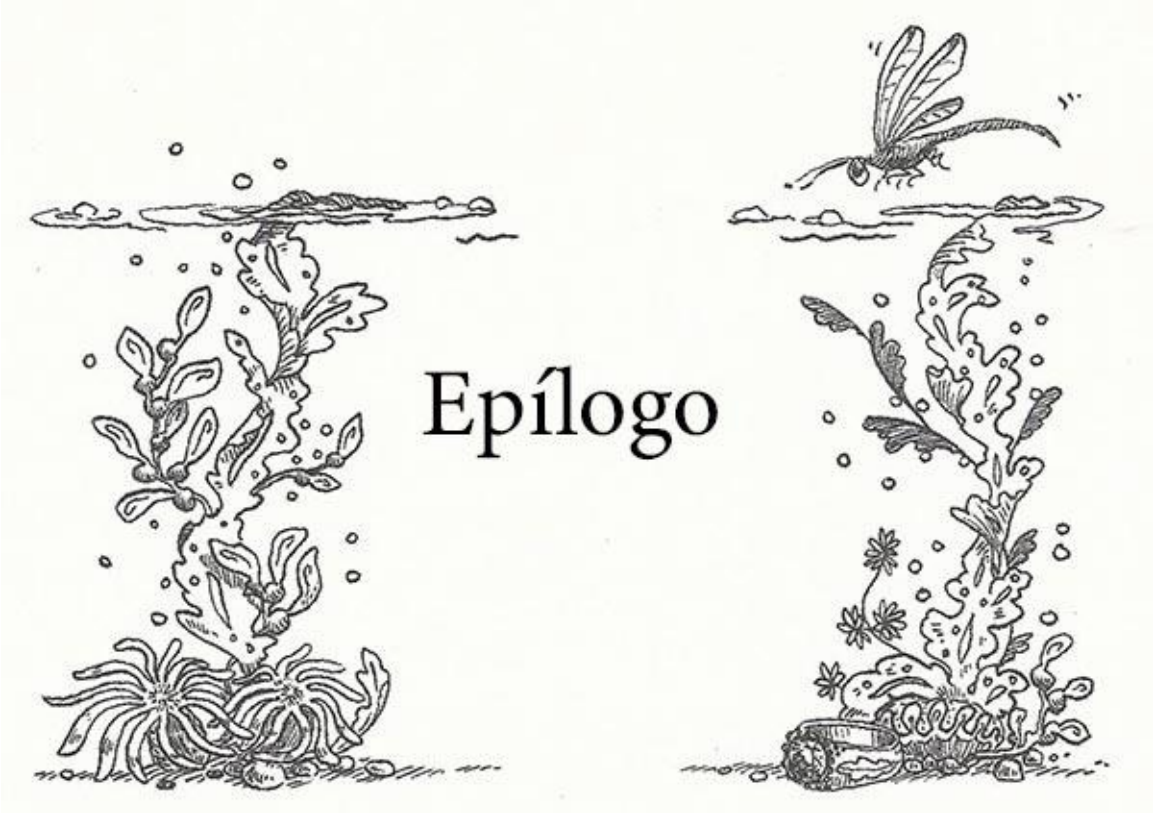
No puede hacerlo, claro, así que no lo hace. Nuestras miradas se cruzan y Cardan esboza una sonrisa extraña, que sin duda está dirigida a mí. Recuerdo lo que se siente al odiarle con todas mis fuerzas, pero lo he recordado demasiado tarde.

—Acompañadme, mi señora —dice sir Rannoch, y no puedo hacer otra cosa

que obedecer.

Aun así, no puedo resistirme a mirar atrás. Cuando lo hago, Cardan está dando el primer paso sobre la nueva isla. Tiene el mismo aspecto regio que su padre, el mismo aspecto del monstruo en el que su hermano quería que se convirtiera. El viento le aparta el pelo del rostro, negro como el plumaje de un cuervo, la capa escarlata ondea a su alrededor, sus ojos reflejan el vacío grisáceo del cielo.

—Si Insweal es la Isla del Desaliento, Insmire la Isla del Brío, e Insmoor la Isla de Piedra —dice, con una voz que resuena por todo el territorio recién formado—, entonces esta será Insear, la Isla de las Cenizas.



Epílogo

Estoy tumbada en el sofá, delante del televisor. Ante mí, un plato de palitos de pescado calentados al microondas se está quedando frío. En la pantalla hay un patinador sobre hielo de dibujos animados enfurruñado. «No tiene ni idea de patinar —pienso—. O puede que se le dé genial». Siempre se me olvida leer los subtítulos.

Ultimamente, me cuesta mucho concentrarme.

Vivi entra en el cuarto y se deja caer sobre el sofá.

—Heather no responde a mis mensajes —dice.

Me presenté en la puerta de Vivi hace una semana, exhausta, con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Rannoch y su camarilla me transportaron por el cielo, a lomos de uno de sus corceles, y me dejaron tirada en una calle cualquiera de un pueblo cualquiera. Caminé y seguí caminando hasta que me salieron ampollas, y comencé a dudar de mi capacidad para guiarme por las estrellas. Finalmente, me topé con una gasolinera donde estaba repostando un taxi y pegué un respingo al recordar que existiera tal cosa. Llegados a ese punto, me daba igual no llevar dinero encima y que Vivi seguramente fuera a pagarle con un puñado de hojas hechizadas.

Pero lo que no esperaba era llegar y descubrir que Heather se había ido.

Cuando Vivi y ella regresaron de Faerie, supongo que tendría muchas preguntas. Y a su vez, seguro que propiciaron nuevas preguntas, hasta que mi hermana tuvo que admitir que la hechizó. Fue entonces cuando todo se vino abajo.

Vivi anuló el hechizo y Heather recuperó sus recuerdos. Luego se fue de casa.

Se ha mudado con sus padres, así que Vivi sigue confiando en que algún día vuelva. Hay cosas suyas aquí. Ropa. Su tablero de dibujo. Un conjunto de óleos sin usar.

—Te escribirá cuando esté preparada —digo, aunque no sé si creerlo—. Ahora estará intentando aclararse las ideas.

Solo porque yo esté resentida con el amor no significa que a todo el mundo tenga que pasarle lo mismo.

Nos quedamos un rato sentadas en el sofá, viendo como el patinador de los dibujos ejecuta mal sus saltos y se enamora perdidamente de su entrenadora, que lo más probable es que no le corresponda.

Dentro de poco, Oak volverá del colegio y fingiremos que todo discurre con normalidad. Lo llevaré a la zona arbolada del complejo de apartamentos y le adiestraré con la espada. A Oak no le importa, pero para él no es más que un juego, y no me sale meterle miedo para que vea estos ejercicios de otro modo.

Vivi coge un palito de pescado de mi plato y lo embadurna de kétchup.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir de morros? Estabas agotada después de tu cautiverio en el Inframar. Estabas descentrada. Cardan se apuntó un tanto. Son cosas que pasan.

—Lo que tú digas —replico, mientras ella se zampa mi comida.

—Si no te hubieran capturado, habrías fregado el suelo con él.

No sé qué significa eso, pero me agrada escucharlo.

Vivi se da la vuelta hacia mí con sus ojos felinos, idénticos a los de su padre.

—Quería que vinieras al mundo mortal. Ahora estás aquí. A lo mejor te gusta. Dale una oportunidad.

Asiento para que se calle.

—Y si no te gusta —añade, enarcando una ceja—, siempre puedes unirte a Madoc.

—No puedo —replico—. Intentó reclutarme varias veces, pero siempre le rechacé. Ese barco ya ha zarpado.

Vivi se encoge de hombros.

—Madoc no le… Bueno, vale, sí que le daría importancia. Querría que te arrastraras ante él y te lo echaría en cara en los consejos de guerra durante las siguientes dos décadas. Pero te aceptaría a bordo.

La fulmino con la mirada.

—¿Y luego qué? ¿Conspirar para subir a Oak al trono? ¿Después de todo lo que hemos hecho para mantenerlo a salvo?

—No, conspirar para devolvérsela a Cardan —dice Vivi con un brillo feroz en los ojos. Siempre ha sido un poco rencorosa.

Ahora me alegro de que lo sea.

—¿Cómo? —pregunto, pero la parte estratégica de mi cerebro está volviendo a ponerse en marcha lentamente.

Grimsen sigue en juego. Si podía fabricarle una corona a Balekin, ¿qué podría hacer por mí?

—No lo sé, pero no te preocupes por eso aún —dice Vivi, levantándose—. La venganza deja un regusto dulce, pero un helado todavía más.

Se va al congelador y saca una tarrina de helado de menta con pepitas de chocolate. La trae hasta el sofá junto con dos cucharas.

—De momento, acepta este manjar, aunque no sea digno de una reina de Faerie en el exilio.

Sé que no lo dice para burlarse de mí, pero aun así me escuece oír eso. Cojo una cuchara.

«Debes ser lo bastante fuerte para poder golpear, golpear y volver a golpear sin desfallecer. La primera lección es alcanzar esa fortaleza».

Comemos bañadas por la luz parpadeante de la pantalla. El móvil de Vivi está en silencio sobre la mesita de centro. Mi mente se pone en marcha.

AGRADECIMIENTOS

Completar el segundo libro de esta saga habría resultado mucho más duro sin el apoyo, los ánimos y los consejos de Sarah Rees Brennan, Leigh Bardugo, Steve Berman, Cassandra Clare, Maureen Johnson, Kelly Link y Robin Wasserman. ¡Gracias, mis libertinos amigos!

Gracias a los lectores que acudieron a verme a los encuentros literarios, y a aquellos que me contactaron para decirme lo mucho que les había gustado *El príncipe cruel*. Y gracias también por todas esas ilustraciones de los personajes.

Un millón de gracias a todo el equipo de Little, Brown Books for Young Readers, que han apoyado mis extrañas ocurrencias. Gracias en especial a mi maravillosa editora, Alvina Ling, y a Kheryn Callender, Siena Koncsol, Victoria Stapleton, Jennifer McClelland-Smith, Emilie Polster, Allegra Green y Elena Yip, entre otros. Y en el Reino Unido, gracias a Hot Key Books, en especial a Jane Harris, Emma Matthewson y Tina Mories.

Gracias a Joanna Volpe, Hilary Pecheone, Pouya Shahbazian y a todo el equipo de New Leaf Literary por hacer fácil lo difícil.

Gracias a Kathleen Jennings, por sus preciosas y evocadoras ilustraciones.

Y por encima de todo, gracias a mi marido, Theo, por ayudarme a moldear las historias que quiero contar. Y a nuestro hijo Sebastian, por servirme de inspiración y de respiro al mismo tiempo.